Un Desafío inesperado



ANDREA LÓPEZ

Un Desafío inesperado

ANDREA LÓPEZ

Título: Un desafío inesperado
© 2024, Andrea López

De la maquetación: 2024, Romeo Ediciones

Primera edición: mayo de 2024

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

Listado de canciones



You Give Love A Bad Name
If You Met Me First
How Does It Sound
Montaña Rusa
Salta
Tu Jardín Con Enanitos
Belong Together
Pachelbel´s Canon In D Mayor
Contra Todos
Control

Índice

Listado de canciones
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Tu valoración me importa
Biografía
Otros libros de la autora

Prólogo

Siempre me ha asombrado la facilidad con la que cambia todo.

Cómo, en un segundo, un hecho puntual, un cruce de palabras, un encuentro inesperado o, tal vez, incluso, un acontecimiento ajeno a ti y que escapa por completo de tu control puede alterar tu mundo y tu existencia sin que tengas siquiera tiempo de cerrar y abrir los ojos.

Hablo por experiencia cuando afirmo que las sacudidas de la vida, tanto las buenas como las que no lo son tanto, suelen cogerte por sorpresa, cuando menos las esperas, sin que las veas llegar. Y es por eso por lo que en mis casi treinta años he aprendido a no dar nada por sentado, porque en cuanto lo haces, te confías y bajas la guardia, ¡zasss!, una de esas sacudidas llega del modo más insospechado, poniéndolo todo del revés y dejándote con cara de tonta sin saber si lo que te está pasando es cierto o, por el contrario, estás en medio de una de esas pesadillas de lo más realistas de las que, por mucho que lo intentas, no consigues despertar.

Yo no quiero sobresaltos, ni sorpresas, y mucho menos si son desagradables, por ello me considero una persona atenta y precavida que intenta anticiparse a los posibles problemas para dejarlos atrás; sin embargo, por lo visto, eso no siempre es suficiente. A veces, esas bofetadas invisibles que te golpean y descolocan llegan sin que puedas esquivarlas, y eso es justo lo que me acaba de pasar.

Mi sacudida, una que podríamos calificar de terremoto, ha llegado para complicarlo todo, y lo ha hecho ni más ni menos que en forma de correo electrónico. Palabras, frases, un puñado de párrafos que dan forma a un *e-mail* enviado por el intransigente e irracional alcalde de un pequeño pueblecito en el que transcurren una o dos escenas de mi última novela. Solo se nombra de pasada, ni siquiera es el escenario principal, pero eso, al parecer, da igual.

Poco podía imaginar yo, cuando decidí incluir ese lugar en el libro, que su mención en unas cuantas páginas iba a suponer una amenaza a la delicada pero estable red de seguridad que con esmero comencé a tejer a mi alrededor para protegerme y ocultarme cuando decidí probar suerte y empezar a publicar.

Una red que muy pocos han podido atravesar y que me ha permitido, por lo menos hasta ahora, mantener mi identidad en absoluto secreto, a pesar de que el pseudónimo con el que firmo mis novelas, S. Harrison, es conocido a nivel internacional.

Es una barrera invisible, un muro infranqueable tras el que puedo seguir siendo tan solo yo, Sara, esa chica tímida con la cabeza llena de historias por contar que puede pasarse horas y horas aporreando las teclas de su ordenador; la misma que todavía vive en la casa de su infancia y tiene miedo de los perros y la oscuridad.

Un muro cuyas paredes ahora amenazan con resquebrajarse, dejándome en una posición que, a pesar de parecer una broma de mal gusto, no es más que la cruda realidad. Una realidad a la que ni puedo ni me quiero enfrentar.

Capítulo 1

El acuerdo

Sara

Llevo dos horas delante del ordenador y no he conseguido escribir ni dos líneas con un mínimo de sentido.

Y eso que, en lo que va de mañana, he bebido tres tilas bien cargaditas y he terminado todas las reservas de chocolate que me quedaban en la cocina (que no eran pocas), pero ni así he logrado minimizar un poco estos nervios que trepan por mi estómago y me atenazan el pecho impidiéndome respirar.

Y esto es una preocupante novedad porque vale, puedo asumir el fracaso de la tila y el chocolate, pero, por norma general, en cuanto me siento delante de la pantalla consigo evadirme del mundo y de los problemas, por muy jodidos o feos que estos sean.

Mi escritorio es como mi búnker particular. Una burbuja que me permite dejarlo todo atrás. No sabría explicar con exactitud qué es lo que me sucede cuando me adentro en ella, pero es como si algo en mi cuerpo y mi cabeza se activase y desactivase al mismo tiempo, permitiéndome sumergirme en cada trama, en cada protagonista, apartándome durante unas preciadas horas de los problemas, de las preocupaciones y de todo lo que me rodea mientras mis dedos teclean sin esfuerzo dando forma a todas las ideas e historias que los personajes susurran en mi cabeza.

Puede parecer que estoy como una regadera, pero la escritura siempre ha sido mi refugio, mi vía de escape, mi lugar seguro… En realidad, es más que eso, para mí no es solo una profesión o la forma en la que me gano la vida; es parte de mi esencia, una parte que me hace inmensamente feliz, sin la que no podría vivir y a la que nunca me he planteado renunciar.

Hoy, sin embargo, todo es diferente; esta mañana, a primera hora, Bruno (mi mejor amigo y abogado) y mi editora tenían que reunirse con el puñetero alcalde, que amenaza con robar mi paz mental denunciándome por, según él, «perjudicar públicamente la imagen de su pueblo», y estoy tan histérica que, al parecer, ni siquiera ponerme delante del ordenador va a conseguir calmarme. De hecho, lo que estoy experimentando en este momento es justo el efecto contrario: mi incapacidad por llevar a cabo lo que por norma general me sale de manera natural me está desquiciando todavía más. Así que, de mala gana, cierro la tapa del portátil y me levanto de la silla… Necesito cansarme, alejar los pensamientos, dejar la mente en blanco… Y solo se me ocurre una manera de llevarlo a cabo.

Con desagrado, cojo el móvil, salgo de mi habitación y me encamino hacia el salón, a la vez que conecto el teléfono al sistema de sonido y subo el volumen a tope de forma que la voz de Bon Jovi cantando *You Give Love A Bad Name* comienza a resonar en toda la casa, haciendo retumbar las paredes.

—Dámelo todo, Jon —pido alzando la voz y, sin perder un segundo, lanzo las zapatillas por el aire y me subo de una zancada al sofá del salón, cierro los ojos y comienzo a darlo todo

intentando deshacerme de la frustración mientras salto y bailo de forma descontrolada y descoordinada, al mismo tiempo que vocifero el estribillo a pleno pulmón.

Shot through the heart and you're to blame
You give love a bad name (bad name)
I play my part and you play your game
You give love a bad name (bad name)

No contenta con destrozar gran parte de la canción con mis alaridos, decido marcarme un solo imaginario de guitarra y, completamente entregada, curvo hacia atrás la espalda hasta el punto en que pierdo el equilibrio y me veo obligada a abrir los ojos para no acabar despatarrada, momento en el que me quedo petrificada y con la boca abierta al encontrarme con Bruno, que está plantado en mitad de mi salón, observándome con una cara de circunstancias que fluctúa entre la incredulidad y la inquietud mientras sostiene una bolsa en su mano derecha.

Mi corazón alcanza el ritmo propio de un coche de Fórmula Uno en plena carrera y, sin desviar la vista de su expresión, detengo la canción.

Mil preguntas asaltan mi mente, necesito saber qué tal ha ido la reunión, si han conseguido hacer entrar en razón al señor alcalde y si puedo olvidarme de una vez por todas de este desagradable asunto y seguir con mi vida, pero el miedo a su respuesta hace que cada una de esas cuestiones mueran en la punta de mi lengua, y lo único que consigo preguntar con voz estrangulada y jadeante es:

—¿Cómo has entrado?

Él alza una ceja, entre preocupado y divertido, al mismo tiempo que su mirada me recorre de arriba abajo y su cuerpo se tensa.

Bruno era mi vecino de al lado hasta que, hace unos años, se mudó a una casita del principio de la calle, y también es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón. Desde siempre hemos sido inseparables, a pesar de que no puede haber en el mundo dos personas más diferentes que él y yo.

Provocativo, carismático, con una seguridad apabullante, y alegre, siempre consigue convertirse, se lo proponga o no, en el centro de atención, y es que, gracias a su metro noventa de cuerpo trabajado y musculoso, una sonrisa angelical, un largo pelo rubio que contrasta con sus profundos ojos negros y el inagotable encanto natural que desprende por cada poro de su piel bien podría pasar por modelo de ropa interior en lugar de por el prestigioso e implacable abogado que en verdad es.

Sobra decir que mi amigo el guaperas arranca suspiros allá por donde pasa, aunque, para desgracia de muchas y muchos, desde que hace dos años, Thiago, su pareja, un tipo maravilloso al que quiero un montón entró en su vida, está como él mismo dice «completamente fuera de circulación».

—Te recuerdo que tengo llave, tú me la diste —responde encogiéndose de hombros.

—Para usar en caso de emergencia —le recuerdo.

—Créeme, lo que estoy viendo se parece bastante a una emergencia —anuncia frunciendo el ceño.

—Estás exagerando —replico en un intento por recuperar el ritmo normal de mi respiración, todavía alterada por mi espontáneo acto liberador.

—¡Exagerando dice! —exclama elevando la mirada al techo a la vez que niega con la cabeza antes de volver a centrar su atención en mí—. Nena, la camiseta de Led Zeppelin que llevas puesta tiene más agujeros que un queso gruyer, y no sé cómo te las has arreglado para

dejar en ese estado tu preciosa melena, pero, desde luego, has debido de emplearte a fondo, porque eso que tienes encima de la cabeza más que pelo parece un nido decrépito de cigüeñas —asevera señalándome con el dedo.

Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Por no hablar de ese pobre sofá. ¿Se puede saber qué te ha hecho? —inquiere y suelta un gemido lastimero. ¿Por qué lo torturas de esa manera mientras despellejas a grito pelado esa joya de canción?

—No estoy torturando ni despellejando nada, solo cantaba.

—Si el pobre Bon Jovi llega a escucharte, cogería tal trauma que una de dos: o te denuncia por atentado contra su imagen o se retira y deja la música de forma definitiva —bromea y suelta un resoplido.

La simple alusión a la palabra «denuncia» hace que se me contraiga el estómago y se me pongan los pelos como escarpias, sobre todo, porque lo conozco lo suficiente como para saber que es su forma de abordar el tema que yo me estoy esforzando por evitar mencionar. Así que al final inspiro hondo y, armándome de valor, pregunto en un susurro:

—¿Qué tal ha ido la reunión? ¿Habéis conseguido hacerlo entrar en razón?

Oh, oh —murmuro llevándome una mano al pecho al observar su gesto contrariado. Puede que Bruno esté intentando bromear para quitarle hierro al asunto, pero tanto en su cuerpo como en sus ojos se aprecia una palpable tensión.

—Traigo helado de limón y chocolate —intenta animarme.

—Mierda, ¿tan grave es? —cuestiono con voz trémula, sintiendo como empiezan a temblarme las piernas—. Si has recurrido al helado de limón y chocolate, la cosa pinta fatal.

—En realidad, no tanto —responde con gesto contrito.

—Pues que sepas que, por cómo lo dices, haces que suene todavía peor —gimo.

—Vamos a sentarnos en el sillón y te lo explico todo —ofrece, apoyando la bolsa que contiene las tarrinas sobre la mesa del comedor antes de acercarse y tomar asiento a mi lado en el sofá, en el que me dejo caer de mala gana mientras suelto un suspiro de resignación.

Lo conozco, diga lo que diga no me va a gustar, lo sé; cuando se trata de mí, Bruno no sabe disimular.

Él sonríe con ternura, toma una de mis manos entre las suyas, apretándola con cariño y, por algún extraño motivo, de pronto me siento como si estuviesen a punto de conducirme al patíbulo. No tengo ni idea de qué habrá pasado en esa maldita reunión, pero sea lo que sea, tengo la certeza de que la cosa terminó peor de lo que empezó.

—Bruno, me estás asustando… —murmuro—. ¿Va a denunciarme?

—No tienes que preocuparte por la denuncia; tal y como te dije en su momento, aunque decida llevarla a cabo, no habrá juicio porque no tiene ninguna opción contra ti. Es una amenaza sin fundamento —declara con rotundidad.

Debería sentirme aliviada… Pero hay algo que no me cuadra.

—Entonces, si no me va a denunciar, ¿por qué tienes esa cara? —cuestiono, intentando comprender la situación.

—No he dicho que no pueda hacerlo, solo que no debes preocuparte porque no tiene ninguna opción de ganar —especifica torciendo el gesto.

Lo contemplo confusa.

—No entiendo. ¿Con qué finalidad va a denunciarme si no puede conseguir nada con ello? —susurro, tratando de encajar las piezas del puzle en mi cabeza.

—Porque poner una denuncia contra ti le daría más credibilidad y acceso a los medios de

comunicación en el caso de que quisiese recurrir a ellos —me explica, dejándome helada.

—Perdona, pero no comprendo qué quieres decir con eso…

—¿Qué crees que pasará cuando los medios de comunicación se enteren de que el alcalde de un pueblo ha denunciado a S. Harrison por atentar contra la imagen de su pueblo en una de sus novelas? Podría pasearse por platós, pódcast y periódicos desprestigiando tu nombre y tu trabajo. Todos estarían encantados de atenderlo, y eso es justo lo que amenaza con hacer. —Sus palabras caen sobre mí como un cubo de agua helada y, durante unas milésimas de segundo, siento que mi corazón deja de latir y mi sangre, en lugar de circular por mis venas, se queda congelada.

—Para eso no necesita poner una denuncia… —musito—. Con o sin ella, puede decir lo que le dé la gana.

—Cierto, pero con ella interpuesta, su testimonio cobra peso y credibilidad —certifica y resopla, enfadado con la situación.

—Pero lo que dice es mentira, ni he atentado contra la imagen de ningún pueblo ni he hecho nada malo —murmuro, incapaz de procesar todo lo que Bruno me está contando.

—Lo sé, soy muy consciente de ello. Pero el tipo es listo y sabe que el hecho de que tu identidad sea un misterio es un punto muy jugoso que los medios estarán encantados de explotar —señala, para añadir, transcurridos unos segundos—: El excelentísimo señor alcalde pretende pasearse por todos los medios de comunicación y redes sociales argumentando que, bajo su criterio y siempre en su opinión personal, tu forma de documentarte es insuficiente y que ese desconocimiento sobre el lugar ha provocado descripciones con falta de rigor y veracidad que han perjudicado de forma inaceptable, siempre bajo su forma de verlo, la imagen de su pueblo. Y, aunque esa no fuese tu intención inicial, ese hecho y su resultado son un claro indicio de una falta grave de profesionalidad.

Parpadeo un par de veces intentado asimilar todo esto… Pero, por mucho que trato de buscarle algún sentido, no se lo encuentro.

Me ha costado mucho llegar a donde estoy, el camino no ha sido nada fácil, y esta situación me parece tan injusta que no puedo evitar que me escuezan los ojos a causa de la indignación.

—Nada de eso que dice es cierto —repito como si el hecho de decirlo más veces fuese a cambiar en algo mi situación.

—Lo sé, pero una vez que comiencen a circular las noticias, los rumores y los bulos, los dos sabemos que tanto tu nombre como tu profesionalidad quedarán en entredicho —sentencia con objetividad.

Su voz no esconde la pena ni la rabia que le provoca todo esto, y eso me hace sentir todavía peor.

—¿Estás diciéndome que mi carrera y mi trayectoria profesional pueden irse al garete por culpa de un chalado que no tiene otra cosa más que hacer que ir soltando calumnias por ahí?

—No, dudo que la cosa llegase a tanto como para mandar tu trabajo al garete —afirma usando mis propias palabras—. Pero no sabemos hasta qué punto podría afectarte… ¿De verdad quieres ver tu nombre en todos los canales, radios y periódicos durante días o semanas?

—¿En serio crees que le darían tanta credibilidad? —pregunto incrédula, pues me cuesta aceptar que todo esto esté pasando de verdad, estoy tentada de pellizcarme por si esto solo es un mal sueño y haciéndolo consigo despertar.

—No me preocuparía tanto en caso de que fueses cualquier otro autor… Pero eres S. Harrison y, como dije antes, tanto tu identidad como tu vida privada son un misterio, y los misterios dan morbo. Cualquier medio de comunicación le dará bombo si creen que gracias a eso

pueden conseguir que des la cara para defenderte de sus acusaciones.

—Nunca haría eso, además, la editorial puede hablar en mi nombre, no tendría por qué hacerlo yo —afirmo, tratando de sonar convincente porque la simple posibilidad de tener que mostrarme para justificarme me hace hiperventilar.

La expresión de su rostro me deja más que claro lo poco conforme que está con esa afirmación.

—Yo sé que no lo harías, pero ellos no —replica—. Y en cuanto a lo otro…

—¿No crees que la editorial vaya a apoyarme en esto? —lo interrumpo, abriendo los ojos de forma desmesurada.

Bruno acaba de estar reunido con mi editora y no es una persona que hable por hablar; si tiene dudas, estoy convencida de que algo han tenido que comentar.

—Tu editora está preocupada, tiene miedo de cómo una campaña de desprestigio por parte de este hombre pueda llegar afectar a tu imagen y, sobre todo, a tus ventas.

—¡Pero es solo una persona!

—Es cierto —concede—, sin embargo, visto desde fuera es algo así como la batalla de David contra Goliat. Él es solo el alcalde de un minúsculo pueblo y tú, una escritora famosa con el respaldo de una gran editorial. La gente tiende a posicionarse junto al más débil en este tipo de situaciones, sobre todo, si a esa persona se le da bien manipular…

—De verdad que me parece increíble que esto haya podido pasar —protesto, colocándome las gafas con nerviosismo—. Como acabo de decir, es solo un hombre, y uno bastante trastornado si se me permite opinar —repito, tratando de convencerme a mí misma de que, siendo un solo individuo, no puede ser tan grande el daño que pueda llegar a causar.

—Estoy de acuerdo. —Asiente con la cabeza—. No obstante, hoy en día, en el mundo en que vivimos, repletos de redes sociales y nuevas tecnologías, un pequeño e insignificante grano de arena puede convertirse en un desierto antes de darnos tiempo a reaccionar.

—¿Y no podemos denunciarlo por difamación? —planteo.

—No. Para acusarlo por difamación, tendría que proferir contra ti acusaciones que tuviesen naturaleza criminal y nosotros tendríamos que demostrar que las hace sabiendo que son falsas, lo cual es complicado y muy subjetivo mientras dejes claro que hablas bajo tu punto de vista u opinión.

—Madre mía —susurro de nuevo, frustrada por el curso que está tomando esta conversación—. Con lo que he trabajado, y ahora mi profesionalidad puede quedar en entredicho por culpa de un desquiciado. ¿Qué tipo de persona juega con el pan de los demás de esta forma?

—No puedo responder a eso, me encantaría haberme topado cara a cara con ese impresentable, pero, por desgracia, no tuve ese placer, solo estuvimos con la abogada que lo representa.

—Cobarde, ni siquiera dio la cara —musito, a pesar de que en cuestiones de anonimato yo no soy quién para juzgar a nadie.

—Por lo que nos comentó la letrada, su cliente es un hombre ocupadísimo, que lleva toda la vida siendo alcalde de ese sitio y, por ello, se sintió superofendido cuando te referiste al lugar con los adjetivos con los que lo hiciste.

—¡Y dale! ¡Que no usé ningún adjetivo despectivo para referirme al puñetero pueblo! ¡Maldita la hora en la que me dio por mencionarlo! —exclamo alzando la voz.

—Lo sé, te recuerdo que me he leído el libro, pero eso no va a impedir que él pueda decir o argumentar lo que le dé la gana para hacerte quedar mal.

—Esto es una pesadilla —murmuro, colocándome bien las gafas de pasta verde que

siempre me acompañan.

—Lo sé, pero tranquila que no todo es malo, por suerte, hemos conseguido llegar a un acuerdo con él.

—¿Un acuerdo? —replico con cierta esperanza—. ¿Qué quiere? ¿Dinero?

Bruno permanece en silencio durante unos segundos que se me hacen interminables y, al final, apesadumbrado, niega con la cabeza.

—Me temo que la cosa no es tan fácil, no va por ahí —contesta.

—¡Pues explícate ya! ¡Me van a dar los siete males! —le pido exaltada.

—Ha accedido a firmar un acuerdo comprometiéndose a no denunciarte ni mencionarte en ningún medio público o privado a cambio de que enmiendes tu agravio alabando las virtudes del pueblo en tu próxima novela, convirtiéndolo en el escenario donde se desarrolle el grueso de la trama principal.

—¿Estás de coña? ¿Primero me acusa de perjudicarlos y ahora pretende que los use como escenario principal? —cuestiono, conteniendo a duras penas mi indignación. Pero este tío, ¿de qué va?

—Hay algo más… —Su tono no me gusta nada.

—¿En serio? ¿Más? ¿Qué más puede haber? —pregunto con ironía sin disimular mi enfado.

Él asiente con cara mustia.

—Para que, y cito palabras textuales, esta vez sí sepas de lo que hablas y puedas documentarte en condiciones, debes vivir allí durante al menos un mes. Así tendrás tiempo de conocer de primera mano todos sus característicos y maravillosos rincones y podrás plasmarlos con rigurosidad en el libro.

—Estás de coña —siseo con los ojos como platos.

—Ojalá.

—¡¿Un mes?! Pe… pero si tiene menos de sesenta habitantes. ¡Puedo recorrerlo en una hora! ¡No necesito un mes! ¡No puedo pasarme allí treinta días enteros!

—Puedes negarte, pero…

—Pero me arriesgo a que un tipo al que no conozco se dedique a difamar mi trabajo y mi carrera —lo interrumpo resoplando con fuerza.

Él suspira y varias arrugas de preocupación cruzan su frente.

—Piénsalo bien. Los rumores solo son rumores, pero, una vez esparcidos, nunca desaparecen… Por no hablar de que podría llegar el momento en el que te vieses obligada a abandonar tu anonimato para defenderte si la cosa se complica en exceso. Y eso sin mencionar que la editorial prefiere evitar la polémica, dudo que les haga gracia que te niegues a firmar el acuerdo si con ello puedes dar por finalizada toda esta situación.

—Vamos que todo son ventajas para mí. Estoy entre la espada y la pared —farfullo.

—Me temo que sí —admite en voz baja—. Siento no haber podido ser más útil. Te aseguro que no me hace ni pizca de gracia que tengas que vivir un mes allí, pero, por mucho que me joda, y te aseguro que lo hace, en este momento me parece lo más conveniente para ti.

—No es culpa tuya, sino de ese ese… ¡Ni siquiera sé cómo definirlo! Es que de verdad que no me lo puedo creer —sollozo, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te lo tomes así, piensa que lo bueno que tienes es que puedes trabajar desde cualquier sitio, tómatelo como un retiro; además, no queda lejos de aquí —intenta animarme, tratando se sonar positivo a pesar de lo molesto que está.

—¿Que no está lejos? ¡Son casi cinco horas de coche! —lo contradigo.

—¿Y qué son cinco horas? Te tiras más tiempo sentada delante del ordenador cada día.

Me regala una sonrisa un poco forzada y un leve empujón en el hombro; no obstante, aunque lo intenta, no consigue hacerme sentir mejor. Mi cabeza bulle a tanta velocidad que me mareo y tengo ganas de vomitar.

—¡Esto es una locura! Además, ¿cómo puedo mantener mi identidad en secreto? Si voy allí, todo el mundo sabrá quién soy. ¿Y dónde voy a vivir?

—No te preocupes, está todo controlado. Los únicos que conocerán tu identidad serán el señor alcalde y su abogada, y ambos firmarán un contrato de confidencialidad —me explica—. Créeme, con la indemnización que tendrán que pagar si dicen algo, ninguno de ellos se atreverá a abrir la boca. En cuanto al resto de los habitantes del pueblo, para ellos inventaremos una coartada: diremos que eres pintora y que has viajado hasta allí una temporada buscando inspiración y tranquilidad para preparar una exposición.

—Todo esto parece una broma, pero una de muy mal gusto —asevero.

—En cuanto a la casa, también está arreglado. La editorial ya se ha encargado de alquilar para ti una de las tres viviendas de las que disponen para alquiler vacacional. Será tuya durante todo el tiempo que vivas allí.

—Entonces ya está, no hay nada más que hablar, por lo que veo, la decisión está tomada —musito con una mezcla de frustración, enfado y tristeza recorriéndome por dentro.

—Solo hemos intentado facilitarte las cosas, pero la que decides eres tú. Puedes ir un mes allí o podemos enfrentarnos a lo que sea que el hombre ese diga sobre ti. En cualquier caso, sabes que siempre te voy a apoyar y voy a estar junto a ti.

Aprieto su mano con fuerza, pues, si algo tengo claro en mi vida, es que Bruno nunca me va a fallar; no obstante, me siento impotente, como un monigote al que están manejando con cuerdas, porque, por mucho que él me diga que la última decisión es mía, los dos sabemos que no tengo otra elección, hay demasiado en juego y arriesgarlo no es una opción.

Capítulo 2

Un compañero inesperado

Sara

Aparco delante del refugio de animales que dirige mi padre y, dejando escapar un suspiro, apoyo la frente contra el volante provocando sin querer un bocinazo que rasga el aire.

Como respuesta al estridente sonido, varios perros comienzan a ladrar y, al instante, me estremezco y siento el impulso de arrancar y largarme.

Hubiese preferido quedar en cualquier otro lugar. Mi casa, la suya, una cafetería, la cumbre del Himalaya… Cualquier otra opción me hubiese parecido mejor idea, pero, cuando lo llamé para decirle que tenía algo importante que contarle, se empeñó en que me pasase por aquí lo antes posible y, como lo adoro, fue imposible negarme.

La verdad es que siempre hemos estado muy unidos. Él, mi madre y yo formábamos un gran tándem, y en mis momentos más complicados, en esos en los que cada día parecía un agujero negro a punto de engullirme, ellos, Bruno y su familia fueron los que siempre me sostuvieron de la mano para que lograse mantenerme en pie y no llegase a derrumbarme.

Recuerdo aquellos años de instituto y soy consciente de que, sin tenerlos a todos a mi lado, me habría resultado casi imposible sobrevivir. Fue una etapa complicada y bastante triste en la que, sin embargo, por jodidas que se pusiesen las cosas, sabía que antes de meterme en la cama alguno de ellos haría lo imposible por hacerme sonreír.

Ni siquiera su separación fue traumática, todo lo contrario y, aunque sé que esto ocurre pocas veces y que en la mayoría de las ocasiones no es posible, ellos son el claro ejemplo de cómo después de pasar tantos años el uno en la vida del otro y con una hija en común, aunque se tomen caminos diferentes, si se dejan las rencillas a un lado y hay voluntad por ambas partes, se puede mantener el respeto y el cariño, ya que, tal y como ellos dicen, aunque la relación romántica haya terminado, siguen teniendo el nexo de unión más importante que se puede tener en la vida: un hijo.

Los dos estuvieron de acuerdo en poner la casa familiar a mi nombre y, aunque una vez que empecé a ganar mi propio dinero quise pagarles al menos una parte, ninguno lo aceptó.

Somos un equipo, un equipo un tanto peculiar, pero un equipo al fin y al cabo, e incluso ahora que mi madre, arqueóloga apasionada de profesión, está trabajando en una excavación en Perú y mi padre casi no dispone de tiempo libre al combinar su trabajo como veterinario con las horas que dedica al refugio, nos las apañamos para encontrar una noche a la semana en la que los tres nos ponemos de acuerdo para coincidir y compartir una cena por videollamada.

Vamos que son geniales, y justo por eso cada vez que mi padre insiste en que me pase por el refugio o por su clínica con cualquier excusa (el pobre todavía alberga la secreta esperanza de que en algún momento lleguen a gustarme los animales) no puedo decirle que no.

En el fondo, no puedo culparlo, casi lo entiendo, pues, como él mismo dice, parecemos un chiste de los malos.

¿Cuál es el colmo de un veterinario? Tener una hija a la que le dan pavor los animales en general y los perros en particular.

Soy consciente de que, si la gente leyese esto, muchos pensarían que soy una especie de bruja sin corazón, pero la verdad es que todo tiene una explicación.

Siendo muy pequeñita, un perro que estaba ingresado en la clínica de mi padre me pegó un mordisco que aún no he conseguido olvidar. Ni siquiera era un perro grande, todo lo contrario, era pequeño, con carita de no haber roto un plato, pero yo apenas tenía tres años y me trincó con tantas ganas que hicieron falta dos personas para conseguir que me soltase la pierna y, desde ese momento, en cuanto se me acerca un animal, me pongo a temblar.

Lo cierto es que fue un hecho aislado, el pobre animalito estaba enfermo, muerto de miedo y de dolor, pero todavía me paralizo al recordar su mirada antes de abalanzarse sobre mí. Es pensarlo y se me congela la respiración.

Me estremezco una vez más e, intentando alejar esos pensamientos, salgo del coche y me dirijo a la puerta principal. Llamo al timbre y la verja se abre con lentitud.

Camino con cierta inseguridad, a pesar de saber que en la parte delantera no voy a encontrarme con ningún perro suelto, pues mi padre tuvo la precaución de poner las zonas comunes en la parte posterior para correr menos riesgo de que alguno se pudiese escapar, pero, aun así, camino como si con cada paso pudiese desencadenar una explosión nuclear.

Me quedo plantada en medio del patio, esperando a que aparezca mi padre (ambos somos conscientes de que no voy a adentrarme más) y, pocos segundos después, lo veo caminando por uno de los laterales para acercarse hasta mí.

—Hola, tesoro, qué alegría que hayas venido a verme —me saluda, atrapándome entre sus brazos.

—Hola —respondo con gesto sombrío.

—Venga, no te lo tomes así, ya verás como todo va a estar bien —asegura mientras me frota la espalda con cariño.

¡Ja! Si él supiese… Espera, ¿lo sabe?, me pregunto, analizando sus palabras. ¿Cómo es posible que lo sepa si estaba tan segura de que todo se iba a arreglar que decidí no contarles nada ni a él ni a mi madre para que no se preocupasen sin necesidad?

Estudio la expresión de su rostro y no me cabe ninguna duda… Está al tanto de todo.

—¿Lo sabes? —cuestiono confusa, solo por cerciorarme.

Él asiente sin dejar de sonreír.

—Bruno se pasó antes por aquí para ponerme al día.

—¡Será bocazas! —acuso a mi mejor amigo, entrecerrando los ojos.

—Te vio tan desanimada que, cuando se fue de tu casa, decidió hablar conmigo. Quería que tuviese toda la información antes de que llegases tú.

Suelto un bufido indignado al percatarme de que ese listillo debió de aprovechar el rato que me pasé por la casa de sus padres (son mis vecinos de al lado) para ver a su hermana Cala, que había venido con la preciosa niña que acaba de tener, y de paso, dada mi inminente mudanza, para despedirme de todos, para venir a chivarle todo al mío.

Estuve ahí algo más de dos horas, tiempo que, por lo visto, al judas de mi amigo le resultó lo bastante largo como para irle con el cuento a mi padre quien, por supuesto, como no podía ser de otra forma, lo quiere con locura y tiene una tendencia de lo más molesta a defenderlo a capa y espada y ponerse de su parte.

—Quería contártelo yo —protesto.

—Bruno solo quería anticiparse para que yo pudiese animarte.

—¿Sabes hacer milagros? —pregunto ofuscada.

—Me temo que no —admite sin perder el gesto afable.

—Entonces dudo que puedas animarme.

—Cariño, creo que lo estás enfocando mal —señala, conduciéndonos a ambos hasta un banco de madera donde tomo asiento con desgana.

—¿Tú crees? Veamos —murmuro en tono irónico—: un tipo me está chantajeando con desprestigiar mi carrera si no accedo a pasar un mes en un pueblo perdido y escribo un libro que transcurra allí para darle publicidad gratis a ese lugar.

—Dicho así, suena fatal —reconoce—. Sin embargo, donde tú ves eso, yo veo una aventura, un viaje emocionante, la oportunidad de salir de tu zona de confort, de experimentar, de disfrutar de la naturaleza y desconectar, incluso de reencontrarte contigo misma —asegura—. Y tu madre opina igual.

—¿Ya se lo has contado? —gimo, fulminándolo con la mirada.

—Bruno la llamó para informarla. Es tu madre, tiene el mismo derecho a saberlo que yo.

—Primero, voy a matar a Bruno y segundo, no me he perdido, por lo tanto, no necesito reencontrarme —afirmo, molesta por su forma de tomarse todo esto.

—Estoy convencido de que puede venirte bien.

—¿Te has vuelto loco?

—Lo digo en serio —insiste—. Cariño, eres una magnifica escritora y no podría estar más orgulloso de ti, pero estás tan metida dentro de tus mundos imaginarios creando personajes y vidas que a veces me da miedo que se te olvide disfrutar y vivir la tuya.

—Yo disfruto de lo que hago —replico—. Soy feliz.

—No lo dudo, lo único que digo es que, ya que tienes que ir, intentes aprovechar para inspirarte y ver un poco más allá de la pantalla y de las cuatro paredes de casa. Quizás hasta te sorprendas y termines disfrutándolo.

—¡Eso lo dices porque no eres tú quien tiene que ir! —protesto ofuscada, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Lo haría encantado, sabes que te acompañaría de no ser porque tendría que dejar el refugio abandonado, y tengo responsabilidades aquí.

—Lo sé —admito.

—Dicho esto, estoy convencido de que irte sola y ampliar un poco esa zona de seguridad que te has autoimpuesto es una buena oportunidad para ti—afirma—; además, he dejado en tu casa algo que estoy seguro de que te hará sentir mucho mejor cuando te encuentres allí.

—¿Cómo que has dejado algo en mi casa? ¿Cuándo? Me dijiste que hoy no podías salir hasta tarde, si de todos modos ibas a venir, ya podíamos habernos visto allí.

—No fui yo. En realidad, se lo di a Bruno para que te lo llevase en mi lugar. Como tiene llaves, se ofreció encantado a hacer la entrega por mí…

—¿Qué es? —inquiero curiosa.

—Algo muy especial.

—¿No vas a darme ninguna pista? —Intento persuadirlo dedicándole una sonrisa angelical, pero él niega con la cabeza.

—No —dice con seguridad.

—¿Ni una pequeñita?

—Cuando llegues a casa, ve a tu habitación y lo descubrirás —indica, conteniendo la risa al verme tan intrigada.

Lo observo con los ojos entrecerrados, intentando imaginar qué se le habrá ocurrido

comprar. Mi padre tiene muchas virtudes, pero es un desastre eligiendo regalos.

Me puede la intriga, pero no insisto más, ya que, por mucho que lo haga, no voy a conseguir sacarle nada.

Continuamos hablando durante más de una hora y cuando, tras despedirme de él y montarme de nuevo en el coche, conecto el móvil al *bluetooth* y comienzo a canturrear *If You Met Me First* de Eric Ethridge, tengo que admitir que, aunque al pensar en mi próxima partida y en todo lo que tengo que preparar para llevarme me da el bajón, la charla con mi padre ha ayudado a que mi humor sea bastante mejor.

Dos días, solo cuarenta y ocho horas, ese es el tiempo que tengo para hacerme a la idea. ¿Precipitado? Puede, sin embargo, si hay que hacerlo, ¿qué sentido tiene esperar y alargar lo inevitable? Solo conseguiría martirizarme y agobiarme más.

Así que, junto con mi editora, en una videollamada muy poco halagüeña en la que Bruno también participa, decidimos que esto va a ser como arrancarse una tirita: mejor sin pensarlo, cuanto antes y de un tirón.

Además, todavía no he llegado y ya estoy deseando que pasen esos treinta días para poder volver a mi vida normal, así que mejor quitármelos de en medio pronto para poder olvidarme de todo esto. Con un poco de suerte, se me pasarán rápido y, antes de darme cuenta, ya podré regresar.

El cielo amenaza lluvia cuando, sumida en mis pensamientos, aparco delante de mi casa y, todavía aferrada al volante, desvío la vista hacia ella.

¡Me chifla mi hogar! Y no es que sea especialmente lujoso ni nada de eso y, aunque podría permitirme algo mucho más grande u ostentoso, o irme a alguna zona más céntrica, no cambiaría esto por ningún otro lugar.

La construcción es sencilla, está pintada de blanco y, al igual que el resto de las viviendas de la urbanización, consta de dos plantas con similar distribución (la de abajo alberga un aseo, la cocina y un enorme salón. La de arriba los dormitorios, un cuarto para la colada y dos baños); no tengo jardín en la parte posterior, pero sí un pequeño cuadrado de césped delantero delimitado por una valla de madera blanca, muy al estilo de las películas americanas, pero suficiente para disfrutar en primavera y en verano cuando el tiempo lo permite para hacer algo de vida al aire libre.

La contemplo ensimismada durante unos minutos y se me encoge el corazón al pensar que, por primera vez en mi vida, voy a pasar semanas lejos de aquí, sin ver como el sol se esconde en el horizonte a través de la ventana de mi habitación, sin escuchar el característico sonido del último escalón de la escalera crujiendo bajo mis pies o sin acercarme a la casa de los padres de Bruno cuando no me apetece desayunar sola.

Resignada, salgo del coche y, arrastrando los pies y con los hombros hundidos, me acerco a la puerta principal.

El característico olor a azahar del ambientador con el que acostumbro a perfumar cada una de las estancias me recibe en cuanto pongo un pie en el interior, y aspiro con fuerza para embriagarme de su aroma familiar.

Caminando con pesar, como si cada uno de mis pies se hubiese convertido en un ancla con la que permanecer atada a este lugar, me dirijo al salón, dispuesta a dejarme caer en el sofá. No obstante, todavía no he apoyado el culo en el cojín cuando mi móvil comienza a vibrar.

Es un mensaje de mi padre.

Recuerda que en tu habitación te espera una sorpresa muy especial, estoy seguro de que te va a cambiar la vida y lo vas a disfrutar. Te quiero.

¡Es cierto! ¡Lo que se supone que mi padre le dio a Bruno para que este dejase en mi casa! ¡Lo había olvidado por completo! Que me va a cambiar la vida… La última vez que me dijo algo así fue cuando apareció con una de esas aspiradoras que se mueven por toda la casa quitando la porquería hasta de debajo del sofá. Y hombre, no voy a decir yo que no sea práctico, pero tanto como para cambiarme la vida… ¡Pues va a ser que no!

Movida por la curiosidad, me levanto y me encamino a toda prisa hacia las escaleras para subir a mi habitación.

Abro la puerta con una sonrisa en los labios, tratando de adivinar qué se le habrá ocurrido esta vez, pero, en cuanto lo hago, la sonrisa es sustituida por un grito de pavor y salto hacia atrás como si encima de mi cama acabase de encontrarme con un león hambriento en lugar de con un pequeño y adorable cachorrito que parece de lo más entretenido devorando mi almohada.

Con movimientos lentos, como si temiese que el pobre animalillo fuese a abalanzarme sobre mí, saco el móvil del bolsillo y marco el número del traidor que lo dejó ahí.

—¿Qué-es-eso? —pregunto en cuanto escucho su voz.

—Intenta tranquilizarte —me recomienda pausado, como si no pasase nada y yo fuese una exagerada.

—¡Tarde! —protesto—. ¿Cómo se te ocurre dejar aquí un perro?

—No te olvides de que fue idea de tu padre, yo solo soy el mensajero.

—Y tú no te olvides de que en las pelis de miedo el mensajero es el que siempre muere primero —siseo, intentando hablar bajo para no asustar al devorador de almohadas.

—Te repito que, en este caso, yo solo soy un mandado —me asegura y, por cómo habla, estoy convencida de que le está costando la vida no echarse a reír al muy condenado.

—¡Claro, fue cosa de mi padre! ¿¡Y si mi padre va y te dice que te tires por un puente tú vas y lo haces!?

—Probablemente, ya sabes puede llegar a ser muy convincente —bromea.

—¡No estoy para bromas! ¡No cuando hay un perro encima de *mi* cama! —aseguro, haciendo especial hincapié en el posesivo.

—Venga, no es un perro, solo un cachorrito, un bebé —me recuerda.

—Un bebé con colmillos y dientes muyyy afilados —murmuro, y dejo escapar un gemido.

—¡Es un perro, no un cocodrilo! Además, no podía quedarse más tiempo en el refugio, no había sitio y tenían que sacarlo. ¿Preferirías que ese adorable angelito se quedase en la calle pasando frío?

—¡No intentes hacerme el lío! ¡Los dos sabemos que mi padre nunca lo dejaría en la calle! —exclamo.

—*Touché* —reconoce—, pero lo que sí es cierto es que ese pequeñín necesita una atención especial y que no podía seguir allí. Su mamá murió de parvovirus hace un mes y, desde entonces, les cuesta horrores hacerlo comer, por no hablar de que el pobrecito no dejaba de llorar. Todos sus hermanos han sido adoptados y solo quedaba él. ¿Te imaginas lo triste que debía de estar?

Observo al animalito quien, con parte de la almohada todavía entre sus dientes, ladea la cabeza, fijando sus inteligentes ojitos en mí.

La verdad es que, a pesar de estar en los huesos (no pesará más de kilo y algo), es una monada; aterradora, pero una monada. Su cuerpecito es de color castaño, pero el pelito que rodea su ojo derecho es negro y sus patitas delanteras, blancas.

—Pues peor me lo pones. ¿En qué momento se le pasó a mi padre por la cabeza que yo podría encargarme de un animalito en tales condiciones? —refunfuño, temerosa e insegura.

Ya no es solo el miedo que les tengo, es que, por si eso fuese poco, un perro es una gran

responsabilidad, es un ser vivo con necesidades, sentimientos y emociones que depende de uno, y no sé si yo estoy preparada para asumir algo así en este momento, aunque, al parecer, el insensato de mi padre opina que sí.

—Si lo piensas, es perfecto. Tú vas a vivir una experiencia nueva y el cachorro también necesita comenzar de cero. Además, la mayor parte del tiempo trabajas desde casa, lo cual es fantástico porque os haréis compañía el uno al otro —intenta persuadirme.

—Ni siquiera me atrevo a acercarme a él —susurro sin apartar la mirada de esa bolita de pelo.

—¿Ves? Todo son ventajas, por fin vas a tener que hacerle frente a ese estúpido miedo —afirma.

—No te metas con mi miedo, no es estúpido.

—Todos los miedos irracionales lo son —sentencia—. Y, en este caso, amiga mía, vas a tener que echarle valor.

—Muchas gracias por el ánimo —refunfuño.

—Si te sirve de consuelo, sabes que estoy a solo una llamada de distancia. Si me necesitas para arrancarte de las fauces de ese feroz y peligroso animal, no dudes en llamarme y, antes de darte siquiera tiempo a colgar, llegaré volando en tu rescate cual príncipe azul.

—¿Bruno?

—¿Sí?

—Vete a la mierda.

Una carcajada resuena al otro lado del teléfono y, como siempre, su risa contagiosa aligera un poco mi mal humor. Aun así, continúo enfadada con él por haber metido al animal en mi habitación y lo amenazo haciéndoselo saber.

—Cada vez estoy más cerca de quitarte las llaves de mi casa.

—Me lo agradecerás mucho antes de lo que crees —responde—. Por cierto, el perrito tiene dos meses, por lo que ya le han puesto las dos primeras vacunas y está desparasitado. Tu padre se encargó de todo antes de pedirme que te lo dejase ahí.

—Qué considerado —bufo.

—Y tanto —se carcajea de nuevo este traidor que, desde hoy, se va a convertir en mi ex mejor amigo—. Ahora —añade—, aunque sabes que nunca me canso de hablar contigo, voy a colgar para que podáis empezar a conoceros mejor.

Dicho esto, me lanza un sonoro beso, al que respondo con un gruñido, y corta la comunicación, dejándome con cara de tonta, el teléfono todavía en la oreja y la vista clavada en el perro que descansa sobre mi colchón.

Tardo unos cuantos segundos en reaccionar y, cuando lo hago, guardo el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Hola, bonito —lo saludo y trago saliva antes de acercarme despacio, como si, en lugar de estar aproximándome a un cachorrito, estuviese haciéndolo a un tiranosaurio a punto de morir por desnutrición.

Un ladrido alegre me responde, acompañado de un efusivo movimiento de rabo.

Sin pensarlo demasiado, recorro los metros que nos separan y tomo asiento a su lado. Ambos nos estudiamos; yo, a él, con miedo y él, a mí, con curiosidad, hasta que, conmovida por su dulce mirada, paso con cuidado mi temblorosa mano por su lomo y lo acaricio y, para mi sorpresa, lejos de apartarse, parece encantado.

Repito la caricia unas cuantas veces, ganando algo de confianza, mientras me pregunto cómo es posible que ese simple gesto, esa tenue caricia provoque en mi pecho una sensación de

ternura tan brutal.

—Parece que tú y yo vamos a hacernos buenos amigos —murmuro, paseando los dedos con suavidad por su cabecita—. Pero necesitamos cosas…, muchas cosas… Esto… No te muevas, espérame aquí, te prometo que vuelvo ahora —digo levantándome mientras ya estoy elaborando un listado mental.

Capítulo 3

Una escena de novela

Sara

El móvil comienza a vibrar y desvío un momento la vista de la carretera para fijarla en la pantalla, y suspiro de alivio al descubrir que se trata de Bruno.

El camino se me está haciendo eterno y no veo el momento de llegar. No es que tenga ningún problema por conducir, pero hace casi seis horas que salí de casa y comienzo a acusar el cansancio, por no hablar de que esta mudanza temporal me apetece menos que nada, y eso no ayuda a mejorar mi estado de ánimo.

Me siento como si fuese un soldado que es llevado a la trinchera a punto de entrar en batalla. Me repito a mí misma que son unas vacaciones para desconectar, pero mi cabeza no parece muy por la labor de hacerse a la idea y colaborar.

—¿Qué tal el viaje? ¿Has llegado ya a ese pueblecito encantador? Iba a salir a cenar con Thiago, pero antes quería saber qué te parece tu nuevo hogar. Por las fotos, parecía una monada —se interesa mi amigo.

—Pues ni confirmo ni desmiento, porque todavía no lo he visto —gruño—. Esta carretera no parece tener fin.

—¿De verdad? —Parece extrañado.

—¿Y sabes cuánto te puede quedar?

—Ni idea, desde hace unos veinte minutos lo único que veo son árboles y más árboles al pasar —respondo tensa.

—Pero si hace seis horas que saliste. ¡Ya tendrías que estar en tu nueva casa descansando! —me recuerda como si yo no fuese consciente del tiempo que llevo metida en el coche.

—Pues como mi *nueva casa* no esté en la copa de un pino, mucho me temo que ni me estoy acercando —replico—. Además, te recuerdo que no voy sola, Calcetines necesita estirar las patas y hemos tenido que hacer un par de paradas.

—¿Calcetines? —repite, escupiendo el nombre como si se le hubiese atragantado.

—Sí, Calcetines, el perro que dejaste a escondidas en mi habitación cometiendo allanamiento de morada. ¿Lo recuerdas?

—Ehhh, sí, hablando de eso… ¿No te habrás enfadado?

Echo un vistazo al cachorrito que duerme de forma apacible dentro de su transportín (una de las tantas cosas que fui a comprarle en cuanto lo vi) en el asiento trasero. En realidad, al menos hasta el momento, tenerlo conmigo tampoco ha sido tan malo… De no ser porque dentro del maletero llevo casi más cosas para él que para mí.

No es que mi miedo se haya esfumado, todavía tiemblo cuando lo escucho ladrar y me tenso al tenerlo al lado, pero reconozco que cuando lo miro, siento una cálida y agradable sensación acomodándose en mi pecho que aumenta con cada caricia que le doy, y poco a poco empiezo a comprender que igual mi padre tenía razón y adoptarlo no ha sido tan malo.

—Sabes que no puedo enfadarme contigo —respondo en un tono que deja patente que los dos estamos al corriente de esa información—. Aunque reconozco que a veces me encantaría.

La carcajada que suena al otro lado me hace sentir un poco menos perdida, pero también me hace ser aún más consciente de lo mucho que lo voy a extrañar. Mis ojos se humedecen y sacudo la cabeza intentando apartar el sentimiento de tristeza y concentrarme en lo que tengo delante de mí, pero no soy tonta y sé que este cambio me va a costar.

—Ahora en serio, estoy empezando a preocuparme, no quiero que se me haga de noche en esta carretera estrecha en medio de la nada —murmuro.

—¿No llevas puesto el GPS? —inquiere.

—Lo llevaba, pero hace un rato que no encuentra mi ubicación.

—¡Por favor, no se te ocurra perderte! —exclama mi amigo, ahogando un gemido. Me conoce bien, y por ello sabe que, entre todas mis virtudes, no destaca el sentido de la orientación.

—¡Perderme no era mi objetivo de hoy! —protesto.

—Abre bien los ojos, Sara, tiene que haber algo, una señal, una casa donde preguntar, fíjate bien… —me ordena.

—Te garantizo que los llevo como platos —refuto.

—Espero que al menos tengas batería de sobra en el teléfono.

—Sabes que siempre lo llevo conectado al cargador cuando voy conduciendo.

—Bien, pues entonces no pienso colgar. Te acompañaré vía telefónica hasta que sepamos dónde leches estás.

—Pero has quedado para cenar —protesto, imaginando que el pobre Thiago estará esperando.

—Esto es más importante; necesito saber que llegas viva, así que la cena tendrá que esperar.

—Creo que a lo lejos veo una señal —anuncio unos segundos después.

Los dos permanecemos un momento en silencio hasta que, al ir aproximándome, compruebo que, en efecto, a mi derecha una señal vieja y oxidada anuncia que Aldavejo se encuentra a tres kilómetros y medio.

—¡Ya está! Estoy llegando —le digo, contenta de que el viaje esté terminando por fin.

—¡Estoy deseando estirar las piernas un rato!

—¿Seguro? —insiste.

—Que sí, pesado, vete a cenar que Thiago va a terminar impacientándose —lo animo convencida.

—Prefiero esperar un poco más, la comida no va a escaparse del plato y sabes que Thiago te adora, así que también él se quedará más tranquilo cuando nos aseguremos de que has llegado a tu destino —afirma.

—Está bien —acepto, agradecida por poder disfrutar un poco más de su compañía.

Otra señal, esta vez más grande y lustrosa, me anuncia el comienzo del pueblo, cuya entrada es un camino de tierra enmarcado a ambos lados por inmensos robles de ramas que se zarandean al compás del viento que se abre paso entre sus hojas.

—Parece que hemos llegado. ¡Yujuuu! —murmuro con ironía.

—Intenta tomártelo por el lado positivo, quién sabe, quizás este mes resulte ser una fuente de inspiración —me recomienda.

—Lo veo complicado cuando estar aquí es una imposición —bufo.

—¿Qué ganas protestando? Tú decidiste aceptar sus condiciones, así que ahora intenta disfrutarlo… Te juro que, si lo llevas muy mal, yo mismo te arrastraré de nuevo a casa, pero no

perdemos nada por intentarlo.

Escucho sus sabias palabras mientras continúo recorriendo el sendero, que se prolonga algo más de un kilómetro, antes de que la tierra dé lugar a un estrecho tramo adoquinado y las primeras casas y fincas aparezcan ante mis ojos.

Durante unos segundos, los dos permanecemos de nuevo en silencio. Sé que tiene razón, tengo que ser más positiva; por normal general, siempre consigo sacar el lado bueno de las cosas, pero mucho me temo que en esta situación me va a resultar un pelín más difícil encontrarlo…, pienso mientras avanzo dejándome guiar por el sentido único de la calzada, hasta que me veo obligada a frenar de forma brusca para no empotrarme contra un muro que sobresale en una curva salida de la nada.

Reanudo la marcha, resoplando, y giro tres veces a la izquierda, serpenteando por estrechas callejuelas.

—¡Esto parece un laberinto! —exclamo molesta.

—No seas exagerada —me reprende mi Pepito Grillo telefónico.

Un ligero gemido de protesta proveniente del asiento trasero me arranca un resoplido.

—¿Ves? Hasta el perro está de acuerdo conmigo —le digo a mi amigo antes de dirigir mi atención al espejo retrovisor para comprobar que Calcetines, que se ha portado como un angelito, pasándose gran parte del viaje dormido, golpea impaciente con su patita el transportín, cansado de estar ahí.

—Aguanta un poco —le pido—. Ya debemos de estar a punto de lle…

La frase queda incompleta cuando, al fijar de nuevo la mirada en el frente, soy incapaz de terminarla.

—¿Sara? —me llama Bruno.

Abro la boca con la intención de responder, pero es que no me salen las palabras.

—¿Sara? —insiste.

—Pero ¿qué…? —farfullo, contemplando con los ojos abiertos de par en par la surrealista e inesperada escena que se desarrolla ante mí haciéndome sentir como si de repente me hubiese convertido en parte del reparto original de *Bienvenido, Míster Marshall*.

—Sara, ¿qué cojones pasa? —pregunta mi amigo, comenzando a inquietarse.

Tentada de dar marcha atrás a toda velocidad y largarme a toda prisa de aquí, reduzco las marchas del coche hasta tal punto que este casi se cala, mientras abro y cierro la boca repetidas veces, buscando los adjetivos oportunos para describir la estampa que tiene lugar en lo que deduzco será la plaza central.

—Tengo que dejarte, luego te llamo —susurro con voz ahogada, deslizando la vista por la comitiva, que forman unas veinte personas, las cuales, con pancarta de bienvenida en mano, tarteras, bolsas y yo que sé cuántas cosas más, se amontonan a unos pocos metros con la vista clavada en el coche y sin dejar de sonreír ni de cuchichear.

—Esto tiene que ser una broma —siseo entre dientes cuando los veo acercarse y colocarse delante sin ningún cuidado, impidiéndome continuar.

Forzando una sonrisa de lo más artificial, apago el motor, respiro hondo y abro la puerta dispuesta a bajar.

—Bienvenida a nuestro pueblo, Sara, estamos seguros de que te va a encantar —me saluda una chica que se adelanta un par de pasos en cuanto salgo del coche.

Agarrada todavía a la puerta como si esta se hubiese convertido en un escudo protector, la estudio con detenimiento.

Es la más joven del grupo (lo cual no es muy complicado teniendo en cuenta que la media

del resto supera con creces los sesenta años); ella, sin embargo, debe de rondar mi edad.

No es ni muy alta ni baja, tiene la cara ovalada, unos bonitos ojos azul cielo, el pelo tintado en un tono fucsia, corto, un poco por debajo de la mandíbula y con flequillo, y un pendiente en la ceja izquierda. Una estética moderna que contrasta bastante con el clásico y elegante traje sastre verde claro que le da un aire de lo más profesional.

—Ehhh… Gracias —consigo responder con un hilo de voz.

—Mi nombre es Erin y me encargo de gestionar la casa de huéspedes en la que te vas a alojar —me informa.

—Gracias por recibirme —titubeo repitiéndome, pues no se me ocurre nada más que añadir.

—¡Tranquila! —responde, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No te haces una idea de la ilusión que nos hace que hayas venido a pasar una temporada con nosotros; si lo que necesitas es inspirarte, no hay un sitio mejor.

Mi espalda se tensa al escuchar esa afirmación.

—Inspiración —repito con un hilo de voz.

—Ajá —asiente ella, sin percatarse de cómo mi rostro pierde ligeramente el color.

—El alcalde nos explicó que eres pintora y que estás preparando tu próxima exposición —declara como si tal cosa.

—Ah, es cierto, la exposición. —Mi sonrisa se amplía un poco de puro alivio. Por un momento, pensé que sabían quién soy, se me había olvidado la coartada de la pintora que necesita inspiración.

—Todos vamos a hacer lo posible por que te sientas una más —anuncia Erin.

—Te lo vas a pasar de rechupete —asegura un anciano que andará cerca de los noventa, señalándome con el bastón en el que se apoya.

—La sangre fresca siempre es bienvenida —dice una mujer cargada con una enorme tartera, haciéndome sentir como si ella fuese Drácula y yo el plato principal que piensa zamparse mañana en la comida.

—Verás qué a gustito vas a estar —interviene la que está justo a su lado, y sonríe de oreja a oreja.

Yo, bastante abrumada y sin saber qué decir, me limito a mirarlos a todos, todavía agarrada a la puerta del coche, asintiendo sin parar.

—¿Hacéis este recibimiento a todo el que contrata una estancia vacacional? —pregunto en un susurro.

—¡Pues no sabría decirte porque has sido la primera en alquilar! Por eso están todos tan emocionados.

—Pues sí que se les ve contentos, sí —comento, observando con disimulo a los ancianos, que me contemplan como si fuesen niños la mañana de Navidad y yo un juguete nuevo listo para estrenar.

—Chicos, no la atosiguéis que acaba de llegar —los regaña de forma cariñosa la chica del pelo rosa—. Sígueme, te guiaré a tu casa, está a las afueras, pero las afueras en este sitio apenas son cinco minutos andando —se ríe—, es una de las cosas buenas de vivir aquí, lo tenemos todo a mano —asegura, enganchándose a mi brazo y tirando de mí para obligarme a apartarme del coche.

—Espera, yo es que tengo que sacar al perro… —la interrumpo al ver que su intención es arrastrarme hacia la izquierda.

—¿Traes un perro? —inquiere, abriendo mucho los ojos.

—Sí, espero que no sea un problema —respondo, aunque por la emoción en su voz deduzco que no lo es.

—¡Qué va! Nos encantan los animales, ¿verdad, chicos? —pregunta a la comitiva, que continúa cuchicheando tras ella.

—¡Un pueblo sin animales es como una charca sin ranas! —replica un anciano de piel arrugada y boina negra, dejando entrever una sonrisa tan afectuosa como mellada.

—Él es Agustín, trabajó durante muchos años en el matadero, por eso se hizo vegetariano, dice que quedó tan impresionado que ahora solo quiere animales vivos, no muertos —me informa la chica, señalando al hombre que acaba de hablar—. Aunque ya los irás conociendo —asegura y me suelta para abrir la puerta trasera, sacar a Calcetines del transportín y ponerle ella misma la correa antes de bajarlo al suelo.

—Aquí tenemos gallinas, tenemos ovejas y hasta alguna vaca —insiste el hombre.

—¡Yo me encargo del coche! —exclama una viejecita con los ojos brillantes por la ilusión.

—¡Pero con cuidado, Eusebia! ¡Ya sabes que el médico te prohibió seguir conduciendo en la última revisión después de que no te renovaran el psicotécnico! —le advierte mi improvisada guía.

—¡Que sí, que sí, que en un periquete estoy ahí! —responde la mujer, que se acerca de inmediato a la puerta del conductor.

Yo observo la escena perpleja.

—¿Seguro que puede llevarlo? —cuchicheo, sin apartar la vista de la anciana que, sin perder un segundo, ya se ha acomodado en el interior y ha encendido el motor.

—¡Claro! Eusebia es nuestro Fernando Alonso particular —me explica animada.

—¿Pero no dices que le han quitado el carnet de conducir? —insisto en voz baja, para que no me escuche nadie.

—Eso fue después de tener un pequeño altercado con unas vacas, pero tranquila, está todo controlado. No va a pasar nada.

—Las muy *jodías* se metieron en el medio, pero no veas cómo corrían —me informa Eusebia, asomando por la cabeza por la ventanilla y dejándome aún más intranquila.

—No te preocupes, mujer, lo dejas en buenas manos —insiste Erin.

—Si tú lo dices —acepto con aire dubitativo, pues, con lo contenta que veo a la anciana, aunque se lo pidiera, dudo que aceptase bajar.

—¡Ea! ¡Pues ahora que está todo listo, vamos allá! —me indica Erin, enganchándose de nuevo a mi brazo con familiaridad, como si en lugar de llevar cinco segundos conmigo me conociese de toda la vida, y tirando de mí hacia una de las callejuelas de la derecha mientras el cachorro, feliz de verse en el suelo y rodeado de tanta gente (porque sí, lejos de quedarse en la plaza, el resto de la comitiva nos sigue un par de pasos por detrás sin dejar de parlotear), comienza a ladrar.

—Ya verás, la casa está rodeada de unos campos maravillosos y lo tienes todo a tiro de piedra, ¡nunca mejor dicho, porque aquí otra cosa no, pero piedras tenemos un montón! —anuncia la chica, riéndose de su propio chiste.

—¡Te hemos preparado la cena! —interviene emocionada a mi espalda una de las señoras, que nos sigue con paso ligero y envidiable para su edad.

—¡La de hoy y la de toda la semana! —se carcajea la que va a su lado.

—Y lo bien que le va a venir… —murmura la primera—. Mírala, pobrecita mía, está escuchimizada.

Me giro un momento, no sé si con la intención de dar las gracias por el detalle o con la de

especificar que no estoy tan delgada… Pero me siento tan sobrepasada por las circunstancias que no consigo articular palabra.

Los siguientes minutos se convierten en horas mientras Erin me arrastra sin dejar de hablar hasta que, por fin, las viviendas comienzan a espaciarse entre ellas y llegamos a un ancho sendero de tierra que conduce a una pequeña pero coqueta casita de piedra cercada por una valla de madera.

Me detengo a observarla durante unos segundos, pero Erin enseguida me insta a continuar.

Sin demora, abre el acceso que da paso a un trocito de jardín delantero y subimos los tres escalones que nos separan del amplio porche de madera en el que se encuentra la entrada donde, por cierto, ya nos espera Eusebia quien se nos ha adelantado, dando su misión por finalizada, y nos observa sonriendo de oreja a oreja, sana y salva.

Respiro aliviada, pues, aunque el coche no está a la vista, ella continúa entera y espero paciente a que Erin introduzca la llave que acaba de sacar de su bolsillo en la pesada puerta, la cual cruje de forma tenue al abrirse para dejarnos entrar.

Sin esperar a que nosotras pongamos un pie dentro, la comitiva, que hasta ahora se ha mantenido en un segundo plano, nos adelanta y, acompañados por Calcetines, que corre al interior sin mirar atrás, se adueñan de la que se supone va a ser mi casa dándose indicaciones los unos a los otros sin parar, mientras yo los contemplo con la boca abierta sin tener ni idea de cómo reaccionar.

—No se lo tengas en cuenta, son un poquito invasivos, pero sus intenciones son nobles, solo quieren asegurarse de que estás bien y no te falta de nada mientras te instalas —susurra mi acompañante, que es la única que se mantiene a mi lado, empujándome ligeramente el brazo al darse cuenta de lo descolocada que estoy.

—Yo… Gracias, supongo —musito.

—Ahora los sacaré de aquí y te dejaremos espacio y tiempo para que te instales, pero en la nevera tienes un pósit con mi número, cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme —ofrece con amabilidad.

¿Por qué demonios tengo la impresión de que desde que he llegado a este lugar me he vuelto medio lerda y no soy capaz ni de contestar?, me pregunto, asintiendo a la vez que esbozo un amago de sonrisa que se queda en mueca.

—Chicos, vámonos, dejémosle a nuestra nueva vecina un poco de privacidad —los llama alzando la voz mientras me guiña un ojo.

Es escucharla y, como por arte de magia, las voces cesan. Todas las miradas se clavan en mí y, antes de que pueda darme cuenta, tal como entraron todos comienzan a salir en tropel, despidiéndose de mí al pasar por nuestro lado para alejarse por el camino charlando.

—Te enseñaría la casa, pero creo que hay cierta magia en que tú misma la descubras poco a poco… Y, por cierto, se me olvidaba, ayer por la mañana un amigo tuyo estuvo por aquí… Una de las habitaciones de la planta de arriba estaba vacía y nos dijo que quería preparar allí algo especial para ti —comenta, dejándome todavía más desconcertada.

—¿Un amigo mío? —repito incrédula.

—Sí, me dijo que se llamaba Bruno, era rubio y muyyy guapo —especifica con ojitos de corderito degollado—. Un chico encantador.

—Sí que lo es, sí —admito, comprobando una vez más que, queriendo o sin querer, Bruno sigue haciendo estragos.

—Recuerda que tienes mi número de teléfono en la nevera, no dudes en llamarme para lo que necesites —insiste antes de dar unos pasos y echar a correr para reunirse con los demás, que

ya se alejan por el camino de tierra.

—Tranquila, creo que me las apañaré —afirmo, observando cómo se van, dejándome en el umbral.

Sé que es una tontería, y no es que pretendiese que medio pueblo se quedase conmigo a compartir casa, pero ahora que me veo sola vuelvo a sentirme algo perdida y bastante desamparada.

Es una sensación extraña a la que no estoy acostumbrada, pues siempre he tenido la suerte de estar muy arropada.

—Bueno… —le digo a Calcetines que, al verse solo, se ha acercado a la puerta a buscarme —. Empieza a hacer frío, creo que deberíamos entrar.

El perro ladra, moviendo la cola, y corre de nuevo hacia el interior, a la vez que yo me apresuro a sacar la llave de la cerradura para seguirlo hacia el que, al menos durante una temporada, será mi nuevo hogar.



Veinte minutos más tarde, después de haber inspeccionado a fondo casi toda la casa, tengo que admitir que no está nada mal.

Los suelos son de tarima oscura y las paredes combinan la piedra con vigas de madera del mismo tono, dándole el aspecto rústico y acogedor de una cabaña con grandes ventanales.

La planta baja se compone de un salón cuyo elemento central es una preciosa chimenea eléctrica rodeada de estanterías a ambos lados y en cuya parte superior se encuentra una enorme televisión.

A unos metros de esta, destaca un *chaise longue* azul con cojines beis a juego con la confortable mantita que descansa en uno de los laterales del sillón, y a la izquierda, una mesa rectangular en tono roble rodeada de sillas, que combina con otra similar pero de menor tamaño colocada de forma estratégica delante del sofá, hace la función de comedor.

Una isla negra con banquetas une y separa a la vez este espacio de una pequeña pero equipada cocina americana.

Al lado de las escaleras de madera que conducen a la planta superior, se encuentra un pequeño aseo con suelos y paredes en diferentes tonos de gris en el que solo entran el lavabo y el inodoro.

Si la planta baja derrocha comodidades, la de arriba, con su estilo abuhardillado, no tiene nada que envidiarle.

Compuesta de una estancia que todavía no he visto y una habitación de tamaño XL que da cabida a una inmensa cama arropada con edredones y cojines en varios tonos de blanco, mesillas a ambos lados, un tocador la mar de coqueto, una estantería a juego y, lo mejor…, un vestidor de tal tamaño que en él podría guardar mi ropa y la de todo el barrio.

El baño en *suite* es, por supuesto, mucho más grande que el aseo de abajo y alberga ducha con hidromasaje, un lavabo coronado por el enorme espejo retroiluminado y uno de esos inodoros japoneses que tanta gracia le hacen a mi padre… Verás cuando se lo cuente.

Una sonrisa asoma a mis labios al pensar en él y, dirigiendo la vista hacia Calcetines, que ya se ha hecho un hueco entre los cojines, me encamino hacia la única habitación que me queda por ver y que deduzco es en la que Bruno ha preparado la sorpresa.

Está a pocos metros de la mía, por lo que no tengo que andar demasiado.

Intrigada por saber que será lo que mi amigo ha estado tramando, me apresuro a abrir la puerta y, de inmediato, se me llenan los ojos de lágrimas al descubrir lo que se oculta tras ella.

Con mano temblorosa, suelto el pomo y me adentro en la estancia.

Es pequeña, el techo tiene cierta inclinación y las paredes son de piedra robusta mezclada en algunas zonas con madera.

En la pared izquierda me espera una estantería llena de mis libros y fotos favoritas y, a unos pocos metros, un columpio colgante repleto de cojines parece invitarme a relajarme leyendo justo ahí.

A los pies de la ventana, una alfombra de pelo alto descansa bajo una mesa que reconozco muy bien: es el maravilloso escritorio antiguo de la bisabuela de Bruno. Hasta ahora siempre había ocupado un lugar importante en el salón de su casa, y me parece increíble que ahora esté aquí.

Contemplo anonadada la exquisita pieza de madera blanca con las suaves y elegantes ondas que forman sus patas y una lágrima se desliza por mi mejilla.

Apoyados sobre él, se encuentran una caja de gran tamaño y un pequeño jarrón con varias flores silvestres.

Curiosa, abro la caja con cuidado y mi mandíbula se descuelga, ¡es imposible! Es una máquina de escribir *vintage* de la que me enamoré hace varios años en una tienda de segunda mano. En ese momento no llevaba dinero encima y, cuando quise volver a por ella, ya no estaba.

Una pieza de coleccionista en color lila que intenté encontrar durante meses sin éxito. ¡No me puedo creer que esté aquí! ¡Es increíble que el loco de mi amigo la haya encontrado y comprado para mí! ¡Ni siquiera sabía que la estuviese buscando!

Mis dedos se pasean con delicadeza sobre las teclas y decido que, aunque, como es lógico, siempre escribo en el ordenador, mi próxima novela cobrará forma gracias a esta obra de arte. Sé que me llevará más tiempo, pero valdrá la pena. Entonces, reparo en la nota que hay junto a ella.

Está escrita a mano con la inconfundible letra de Bruno.

> No hay nada imposible de encontrar.
> Solo hay que querer buscar.
> Disfrútala, te quiero.

Emocionada, me seco las lágrimas que surcan mis mejillas y cierro los ojos, inclinándome hacia las flores para aspirar su olor. Todo es perfecto, no se puede pedir nada más… O eso creo hasta que, al abrirlos de nuevo y elevar la mirada al frente, me quedo hechizada al encontrarme con el precioso jardín de la parte posterior de la casa.

No es muy grande, pero está repleto de flores de azahar y, sobre todo, de lavandas. Cientos de flores lilas que engañan a la vista convirtiéndose en un océano violeta. Su aspecto es tan bucólico y romántico que invita a soñar, a dejar volar la imaginación y a dejarse llevar… Y ahí, contemplando la sutileza con la que esas pequeñas flores blancas y violetas se mecen al son del viento acariciadas por los últimos rayos del atardecer, no me queda más remedio que reconocer que si la finalidad de todo esto era buscar la inspiración, no se me ocurre mejor sitio para hacerlo que en este refugio, esta ventana y esta habitación que Bruno ha creado con mimo para hacerme sentir acompañada incluso estando tan lejos de mi hogar.

Capítulo 4

Aldea pitufa

Carlos

—Llave inglesa —solicito extendiendo la mano mientras escucho todo lo que mi hermana me cuenta sobre el recibimiento de nuestra «ilustre invitada» desde mi privilegiada posición bajo el fregadero del bar.

—Llegó bastante más tarde de lo que esperábamos y parecía algo cansada, no hablaba demasiado, pero no la culpo. ¡Tenías que ver su cara cuando vio que medio pueblo estaba esperando para recibirla en la plaza! ¡Dolores y Manolo hasta hicieron una pancarta! ¡La pobre se quedó sin palabras!

—Me lo imagino —respondo entre dientes, y aprieto la mandíbula a la vez que trato de enroscar una tuerca que se niega a encajar—. Seguro que es una esnob que se cree demasiado importante para pasar unos días en este humilde lugar.

Mi hermana suelta un bufido y, a pesar de que no puedo verla, apostaría a que acaba de poner los ojos en blanco.

—Pues para nada me dio esa sensación, solo parecía algo… agobiada. ¡Y como para no estarlo! ¡Cualquiera en su lugar estaría igual! —la defiende con vehemencia—. No deberías juzgarla tan a la ligera, primero porque no la conoces y segundo porque fuiste tú quien propició esta situación.

—¿Estás intentando decirme algo? —la cuestiono, arrastrando el cuerpo hacia fuera para enfrentar su azulada mirada.

Me fastidia que Erin ya se haya puesto de su lado. No entiendo por qué lo hace si, tal y como ella misma acaba de decir, no la conocemos de nada. ¿Cómo es posible que, a pesar de llevar menos de un día en el pueblo, esa mujer ya la tenga comiendo de la palma de su mano?

—Nada que no sepas —afirma elevando la mandíbula a la vez que se coloca un mechón de pelo rosa detrás de la oreja—. Tú solito eres consciente de que lo que le has hecho es una putada.

—No es para tanto… —me defiendo, poniéndome en pie para limpiarme las manos.

—Si tú lo dices… —murmura, negando con la cabeza.

Refunfuño para mis adentros mientras me seco con un paño. Cuando me ofrecí a ayudar a Mariano, el tabernero, pensaba que arreglar esta odiosa fuga de agua me llevaría solo un rato; no obstante, llevo casi toda la mañana tirado en el suelo, con medio cuerpo mojado y manchado de grasa, y el puñetero grifo sigue goteando. Así que estoy de un humor de perros y tener a mi hermana pequeña delante leyéndome la cartilla no hace más que empeorarlo.

—No has sido justo con lo que le has hecho y lo sabes —añade con voz más suave.

—Tampoco ella lo fue cuando habló de nuestro pueblo como lo hizo —asevero, dándole la espalda.

—No dijo nada que no sea cierto —insiste, armándose de paciencia como si estuviese hablando con un niño pequeño.

—Hay muchas formas de describir una misma realidad, dado que es escritora, debería saberlo, y las palabras que ella escogió no fueron apropiadas ni acertadas para hablar de este lugar.

—Que a ti no te hayan gustado no implica que no sean una descripción fiel de la realidad.

—No estoy de acuerdo, hay muchas cosas que se pueden decir de este pueblo, y ella no mencionó ninguna —me reafirmo obcecado.

—Carlos, yo adoro esto tanto como tú, pero tienes que admitir que, desde fuera, a veces, puede ser difícil apreciar su encanto —me recuerda con convicción.

—Pues precisamente por eso la he invitado a venir, para que pueda descubrirlo desde dentro —rebato, alzando la vista hacia ella con una sonrisa sarcástica asomando a mis labios.

—¡No la has invitado, la has obligado! ¡Es S. Harrison! ¡La pobre tendría mil compromisos que atender y tú la has arrastrado hasta aquí!

—¡Ssshhh! ¿Quieres hablar más bajo? —la regaño, dirigiendo una mirada nerviosa hacia la puerta que da a la barra del bar—. Te recuerdo que nadie puede saber quién es. He firmado un contrato de confidencialidad, ni siquiera a ti debería habértelo contado… Por no hablar de que yo no he arrastrado a nadie, ella eligió venir por voluntad propia, podría haberse negado.

—¡Como si le hubieses dado opción! —exclama.

—Hermanita, siempre hay opción y te repito que tengas el pico cerrado —advierto frunciendo el ceño.

—Sabes que puedes confiar en mí —susurra—. Para el resto del mundo, sigue siendo una pintora en busca de inspiración…

—Lo sé —la interrumpo—, por eso te lo conté.

—En cuanto a lo de tener opciones, creo que cada una de ellas se esfumó desde el momento en que la amenazaste con pasearte por platós de televisión y redes sociales comentando lo mal documentadas que están las descripciones de su libro y lo poco que te gusta. —Hace una pausa pensativa—. Imagino que, entre venir unos días o ver su nombre por todos lados durante semanas gracias a un *hater* molesto que además resulta ser alcalde…, escogió la menos mala de las alternativas.

—Tú y yo sabemos que yo no lo habría hecho —murmuro.

—Tú y yo sí, pero ella, no —me recuerda.

—Solo le estoy dando un empujoncito, la oportunidad de enamorarse de este maravilloso sitio —digo con aire inocente.

—Pues espero que el empujoncito no acabe lanzándonos a todos al vacío por un acantilado —musita, con la duda reflejada en el rostro.

—Verás como no, una vez aquí, es imposible no dejarse atrapar por la belleza natural de la zona —trato de tranquilizarla, a pesar de que yo mismo me he preguntado más de una vez durante las últimas horas si no me habré equivocado forzándolo todo tanto.

La descripción que la mujer hizo en su novela se refería a nuestro hogar como, y cito textualmente, «una fotografía del pasado, un espacio con más piedras y árboles que habitantes en el que el silencio se convierte en tu compañero de forma inevitable y el tiempo parece retroceder en lugar de avanzar».

Cuando lo que intentas es que tu pueblo vuelva a resurgir llenándose de la vida que un día tuvo, aparecer así en los libros de una escritora que leen millones de personas no es la mejor publicidad que puedes tener… Por eso me sentí tan molesto al principio, hasta que, en un momento de inspiración, decidí intentar darle la vuelta a la jugada, convencido de que, si esa mujer pasa algo de tiempo aquí y nos nombra en su próxima novela, sus descripciones serían

más amables y quizás, con un poco de suerte, algunos de sus lectores podrían interesarse y sentir curiosidad por este lugar. No es una idea tan descabellada, ¿no? Espero no equivocarme porque necesitamos que se nos vuelva a situar en el mapa y un poco de turismo nos vendría genial.

—Lo dice el que se largó en cuanto cumplió los dieciocho —farfulla Erin, sacándome de mis pensamientos y trayéndome de vuelta a la realidad.

—Cierto, pero a los veintitrés volví para quedarme. No conseguí mantenerme lejos demasiado tiempo —le recuerdo.

—Y los dos sabemos lo mucho que te costó hacerlo —afirma—. Ni siquiera te dio tiempo a ejercer como arquitecto.

—Puede, pero ahora no me arrepiento y, al igual que me pasó a mí, estoy convencido de que ella solo necesita un poco de tiempo.

—Por nuestro bien, espero que tengas razón —responde—. Pero, por lo poco que la he visto, no me parece el tipo de persona que disfruta viviendo en un lugar como este.

—¡Venga ya! ¡Ahora eres tú la que la está juzgando de forma precipitada! ¡Además, siendo una escritora de cierta edad sabrá apreciar la tranquilidad!

—¿De cierta edad? —repite alzando las cejas—. ¿Se puede saber en qué momento y por qué has dado por hecho que S. Harrison es una escritora de cierta edad?

La contemplo algo desconcertado, pues la respuesta me parece de lo más obvia.

—A la fuerza tiene que ser una mujer mayor. Es una escritora *best seller* cuyos libros se han traducido a más idiomas de los que puedo nombrar; eso no se consigue en dos días, es el resultado de años de esfuerzo —replico—. Es más, si tuviese que apostar, me atrevería a afirmar que usará gafas como consecuencia de pasar tantas horas delante de la pantalla y, por ese mismo motivo, estoy convencido de que su forma física dejará mucho que desear. —Hago una pausa y, al ver que no dice nada, continúo hablando—. ¡Lo bien que le van a venir las caminatas que se puede dar por los maravillosos senderos que rodean el pueblo! Ya verás, ¡le va a encantar!

Durante unos segundos, Erin me estudia sin decir nada y, cuando al fin abre la boca para responder, se detiene al escuchar la voz de Juan, el padre del tabernero quien, a sus noventa y dos años, está supliendo a su hijo Mariano mientras este hace unos recados, que nos llega alta y clara desde la barra.

—A los buenos días, ¿qué quieres, guapa?

—Un café con leche de almendras, por favor —responde una voz suave y aterciopelada.

El silencio se hace en el bar durante unos segundos, hasta que el hombre le responde extrañado.

—Perdona, bonita, pero estás confundida, la leche no viene de las almendras, sale de las vacas, las ovejas y las cabras.

—Sí, claro… Ya sé de dónde sale la leche, es solo que… Da igual —se interrumpe a sí misma la chica—. ¿Podría ser entonces con leche desnatada? —solicita esperanzada.

—¡Claro! No tenía pensado echarle nata. ¿Dónde se ha visto un café con leche que lleve nata? ¡Eso es una cochinada! —exclama el nonagenario.

Mi hermana ahoga una carcajada a la vez que se acerca a la puerta.

—Ahí tienes a *la anciana*… —murmura entreabriéndola.

Me acerco a su lado y, al echar un vistazo, frunzo el ceño, sorprendido por la apariencia de la mujer que se encuentra al otro lado estudiando a Juan con expresión desconcertada.

Mis ojos se encuentran con los de Erin y suelto un bufido al descubrir el cachondeo en su mirada.

No me extraña, no he dado ni una. La única coincidencia de la realidad con mi imaginación

es que, en efecto, lleva gafas.

Unas gafas de pasta en tono musgo que realzan todavía más esos grandes e increíbles ojos verdes de gata que destacan sobre un delicado y ovalado rostro de piel pálida que desprende cierta melancolía.

La contemplo durante unos segundos más con curiosidad.

Es delgada y, aunque no demasiado baja, tampoco es alta. Tiene el cabello rubio cortado a la altura de los hombros. Viste vaqueros, deportivas, un jersey gordo de lana y un abrigo de plumas de color azul eléctrico, y no es para nada como yo esperaba.

—¿Esa es la escritora superventas? —cuestiono sorprendido.

—Ajá —asiente Erin mientras la escuchamos responderle de nuevo al hombre—. No es la adorable viejecita que pensabas encontrarte, ¿ehh?

—Nunca dije que fuese adorable —replico—. Es que se la ve tan… normalita.

Ella se ríe por lo bajo y me estudia con interés, hasta que la voz de la chica vuelve a captar su atención.

—No, no pretendo que le eche nata, lo que necesito es leche desnatada, de la que se compra en el supermercado.

El hombre parece más que dispuesto a contestarle, pero antes de que le suelte alguna burrada, mi hermana abre del todo la puerta y tira de mi brazo para arrastrarme con ella, haciendo acto de presencia.

—¡Sara! ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Ya te has instalado? ¿Qué tal has pasado tu primera noche? ¿Has descansado bien? —A pesar de la batería de preguntas, la chica parece aliviada al encontrarse con ella.

—La verdad es que sí, estaba cansada del viaje —responde sin entrar en más detalles.

—Me alegro —responde Erin acercándose a su lado—. Por cierto, te presento a Carlos. Mi hermano, aunque en este momento comprendería que lo confundas con la versión carne y hueso de Super Mario.

La chica me recorre de arriba abajo, y una sonrisa asoma a la comisura de sus labios. Sigo su mirada y recuerdo que continúo cubierto de grasa, empapado y con la llave inglesa en la mano.

—No pretenderás que me ponga un traje para arreglar el fregadero —replico, fulminando a Erin con la mirada.

—Lo que tú digas, hermanito…

—¿Sois hermanos? —cuestiona la forastera, señalándonos a ambos.

—Sí, hija, sí —suspira Erin con aire dramático—. Por lo menos, eso se empeñan en decir mis padres, aunque, si te soy sincera, yo cada vez lo tengo menos claro.

—Ahora que lo dices…, tenéis los mismos ojos —admite la vecina nueva.

—Es lo único bueno que sacó el pobre de los genes familiares. El resto me lo llevé yo —comenta mi adorada hermanita con aire guasón.

—Ya te gustaría —murmuro con cierta incomodidad ante la divertida mirada de Juan, quien parece de lo más entretenido con la puesta en escena que le ha tocado presenciar.

Erin hace un gesto de desgana con la mano y, pasando de mí, se engancha de su brazo como si la conociese de toda la vida.

—Para conseguir leche desnatada tienes que ir al supermercado del pueblo de al lado, está a solo diez minutos en coche, puedo acompañarte si lo necesitas.

—¿No tenéis una tienda de alimentación aquí? —inquiere sorprendida.

—Me temo que no —contesta mi hermana.

—¿Ni siquiera una pequeñita con los productos más básicos? —insiste ella sin ocultar su decepción, abriendo los ojos como platos.

Estoy convencido de que la pregunta no lleva intenciones ocultas y dudo que la haga con ánimo de ofender, pero no puedo evitar que ese tonito de sorpresa y desilusión que usa me moleste a más no poder…

—No, no tenemos, y para tu información tampoco hay farmacia ni restaurantes…

—Bueno, eso no es del todo cierto… —me interrumpe mi hermana, tratando de cortarme mientras se desace del brazo de la escritora para lanzarme una mirada de advertencia.

—Ni cine ni teatro ni *boutiques* —prosigo arisco—. Ni ninguna de esas chorradas que hay en la ciudad, pero tampoco las necesitamos, nos apañamos a las mil maravillas tal y como estamos.

—Perdona, pero dudo que un lugar donde comprar comida sea una chorrada —replica, molesta por mi arrebato.

—Por supuesto que no, por eso tenemos uno en el pueblo de al lado, no creo que ir hasta allí sea algo taaan complicado —insisto.

—No he dicho que lo sea, pero no me negarás que es un poco incómodo tener que coger el coche cada vez que tienes que salir a comprar.

—No debería, a no ser que te cueste moverte del sofá, para cuyo caso existe una cosa que se llama compra semanal —me reafirmo.

Soy consciente de que me estoy pasando de vuelta, pero ahora no puedo recular.

—¿Me estás llamando vaga?

Su voz suena ofendida y sus mejillas se sonrojan, caldeando algo en mi pecho que me incita a continuar.

—No recuerdo haber pronunciado esa palabra —afirmo, con una sonrisa ladina dibujada en mi cara.

—Lo has insinuado.

—Quien se pica, ajos come —anuncio.

—¡Cree el ladrón que todos son de su condición! —me rebate.

—¡Yo también me sé uno! —interviene Juan, emocionado de poder aportar algo a la discusión—. ¡En abril, aguas mil!

—Ehhh, vale, creo que por hoy vamos a dejar el refranero —interviene Erin. Pero, en lugar de escucharla, los dos continuamos retándonos con la mirada mientras un hormigueo de lo más inoportuno me hace cosquillas en la boca del estómago.

—¡Que me guste tener ciertas comodidades mínimas no significa que sea una vaga! ¡Es solo que, al igual que el resto de la humanidad, he evolucionado después de la época Neandertal! Aunque, por lo visto, todavía hay personas que han preferido quedarse estancadas ahí y no quieren progresar.

—¿Me estás llamando neandertal? —cuestiono, con voz dura, señalándome el pecho con la llave inglesa que tengo en la mano.

—No recuerdo haber pronunciado esa palabra —afirma, repitiendo lo mismo que yo acabo de decir hace unos segundos con retintín—. ¡Aunque, desde luego, escuchándote hablar, no me extrañaría que acabases de salir de las cavernas! —exclama.

—Dice la princesita recién llegada de Disney… —la provoco.

—¡Pues igual no andas muy desencaminado, porque me siento como si acabase de aterrizar en el pueblo de los pitufos y estuviese delante del mismísimo Gargamel! —afirma, apretando los puños con rabia.

Siento como la rabia me recorre por dentro y avanzo un paso, dispuesto a decirle las tres cosas que pienso, pero Erin se interpone entre los dos.

—Bueno, creo que por hoy el combate ha finalizado, no ha estado nada mal como primer asalto, pero dudo que el pobre Juan pueda sobrevivir a tanta emoción, así que habrá que posponer la segunda ronda.

—Tienes razón, mejor me voy —anuncia Sara entre dientes, dándome la espalda.

—¿Quieres que llame a Aladdín para que te lleve al supermercado en su alfombra mágica? —ofrezco, incapaz de contenerme.

—¡Con gusto me subiría en ella si con eso consigo perderte de vista! —me responde sin darse la vuelta siquiera, y sale por la puerta—. De hecho, con tal de no tener que verte ni un segundo más, me iría hasta con Úrsula o Maléfica.

—Que te vaya bien, princesita —grito a modo de despedida.

—No lo dudes, hombre de las cavernas —responde con voz enfadada, ya desde fuera.

Todavía con los ojos clavados en la puerta, escucho a mi hermana aplaudir, molesta.

—Bravo, tú di que sí. A eso lo llamo yo una buena primera impresión. Ahora que, a gusto, lo que es a gusto… No tengo yo muy claro que esté. ¡Bien hecho, lumbreras! —exclama con ironía, dándome una fuerte palmada en la espalda.

La contemplo en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula apretada, preguntándome por primera vez si mi hermana tendrá razón y tenerla aquí no será una autentica cagada.

Capítulo 5

Calcetines por todos lados

Sara

Haciendo malabares, saco el móvil del bolsillo y me lo acerco a la cara, y lo sujeto con el cuello.

—¿Sí? —pregunto, pues voy tan cargada de bolsas que ni he intentado ver quién me llama.

—Hola, preciosa, ¿qué tal tus primeras horas por ahí? —Sonrío al escuchar la voz de Bruno, pero ni así se me pasa el enfado—. Quise llamarte anoche al terminar la cena, pero el postre con Thiago se alargó un poco más de la cuenta…

—Prefiero ahorrarme los detalles, gracias —lo interrumpo, sabiendo que es muy capaz de contármelo todo con pelos y señales.

—Uy, uy, uy, alguien no está de buen humor. ¿Qué te pasa, reina?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —farfullo—. Al menos tú me has ascendido a reina, hasta hace unos minutos, al parecer, era princesa.

—Perdona, ¿te importaría explicarte un poquito más…? —sugiere, sin comprender a qué me refiero.

—El imbécil del fontanero, que me ha llamado princesita solo por necesitar una tienda donde comprar productos básicos y comida —confieso.

—Pues menudo estúpido, ¿es que acaso él no necesita comer o es que se alimenta del aire?

—Ni te imaginas a dónde he ido a parar… —Suspiro con resignación.

—Venga, no será para tanto… —Parece escéptico—. ¿Tan mala es la casa?

—Sabes que no porque has estado en ella antes que yo —replico—. La verdad es que es una monada, y ese rinconcito que me preparaste para trabajar, como te dije en el audio que te mandé anoche, me encanta.

—Me alegro, solo quería facilitarte un poquito las cosas y que te encontrases con algo familiar al llegar —afirma él—. ¿Cuál es el problema entonces? ¿Es que el resto de los vecinos han sido desagradables contigo igual que el fontanero ese?

—Todo lo contrario, anoche, cuando llegué, había hasta un comité de bienvenida esperándome, pancarta en mano y todo. —El recuerdo de mi llegada me arranca una sonrisa.

—¡No jodas! ¿En serio? —Su voz suena divertida.

—Tal y como te lo cuento. Un montón de ancianitos que me dejaron tanta comida en la cocina que mi congelador parece un Tetris en el que no me entra ni un táper más —especifico mientras intento abrir la puerta de la casa sin apoyar las bolsas y hago malabarismos para que el móvil no termine empotrado contra el suelo.

—Mujer, pues, por lo que cuentas, no parece tan malo. La casa es bonita y el jardín trasero es un sueño… Eso no me lo puedes negar, y encima tienes a un montón de vecinos bondadosos dispuestos a alimentarte. Chica, yo creo que no se puede pedir más —señala, analizando todos los puntos positivos.

—Para empezar, como acabo de decirte, aquí no hay nada, ni una mísera tienda en la que

comprar. El supermercado más próximo está en el pueblo de al lado —resoplo, avanzando hasta el salón para dejar las bolsas en la barra.

—Algo habrá… —murmura.

—Bueno, sí, una especie de bar en el que he estado esta mañana.

—¿Ya te has ido de vinos así de buena mañana? Me parece un poco pronto, pero si tú lo necesitabas… —bromea.

—¡Solo quería un café con leche! ¡Uno que, por cierto, no me pude tomar porque fue ahí donde me encontré con ese fontanero engreído y déspota que me trató de estúpida y me llamó *princesita* y no sé cuántas cosas más! —exclamo, alzando la voz, al sentir como mi sangre se calienta de nuevo.

—Pues menuda forma de empezar la mañana —comenta, haciendo un esfuerzo por no echarse a reír.

—No tiene gracia —protesto cabreada.

—Lo siento —se disculpa—, pero es que no recuerdo cuándo fue la última vez que te vi tan encendida y alterada.

—¡Y para colmo, resulta que el neandertal ese es el hermano de Erin, la dueña de esta casa! —le informo.

—Vaya —murmura—. Con eso sí que no contaba.

—Pues sí. ¡Vaya! —repito—. Pero bueno, al menos ya estoy en casa, he tenido que ir al pueblo de al lado para encontrar un supermercado y estoy cansada, ahora solo quiero darle una chuche a Calcetines y tirarme en el sillón a descansar.

—¿Cómo está esa monada de perrito? —se interesa mi amigo.

—Todavía estamos conociéndonos, pero tengo que admitir que tenerlo no está tan mal —reconozco, tras pensar la respuesta durante unos segundos.

—Calma, tesoro, date tiempo, todos los lugares del mundo tienen algo mágico y estoy convencido de que, si te permites descubrirlo, con el pueblo te pasará como con el perro —dice sin vacilar.

—Ojalá tengas razón, si no este mes se me va a hacer eterno —suspiro.

—Paciencia, *princesita* —me pide en tono jocoso.

—No tiene gracia.

—Si tú lo dices… —murmura.

Unas voces lo llaman a lo lejos y su tono se vuelve apurado.

—Me encantaría seguir debatiendo contigo, pero me llaman para entrar en el juzgado. ¿Hacemos videollamada mañana por la mañana? Hay desayuno familiar.

—¡Claro, estoy deseando ver a los demás!

—Perfecto, un beso. Intenta no meterte en líos.

—¡Yo no me meto en líos! —protesto, pero ya no me escucha porque, antes de que pueda terminar la frase, se corta la llamada.

—¡Manda narices lo que tengo que escuchar! —digo en voz alta para mí misma, negando con la cabeza a la vez que camino hasta uno de los armarios de la cocina y cojo de un tarro de cristal una de las chuches de perro que compré antes de viajar.

—¡Calcetines! ¡Toma, mira lo que tengo! —lo llamo desde el salón.

Espero unos segundos, pero no escucho nada, así que lo intento de nuevo.

—¡Calcetines! Ven, chico.

Permanezco atenta al sonido de sus patitas correteando por el suelo, pero solo percibo silencio.

Segura de que si no viene es porque estará haciendo alguna trastada, comienzo a buscarlo por la planta baja, sin dejar de llamarlo, pero, al no encontrar ni rastro, decido subir a la planta superior.

Miro en la habitación y en el baño. Debajo de la cama, del escritorio y hasta dentro del armario… Pero nada.

Entonces recuerdo que una de las ventanas de la cocina estaba entreabierta y me empiezo a agobiar.

No, no, no, no… Maldita sea, no se ha podido escapar.

Con la respiración agitada y el corazón martilleando con fuerza contra mi pecho, bajo las escaleras a toda velocidad y salgo al exterior sin dejar de gritar.

—¡Calcetines, Calcetines! —lo llamo cada vez más fuerte, esperando escuchar algún sonido.

—¡Calcetines! —grito de nuevo, saliendo al camino y girando después a la derecha en la dirección que ayer recorrimos desde la plaza del pueblo al llegar.

No puedo haberlo perdido; es pequeño, está solo, necesito encontrarlo y traerlo de vuelta conmigo.

Sorprendida de la angustia que me produce la idea de que algo malo pueda sucederle a esa bolita peluda de cuatro patas, cuando hace tan solo unos días me moría de miedo al verlo tumbado en mi cama, prosigo corriendo por el sendero, llamándolo a grito pelado sin parar.

Los minutos pasan y yo sigo buscando sin descanso, pero no hay ni rastro del cachorro. Oteo a mi alrededor en busca de alguien a quien preguntar, pero de repente es como si todo el mundo (y por todo el mundo quiero decir las pocas personas que habitan en este lugar) se hubiese esfumado y no encuentro a nadie que me pueda ayudar.

Más de media hora después, con los ojos llenos de lágrimas y los pulmones ardiendo a causa de la velocidad y los nervios, regreso sobre mis pasos y, al llegar a la verja de mi jardín, tomo la dirección de la izquierda por un pequeño camino que conduce a la entrada del pueblo y al río.

Decidida a encontrarlo, y más asustada por lo que pueda haberle pasado al animalito casa segundo que pasa, continúo llamándolo con la esperanza de que reconozca mi voz y salga a mi encuentro, pero nada. Intentando mantener dentro de lo posible la calma, busco entre la maleza y los matorrales que se amontonan en el camino descendiente, el cual se va estrechando según voy avanzando.

El sonido del agua se deja escuchar cada vez más próximo, mezclándose con mi voz.

—¡Calcetines! —grito una vez más, quedándome quieta, inclinándome y apoyando las manos en mis muslos para recuperar algo de resuello.

Un gemido alcanza mis oídos y me incorporo de golpe.

—¡Calcetines! —repito con más fuerza, dudando de si lo escuchado es real o una jugarreta de mi mente.

Esta vez el sonido de un ladrido angustiado me llega con total claridad, y echo a correr de nuevo cuesta abajo hasta que alcanzo la orilla sin dejar de buscar a mi alrededor con avidez hasta que lo veo. El pobrecito está empapado, subido en una roca en medio del río y muerto de miedo. No tengo ni idea de cómo ha conseguido llegar hasta ahí, pero sea como fuere, ahora se ve atrapado.

En cuanto sus ojitos se encuentran con los míos, el animalito, desesperado, comienza a lloriquear y a ladrar sin dejar de moverse encima de la roca adelante y atrás.

Temerosa de que se caiga y la corriente lo arrastre con ella, sin dudarlo, me meto en el

agua.

No es una zona profunda, apenas me cubre hasta la cintura, sin embargo, a causa de la fuerza del agua, me resulta complicado avanzar y, por un par de veces, estoy a punto de caer hacia atrás.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que consigo llegar a su altura, pero, en cuanto lo hago, Calcetines salta a mis brazos sin dudar y, temblando, comienza a lamerme la cara.

Lo abrazo con fuerza contra mi pecho, preocupada al ver sangre en una de sus patas y, con cuidado, me giro para regresar.

Tampoco la vuelta me resulta sencilla; el suelo resbala, el agua intenta empujarme en la dirección opuesta a la que debo tomar y el pobre Calcetines no para de moverse contra mi cuerpo, asustadísimo, complicando mi avance todavía más.

—Tranquilo, amiguito, ya casi está —murmuro cuando me faltan apenas dos pasos para alcanzar la ansiada orilla y salir del agua.

Una vez fuera, siento el aire frío golpeando contra mi ropa mojada y mis dientes comienzan a castañear.

Acelero el paso en dirección a la casa, preocupada al comprobar que el corte de la pata no deja de sangrar.

En cuanto llego, me encuentro la puerta abierta tal y como la dejé y me dirijo directa al baño sin molestarme en cerrar.

Cojo una de las toallas y me apresuro a envolver con ella al animal antes de correr a la cocina, coger mi móvil y acercarme a ver el número del pósit que Erin dejó en la nevera.

—Vamos, cógelo, vamos, cógelo —susurro una y otra vez, paseando adelante y atrás con el cachorrito refugiado contra mi pecho.

—¿Sí? —suena su voz al otro lado del teléfono.

Aliviada, dejo escapar el aire que, de forma involuntaria, estaba reteniendo y me apresuro a contestar.

—Erin, necesito ayuda. —Mi voz suena asustada y la coge desprevenida.

—¿Sara? ¿Te encuentras bien?

—Mi perro ha tenido un accidente, se ha caído al río y está sangrando mucho por una pata. No tengo ni idea de dónde está el veterinario más próximo ni de a dónde puedo acudir —explico, con la voz temblorosa a causa de la preocupación y el frío que me provoca estar empapada.

—Estás en tu casa, ¿verdad?

—Sí, acabo de llegar —certifico.

—Tranquila, no te muevas, quédate ahí, enseguida llegan los refuerzos —me indica antes de colgar.

Con cuidado de no tocar su patita herida, apoyo a Calcetines en la barra de la cocina e intento secarlo un poco con la toalla para hacerlo entrar en calor mientras le hablo sin parar con voz dulce, intentando tranquilizarlo.

Apenas pasan diez minutos cuando escucho pasos en la puerta y esta se cierra.

—¿Hola? —preguntan desde la entrada.

—Estamos en la cocina —respondo sin dejar de acariciar al perrito que, a pesar de mis esfuerzos, todavía no se ha recuperado de todo del susto que se acaba de llevar.

Los pasos se acercan y, al sentirlos a mi espalda, me giro dispuesta a darle toda la información; no obstante, me quedo con la boca abierta al encontrarme de frente con Carlos, el fontanero, dentro de mi salón.

—¿Túúú? —pregunto frunciendo el ceño.

—Eso me pareció la última vez que me miré al espejo —replica serio—. Estoy aquí porque me dijo mi hermana que necesitabas mi ayuda, pero, si lo prefieres, me voy.

Lo recorro de arriba abajo. Se ha cambiado de ropa, ya no va lleno de grasa, y en la mano lleva un maletín.

—¿Qué sabe un fontanero de perros y cortes profundos? —pregunto desconfiada.

—No soy fontanero, solo estaba haciéndole un favor a Mariano intentando arreglarle el grifo del bar, porque el fontanero le cobra un pastizal.

—¿Eres veterinario? —cuestiono, incapaz de ocultar la sorpresa de mi voz.

Una sonrisa ladina asoma a su rostro.

—Casi, soy arquitecto.

—¿Ar-qui-tec-to?

—Sí, trabajamos con lápices, escalas y ordenadores; diseñamos cosas… Seguro que sabes lo que es.

—Claro que sé lo que es un arquitecto —murmuro ofuscada, y me echo a un lado cuando se acerca a la barra—. Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver con curarle a mi perro la pata.

—Nada, pero trabajé como socorrista varios veranos mientras estudiaba la carrera y tuve la posibilidad de hacer varios cursillos de primeros auxilios… No es que vaya a ponerme a operar a corazón abierto, pero considero que estoy lo suficientemente capacitado para salir del paso y curar la pata de tu perro —afirma, acariciando al animal, que lloriquea cuando Carlos comienza a palpar su pata.

—No está rota —afirma tras unos segundos.

—Pero está sangrando mucho —objeto, sin apartar la vista de la herida.

—Porque es un corte profundo, pero no tanto como para que tengas que preocuparte, bastará con unos cuantos puntos —indica, rascándole la cabecita.

—¿Escuchaste, chico? Vas a curarte enseguida —le susurro, acariciando su espaldita para tranquilizarlo mientras Carlos saca algo del botiquín para desinfectar la herida antes de echarle un espray anestésico y darle siete puntos que me duelen más a mí que a él.

Aprovecho que está enfrascado en su tarea para estudiarlo con atención.

Es alto, me saca una cabeza más o menos y, bajo su jersey, se percibe un cuerpo fibroso y trabajado, aunque no en exceso. Su cabello es de color trigo y el azul de sus ojos me recuerda mucho al de su hermana, aunque el suyo es un poco más intenso.

—Listo —dice tras unos minutos, dándole una última caricia al cachorro que, en señal de agradecimiento, le lame la mano.

—Gracias —murmuro al verlo meter todo de nuevo en el botiquín.

—De nada —responde sin mirarme a la cara—. Me dijo Erin que estaba en el río, ¿Cómo conseguiste sacarlo de ahí? —añade un par de segundos después, tras observar con disimulo mi ropa empapada.

No entiendo por qué pregunta, si es obvio que conoce o al menos imagina la respuesta.

—Entré a por él —le digo con seguridad.

Sus ojos ascienden hasta clavarse en los míos con incredulidad.

—¿De verdad entraste tú sola al río? —me pregunta con voz queda y gesto serio.

—Sí —respondo encogiéndome de hombros.

—¡No me lo puedo creer! ¡Solo una insensata urbanita podría ser tan irresponsable como para hacer algo así!

—¿Perdona? —cuestiono, sin dar crédito a lo que acabo de escuchar.

—¿Es que, además, también estás sorda? —brama enfadado.

¿¡Pero este tío de qué narices va!? ¿Quién se piensa que es para venir a reclamarme nada?

Le agradezco que le haya curado la pata a Calcetines, pero eso no le da derecho a pedirme explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer, y estoy más que dispuesta a hacérselo saber, lo cual me resulta novedoso y sorprendente, porque, por norma general, soy de lo más tranquila y evito los conflictos como un gato evita el agua… Pero este energúmeno consigue sacar lo peor de mí y no me voy a callar.

—Al parecer, mis oídos están bastante mejor que tu cerebro —suelto sin pensármelo demasiado.

Percibo la forma en que se tensa su espalda.

—¿Eres consciente de la corriente y la fuerza que lleva el río en esta época del año? —me increpa, y su voz es tan dura como su mirada.

Trago saliva con fuerza, en realidad, ni siquiera lo pensé, vi a Calcetines ahí y entré en el agua, y es cierto que, con él en brazos, no fue sencillo regresar a la orilla.

—No podía dejarlo ahí —replico tajante.

—Claro, y no se te ocurrió pedir ayuda como haría una persona normal —resopla.

—¿A quién? ¿A los bomberos? ¡Uy, no, calla, si aquí de esos no hay! —rebato con sarcasmo, apuntando a matar.

Observo como sus labios se convierten en una fina línea y sus ojos en dos dardos afilados.

—Eres una desagradecida —murmura, negando con la cabeza.

—Y tú un amargado —lo ataco.

—Pues este amargado acaba de coserle la pata a tu perro —me recuerda, alzando las cejas.

—Y, por lo que veo, ya has terminado, así que, si no te importa, puedes irte por donde has venido —sugiero, señalando el camino a la entrada.

—Tranquila, ni por todo el oro del mundo me quedaría aquí un minuto más de lo necesario —murmura mientras coge el maletín y, tras darme la espalda, se aleja hacia la puerta—. No me extraña que el pobre animal se haya escapado. Antes de pasar contigo un minuto más, cualquier preferiría arriesgarse a terminar ahogado —lo escucho añadir antes de cerrar dando un buen portazo.

Cabreada y frustrada a partes iguales, desvío la vista hacia la encimera sobre la que el cachorro continúa acostado y lo acaricio con cuidado.

—No le hagas ni caso, el pobre está chiflado —digo, y le dedico una sonrisa al perrito que parece percibir mi estado y, como si quisiera consolarme, frota su hocico contra mi mano.

Estoy tan aliviada de que mi nuevo amigo se encuentre sano y salvo que, una vez me cambio de ropa para ponerme un pijama seco, centro toda mi energía en hacer que se sienta a gusto, protegido y mimado. Lo peino, lo seco con el secador y lo arropo con una mantita en el sillón del salón, y reconozco que estoy tan entretenida que incluso consigo olvidarme de la visita del desagradable fontanero-arquitecto tarado.

Cuanto me doy cuenta, ya está anocheciendo, así que decido calentar un guiso de carne que Calcetines y yo compartimos viendo la televisión y, cuando acabamos, nos acurrucamos los dos en el salón.

Es tan agradable sentir el calorcito de la manta y su relajada respiración que, aunque intento mantenerme despierta, enseguida cierro los ojos, dejándome envolver por el sopor. Al menos hasta que el timbre de la puerta suena con fuerza, haciéndome pegar un salto en el sillón.

Me levanto de mala gana y refunfuñando mientras él bosteza con aire perezoso.

—Como el fontanero se haya olvidado algo te juro que se lo lanzo a la cabeza —le digo mientras me dirijo hacia la puerta.

La abro, dispuesta a cantarle las cuarenta, no obstante, al encontrarme delante de un corrillo de unas diez mujeres de avanzadísima edad, me quedo con la boca abierta.

—Buenas noches, bonita —me saluda la que está en primera posición.

—Buenas noches —la saludo titubeando.

—Ten, venimos a traerte esto —dice, ofreciéndome los calcetines azules que lleva en la mano.

—Ehhh, pero, yo no entiendo —balbuceo, perpleja cuando las demás me ofrecen también el par que cada una sostiene entre los dedos.

—No te preocupes que aquí estamos nosotras para solucionar la situación —asegura la que está justo al lado de la que ha hablado.

—¿Qué situación? —De verdad que intento comprender qué ocurre, pero no consigo llegar a ninguna conclusión.

—La de tu falta de calcetines —afirma la más mayor del grupo—. Verás, esta tarde Engracia te escuchó en el jardín y por el sendero gritando «calcetines» a todo pulmón, y como a nosotras no se nos escapa nada, enseguida entendimos lo que había pasado.

—¿Y qué ha pasado si puede saberse? —musito, incapaz de cerrar la boca.

—Pues que te olvidaste de meter calcetines en la maleta y, al verte sin ellos, te has cabreado —me explica la que por lo visto lleva la voz cantante.

—Ya sabemos cómo sois los jóvenes, que os lo olvidáis todo —anuncia otra—. Y aquí no es que sobren los sitios para comprarlos.

—Así que hemos decidido venir a echarte una mano —explica otra de las mujeres, apoyándose en un bastón.

—Se lo agradezco, pero no es necesario… —les aseguro.

—Por supuesto que es necesario —me interrumpe la que ayer trajo mi coche hasta aquí—. Ya lo decía mi madre: «si una moza se quiere casar, las bragas y los calcetines siempre limpios tiene que llevar» —recita la primera.

—Y tú casada no estás, ¿verdad, guapa? —se interesa la que habló en primer lugar.

—Ehhh, no, no, qué va —respondo.

—Pues entonces no se hable más —afirma la del bastón—. Hemos juntado unos pocos, todas hemos colaborado.

—Yo te he traído unos de mi Manolo, casi nunca los ha usado, los tiene escondidos porque son los de las fiestas, pero verás lo calentitos que son —asegura la más joven de ellas (rondará los ochenta), tendiéndome unos calcetines negros para los que han debido de usar como mínimo la lana de tres ovejas.

Boquiabierta como estoy, apenas consigo balbucear.

—Se lo agradezco, pero de verdad que no hace falta —intento explicarme de nuevo—. Mi perro se llama Calcetines, era a él a quien estaba buscando cuando Engracia me escuchó gritar.

Las mujeres me observan en silencio.

—¿Entonces no los necesitas? —pregunta una que parece decepcionada.

—No, pero, de verdad, muchísimas gracias.

—Ni gracias ni un cuerno, los regalos no se rechazan. Ahora que le he sacado los calcetines a Manolo no puedo volver con ellos a casa.

—¿Y tú para que le quitas los calcetines al pobre Manolo? —la increpa la que está a su lado.

—Hombre, si había que ser solidario, mejor suyos que míos, ¿no?

—¡Quédatelos, mujer! ¡Seguro que los tuyos no son tan calentitos! —insiste la del bastón.

—Está bien, muchas gracias a todas —accedo, viendo que, si no cojo los calcetines, son capaces de estar insistiendo media noche hasta hacerme cambiar de opinión.

Una vez todas me entregan la ofrenda, se despiden y se marchan charlando juntas por el camino mientras yo las observo, todavía flipada, desde el umbral.

¡Desde luego, lo que pasa en este pueblo no es ni medio normal!

Capítulo 6

¿¡Tú!?

Carlos

Desde que hace dos días fui a casa de Sara para curar a su perro, todo ha ido mal. No me arrepiento, el pobre animal necesitaba ayuda y, cuando Erin me avisó, no lo dudé, pero no esperaba que las cosas se torciesen tanto desde entonces.

¡Amargado! ¿Quién demonios se cree que es la princesita esa para llamarme amargado? ¡Y todo por decirle que era una insensata… Vale, puede que fuese un poco brusco, ¡pero es que cuando la vi con el pantalón empapado y sospeché lo que había pasado no me lo podía creer, mi sangre se convirtió en fuego y no me pude contener!

¡¿Cómo se le puede ocurrir a una persona con dos dedos de frente meterse en el río con lo peligrosa que es la corriente en esta época del año?! ¡Peor aún! ¡¿Cómo se le ocurre hacerlo sin nadie cerca para echarle una mano?! ¡¿Y si le hubiese pasado algo?! ¡Podría haberse hecho daño, o peor todavía, podría haberse matado! Me estremezco solo de pensarlo. No puedo ni imaginarlo, sobre todo porque, si no fuese por mí, ella no estaría aquí, así que, en caso de que le hubiese ocurrido algo malo, la culpa no me dejaría vivir.

Lo dicho, que no tiene ni dos dedos de frente. Eso por no hablar del genio que se gasta la muy condenada, ¡manda narices cómo engaña! Porque vale que su apariencia es frágil y vulnerable, pero su lengua es una puñetera daga afilada.

No se calla ni debajo del agua, y lo peor es que me debo de estar volviendo masoca porque, en lugar de molestarme, ese rasgo suyo me atrae y me divierte a partes iguales… ¡A ver si al final voy a ser yo el que está empezando a tener alguna tara!

Resumiendo, el caso es que salí de allí más cabreado que una mona y, aunque al llegar a casa intenté tranquilizarme y deshacerme de mi mal humor, las cosas, en lugar de mejorar, solo fueron a peor.

Siempre he pensado que un buen baño relajante soluciona, o al menos aleja, casi todos los problemas, por lo que esa era mi intención, evadirme un buen rato en la bañera. Sin embargo, me encontré con que el termo de agua caliente se me había desconfigurado y tuve que renunciar a ese momento de placer porque no tenía ningún interés en morir congelado.

Luego me puse a revisar unos papeles mientras hacía la cena y la tortilla de patatas que estaba preparando se chamuscó y, por si eso fuese poco, cuando me metí en la cama, fui incapaz de pegar ojo pensando en todo lo anterior.

Me costó tanto dormirme que, por la falta de sueño, al día siguiente estuve incluso de peor humor, y lo más jodido de todo es que cuando por la noche llegué a casa se repitió de nuevo la misma situación… Termo estropeado, baño cancelado y, al meterme en la cama, sus ojos y su voz metidos en mi cabeza, impidiéndome conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Por lo que esta mañana me levanté muerto de sueño y, como para colmo de males, mi día hoy iba a estar cargadito de videollamadas y reuniones de lo más tediosas y pesadas, decidí venir a

ducharme a casa de mi hermana, lo cual tengo que admitir que fue una sabia decisión porque, después de la larga ducha caliente que acabo de darme, ya me encuentro mucho mejor.

Con la toalla envuelta en la cintura, me miro en el espejo del baño de color lila de Erin. Sí, lila, o violeta claro, como dice ella. Sacudo el pelo para quitarle algo de humedad, me visto y dejo la toalla en el cesto de la ropa sucia antes de salir al pasillo para ir a desayunar a la planta baja.

Comienzo a descender por las escaleras canturreando entre susurros el estribillo de *How Does It Sound*, pero me detengo en seco en cuanto escucho su voz.

—¡Calcetines! ¡Me trajeron diez lustrosos pares de calcetines! —exclama Sara en un tono risueño que refleja su incredulidad.

La carcajada que suelta mi hermana inunda toda la habitación.

—No me lo puedo creer —replica Erin, incapaz de parar de reír.

—Pues créetelo; al parecer, me escucharon llamando al perro y pensaron que estaba desesperada y cabreadísima porque me había olvidado de meter los míos en la maleta y me los había dejado en casa.

—¿Y no les explicaste que era una confusión?

—¡Claro que lo hice! Pero no hubo forma de que se los llevaran de vuelta. Por lo visto, una se los había mangado a su marido y se negaba a aparecer con ellos de nuevo por casa porque no quería que él se enterara.

—Siéntete afortunada, estoy segura de que tienes auténticas reliquias en tu poder.

—Ni te lo imaginas, sobre todo, unos del pobre Manolo que deben de haber sobrevivido a la Guerra Civil y me llegan casi hasta la rodilla —asegura Sara.

Con cuidado de que no me vean, me asomo a la barandilla y las descubro a ambas cómodamente sentadas en el sillón.

Mi hermana, repanchigada y muriéndose de la risa, y Sara, a su lado, esbozando una sonrisa que ilumina la habitación.

Se me hace raro verla así y no con el ceño fruncido o con cara de acabar de comerse un limón y, de forma inconsciente, una expresión risueña se dibuja en mi cara.

—No me malinterpretes —se apresura a añadir—; me parece un detallazo que se hayan preocupado por mí, pero casi me llega la mandíbula al suelo cuando, al abrir la puerta, me las encontré a todas allí.

—Estas mujeres son de lo que no hay. ¡Cómo me alegro de haber insistido para que vinieses a desayunar, hacía tiempo que no empezaba el día riéndome tanto! —comenta mi hermana, acariciando la cabecita del perro, que dormita de lo más a gusto en medio de las dos.

—Yo también me alegro de haber aceptado, todavía me cuesta acostumbrarme a hacerlo sola.

—¿Y eso? ¿Has dejado en casa a alguien que te prepare el desayuno cada mañana? ¿Un novio quizás? —se interesa la cotilla de mi hermana, alzando las cejas varias veces.

Sé que no debería hacerlo, está feo escuchar conversaciones ajenas, no obstante, me descubro aguardando atento su respuesta.

—Qué va, amigos y familia nada más —responde—. Pero los padres de Bruno, mi mejor amigo, viven justo en la casa de al lado y desayuno más veces en su cocina que en la mía. Los considero una parte importante de mi vida y me encanta pasar tiempo con ellos.

—¿Es una familia grande?

—Cinco hermanos, con sus respectivas parejas, un bebé desde hace un par de meses, otro en camino y sus padres.

—Deben de ser unos desayunos muy entretenidos.

—Aunque los cinco viven ya fuera de casa, nos juntamos a menudo y, cuando eso ocurre, la cocina se convierte en una especie de campo de batalla de lo más divertido —replica ampliando su sonrisa a la vez que un brillo de añoranza asoma a sus intensos ojos verdes.

La culpabilidad que siento por estar espiándolas aumenta al percibir el cariño en su voz al referirse a esa gente. Está claro que los echa de menos, y me siento mal por, de alguna manera, haberla «forzado» a alejarse de ellos.

—Y ese amigo tuyo…, Bruno. ¿Es solo un amigo? ¿O hay algo más? —insiste Erin.

De nuevo me descubro esperando su respuesta con más interés del que me gustaría.

—¿¡Bruno!? —casi se atraganta al repetir su nombre y su tono se agudiza varias notas, como si la simple alusión a tal posibilidad fuese una estupidez total—. Es como mi hermano. Lo adoro, pero nunca ha habido entre nosotros nada más allá de una inmensa amistad.

Una extraña sensación de alivio me sacude por dentro y me siento incómodo otra vez. Están hablando de temas personales y no debería estar escuchando, por lo que decido abandonar mi escondite.

—Buenos días —las saludo, intentando sonar cordial.

El gesto alegre de Sara se ensombrece en cuanto me ve aparecer y siento como mi estómago se empezara a contraer.

—Buenos días —responde seca.

¿Por qué me molesta tanto su reacción? Ni idea, ni siquiera debería sorprenderme después de cómo terminó nuestra última conversación. Sin embargo, me molesta, y no un poquito, sino un montón. De todas formas, intento poner de mi parte y trato de ignorar esa sensación y sonar amable.

—No pretendo molestaros, me voy a la cocina a desayunar —anuncio con cierta tirantez.

—No molestas —contesta ella con voz forzada.

—Pues cualquiera lo diría por tu cara —replico en voz baja, achicando los ojos.

—Chicos, dejadlo, no vayáis a empezar —pide mi hermana.

—No molestas, es solo que me ha sorprendido encontrarte aquí —se reafirma Sara, tensándose.

—Pues no debería, es la casa de mi hermana —rebato en tono hosco.

Con gesto de fastidio, se levanta y le pone la correa al cachorro que, hasta hace un momento, descansaba entre ambas.

—Tienes razón. De todas formas, yo ya me iba —anuncia.

—¿Qué? ¡Nooo! —exclama Erin—. Es pronto, no puedes irte todavía.

—Gracias por invitarme, la próxima será en mi casa —dice Sara, y le dedica una sonrisa.

Erin va a volver a protestar, pero, antes de que le dé tiempo a hacerlo, la puerta de la entrada se abre y Carlota, una de las últimas incorporaciones de nuestra pequeña comunidad (sin contar a Sara), entra en la habitación, desbordando energía.

Es una chica joven que, antes de decidir dar un cambio radical a su vida, trabajaba en el sector de las inversiones bancarias y, por lo que nos ha contado, siempre estaba estresada.

Por ello, tomó la valiente decisión de dejar un trabajo que no le aportaba lo que ella buscaba. Se mudó al pueblo donde habían vivido sus abuelos y reformó con sus ahorros y la ayuda de sus padres la vieja casa familiar en la que ahora disfruta cada día de la naturaleza y de una vida mucho más placentera y relajada mientras saca adelante un negocio de velas y jabones artesanales que ella misma elabora en la planta baja y que, con mucho tesón y esfuerzo, empieza a exportar a diferentes tiendas a nivel comarcal.

—¡Buenos días a todos! ¡Qué bien huele! ¡Erin, vengo a ver si me invitas a desayunar! Tú debes de ser Sara. ¡Que alegría conocerte! ¡Alcalde, acuérdate de que dentro de un rato tenemos una reunión! —Las frases salen en cascada de su boca, pero solo una impacta en nuestra invitada y, a pesar de no estar mirándola, soy consciente del momento exacto en que su mandíbula se descuelga y sus ojos se abren de manera desorbitada.

—Sara —la llama mi hermana, preocupada—. ¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida.

La aludida no contesta, pero siento su mirada clavada en mí.

—¿Sara? —repite Erin.

—Bueno, nos vemos en un rato —digo, intentando escaquearme, no porque quiera escurrir el bulto (sabía que antes o después iba a averiguar quién soy), sino porque no me apetece nada meterme de buena mañana en una nueva confrontación, y menos cuando parece un volcán a punto de entrar en erupción.

Por desgracia para mí, ella no parece compartir la misma opinión y no me da ni la opción de salir de la habitación.

—¿¡Túúú!? ¿Tú eres el alcalde? —me increpa, y la palabra suena como un insulto en sus labios.

—Sí —le confirmo, fijando la vista en esas pupilas verdes de gata que, en estos momentos, parecen a punto de sacar las garras para atizarme un zarpazo.

Está nerviosa, enfadada y tan alterada que su mano tiembla cuando, en un acto reflejo, se encaja bien las gafas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Sus ojos destilan tanta rabia que me cuesta mantenerle la mirada.

—Porque no me lo preguntaste —respondo como si tal cosa, a sabiendas de que una contestación tan vaga no la va a dejar contenta.

—¿Estás de broma? ¡Tienes que estar de broma! Primero, fontanero, luego, arquitecto, y ahora resulta que *tú* eres el alcalde ¿¡Qué va a ser lo siguiente!? ¿¡Bombero!? ¿¡Torero!? ¿¡Las dos cosas!? —exclama indignada.

—¿Y qué importancia tiene eso? —interviene Carlota, confusa, colocándose bien la pañoleta que lleva a modo diadema sobre su larga melena rubia a la vez que nos contempla a los dos de forma alternativa con sus expresivos ojos color chocolate.

Sara recula e intenta tranquilizarse, acaba de darse cuenta de que soy yo el que le hizo el chantaje para arrastrarla hasta aquí, no obstante, para el resto del mundo ella solo sigue siendo una pintora que decidió pasar una temporada aquí, por lo que Carlota tiene razón, debería importarle un pimiento que yo sea alcalde o jefe de la construcción. Si habla de más, puede cargarse su propia tapadera y, por la forma en la que se remueve nerviosa, está claro que no tiene ni ganas ni intención de que eso suceda.

—Lo siento, tengo que irme… —musita—. Yo… Tengo que irme —repite, mirando al suelo a la vez que se dirige hacia la puerta a toda prisa.

—Sara —la llama Erin.

—Nos vemos en otro momento —replica ella como respuesta, saliendo al porche mientras los tres la observamos abandonar la casa sin mirar atrás a toda velocidad.

—Qué chica tan rara —murmura Carlota, desconcertada por su reacción y frunciendo la nariz.

—La primera vez que me vio pensó que era fontanero, y ayer le dije que soy arquitecto con conocimientos en primeros auxilios cuando fui a ayudar a su perro. Imagino que al enterarse de que soy alcalde ha debido de pensar que he estado tomándole el pelo —le explico, tratando de

echarle un capote.

—Aun así, me parece un poquito excesivo ponerse así —insiste la chica.

—Lo que pasa es que cada vez que Carlos y Sara se ven acaban discutiendo, pero la culpa siempre la tiene él —interviene mi hermana.

—Gracias por tu apoyo —protesto.

—Mamá siempre nos dice que mentir está mal —se defiende, encogiéndose de hombros, antes de dirigirse de nuevo a su amiga—. Sara es un encanto, estoy segura de que te va a caer bien. Las tres vamos a ser buenas amigas y lo vamos a pasar genial. Eso si no se harta tanto de mi hermano que se larga del pueblo sin darnos la oportunidad.

Carlota mira hacia la puerta con aire dudoso.

—Si tú lo dices…

Sigo su mirada y suspiro apesadumbrado… Con lo bien que había empezado la mañana, cuesta creer lo rápido que se ha complicado.

Capítulo 7

Dos días y una cena

Sara

Ayer, después de mi encontronazo mañanero con el «señor alcalde», decidí meterme en casa y no salir durante el resto del día. No me apetecía volver a cruzarme con él y tener que mirarlo a la cara. ¡Es verlo y me pongo mala!

¿Se puede ser más manipulador y mentiroso? ¡Lo dudo! Conozco bien a las personas de su calaña. Las he soportado durante años. Se piensan que, por tener unos ojos del color del mar en verano o una cara de anuncio el mundo tiene que darles las gracias por el mero hecho de existir. ¡Ja! Pues conmigo no puede estar más equivocado.

Los tipos como él son egoístas, egocéntricos y déspotas. Individuos que solo buscan su propia satisfacción, importándoles una mierda el mal ajeno o a cuantas personas tengan que aplastar para conseguir sus objetivos.

Como digo, ya los sufrí en mi piel una vez, y no estoy dispuesta a hacerlo otra vez.

¿Quiere que pase un mes en su maldito pueblo? Perfecto. ¿Que escriba sobre este lugar? Muy bien. Pero no pienso cruzármelo más de lo imprescindible y si para eso tengo que encerrarme en casa a cal y canto, lo haré.

O al menos eso era lo que pensaba ayer porque hoy al levantarme, con una temperatura agradable y el sol calentándome el rostro con sus primeros rayos de luz, me pregunté: «Sara, ¿por qué leches te vas a esconder? Al fin y al cabo, no eres tú quien tiene que sentirse culpable ni avergonzarse de nada, sino él. ¿De verdad vas a permitir que te afecte encontrarte con ese despojo de la sociedad?». La Sara adolescente lo habría permitido, pero ahora… Ahora no me va a afectar.

Así que, después de hacer una videollamada con Bruno para tomarme un café con él, me he puesto unos vaqueros, un jersey y un plumas, le he colocado la correa a Calcetines y juntos hemos salido a investigar.

Es la primera vez desde que llegué que doy un paseo por el pueblo y tengo que reconocer que tiene su encanto y su belleza cuando te paras a observar.

Las calles adoquinadas, las casitas de piedra, la mayoría de dos plantas, los inmensos árboles que dan sombra con sus copas a los bancos de la plaza y el puentecito de madera bajo el que discurre un pequeño riachuelo de agua cristalina justo a la izquierda de la iglesia son algunos de los aspectos que lo convierten en un lugar especial.

También descubrí que, aunque no hay supermercado además de la taberna, sí tienen la panadería de Dolores. Un establecimiento antiguo en el que se venden pan artesano, bizcochos, galletas, brazos de gitano y empanadas y que cuenta con tres mesitas en las que puedes sentarte a desayunar o merendar.

Pocos metros más allá está la ferretería, en la que venden y arreglan todo tipo de artilugios y herramientas (la mayoría para trabajar el campo), y ya de regreso a casa me encontré con un

huerto ecológico en el que Manolo y su mujer (la de los calcetines de la Guerra Civil) cultivan y venden unas verduras que, de tan buena pinta que tienen, parecen saludarte al pasar.

Para terminar, descubrí que, al igual que la de Erin, la casa de Carlota también queda muy cerca de la mía, y cuando vi un cartel de velas y jabones artesanos no pude evitar entrar a curiosear.

La chica es un encanto y, después de disculparme por mi espantada de ayer, estuvimos hablando un buen rato. Me enseñó parte de sus creaciones, muchas de ellas con diferentes propiedades aromáticas y para el cuidado de la piel, y salí de allí con una buena selección tanto para mí como para mandar a Bruno, mi padre y su familia en cuanto tenga ocasión. ¡Incluso compré un jabón especial para Calcetines que, según ella, le va a ir fenomenal!

Después, volví a la panadería de Dolores y me senté en una de las mesitas para comer un trozo de empanada y, cuando terminé, volví a casa dando un largo paseo con Calcetines.

Ha sido un día completito y, ahora que acabo de entrar por la puerta, la verdad es que ya no me siento ni la mitad de mal. He disfrutado de la caminata y, por primera vez desde que me mudé hace unos días, me siento animada y con las ganas suficientes como para ponerme a trabajar.

Conecto el móvil a los altavoces, que dan música ambiente y, mientras me pongo una sudadera ancha y unos *leggins*, empieza a sonar *Montaña rusa* de Noan. Esta canción siempre me proporciona un chute de energía y, escuchándola, tras coger una manta para taparme, mi libreta y un bolígrafo, salgo con Calcetines al jardín de la parte trasera y me dejo caer sobre el banquito del fondo, inspirando el aroma de la lavanda mientras disfruto de los colores del atardecer, que pintan el cielo de tonos rosados, naranjas y rojos.

Si en realidad fuese pintora, me encantaría plasmar la belleza de este lugar. Por desgracia, mi virtud con el pincel está al nivel de un niño de parvulario. Así que echo mano de la libreta y comienzo a garabatear en ella las diferentes notas y apuntes que después utilizaré cuando me ponga a escribir.

Tras un rato enfrascada en mi tarea, echo un vistazo al cachorro, que parece disfrutar correteando entre la lavanda, y cierro los ojos tratando de relajar cada uno de los músculos de mi cuerpo, no obstante, en cuanto lo hago, la imagen de Carlos colapsa mi mente por completo.

Es pensar en él y sentir como me caldeo por dentro. ¡Hay que ser muy cabrón para haber estado mintiéndome durante todo este tiempo! ¡Se lo ha tenido que pasar de lo lindo riéndose de mí!

La rabia se acomoda en mi estómago e intento disiparla pensando en cosas más agradables, pero me resulta complicado cuando su sonrisita vacilona parece estar tatuada dentro de mi cabeza.

Resoplo molesta, y abro los ojos al escuchar los ladridos de Calcetines justo antes de que suene el timbre.

De mala gana, me levanto, abandono el jardín y atravieso la casa hasta alcanzar la entrada, convencida de que será una vecina con alguna otra ofrenda; sin embargo, cuando abro la puerta…

—¿¡Túúú!? ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cómo tienes las santas narices de venir? —pregunto, cruzando los brazos sobre mi pecho en actitud poco amigable.

—¿Puedo pasar? —pregunta él, ignorando mi recibimiento y frotándose la cabeza con una mano.

—¿Acaso ves algún hueco? —cuestiono, mirando a ambos lados de mi cuerpo, que ocupa la parte central de la puerta.

—Solo quiero hablar contigo —afirma, y suelta un suspiro resignado—. Por favor.

Lo contemplo y, si no fuese por lo falso que me parece, hasta podría creerme su gesto arrepentido. ¡Pero este tío es un déspota, un difamador, un mentiroso compulsivo! ¡Nada de lo que salga de su boca puede ser verdad ni tener un mínimo de credibilidad!

Por lo que, decidida a defender mi posición como si acabásemos de teletransportarnos a la Edad Media y él fuese un asaltante y yo la última barrera que queda en pie para defender la fortaleza, saco pecho, me coloco bien las gafas y elevo la barbilla en un intento de aparentar firmeza y seguridad.

—Yo creo que ya está todo dicho, *alcalde*. —Soy consciente de que la última palabra suena a insulto saliendo de mi boca—. Dudo que haya un solo tema del que usted y yo tengamos que hablar.

—Primero, no me trates de usted —responde.

—¿Su excelencia le gustaría más? —me recochineo.

Él aprieta la mandíbula, pero ignora el comentario y prosigue.

—Y segundo, yo creo que sí tenemos un par de temas que aclarar. —Hace una pausa y, al ver que no le suelto ningún otro improperio, se anima a continuar—. Déjame invitarte a cenar.

—¿Por qué? ¿Es que además de secuestrarme también quieres envenenarme?

Sus ojos se abren de forma desorbitada y comienza a boquear como un pez que acaba de salir del agua.

—Yo no te tengo secuestrada; ¡si estás aquí, es porque te da la gana!

—Si tú lo dices… —murmuro.

—Al menos vuelves a tutearme.

—Eso es porque creo que cualquier otro trato te queda grande —le aseguro sin amilanarme.

—No seas cabezota. Solo quiero explicarme… —Trata de sonar amistoso, pero el tono que usa deja entrever que su paciencia comienza a agotarse.

Mis ojos se estrechan de pura incredulidad. ¿En serio este tío ha tenido la desfachatez de llamarme cabezota? ¿Encima?

—No necesito ninguna explicación, señor alcalde, digo fontanero o, perdón… ¿prefieres que te llame arquitecto?

—Te repito que en ningún momento dije que fuese fontanero, en cuanto a lo de ser arquitecto…, no mentí, es cierto que tengo el título, aunque no haya podido ejercer…

—¡Qué maravilla! Eres el hombre orquesta de los oficios —anuncio—. ¡Alabado sea el cielo por bendecirnos con un hombre tan completo!

—No te quejabas tanto cuando curé a tu perro —me recuerda a la defensiva.

La rabia de mi estómago se solidifica.

—¡Gracias! Tanto Calcetines como yo te estaremos eternamente agradecidos por haberle salvado la vida —exclamo de forma exagerada haciendo una reverencia—. ¿Contento? —añado antes de intentar cerrarle la puerta en las narices, cosa que no consigo por los excelentes reflejos que tiene el puñetero.

Todavía sosteniendo la puerta con una mano, sus ojos se clavan en los míos, nublando mi enfado, logrando trasladarlo a un segundo plano y haciéndome contener la respiración al sentir que su mirada me atraviesa creando una especie de extraña conexión tan inesperada como intensa.

Molesta por la sensación que ello me provoca, sacudo la cabeza y aprieto los labios en una fina línea mientras él da un pequeño paso adelante y se pasa de nuevo la mano por la cabeza.

—Hagamos un pacto —propone.

—Dudo que sea una buena idea pactar con el diablo —musito.

Su expresión se endurece, pero lo deja correr.

—Una cena, solo una. Ven a cenar conmigo, permíteme explicarme y si después de eso quieres irte… Está bien.

Se nota que le cuesta pronunciarlas, pero con las últimas palabras ha conseguido despertar mi interés. ¿Habré entendido bien?

—¿Estás diciendo que si ceno contigo un día podré largarme de aquí y no volver? —repito, para asegurarme de que hablamos de lo mismo—. ¿Sin chantajes ni boicots a mi trabajo en la opinión pública?

El silencio se instala entre ambos durante unos eternos segundos, hasta que él asiente con cierto pesar.

—Exacto, una cena y podrás marcharte sin mirar atrás —afirma con cierta reticencia.

No tengo claro que el tipo hable en serio, pero está claro que, si lo hace, es una oportunidad que no puedo desaprovechar.

—Está bien, en ese caso, es obvio que no me puedo negar —acepto, aún con desconfianza.

La expresión de su rostro se suaviza y una sonrisa asoma a sus labios.

—Pasado mañana en mi casa, a las nueve —me indica.

—No tengo ni idea de dónde vives —le recuerdo.

—No te preocupes, es un pueblo pequeño, no tiene pérdida, estoy convencido de que lo averiguarás —asegura, y me guiña un ojo antes de darse la vuelta y alejarse por el camino.

Lo veo irse con la extraña sensación de que yo solita acabo de meterme en la boca del lobo. Pero intento quitarme esa idea de la cabeza e inspiro con fuerza antes de cerrar la puerta y volver a entrar.

Dos días, solo dos días; una cena y todo esto no será más que un recuerdo que contar…

Capítulo 8

Una sorpresa de buena mañana

Sara

—¡Arriba, dormilona! —La voz de Erin se mezcla con el sonido de la persiana subiéndose y, desconcertada, abro los ojos y parpadeo varias veces.

—Pero ¿qué hora es? ¿Qué ha pasado? —pregunto, incorporándome alarmada al encontrarla en medio de mi habitación.

—¡Hora de irnos de excursión! —exclama emocionada mientras Calcetines salta a su alrededor.

—¿Qué excursión? ¿Cómo has entrado? —cuestiono, todavía confusa.

—Esta mañana, cuando nos levantamos y vimos este tiempo tan maravilloso, Carlota y yo decidimos llevarte de excursión al río. Te llamé varias veces, pero, como no contestabas y tengo un juego de llaves, decidí entrar a despertarte.

—Claro, todo muy normal —susurro frotándome los ojos—. ¡Y tú! ¡Menudo perro guardián! —acuso al cachorro, que corretea a su alrededor, emocionado.

—Por cierto, en este pueblo nadie cierra la puerta con llave, aquí nunca pasa nada que deba preocuparte, es una de las ventajas de vivir en un sitio como este —asegura.

—Lo tendré en cuenta —respondo, volviendo a tumbarme para desperezarme.

—¡Venga, dormilona! ¡Tienes diez minutos para vestirte, no tardes que se nos van las horas! —anuncia con voz cantarina saliendo de la habitación.

De mala gana, pongo un pie en el suelo y me quito el camisón mientras bostezo, todavía con sueño.

Me meto en la ducha y el agua tibia enseguida me despeja. Me encantaría quedarme un rato disfrutando del calor del agua recorriendo mi piel, pero no dudo que, si lo hago, Erin entrará a buscarme otra vez, así que me apresuro a secarme con una toalla y camino hasta el vestidor para elegir uno de mis jerséis preferidos y unos vaqueros flojos y cómodos para la ocasión.

Es increíble que esa descarada se haya metido en casa sin preguntar, eso en la ciudad no pasaría jamás, sin embargo, ya me había dado cuenta de que lo que me acaba de decir es verdad: en este pueblo, la gente ni siquiera cierra con llave la puerta de casa y todos se conocen, por lo que imagino que, dado el nivel de familiaridad que tienen todos los vecinos, para ellos esto es algo de lo más normal.

Además, me parece un detalle que me hayan incluido en sus planes y, aunque no estoy acostumbrada a este tipo de gestos…, es bonito que hayan pensado en mí para acompañarlas.

A toda prisa, me peino, haciéndome una coleta alta, y me pongo protector solar en la cara (es lo que tenemos las personas pálidas, incluso en invierno, debemos protegernos en cuanto salen dos rayos de sol).

—¡Ya estoy! —grito, bajando las escaleras con Calcetines pisándome los talones.

Carlota y Erin me esperan de pie junto a la puerta. Ambas visten ropa cómoda y llevan

mochilas a la espalda.

—¿Hace falta que lleve algo? ¿Es un paseo corto o largo? ¿Vamos en coche o caminando? —pregunto mientras cojo el arnés y la correa del perro.

—Caminando, pero no hace falta que cojas nada, nosotras nos hemos encargado de todo. Tú dedícate a disfrutar —responde Carlota, y despliega una gran sonrisa cuando las tres, junto con nuestro acompañante perruno, salimos de casa y echamos a andar.

Para mi sorpresa, nos dirigimos hacia la entrada del pueblo y, al llegar a ese camino enmarcado de inmensos robles por el que accedí la tarde en que llegué, tomamos una estrecha bifurcación a la derecha para acceder a un sendero de tierra que discurre entre árboles y arbustos.

La temperatura es agradable y el piar de los pajarillos, ocultos en las frondosas copas, nos acompaña mientras nos adentramos en el bosque.

—¿Venís mucho por aquí? —pregunto rompiendo el cómodo silencio en el que discurría hasta ahora nuestro paseo.

—Bastante, el paseo el bonito y el sitio al que conduce un lujo del que poca gente puede disfrutar —responde Erin con entusiasmo.

—Creo que lo que en realidad quiere es asegurarse de que no nos vamos a perder —dice Carlota sin disimular una sonrisa.

—¡Qué va! —replico.

Ella ladea la cabeza hacia mí con expresión escéptica.

—Bueno… Puede que quiera cerciorarme de que no nos equivocamos de camino con tanto árbol.

—Tranquila, conozco este sitio como la palma de mi mano —responde Erin con seguridad.

—No estás muy acostumbrada a ir por el monte, ¿verdad? —se interesa Carlota.

—Me encanta, pero reconozco que siempre he sido más de ciudad —respondo, observándolo todo con atención.

—Yo también lo era…, hasta que me acostumbré a esto, y ahora, por mucho que lo intentase, no podría cambiar —admite ella suspirando—. La ciudad tiene algunas ventajas, lo reconozco, pero vivir en pueblos pequeños tiene otras.

—¿Dónde vivías antes de mudarte aquí? —indago, pues me parece interesante a la par que sorprendente que una persona joven como Carlota pueda haber renunciado a su vida anterior para trasladarse a un lugar como este.

—Primero pasé unos años en Nueva York, después, en París, y mi último destino antes de abandonarlo todo fue Madrid. Como puedes ver, la antítesis de todo esto.

—Tuvo que ser una decisión dura —murmuro con cierta admiración, recordando lo que ella misma me contó cuando estuve comprando los jabones en el «taller» instalado en la parte inferior de su casa—. Ni siquiera puedo imaginarme lo que puede suponer dejarlo todo… Tu trabajo, tu familia, tus amigos y empezar de cero en algo tan diferente y encima tan lejos. Eres muy valiente.

—En realidad, no —me aclara.

Mi expresión de asombro le arranca una carcajada.

—Sé que puede sonar loco, pero tiene todo el sentido del mundo si lo piensas —explica—. Verás —continúa tras unos segundos en silencio—, ganaba un dineral que no podía gastar por falta de horas libres, tenía una casa preciosa que me costaba un ojo de la cara en la que nunca estaba, pues prácticamente vivía en la oficina, los planes con mis amigos eran anecdóticos, pues para mí no existían los fines de semana y, por ese mismo motivo, ni recuerdo la última vez que fui a una reunión, cena o comida familiar antes de decidir venirme aquí. Te garantizo que, a

pesar de estar más lejos, veo mucho más a amigos y familiares desde que vivo aquí.

—Vaya —susurro.

—Desde fuera, mi vida era perfecta, habría quien pensaría que lo tenía todo, y en parte era cierto… Lo tenía todo menos lo único que no se puede comprar.

—¿El qué? —murmuro, metida por completo en su relato.

—El tiempo —confiesa—. No tenía tiempo para disfrutar ni para cuidarme ni para compartir con la gente que me importa. Mi vida volaba ante mis ojos y yo era incapaz de detenerla, a pesar de que intentaba aferrarme con desesperación a los segundos y a las horas. Mis días se convirtieron en una carrera en la que me sentía incapaz de frenar; dejé de disfrutar de lo que hacía, hasta que llegó un momento en el que me sentí tan infeliz y desgraciada que tuve que parar.

—Visto así, el cambio tiene lógica —comento, impresionada por la seguridad con la que habla.

—Es por aquí —interviene Erin, guiándonos hacia la izquierda y señalando una lagartija de gran tamaño que observamos con atención mientras repta y se esconde bajo una rama caída buscando algo de intimidad.

—Así que —continúa Carlota con el relato— un fin de semana decidí venir a la antigua casa en la que mi abuela pasó su infancia y, en cuanto puse un pie en este pueblo, sentí que todo el peso que portaba en la espalda me abandonaba al fin —asegura—. Era como volver a sentirme viva, libre y relajada.

—Después, esa misma noche, rebuscando entre las cajas de las cosas de su abuela, descubrió una libreta con las recetas de los jabones y su cabeza empezó a maquinar una idea —termina Erin.

—Siempre he creído en las señales y las oportunidades, y encontrar esa libreta vieja me pareció una mezcla de ambas cosas. —Sonríe y una luz especial ilumina su mirada—. Recordé que, cuando era pequeña, mi abuela elaboraba mi propio jabón, uno muy especial que dejaba tanto la piel como el cabello sedosos y con un exquisito olor a azahar.

—Y entonces fue cuando decidiste abandonar tu trabajo y empezar a fabricar jabones —digo, contemplándola con admiración.

—¡Y no pude tomar una decisión mejor! No solo he recuperado mi vida, sino que disfruto profundamente de todo el proceso de creación, desde la recolección de las hierbas hasta el empaquetado de cada pastilla de jabón.

—Me alegro mucho por ti —afirmo, observándola con una sonrisa dibujada en los labios.

—¡Ya hemos llegado! —anuncia Erin cuando accedemos a un pequeño claro.

—¡Guau! —exclamo contemplando el paisaje que se presenta ante mis ojos con fascinación.

—¿A que es una pasada? —pregunta la rubia, adelantándose un par de pasos.

—¡Pasada se queda corto! —respondo admirada.

Y es cierto: el paisaje que se extiende ante nosotras bien podría ser el escenario de un cuento de hadas. El pequeño río de aguas cristalinas, el puentecito de madera que lo cruza de un lado a otro, la orilla plagada de piedras de diferentes tonos grises, blancos y rosados erosionadas por el paso del tiempo y el agua, y la cortina de árboles que lo resguarda todo creando un manto de privacidad…

—¿Cómo habéis encontrado este lugar? —murmuro mientras mi imaginación de escritora echa a volar, pensando en la multitud de escenas de novela que podrían desarrollarse en este lugar.

—Mis padres nos traían a Carlos y a mí a merendar aquí muchos domingos en primavera y verano cuando éramos niños —me dice Erin, a la vez que posa su mochila en el suelo y saca de ella una manta amplia y fina que extiende sobre la mullida hierba y en la que coloca varios bocadillos y un trozo de bizcocho de chocolate.

Carlota la imita, abriendo la suya para extraer varias botellas de agua, y las tres (acompañadas de Calcetines que, en cuanto ha visto la comida, ha empezado a mover el rabo con alegría) tomamos asiento dispuestas a no dejar ni una miga.

Todo está buenísimo, la caminata me ha abierto el apetito y saboreo cada bocado como si estuviese degustando un verdadero manjar. Además, la charla es animada, las chicas me hacen sentir como una más y disfruto de una sensación que me caldea el corazón en este lugar maravilloso en el que incluso los alimentos parecen saber mejor.

—Gracias por invitarme a venir —digo antes de meter mi último trozo de bizcocho en la boca.

—Supusimos que echarías de menos hacer planes con tus amigas —responde Erin, restándole importancia.

Una sensación amarga asciende por mi estómago y, de forma involuntaria, mi cuerpo se tensa y mis ojos se clavan en la manta.

—¿Sara? —Mi nombre sale en forma de susurro de sus labios.

Ambas se miran antes de fijar la mirada en mí otra vez.

—Sara, lo siento si he dicho algo que te ha molestado, yo solo… —comienza Erin.

Niego con la cabeza con excesiva fuerza, sin dejarla terminar.

—No te preocupes, es solo que… No tenía demasiadas amigas con las que hacer planes…

De nuevo se miran entre ellas.

—Bueno, siempre es mejor calidad que cantidad —trata de animarme Carlota, a pesar de que la extrañeza se entremezcla con la tristeza al teñir el iris de sus ojos.

—Pero ese tal Bruno… Me dijiste que es tu mejor amigo —me recuerda Erin.

—Y lo es. Siempre ha sido mi mejor amigo. —Una mueca cargada de afecto se abre paso en mi rostro—. Él y sus hermanos fueron los únicos que estuvieron a mi lado cuando mi vida era bastante parecida a la definición de infierno, pero al margen de ellos… Digamos que mis fines de semanas no estaban plagados de planes con las chicas de mi curso ni de fiestas de pijamas —confieso, escogiendo bien mis palabras.

—Los adolescentes pueden ser muy cabrones —afirma Erin, colocando un mechón de su pelo rosa tras la oreja con expresión enfadada.

—Te garantizo que sí —atestiguo mientras trato de mantener lo más lejos posible de mi mente esos dolorosos recuerdos.

—¿Quieres hablar de ello? —me ofrece Carlota con cautela.

—En realidad, no hay mucho que contar, es una historia como tantas otras… —Suspiro, sintiéndome de nuevo pequeña y vulnerable—. Chica tímida, abusones, instituto… Podéis haceros una idea de lo demás.

—Lo siento mucho, Sara —responde ella con sinceridad—. Esas cosas no deberían pasar.

—Pero pasan —afirmo—. Lo peor de todo es que, a pesar de todo, yo al menos tenía apoyo. Mis padres, Bruno y su familia se volcaron conmigo en todo momento para ayudarme a superarlo… Hay muchos chicos y chicas que pasan por situaciones incluso peores que la mía y no tienen la misma suerte que yo.

—¿Y después? —se interesa Carlota—. Quiero decir… ¿La cosa no cambió en la universidad, cuando terminaste el instituto?

Me encojo de hombros y acaricio el improvisado mantel con las yemas de los dedos antes de contestar.

—Supongo que yo misma me cerré en banda a esa posibilidad, no quería arriesgarme a pasar por lo mismo de nuevo, así que era más cómodo no abrirme a los demás, mantenerme en un segundo plano y quedarme igual.

—¡Pues que sepas que a partir de este momento nos tienes a nosotras dos! —asegura Erin con los ojos vidriosos y una sinceridad que me enternece.

—Seremos como las tres mosqueteras —se le une Carlota, alzando la mano.

—Solo nos queda encontrar a D'Artacán —bromeo.

Calcetines elige ese momento para ponerse a ladrar en busca de caricias, y las tres nos echamos a reír.

—Creo que ya lo hemos encontrado —afirma Erin, haciéndole mimos al cachorro.

Las contemplo agradecida; no las conozco mucho, pero algo dentro de mí me dice que son de esa clase de personas que llegan para hacerse un hueco en tu vida y no marcharse más y, aunque solo sea por eso, esta experiencia ya me habrá dado más de lo que cabría esperar.

Capítulo 9

Un poco de brazo de gitano y mucha información

Carlos

La observo con disimulo desde la ventana del salón. Lleva más de diez minutos quieta como una estatua delante de la puerta de entrada y, por su gesto vacilante, no es muy difícil imaginar que está decidiendo si llamar al timbre o darme plantón y largarse.

¿Qué estará pensando? Tanta indecisión me está desquiciando hasta el punto de que, por un momento, estoy tentado de abrir la puerta e invitarla a entrar.

La paciencia no es una de mis mayores virtudes, aun así, decido darle su tiempo porque sé que no es una buena idea forzar la situación, pues bastante incómoda es ya, por lo que me obligo a esperar aprovechando para estudiarla con detenimiento un poco más.

Lleva unos vaqueros anchos y un jersey de color azul celeste. Parece incómoda y desconfiada mientras no deja de mover de un lado a otro el paquete que lleva entre las manos.

Al final, exhala resignada y, tras colocarse bien las gafas sobre el puente de la nariz, avanza un par de pasos y golpea con los nudillos en la puerta.

Me apresuro a abrir para recibirla antes de darle tiempo a que cambie de opinión.

—Me alegro de que hayas venido —la saludo con cordialidad, y despliego una amplia sonrisa que parece tensarla aún más.

—Gracias —responde de forma escueta, tendiéndome lo que está agarrando—. Es brazo de gitano de la panadería, Dolores me dijo que es tu preferido.

—Tiene razón, nunca he probado un postre mejor —afirmo cogiéndolo, y me hago a un lado—. Voy a meterlo en la nevera, pasa y ponte cómoda, como si estuvieses en tu casa.

—Mi casa está bastante lejos de aquí —lo dice entre susurros, casi entre dientes, pero, aun así, y aunque decido hacer como si no lo hubiese oído, sí que lo escucho.

Decido tomármelo con calma para darle unos segundos a solas y, cuando vuelvo, me la encuentro mirando una foto colocada al lado de la chimenea del salón.

—Con el pelo negro y largo hasta la cintura Erin está casi irreconocible aquí —comenta al escucharme llegar, sin despegar los ojos de la imagen.

—Fue uno de los últimos viajes que hice junto a mis padres —recuerdo—. Ella acababa de entrar en la universidad y nos acercamos a visitarla.

—Me dijo tu hermana que vuestro padre falleció. Lo siento mucho —dice, y tanto sus palabras como la mirada que me dedica cuando por primera vez se gira hacia mí desbordan sinceridad.

—Gracias, fue casi dos años después de ese día, tras su muerte; mi madre quiso irse a vivir con su hermana a Orense, pero viene a visitarnos bastante a menudo —explico, vagando por un segundo entre esos dolorosos recuerdos que todavía me pinzan el corazón cuando consiguen abrirse paso en mi cabeza.

Intento encerrarlos de nuevo bajo llave en uno de los lugares más recónditos de mi mente y

sonrío, con la idea de reconducir la conversación hacia un tema menos complicado y más neutral.

—Espero que tengas hambre —comento.

—La verdad es que no, tengo el estómago cerrado —responde sin disimular ni la tensión que la posee ni lo poco que le apetece estar aquí.

—Estoy convencido de que mis canelones te harán cambiar de opinión —replico, y le hago un gesto para que me siga a la barra de la cocina—. He pensado que podemos cenar aquí, pero, si lo prefieres, podemos hacerlo en la mesa del comedor.

—Aquí está bien, cuanto antes terminemos con todo esto, mucho mejor —responde seca.

Si tenía alguna esperanza de que esta conversación fuese a resultar fácil, acaba de esfumarse, pero para cabezón, yo.

—Tienes una casa bonita —concede, echando un vistazo a su alrededor tras tomar asiento en una de las cómodas banquetas con respaldo.

—Gracias, es una distribución muy parecida a la de la vivienda que tú estás ocupando. Las reformamos casi a la vez —explico mientras cojo dos copas y una botella de vino y sirvo un poco en ambas—. Lo que pasa es que la mía es más pequeña porque yo no necesito tanto espacio.

—No quiero beber —dice negando con la cabeza.

—Pruébalo, es casero y está delicioso —insisto tendiéndole una.

De mala gana, se la acerca a la boca y la observo ensimismado a la vez que algo se retuerce en mi interior viendo como el líquido oscuro acaricia y se mimetiza con sus rosados labios.

—Está muy bueno —concede tras probar un sorbo—. ¡No me digas que también eres vinicultor! —Su tono cargado de ironía me sienta como una bofetada, pero decido obviarlo.

—No, el que lo elabora es Aurelio, el pastor, yo solo me dedico a disfrutarlo —replico guiñándole un ojo—. Y hablando de eso… Creo que te debo una disculpa —añado, girándome para sacar la bandeja de canelones del horno. La coloco en la barra al lado de los platos con cuidado y después, tomo asiento a su lado.

—¿Una? —Alza las cejas y su expresión se vuelve más escéptica todavía—. ¡Vaya! —Hace una mueca—. Eres muy generoso contigo mismo.

Por lo visto, tendré que estar todo el rato en guardia, no obstante, tampoco esperaba otra cosa por su parte.

—En contra de lo que piensas, nunca tuve la intención de engañarte ni de reírme de ti —afirmo con rotundidad.

—Nooo, claro. No pretendías engañarme ni reírte de mí, solo ocultarme tu identidad de forma muy conveniente.

—No fue premeditado. Surgió así —intento defenderme, aunque reconozco que suena a excusa barata.

—Tuviste mil oportunidades para confesar y decidiste quedarte callado —me ataca, directa a la yugular.

La contemplo apretando los labios. Tiene razón, sé que la tiene, si soy sincero, tuve muchas oportunidades para decírselo, pero no me hace especial ilusión reconocerlo en voz alta para darle más munición; además, yo tampoco miento al decir que no fue intencionado, sin embargo, si pretendo que esta conversación siga siendo civilizada, no tiene sentido que me empeñe en enzarzarme en una batalla que ella tiene ganada de antemano.

—Es cierto —admito, comprendiendo que no vale de nada negarlo cuando es una realidad tan grande como una catedral.

Mi afirmación la toma por sorpresa.

—¿Y por qué no lo hiciste? Es que no consigo comprender qué pretendías conseguir con eso —cuestiona tras unos segundos.

Medito la respuesta con detenimiento.

—¿La verdad? —pregunto.

—Pues hombre, estaría bien para variar —bufa, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No sé por qué no te dije quién soy desde el primer momento, supongo que el hecho de que ya me odiases de antemano y acabásemos discutiendo en la taberna no ayudó demasiado.

—Después de eso, estuviste en mi casa, le cosiste la pata a mi perro y tampoco dijiste nada —me recuerda.

—Igual, de forma subconsciente, me callé para que me conocieses un poco mejor antes de soltarte la bomba. Creí que así te darías cuenta de que no soy el mal personificado y la onda expansiva sería menor.

Su rostro refleja aún más confusión.

—¿Y no se te ocurrió pensar que cuando me enterase iba a sentarme todavía peor? —pregunta con sarcasmo.

—Era una posibilidad, pero decidí arriesgarme. Total, la manía que me tenías no podía ir a más.

—Muy inteligente por tu parte, sí, señor —replica en un tono que deja patente que piensa todo lo contrario.

—Igual te suena a cuento, pero necesitaba un tiempo para demostrarte que no soy taaannn terrible como piensas —repito, intentando que entienda mi posición.

—Más que a cuento, me suena a novela de ciencia ficción —declara.

Ambos permanecemos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

La curiosidad se abre paso en sus facciones, mezclándose con el enfado, al tiempo que me estudia con atención; sin embargo, me doy cuenta de que al menos la rigidez de su espalda un poco sí que se ha suavizado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Su voz dubitativa acapara toda mi atención.

—Dispara.

—No me des ideas —murmura.

—¿Siempre te lo tomas todo al pie de la letra?

—Me gustan las letras. Por algo soy escritora —anuncia encogiéndose de hombros.

—Y una muy buena —matizo, llevándome la copa de nuevo a los labios sin apartar los ojos de su semblante.

Mi elogio la incomoda y sus mejillas se cubren de rubor.

—No vas a conseguir nada haciéndome la pelota —suelta a la defensiva, tensándose de nuevo.

—No te hago la pelota, solo doy mi opinión —rebato.

La noto inquieta, nerviosa y, como me he percatado que hace cada vez que eso le pasa, se coloca bien las gafas desviando la mirada.

—Pues no era eso lo que pretendías ir contando por ahí —lo suelta sin dudar y lo siento directo y efectivo como un latigazo verbal.

—¿No querías preguntarme algo? —la animo, con la voz algo contrita.

Su gesto se endurece y sus ojos se vuelven fríos como dos glaciares al posarse sobre mí otra vez.

—¿De verdad lo que escribí sobre este lugar te pareció tan horrible como para montar todo

este circo y arrastrarme hasta aquí?

Se la ve muy dolida, tanto que a duras penas consigo tragar saliva y mantener esa mirada que me fulmina. En este momento, me siento tan rastrero que lo único que me apetece es dejar de enfrentarla y largarme de aquí.

—No me gustó demasiado la descripción. Pero reconozco que todo lo demás igual fue un poquito excesivo.

—¿Un poquito? ¡Me amenazaste! ¡Ibas a intentar desprestigiar mi trabajo en público! ¡Querías perjudicar mi carrera! —exclama y cada una de esas acusaciones en su voz suena como una aberración que me hace sentir todavía peor.

—Lo cierto es que, aunque no hubieses venido, yo no habría hecho ninguna de esas cosas —confieso, y dejo escapar un suspiro mientras me masajeo el puente de la nariz con dos dedos.

—Entonces, ¿por qué? ¡No lo comprendo! —Su expresión denota que, aunque se está esforzando por intentar comprender mis motivos, no es capaz.

—Sé que igual no actué bien, pero tienes que saber que mi intención siempre fue salvar el pueblo —explico.

—¿Salvarlo de qué? —me apremia a contestar, cada vez más confundida.

Esa sensación de cansancio y angustia que cada vez siento con más frecuencia cuando pienso en el futuro de mi hogar asciende por mi cuerpo, aprisionándome el pecho con brutalidad.

—De desaparecer —afirmo apesadumbrado.

—No te entiendo. —Niega con la cabeza.

—Como tú misma dijiste en tu libro, nuestra población está envejecida, hay muy pocas personas jóvenes y muchos menos puestos de trabajo —digo, intentando explicarle lo mejor posible nuestra situación—. Eso hace que las ayudas y subvenciones que recibimos hayan disminuido hasta un punto en que me cuesta horrores gestionar algunas de las necesidades de este lugar.

—Eso lo entiendo, lo que no comprendo es qué tengo que ver yo con eso —murmura frunciendo el ceño.

—Poco después de que sacaras tu libro, vi en televisión un reportaje de una escritora americana cuya editorial organizaba rutas por las localizaciones que salían en sus novelas —murmuro, un poco avergonzado y bastante arrepentido, al tiempo que su expresión cambia por completo.

—Así que pensaste que, si yo situaba aquí uno de mis libros, vosotros podríais hacer algo así.

—Exacto —admito—. Sé que es una medida un tanto desesperada, pero lo he intentado casi todo y en mi cabeza tenía sentido. ¿Cuántas personas leen lo que escribes? Millones —me autorrespondo—. Que un pequeño porcentaje de esos lectores se interesase por venir hasta aquí supondría una gran inyección económica y la excusa para poder solicitar otro tipo de ayudas a las que, en este momento, nos resulta imposible acceder.

Ella me observa en absoluto silencio y, aunque intento averiguarlo, no tengo ni idea de lo que está pensando, por lo que ahora que he cogido carrerilla, continúo hablando.

—El problema principal, a mi modo de verlo, residía en cómo convencer a una superventas como tú para que localizase en nuestro humilde y, según tus mismas palabras, «envejecido pueblo» una de tus historias…

—Y decidiste que la mejor forma de conseguirlo era chantajearme —me interrumpe, con una dureza que no le pega nada.

—En realidad, lo que pensé fue que, si pasabas aquí unos días, sabrías ver la belleza que

esconde este sitio y te enamorarías de él.

Durante unos segundos, su expresión de disgusto se suaviza; sin embargo, enseguida se endurece otra vez.

—Y decidiste traerme casi obligada —me acusa sin miramientos, haciéndome sentir como un delincuente o un secuestrador.

—De otra forma no habrías accedido a venir —afirmo.

—Probablemente, no —concede—, pero eso no te daba derecho a forzar tanto la situación.

—Lo siento —me disculpo sincero—. Comprendo que para ti esto solo sean un montón de casas, pero para mí ese montón de casas constituyen mi hogar; estos vecinos son mi familia y a la familia no se le puede fallar.

Un brillo apenado atraviesa sus ojos y su expresión refleja cierta melancolía y un poco de ¿culpabilidad?

Me mantengo en silencio y contengo la respiración a la espera de que diga algo. En el fondo, tengo la esperanza de haber tocado su corazón y que decida echarnos una mano.

Tras unos instantes que se me hacen eternos, abre la boca dispuesta a decir algo y, justo entonces, su teléfono empieza a vibrar y, por su forma de mirar la pantalla, me temo que va a contestar, así que su respuesta tendrá que esperar.

Capítulo 10

La videollamada

Sara

Escucho lo que me cuenta Carlos con una mezcla se sensaciones sacudiéndome por dentro. En parte me siento utilizada y cabreada, pero me acuerdo de todas esas personas que tienen en este sitio su hogar, pienso en Carlota y en Erin. En lo bien que me lo pasé con ellas en nuestra escapada al río y en lo amables que han sido en todo momento conmigo… También en cómo, en cuanto ayer llegamos a la orilla, mi cabeza comenzó a elucubrar… Es cierto que este sitio tiene encanto, solo hay que saber mirar. Aun así, la actitud de Carlos ha sido reprobable y ha estado fuera de lugar.

Abro la boca, dispuesta a decirle eso mismo, cuando mi móvil comienza a vibrar.

Mi mirada se desvía a la pantalla antes de dirigirse de nuevo a él a modo de disculpa.

—Lo siento, tengo que contestar —aseguro.

—¡Sara! ¡Ayer no conseguí hablar contigo y hoy llevo un día infernal! —me saluda Bruno desde el otro lado—. Hasta hace media hora no he conseguido salir del juzgado, ni siquiera he tenido diez minutos para poder comer algo.

Observo de reojo a mi anfitrión y, por el gesto de su cara, deduzco que se ha dado cuenta de que Bruno es mi abogado.

—Fui de excursión al río y cuando llegué me quedé dormida —me disculpo, pues es cierto que ayer había quedado en llamar yo.

—¿Al río? —inquiere Roi (el hermano policía de Bruno, al que, al igual que al resto de la familia, también adoro), colando la cabeza delante de este.

—Sí, tesoro, es eso que tiene agua, rocas… —le responde Iria, su prometida y mi única amiga fuera de la familia.

En cuanto la veo, una sonrisa se dibuja en mi cara.

—¡Iria! ¿¡Cómo estás!? —pregunto sin disimular mi entusiasmo.

—¡Gordaaa! ¡Muy gorda! —responde ella con aire dramático, y resopla.

—Amor, no estás gorda, ¡estás embarazada! —la corrige Roi—. ¡Y preciosa!

—¡Ja! Eso lo dice porque no se atreve a decir lo contrario —murmura ella. Luego le arranca a Bruno el teléfono de la mano y se pone a caminar de un lado al otro del salón.

—Te echamos de menos —me asegura, escapando de los otros dos, que la siguen intentando recuperar el móvil—. Cada día me levanto pensando en cómo me gustaría darle una buena patada en las pelotas al alcalde de pacotilla ese que te tiene retenida en contra de tu voluntad.

—Cariño, tu prometido es policía, no puedes ir por ahí amenazando a la gente con tanta alegría —le recuerda Roi de fondo.

—Yo no fui la primera en amenazar —suelta ella.

—¡Bien dicho, cuñada! —la anima Bruno.

—Eso, tú anímala —lo regaña Roi.

—Seguro que el muy desgraciado ni siquiera se ha atrevido a dar la cara. ¡Cómo me encantaría arrancarle de un guantazo la dentadura postiza! —continúa parloteando Iria mientras Bruno y Roi caminan tras ella, persiguiéndola por el salón.

De inmediato, siento como mi cara enrojece y desvío con disimulo la mirada hacia Carlos, esperando encontrarlo enfadado, pero, lejos de eso, lo veo riéndose encantado.

—Cariño, no está bien hablar así de un anciano —le recuerda Roi—. Además, no sabes si lleva dentadura postiza o la tiene natural.

—Su abogada dijo que lleva toda la vida de alcalde; con lo que quema la política debe de estar calvo, ¡sin dientes y con un vinagre en el cuerpo que seguro que no se puede aguantar! —suelta ella resoplando.

—Tesoro, contrólate un poco y deja al hombre en paz —intenta contenerla Roi de nuevo.

—¡Pues que se vaya a jugar a la petanca y deje de fastidiar! —grita ella.

—¡Eso, eso, yo no podría decirlo mejor, cuñada! —la jalea Bruno—. ¡Así se habla!

—Solo espero que… —prosigue ella.

—En realidad, estoy cenando con él —la interrumpo antes de que suelte ninguna otra barbaridad.

—¡¿Con el excelentísimo?! —exclama sorprendida, parándose en seco de tal forma que los otros dos casi chocan con su espalda. De repente, tres caras ocupan la pantalla mirándome con estupefacción.

La voz de Bruno suena tensa cuando me pregunta:

—No te habrá obligado, ¿verdad? Porque eso sí que ya no lo voy a aguantar…

Voy a responder cuando, con un rápido movimiento, Carlos me arrebata el móvil y sonríe a la pantalla.

—No la he obligado, pero reconozco que me ha costado convencerla —asegura sin dejar de sonreír.

—¡Coño con el alcalde! —exclama Iria abriendo los ojos como platos.

—¡Cómo está el excelentísimo! —escucho murmurar a Bruno.

El rubor tiñe mi rostro y me remuevo incómoda en el taburete, intentando mantener el tipo y permanecer impasible, como si la conversación que están teniendo fuese lo más natural del mundo y la cosa no fuese conmigo.

—En cuanto a lo de la dentadura postiza… Siento decepcionarte, pero me temo que, aunque es cierto que la política quema, todavía no llevo en el cargo tanto tiempo como para haber perdido los dientes, por lo que vas a tener que esperar unos años —continúa diciendo él con humor.

—¿Pero no se supone que llevaba toda la vida en el cargo? —escucho murmurar a Roi mientras me tapo la boca con una mano para contener la risa—. Se supone que, cuando alguien lleva toda la vida en algo, es una persona mayor, ¿no?

—Pues eso pensaba yo, pero ya ves que no —le contesta Bruno.

—Me presenté a alcalde cuando murió mi padre y de eso hace ocho años —les aclara.

—¿Cuántos años tienes, majo? —se interesa Iria, poniéndole ojitos.

—Treinta y dos —responde él, y le dedica una sonrisa que la desarma por completo.

En defensa de mi amiga, tengo que admitir que esa forma de sonreír desarmaría a cualquier ejército y debería estar prohibida.

Sin darle tiempo a seguir departiendo con mis amigos, le quito de nuevo el teléfono, justo a tiempo de ver la mueca que me pone Iria mientras, en silencio, mueve los labios diciéndome algo

así como:

Joder con el señor alcalde.

Mis mejillas pasan del rubor al color de un tomate maduro y decido colgar antes de que la situación empiece a avergonzarme todavía más.

—Chicos, os tengo que dejar —anuncio.

—No me extraña —musita Iria.

—Ehhh, bueno, hablamos mañana.

—Oh, ya lo creo que vamos a hablar —replica Bruno.

Más roja todavía por el tono de su afirmación, les lanzo un beso y cuelgo la llamada sin saber si permanecer sentada donde estoy, salir corriendo por la puerta o esconderme debajo del sillón.

—Se os ve muy unidos —comenta Carlos para romper el hielo.

—Muchísimo. No sé qué haría sin ellos. Bruno y Roi llevan toda la vida a mi lado y, en cuanto a Iria… Llegó hace poco pisando fuerte y enseguida consiguió hacerse un hueco en mi vida.

—Parecen buena gente —concede, regalándome una sonrisa.

—Lo son…. —Lo estudio con atención antes de añadir—. Tú también lo pareces —reconozco—, por eso no entiendo que me hayas arrastrado hasta aquí utilizando sucias artimañas.

Mi voz suena tan dura que me coge por sorpresa incluso a mí.

—La cagué y lo siento —admite, fijando sus ojos azules en los míos—. Estoy más que dispuesto a enmendar mi error, pero antes, si me dejas, me gustaría…

Se queda callado, como si necesitase pensar bien las palabras que va a usar, y su rostro denota tanta duda que consigue despertar mi curiosidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —solicita al final.

Lo estudio con atención. Lo cierto es que me resulta fácil estar con él. Llevamos ya un rato juntos y, aunque pensaba que iba a estar incómoda a su lado, quitando el momento videollamada, nada más lejos de la realidad.

—Puedes, pero eso no implica que yo la vaya a contestar —concedo, sin bajar del todo la guardia.

—Tus amigos sí saben quién eres, ¿verdad?

Durante unos segundos, guardo silencio, no me resulta fácil hablar de ese tema con gente con la que no tengo una gran confianza.

—Bruno, su familia, mis padres y ahora, de forma forzosa, tú y tu abogada sois los únicos que lo sabéis —respondo en voz baja, removiéndome incómoda en mi silla.

—Y ¿por qué? —La incredulidad asoma a su rostro—. No me entiendas mal —se apresura a añadir al notar como se tensa mi espalda—. Aunque no estoy muy puesto en el tema, comprendo que todo el mundo tiene derecho a usar pseudónimo para mantener en privado su identidad, pero… ¡Eres S. Harrison! *Best seller* internacional. —De nuevo guarda silencio durante unos segundos y el azul de sus ojos parece aumentar de intensidad—. ¿Por qué esconderte cuando tienes un éxito tan brutal?

La sensación de vértigo que me asciende del estómago al pecho casi no me deja ni respirar, pero ha firmado un contrato de confidencialidad, así que…

—Es una larga historia que viene de muy atrás —confieso con voz seca.

—Podemos dejarlo aquí si quieres, pero tengo todo el tiempo del mundo y se me da bien escuchar. —Sus palabras sinceras y la sonrisa que se dibuja en su rostro calman en cierto modo

mi ansiedad y, aunque no comprendo por qué, algo muy dentro de mí me dice que, por mucho que me sorprenda, Carlos es alguien en quien puedo confiar.

—Sufrí *bullying* en el instituto —comienzo—. Nunca llegaron a pegarme ni a amenazarme, imagino que en parte porque sabían que contaba con la protección de Bruno y sus hermanos, y esa era una línea que no se atrevían a cruzar, pero los insultos y las burlas tenían un alto nivel de intensidad y, aunque tengo que admitir que antes de eso yo ya era tímida y algo introvertida, esos episodios no hicieron más que aumentar mi inseguridad.

—Lo siento mucho. —De nuevo suena sincero.

Niego con la cabeza, dando a entender que es algo que ya he dejado atrás.

—Cuando estaba en mi último año, se organizó un concurso de relatos literarios y, como desde muy pequeña me encantaba leer y escribir, me animé a participar —prosigo hablando, y él me escucha con atención.

—Supongo que ganaste —me interrumpe.

—Gané —asiento—. Pero la alegría me duró poco porque mis compañeros utilizaron el escrito que presenté para ridiculizarme delante de todo el instituto y burlarse de mí.

—¿Cómo es posible? —murmura.

—Lo fotocopiaron, quitando y añadiendo algunas cosas al original, lo manipularon y empapelaron medio colegio con él. Después, no contentos con eso, lo subieron a internet y empezaron a llenarlo de comentarios.

—¿Y nadie hizo nada? —La indignación fluye con fuerza en su mirada.

—Por supuesto que sí, aunque al principio sentí tanta vergüenza que no me atreví a decir nada en casa, en cuanto los profesores se enteraron de lo que estaba pasando, tomaron cartas en el asunto; mis padres hablaron con los de mis compañeros, amenazando con poner una denuncia y, en cuanto a Bruno y Roi… Digamos que me costó convencerlos para que no les partieran la cabeza.

—Deberían haberlo hecho —musita, apretando los puños con rabia.

—No habría servido de nada, el mal ya estaba hecho… Me deprimí tanto y me sentí tan vulnerable y expuesta que, durante más de un año, no volví a escribir —susurro.

—Tuvo que ser horrible —admite.

—Puede parecer una exageración, pero las letras, los libros y la escritura siempre fueron mi lugar seguro y, cuando eso pasó… Me sentí perdida, era como si hubiesen profanado mi refugio y me hubiesen arrancado de repente del único sitio en el que conseguía evadirme de todo lo demás.

—Pero volviste a escribir —afirma él, y juraría que aprecio cierto orgullo en su voz.

—Lo hice, tardé casi año y medio, pero al final me armé de valor y lo hice. —Asiento—. Empecé mi primera novela solo para mí; después de lo ocurrido, tenía claro que antes me cortaría un brazo que hacerla pública.

—Y entonces, ¿cómo…?

Sé lo que me quiere preguntar sin necesidad de que termine la frase.

—Bruno la leyó, le encantó y, como sabía que no tenía ninguna posibilidad de convencerme para que la publicase o la mandase a alguna editorial, él lo hizo a escondidas por mí.

—Y usó un pseudónimo —finaliza.

—Exacto. Ese, por Sara; Harrison, por los hombres de Harrison, una de sus películas preferidas.

—¿Cuándo te enteraste de lo que había hecho? —indaga.

—No pasaron ni dos días porque, ahí donde lo ves, es incapaz de ocultarme nada y no pudo mantenerlo en secreto durante demasiado tiempo. —Sonrío al recordar el momento—. Casi me da algo cuando me lo confesó, no podía volver a pasar por lo mismo, no me veía capaz de sentirme juzgada por la cajera del supermercado o por mis vecinos… Pero entonces me dijo que no había usado mi nombre y que, por lo tanto, nadie tenía que saber que la autora era yo y que podíamos mantener mi identidad en secreto, y así lo hicimos.

—Vale, pero una vez que empezaste a tener éxito… ¿Por qué no decirlo entonces?

—Igual resulta complicado comprenderlo, pero cada nueva publicación despierta en mí la misma inseguridad de la primera vez, por muy bien que haya ido la anterior. Ahora mismo tengo éxito, pero esta carrera es complicada y soy muy consciente de que, de un momento a otro, eso puede dejar de suceder. Sé que, en caso de haberlos, soy capaz de gestionar los ataques a S. Harrison, la autora, pero no me veo capaz de volver a soportar que, a causa de mi trabajo, ridiculicen a Sara, la persona. Por ello necesito mantener esas dos facetas de mi vida separadas. Una cosa es mi trabajo y otra, mi vida privada.

—¿Eso quiere decir que nunca vas a desvelar quién eres? —La pregunta no suena a ataque, solo a sana curiosidad.

—No, ni loca. Solo con imaginarme estar delante de alguien que supiese quién soy en realidad me haría volver a sentirme como aquella chica vulnerable, insegura y temerosa. Me ha costado mucho superar todo eso y pensar en volver a padecer algo similar me produce terror.

—Estás delante de mí —me recuerda.

—El contrato de confidencialidad ayuda… —le recuerdo—. Además, creo que en el fondo no eres un mal tipo, y tampoco es que me hayas dejado mucha opción.

Él sonríe satisfecho y yo lo contemplo asombrada porque, contra todo pronóstico, después de abrirme y contárselo todo, me siento bastante mejor.



Sentada delante de la máquina de escribir que Bruno me regaló, y con la ventana abierta (pues, a pesar de encontrarnos en pleno febrero, la temperatura acompaña), me evado del mundo, perdiéndome en el movimiento de la lavanda, que juega con el viento, el cual arrastra ráfagas de su aroma inundando toda la habitación.

Me encanta esta visión, podría quedarme horas y horas mirando cómo los tonos lilas cambian y adquieren unos u otros matices según les da la luz del sol.

Por un momento, pienso en cuánto voy a extrañar esta vista cuando vuelva a casa, pero, de inmediato, sacudo con fuerza la cabeza, deshaciéndome de esos pensamientos extraños.

¡Por fin puedo volver a casa y eso es lo importante! Anoche, tras sincerarme con Carlos sobre el motivo por el que mantengo en secreto mi identidad, él me aseguró que podía estar tranquila. Admitió de nuevo que se había pasado de lo lindo y, después de asegurarme que nunca había sido su intención hacerme daño o perjudicarme, me prometió que, en caso de que decidiese marcharme, no diría nada sobre mí ni sobre mis libros que pudiese afectar a mi carrera.

El alivio que sentí fue inmediato. Tanto que, en lugar de largarme corriendo de allí, los dos nos quedamos hablando durante horas, y estoy convencida de que es una buena persona, un tipo bastante coherente y cabal cuyo único problema es la presión y exigencia a las que él mismo se somete para no fallarle al pueblo que considera su hogar.

Por lo que me contó, nunca estuvo entre sus planes presentarse al cargo, pero, cuando su

padre murió de repente, dejando el puesto libre y a los habitantes con pocas opciones de que otra persona realmente involucrada con este lugar solicitase el puesto y luchase por ellos…, ni siquiera se lo pensó; cuando quiso darse cuenta, era alcalde, y ahora siente la responsabilidad de seguir la estela de su padre, aunque lo que siempre quiso y lo que en realidad le encantaría es poder trabajar algún día como arquitecto.

Su discurso fue tan sincero que, tras escuchar sus explicaciones con la mente abierta, tengo que admitir que, aunque sigo sin aceptar su forma de proceder para traerme hasta aquí, sí puedo llegar a comprender los motivos que lo impulsaron a actuar así.

El timbre suena con insistencia y pego un bote, sobresaltada, mientras Calcetines, que estaba dormido a mis pies, echa a correr como una bala hacia la entrada.

Lo sigo a buen ritmo y, al abrir la puerta, me encuentro de frente con Carlota y Erin que me miran con cara de no haber roto un plato en su vida a la vez que me saludan con una enorme sonrisa que parece a punto de partirles en dos la cara.

—¿Es cierto que anoche cenaste con mi hermano? —me interroga la segunda sin molestarse en saludarme y entrando en casa con toda confianza.

—Hola, ¿qué tal? —respondo con tono irónico.

—Hola, ¿qué tal? —dice Carlota, siguiéndola al interior y caminando hasta uno de los taburetes que rodean la isla para tomar asiento antes de repetir la pregunta—. ¿Es cierto que anoche cenaste con su hermano?

—Sois unas cotillas —las acuso, conteniendo la risa y negando con la cabeza al mismo tiempo que cierro la puerta.

Es increíble lo a gusto que me siento con este par de locas. Siempre he sido tímida y algo cohibida, pero, después de mis años de instituto, abrirme a los demás se volvió una tarea casi imposible para mí. Me cuesta horrores confiar en la gente, mostrarme tal y como soy sin barreras ni armaduras, sin embargo, con ellas… Me sale natural, como si las conociese de toda la vida, y eso es algo que me cuesta entender y mucho más explicar.

—De cotillas, nada, solo nos gusta estar informadas —rebate Erin—, Como decía mi abuela, ¡la información es poder! —declara alzando un dedo hacia arriba con aire formal.

—Y ¿puedo preguntar cómo es que estáis tan *informadas*? Porque deduzco que Carlos no ha sido, y yo tampoco os he dicho nada.

—Y deberías estar muy avergonzada —asegura Carlota, señalándome con un dedo acusador—. Ten amigas para esto.

—Ni te haces una idea de cuánto —bromeo—. Avergonzadísima.

—Si estamos enteradas, es porque a nosotras no se nos escapa nada —responde ella.

—Por eso y porque Bernarda, la mujer de Fermín, el de la ferretería, te vio llamando a la puerta de la casa de Carlos —añade Erin con gesto pícaro, al mismo tiempo que coge una manzana.

—Vamos, que os lo dijo Bernarda —resumo.

—Para nada —replica mi casera antes de dar un bocado a la fruta y limpiarse la comisura del labio con el dorso de la mano. Una vez traga, añade—: A Bernarda ni siquiera la hemos visto esta mañana, lo que pasa es que ella se lo contó a Renata, la mujer de Mariano, y él se lo dijo a Dolores, la de la panadería, cuando fue a comprar los bollos del desayuno esta mañana, y la panadera fue la que me lo dijo a mí cuando me la encontré hace un rato en la plaza.

—Lo dicho: sois una panda de cotillas —farfullo—. ¡Para tener solo sesenta habitantes, este pueblo parece un cuartelillo de espías del CNI recién jubilados!

—De nuevo te equivocas, nuestro interés es preventivo —asegura ella.

—Ajá —respondo, asintiendo con la cabeza sin creerme ni una palabra.

—Exacto, solo queremos evaluar los daños colaterales —la apoya su amiga mientras juguetea con los tirantes del peto vaquero que lleva puesto encima de un jersey de rayas.

—No hay daños colaterales.

Ambas se miran, dándome a entender que no se lo tragan.

—¿Pretendes hacernos creer que los dos habéis pasado más de cinco minutos en la misma casa y no hay heridos? —cuestiona Carlota.

—Ni un rasguño —especifico, poniendo los ojos en blanco—. Por si todavía no te has dado cuenta, los dos somos personas civilizadas.

Ellas se miran de nuevo, haciéndose las extrañadas.

—¿No hubo ni amenazas ni denuncias ni insultos? —insiste la rubia.

—Que nooo.

—Carlos sigue vivo, ¿verdad? Porque desde ya te digo que no me apetece nada convertirme en hija única… ¡Con lo intensita que se pone mi madre cuando viene de visita, como para tener que lidiar con ella yo sola! —asegura Erin.

—Estás de coña, ¿no? —murmuro achicando los ojos—. ¡Pues claro que sigue vivo! ¿Por quién me tomas? ¡Dejad ya de buscar carnaza!

—Es que esta mañana no me cogía el teléfono —dice encogiéndose de hombros.

—Normal, si imagina que vais a poneros tan pesadas, no me extrañaría que apagase el móvil con tal de escapar de este interrogatorio —protesto, abriendo la nevera para coger una botella y echar un poco de agua en un vaso que me llevo a la boca.

—Es posible, por eso hemos decidido venir aquí —admite Carlota con gesto taimado.

—¿Y por qué no os plantasteis en su casa?

—Si ni siquiera nos contestó una llamada, ¿qué te hace pensar que iba a abrirnos la puerta? —dice Erin—. Además, en caso de habernos dejado entrar, a la primera pregunta nos habría largado con cajas destempladas.

—Os recuerdo que en este pueblo las puertas nunca están cerradas, además, ¿qué os hace pensar que yo no voy a hacer lo mismo? —inquiero, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Eres demasiado buena persona. Tú eres más maja —replica Carlota, negando con la cabeza.

—Estás haciéndome la pelota —afirmo, convencida, tratando de parecer seria.

—Puede —concede—. ¿Funciona? —añade con una sonrisa tan falsa como angelical dibujada en su cara.

—De verdad, me parece increíble que hayáis venido hasta aquí solo para preguntarme por eso —susurro, negando con la cabeza mientras dejo el vaso en el fregadero.

—Bueno, mujer, ni que estuvieses tan lejos… —comenta Erin con un resoplido—. ¡Y por si no lo sabes, la curiosidad es una virtud muy sana que denota una gran inteligencia y capacidad de aprendizaje!

—A decir verdad, yo tenía pensado pasarme esta tarde para pedirte unas ramitas de lavanda, quiero elaborar un jabón nuevo. Pero cuando Erin me contó lo que le había dicho Dolores, decidí adelantar la visita para unirme a su causa —suelta Carlota como si la cosa no fuese con ella.

—Pues para vuestra información, fue una cena de lo más tranquila, sin incidentes de ningún tipo —declaro, colocándome bien las gafas sobre el puente de la nariz y pasándome una mano por el pelo.

Las dos se miran entre ellas, sin esconder su sorpresa, antes de atravesarme de nuevo con la

mirada.

—¿En serio? —se interesa Erin, sin disimular cierto fastidio en su voz.

—Siento decepcionarte, pero muy en serio —asiento, empezando a impacientarme.

—Mujer, decepción decepción, tampoco, lo que ocurre es que en un pueblo tan pequeñito como este nunca viene mal un poco de emoción —deja caer Carlota, encogiéndose de hombros.

Las observo a las dos como si se hubiesen vuelto locas.

—¡Sois de lo que no hay! —las acuso, conteniendo la risa a duras penas.

—Si lo dices por lo especiales, divertidas y maravillosas que somos, gracias, es un detallazo que lo hayas captado —replica la rubia, guiñándome un ojo con complicidad.

—Me refería más bien a lo tremendas, entrometidas e indiscretas —rebato—. Pero se os coge cariño rápido, eso no lo puedo negar. —Suspiro con pesar—. Os voy a echar de menos cuando mañana me vuelva a casa, chicas —admito, sintiendo cierta presión en el estómago.

—¿Te vas? —pregunta Erin, que abre los ojos de par en par.

—Sí. Justo cuando llamasteis iba a empezar a empaquetar.

—Pero yo pensé que al menos te ibas a quedar un mes, es el tiempo que reservaste la casa —musita con voz apenada—. Ya está pagada.

—¿Quién renuncia a unas vacaciones pagadas? —la apoya Carlota—. Es tirar el dinero.

—No te preocupes por eso, no voy a reclamar nada y dispondréis de la casa en cuanto me vaya —les aseguro, intentando no parecer afectada.

—Eso es lo de menos —interviene Carlota—. Es que nos gusta tu compañía. Sé que no llevas mucho tiempo en el pueblo, pero… Es agradable tenerte aquí.

—Las dos podéis venir a visitarme cuando queráis —sugiero, sintiéndome todavía peor.

—No es lo mismo, aún hay muchos sitios chulos que te queríamos enseñar —contesta ella.

—Pero ¿y tu exposición? ¿No venías en busca de inspiración? —insiste Erin con tristeza—. ¿De verdad te has inspirado tan rápido?

—Sí, creo que ya la he encontrado. —Sonrío.

El timbre suena de nuevo, interrumpiendo la conversación.

—¿Quién será ahora? —murmuro, dejando a mis invitadas con la cara más larga que un día de lluvia sin paraguas—. Espero que no sea ninguna otra vecina que viene a interesarse por mi cena con el alcalde.

Pero no, no es ninguna vecina, sino un vecino, uno bastante alto y muy delgado que, como muchos de los habitantes del pueblo, pasará de los noventa años. Lleva chaqueta de lana, boina negra, y me ofrece una simpática sonrisa tan sincera como mellada.

—Este año soy el encargado del sorteo de San Vecinguín; coge un papel, bonita —me ordena, extendiendo en mi dirección una caja de cartón en la que hay un montón de papelitos.

—¡Sin mirar! —me advierte cuando meto la mano y agarro uno de los papeles doblados.

Los expresivos ojos del anciano brillan de entusiasmo y en la piel cuarteada y morena de su rostro se forman decenas de arrugas mayores de las que ya tiene en el momento exacto en que su sonrisa se amplía al afirmar:

—Recuerda que tu elección es personal, secreta y que no se puede cambiar. Buen día, maja —dice, y sin más, se da la vuelta y se va, dejándome plantada en la puerta con cara de tonta y mirando el papel sin entender lo que acaba de pasar.

Desdoblo la hoja y descubro el único nombre que aparece en ella antes de doblarla otra vez y cerrar.

—¿Quién era? —pregunta Erin segundos después, cuando regreso con ellas.

—Un señor que me ha hecho coger un papel que, según él, es supersecreto e intransferible

—digo frunciendo el ceño.

—Ahhh, entonces era Aurelio, el pastor. Este año le ha tocado hacer el reparto del día de San Vecinguín —dice Carlota, como si eso lo explicase todo.

—Eso mismo dijo él, pero sigo sin entender nada.

—San Vecinguín es nuestra versión vecinal de San Valentín. Básicamente, es algo así como nuestro propio amigo invisible, solo que, en este caso, es el vecino invisible —comenta Erin sonriendo—. Se meten todos los nombres de las personas del pueblo en una caja y cada uno coge un papel y, como te ha dicho Aurelio, no se puede cambiar.

—¿Y hay que hacerle un regalo a la persona que te toca? —pregunto alzando las cejas mientras observo de nuevo el nombre que me ha correspondido.

—Exacto, el regalo puede ser comprado o elaborado por uno mismo, pero, en cualquiera de los dos casos, debe de ser algo sencillo, un detalle que no sea excesivo ni ostentoso —especifica Carlota—. El día catorce de febrero celebramos el baile de San Vecinguín en la plaza del pueblo y todos los regalitos con sus correspondientes nombres se dejan apoyados en una mesa, entonces, cada vecino busca su nombre y obtiene su detalle de forma anónima.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida, pues la verdad es que eso no me lo esperaba—. ¿Cómo se os ocurrió hacer algo así?

Ellas intercambian una mirada y un destello de orgullo y admiración ilumina los ojos de Erin al dirigirlos de nuevo a mí.

—Fue cosa de mi hermano.

—¿De Carlos? —No es mi intención, pero el tono de sorpresa inunda mi voz.

Ella asiente.

—Verás —me revela—, hace unos años, Carmen, una de nuestras vecinas más queridas y longevas, enviudó después de más de sesenta y cinco años de feliz matrimonio. —Hace una pausa para buscar las palabras antes de continuar, y yo, que soy una apasionada de las buenas historias, aguardo en silencio hasta que vuelve a hablar—. Sé que perder a tu compañero de vida a esas edades es lo normal, pero Carmen y Pedro, su esposo, siempre habían derrochado amor y complicidad. Nunca en mi vida vi una pareja tan enamorada —recuerda—. Era habitual verlos cuidándose, prodigándose muestras de afecto y paseando cogidos de la mano. Su relación era motivo de alegría para todos, pues era evidente que, a pesar de las dificultades y los años, el cariño que se profesaban el uno al otro, en lugar de disminuir, solo había aumentado.

—Almas gemelas. —Suspiro, dando voz a la romántica que habita dentro de mí.

Ella asiente y prosigue con su relato.

—A Carmen le encantaba San Valentín, era su fiesta preferida del año y todos sabíamos que, hasta el momento en que su esposo falleció, siempre se despertó ese día con un ramo de cinco rosas blancas a su lado.

—¿Por qué cinco? —musito con curiosidad.

—Una por ella, otra por él y una más por cada uno de los tres hijos que quisieron tener —responde Carlota, que permanecía en silencio.

—Qué gesto tan romántico y bonito. —Suspiro, imaginando la escena en mi cabeza.

—Lo es —admite Erin—. Pero un gran amor conlleva gran dolor, y eso fue lo que Carmen sintió cuando Pedro murió.

Me llevo una mano a los labios, sintiendo con fuerza los latidos de mi corazón.

—Se acercaba febrero —prosigue Erin— y, por primera vez en toda una vida, ella no tendría a Pedro a su lado ni sus rosas en la almohada al abrir los ojos por la mañana, y nos partía el alma verla sufrir. Por ello, a mi hermano se le ocurrió intentar transformar un día que iba a

estar lleno de tristeza en un momento feliz, y así empezó San Vecinguín.

—Entiendo —murmuro mientras un sentimiento extraño se abre paso por mi pecho.

—Él mismo hizo los nombres, los metió en la caja y los repartió entre los vecinos, contándoles la idea de uno en uno y, gracias a eso, Carmen no solo tuvo su ramo de rosas, sino que, en lugar de estar sola, compartió ese momento tan especial con todo el pueblo.

—¿Montó todo eso por una vecina? —susurro, anonadada por su grado de implicación.

—Montó todo eso por una persona —replica con una sonrisa—. Es cierto que aquí no tenemos cines ni teatros ni ninguna de esas cosas… Pero tampoco somos números, aquí cada persona cuenta y, lo que le pasa a uno, nos afecta a todos. Compartimos las alegrías y nos apoyamos para superar las penas y, desde ese día, San Vecinguín se convirtió en una tradición que hemos mantenido y celebrado cada año. Al fin y al cabo, a todos nos viene bien recibir y repartir un poco de cariño, sobre todo, en un sitio donde hay tantas personas mayores que, en muchos casos, han perdido a uno o a varios seres queridos.

—Es cierto y me parece un gesto muy bonito —aseguro sobrecogida—. Es increíble que se le ocurriese algo así.

—Carlos tiene un corazón enorme —asegura Carlota—, dejó sus sueños de lado porque sabía que, sin nadie que se preocupase de verdad por este lugar, el pueblo terminaría desapareciendo.

—Es cierto —asiente Erin—. Mi hermano no soporta ver sufrir a la gente que le importa. A veces se vuelca demasiado y eso lo lleva a cometer errores, pero su intención siempre es noble. Nunca haría nada de mala fe.

La contemplo con intensidad, todavía impresionada por el gesto del alcalde e intentando leer más allá de sus palabras. Por un momento, he tenido la sensación de que intentaba decirme algo… Pero enseguida descarto esa idea… Erin no es de las que se anda por las ramas; si quisiese decirme algo, iría directa al grano, así que debo de haberlo imaginado.

Capítulo 11

Un regalo inesperado

Carlos

Empieza a oscurecer, estamos en medio de la plaza y, aunque no las tenía todas conmigo, parece que el tiempo ha decidido darnos una tregua y, por suerte, el cielo permanece despejado.

La música suena a todo volumen, la gente baila y la comida que descansa sobre la larga mesa que hemos montado todavía no se ha terminado.

Los vecinos están disfrutando, incluso podría asegurar que algunos se mueven como si hubiesen rejuvenecido varios años, por lo que debería sentirme satisfecho y, en lugar de eso, estoy incómodo, disgustado y agobiado.

—¿Quieres cambiar esa cara? Estamos en una fiesta, se supone que esto debería ser divertido —le recrimino a mi hermana, molesto por su actitud. Al menos yo intento disimular, ella lleva toda la tarde de morros y no hace nada por ocultarlo.

—¿Y quién dice que no lo sea? —murmura entre dientes, mirándome directa a los ojos.

—Tu cara desprende una alegría similar a la que tendrías si estuvieses en el dentista sacándote las muelas una a una y sin anestesia.

—Sabes que odio los dentistas —musita.

—Lo sé, y la última vez que te acompañé a uno parecías más feliz que ahora —la increpo ofuscado.

—¡Es que no entiendo por qué la has echado! —exclama, haciendo aspavientos con los brazos.

¡Pues nada! ¡Ya está, estaba deseando hacerlo y ya lo ha soltado!

Mis ojos se achican e inspiro hondo para no perder la poca paciencia que me queda.

—¡Yo no he echado a nadie, ella eligió irse en lugar de quedarse! —respondo mientras me trago el nudo de emociones que me atenaza la garganta—. ¿Qué querías que hiciese? ¿Obligarla a quedarse?

—¿La idea no era que se quedase algunos días para que se enamorase de este lugar? ¿En qué momento decidiste cambiar el plan? —escupe cada palabra directa y afilada.

—En el mismo momento en que me di cuenta de que chantajeándola sin motivo había actuado mal. Me equivoqué, tú tenías razón desde el principio —confieso, sintiendo como la culpa y la decepción se mimetizan formando una daga que se me clava en el pecho.

Culpa por actuar como lo hice, decepción porque, por un momento, una pequeña parte de mí de verdad creyó que elegiría quedarse y ayudarnos escribiendo esa dichosa novela.

Durante la cena en mi casa, por un ínfimo segundo pensé que habíamos conectado; sin embargo, se ha largado, así que está claro que fue solo una impresión mía y que estaba equivocado.

—Tienes razón, lo siento —admite Erin, tras unos segundos abrazándome y alzando algo la voz para hacerse escuchar mejor por encima de la música—. Es solo que me caía bien, me gustaba tenerla aquí, estaba convencida de que llegaríamos a ser grandes amigas. Pensé que esto

le estaba gustando —añade con voz dolida.

Cierro los ojos y la aprieto contra mi pecho.

—Lo siento, peque —murmuro, y beso su pelo rosa.

—Yo también creo que vamos a ser grandes amigas. —En cuanto escucho su voz, mis ojos se abren de forma inmediata, al igual que los de mi hermana quien tarda una milésima de segundo en deshacerse de mí para abalanzarse sobre ella.

—¡Sara! Pero ¡¿qué haces aquí?! ¡Hace horas que te fuiste, a estas alturas creí que ya estarías llegando a tu casa! —exclama, recorriéndola de arriba abajo como si quisiese asegurarse de que es real y no un espejismo o una mala pasada de su imaginación.

Yo permanezco estático, contemplándolas a ambas, a la vez que una sensación de alivio me trepa por el cuerpo hasta la garganta, impidiéndome articular una sola palabra.

—Estaba a medio camino cuando decidí que no podía desperdiciar un mes de vacaciones pagadas —responde ella, guiñándole un ojo y regalándonos a ambos una sonrisa tan luminosa que, a su lado, las estrellas que comienzan a despuntar en el cielo se convierten en simples rocas.

—Además —añade ondeando en el aire un par de calcetines de lana nuevecitos—, no podía permitir que alguien se quedase este año sin regalo de San Vecinguín por mi culpa. Seguro que Manolo los necesita después de que le hayan desaparecido de forma misteriosa los que tenía escondidos para las ocasiones especiales.

Una carcajada brota de los labios de mi hermana, a la vez que entrelaza su brazo con el de su nueva amiga.

—¡Ven! —le dice—. ¡Carlota acaba de irse! ¡Vamos a contarle que has vuelto! ¡Verás qué alegría le vamos a dar! ¡Se va a caer de culo cuando sepa que estás aquí! —exclama, conduciéndola a la mesa donde se dejan los regalos.

—Si no te importa, mejor avísala y que se pase por mi casa, Calcetines lleva muchas horas en el coche y está un poco nervioso, prefiero no dejarlo solo —le pide Sara.

—Eso está hecho —asiente Erin, sacando el teléfono del bolsillo de su pantalón mientras yo, que todavía no me creo que haya regresado y esté aquí, las veo alejarse con la vista clavada en su espalda.

De repente, como si presintiese que sigo contemplándola, Sara vuelve la cabeza hacia mí y, aunque son solo un par de segundos, cuando mis ojos chocan de lleno con esa mirada verde, profunda y auténtica como una selva que nunca ha sido explorada, siento una mezcla tan extraña como excitante de anhelo, temor, confusión y un escalofrío recorriéndome la espalda.



Casi todos se han ido ya a descansar, solo quedamos Mariano (el dueño de la taberna) y yo recogiendo las sillas y las mesas.

Mi móvil suena y alzo las cejas sorprendido al ver en la pantalla el nombre de mi hermana, porque es casi la una de la madrugada y hace horas que despareció junto con Sara.

—¿Erin? —pregunto al descolgar la llamada.

—*¡Hermanittooo!* —Su voz pastosa patina sobre la música que suena a todo volumen de fondo.

—¿Se puede saber dónde estás?

—*En casa de Sa-Sara… Estamos celebrando que mi amigaaa no se va. ¡Amigaaaa, te quiellooo muxo, amigaaa!* —la escucho gritar.

—*¡Yo, máááasss!* —responde la aludida en un tono similar.

—Madre mía, ¡cómo estáis! —exclamo, y elevo la comisura de los labios en una sonrisa.

—*¡Carlota, súbeleee másss y vamos a blindar!* —escucho decir a mi hermana.

—Yo creo que por hoy habéis *blindado* más que suficiente —comento con guasa.

—*Shhhh, tú calla y déjame hablarrrr* —replica ella, arrastrando las palabras—. *Solo quería decirteee que eres un helmanooo genialll.*

—¿Y si nos vamos de fiesta al pueblo de al lado? —la que habla es Carlota y, en cuanto la escucho, la sonrisa se esfuma de mi cara.

—¡Síií, fiesta! —grita Sara.

—¡Ni se os ocurra salir de ahí y mucho menos coger el coche! —exclamo preocupado.

—¿Cómo voy a cogerlo? ¡Pesa mucho! ¡El coche es el que tiene que llevarme a mí, no yo a él! —responde Erin, y estalla en carcajadas.

—¡Lo digo en serio, ni se os ocurra moveros, voy para allá! —les advierto en tono autoritario antes de echar a correr en dirección a su casa. Por un momento, me planteo ir a coger mi propio coche, pero no lo hago porque es cerca y perdería tiempo en vez de ganarlo.

Voy tan rápido que no me extrañaría que mis zapatillas tuviesen alas; me arden los pulmones y mi corazón late acelerado, pero, aunque me hayan parecido cinco horas, en menos de cinco minutos me planto delante de la entrada del jardín delantero de la casa de Sara. Solo espero que esas tres me hayan hecho caso y se hayan quedado dentro, por favor, que no se les haya ocurrido coger el coche porque, como lo hayan hecho, si no se han matado ellas, las mato yo con mis propias manos.

Todavía con la respiración agitada, recorro los escasos metros que me separan de la puerta de entrada. Al menos se ve luz encendida y la música sigue sonando a un volumen atronador… Con un poco de suerte, se les ha olvidado lo del pueblo de al lado y siguen ahí.

Decidido, abro la puerta (por suerte, Sara se está adaptando a las costumbres del pueblo y no la ha cerrado con llave) y avanzo, buscándolas con la mirada.

—Erin, Sar… ¡La madre que me parió! —exclamo, interrumpiéndome al encontrarme de golpe con el espectáculo que se desarrolla en el salón.

—¡Carlosssss, Carlitossss! —me recibe mi hermana, sin dejar de bailar con una efusividad excesiva que casi le hace perder el equilibrio encima de la isla de la cocina que, por lo visto, esta noche hace las funciones de la tarima de un bar.

Sara la imita sobre la mesa del comedor y comienza a berrear cuando *Salta* de Tequila suena por el altavoz.

—¡Salta! ¡Salta conmigo!

—¡Yo digo salta, salta conmigo!

Gritan mi hermana y ella, destrozando la canción mientras Carlota, que se lleva una cerveza a la boca, despatarrada en el sillón, intenta levantarse para unirse a ellas sin éxito y cae de nuevo en la misma posición.

Un gemido proveniente del suelo me hace desviar la mirada a la derecha de la mesa donde Sara continúa… haciendo lo que sea que está haciendo, y descubro a Calcetines, que observa la escena tumbado en el suelo y tan anonadado como yo.

—Bajaos de ahí las dos, os vais a hacer daño —les exijo con voz suave, acercándome.

—De esta tarima, no nos moverán,
de esta tarima, no nos moverán,
no no no no
no no

no no no no
no no
no nos moverán —canta Carlota.

—¡Eso no es una tarima, son la barra y la mesa de la cocina, y tú ni siquiera estás encima! —le respondo, acercándome con cuidado a la barra, como si estuviese aproximándome a un animal salvaje a punto de atacar, pues tengo miedo de que alguna de las dos dé un paso en falso y se pegue una leche descomunal.

—¡Puede que no esté ahí, pero me solidarizo con el pueblo amigo! —rebate ella alzando la mano con el puño cerrado.

Ignoro el comentario y me acerco un poco más.

—¡Ven, súbete conmigo! ¡Vamos a bailar, hermanittooo! ¡Vamos a ense-enseñarles a estas dos cómo se hace! —pide Erin, lanzándome la mano, momento en que aprovecho para agarrarla, impulsarla hacia mí y depositarla en el suelo con cuidado.

—¡Eres un gruñón, pero te quiero mogollónnn! —me dice, rodeándome el cuello y llenándome después las mejillas de besos.

—¡El alcalde gruñón! —grita Sara desde encima de la mesa, sin dejar de moverse, de tal forma que no se si está bailando o está dándole una descarga eléctrica.

—Madre mía, pero ¿qué os habéis tomado…? —musito mientras guío a mi hermana hasta el sofá y la ayudo a tumbarse.

No es una pregunta, de hecho, casi prefiero no saberlo…, pero, al parecer, ellas no tienen ningún problema en saciar mi curiosidad.

—¡Tequilaaaa! —grita Carlota con voz pastosa—. ¡Viva Méxicoooo!

—¿Por qué se mueve tanto el techo? —inquiere Erin entrecerrando los párpados, y deja escapar un gemido—. ¡Hermmaaanooooo! ¡Herrmmanoooo! —grita como una loca a continuación.

—¿Qué? —pregunto, armándome de paciencia, al tiempo que escucho como, con el salero en la mano a modo de micrófono, Sara entona a todo pulmón, y de una forma tan deprimente como desafinada, su propia versión del estribillo de *Tu jardín con enanitos*.

—Madre mía, si el pobre Melendi llega a escuchar esto, no hay psicólogo que consiga quitarle el trauma —siseo.

—Meleeeendi, Meleeeendiii —corea Carlota con los ojos cerrados.

—Tú eres el alcalde, ordénale a la habitación que pare de girar —exige Erin con voz pesarosa antes de echarse a reír de forma estrepitosa por algo que solo ella sabe.

—Lo que hay que aguantar… —susurro volviendo al lugar donde Sara, desinhibida por completo y sin pizca de coordinación, se tambalea adelante y atrás haciéndonos una demostración magistral de cómo *no* hay que bailar.

Mis ojos recorren su cuerpo y, aunque intento parecer serio, me resulta imposible dejar de sonreír.

Va con unos calcetines de Snoopy, vaqueros anchos y una camiseta vieja. Por primera vez desde que la conozco, no lleva las gafas puestas, tiene las mejillas sonrojadas y el pelo tan alborotado que podría servir como nido para una familia de gaviotas entera, y sin embargo, la encuentro tan natural, relajada y bonita que soy incapaz de apartar la vista de ella.

Al menos hasta que un movimiento demasiado brusco a la izquierda hace que se golpee levemente con la lámpara en la cabeza.

De forma instintiva, suelta el improvisado micrófono, que se estrella contra la tarima, haciéndose añicos y asustando a Calcetines, que se levanta de un respingo. Y ella se lleva ambas

manos a la frente para masajear la zona dolorida, inclinándose hacia delante de manera que pierde el equilibrio y se abalanza sobre mí.

Por fortuna, consigo atraparla antes de que termine estampándose contra el suelo.

—Te tengo —murmuro, sosteniéndola entre mis brazos demasiado confiado, pues no he calculado que, en el momento en que sus manos se entrelazan detrás de mi cuello, rozando la piel de mi nuca, y su mirada choca con la mía, el aire abandona mis pulmones y mis piernas se convierten en algo parecido a la gelatina.

—Creo que es hora de dormir —murmuro, intentando con todas mis fuerzas ignorar cómo se pega a mi pecho la suave forma de su cuerpo.

Inspiro con fuerza, haciendo lo posible por ignorar el aroma a vainilla y limón que desprende su pelo, y con ella entre mis brazos, me encamino a la escalera.

De forma inconsciente, su lengua se pasea por su labio inferior, humedeciéndolo antes de morderlo con delicadeza y, casi sin darme cuenta, mis ojos descienden a su boca y siento la garganta tan seca que se podría lijar madera con ella.

Una oleada de deseo me recorre de arriba abajo y aprieto la mandíbula y me centro en los escalones para obviar el calor que me recorre el cuerpo entero al sentirla así, contra mí.

—¿Siempre has tenido los ojos tan azules? —musita, recorriendo mi mejilla con su dedo índice en una caricia casi imperceptible que envía descargas eléctricas a cada terminación nerviosa de mi anatomía, sin apartar su mirada vidriosa de la mía.

—No recuerdo haberlos tenido nunca marrones —bromeo, en un intento por quitarle intensidad al momento.

—Dan miedo —asegura entre susurros con rotundidad.

—¿Miedo? —repito, incapaz de contener la curiosidad que me provoca tal comentario, y eso que en este momento mis neuronas apenas son capaces de reaccionar.

Ella asiente despacio.

—Son como un océano, profundo y furioso en el quieres sumergirte más y más, a pesar de que sabes que no debes adentrarte porque puedes ahogarte.

Está borracha y eso le quita toda la relevancia y veracidad a lo que acaba de decir, pero la intimidad que nos envuelve es tan palpable y la energía que discurre entre nuestros cuerpos, tan real que siento como se forma un nudo en mi estómago y mi corazón se acelera a un ritmo mucho más elevado de lo normal.

—Ya estamos —anuncio abriendo como puedo la puerta de su habitación y entrando para acostarla despacio sobre la cama.

En cuanto su cuerpo toca el colchón y su cabeza se hunde en la almohada, suelta un largo suspiro y cierra los ojos, revolviéndose un poco, ajena por completo a que yo sigo quieto, incapaz de apartarme y de alejarme de su lado, devorándola con los ojos.

El ruido de unas patitas corriendo hacia nosotros capta mi atención y sonrío con cierta envidia al ver como Calcetines se sube de un salto a la cama y se acomoda con confianza a su lado.

Intentando no hacer ruido, me obligo a apartarme de la cama, busco en el armario y saco una manta con la que la tapo con cuidado.

—Eres un chico afortunado —digo en voz baja al cachorrito, acariciándole la cabeza durante unos segundos antes de volverme hacia la puerta.

Echo un último vistazo y estoy a punto de salir de la habitación cuando me detengo de golpe al escuchar su voz.

—Alcalde gruñón —susurra.

Me giro hacia ella y la encuentro tal y como la dejé, con los párpados cerrados, relajada, debatiéndose entre el mundo real y el de Morfeo, el cual, en este momento, parece estar ganando esta batalla.

—Gracias —musita mientras se pone de lado y coloca su mano derecha sobre el lomo del perrito, que cierra los ojitos, disfrutando del contacto.

—No hay de qué —aseguro, dedicándole una sonrisa que no ve antes de salir y cerrar la puerta.

Por primera vez en días, me siento más tranquilo y relajado, y eso que todo esto que acabo de sentir ha sido bastante intenso y tan desconcertante como inesperado.

Capítulo 12

Dos gallitos que se vuelven a juntar

Sara

—¿Alguien puede pedirle a esa abeja que me está zumbando en el oído que deje de hacer tanto ruido? —solicita Carlota, esbozando una mueca de dolor.

Levanto la vista de la taza de café que tengo delante solo un par de segundos para contestarle.

—No está en tu oído, sino en un macetero a por lo menos dos metros de distancia.

—A ver si el tequila nos ha dado superpoderes o algo así —murmura Erin, sofocando un bostezo—. Porque os juro que, cuando ese camarero apoyó el plato en la mesa de al lado, sentí como si me lo hubiese reventado en la cabeza.

—Siento decepcionarte, pero esos no son superpoderes, sino un resacón de no te menees —afirmo soltando un gemido mientras me masajeo la sien—. Es la primera y última vez que bebo tequila, o *whisky* o cualquier otra bebida que necesite destilación.

—¿Estás insinuando que es la primera vez que te emborrachas? —cuestiona Carlota, asombrada.

—Como acabo de decir…, la primera y la última —respondo, y dejo escapar un bufido.

—Pues para ser la primera vez que agarras una melopea, permíteme decirte, amiga, que te has estrenado con una de las buenas —comenta ella con un brillo divertido bailando en su enrojecida y cansada mirada.

En lugar de contestarle, me limito a soltar un gruñido al mismo tiempo que continúo frotándome el puente de la nariz, tratando de mitigar un poco el insoportable dolor que me taladra la cabeza desde que abrí los ojos.

¡Y tanto que fue de las buenas! Sobre todo, teniendo en cuenta que hasta ayer el alcohol y yo siempre hemos llevado caminos más bien separados. Y no es porque fuese abstemia, lo que pasa es que, cuando tomaba algo, me limitaba a una o dos cervezas, por lo que después no tenía que aguantar los efectos secundarios del alcohol.

En cambio, hoy… Cuando esta mañana me desperté en mi cama, me sentía como si acabase de correr un triatlón, una apisonadora me hubiese pasado por encima y terminase de salir de las tazas giratorias de un parque de atracciones; o lo que es lo mismo: agotada, dolorida y mareada.

Una vez más, intento hacer memoria y recordar todo lo que pasó anoche para terminar en este estado, porque eso es otra, no me acuerdo de casi nada…

Soy consciente del momento en que llegó Carlota con unas botellas de tequila para celebrar mi vuelta; después pusimos música, empezamos a bailar… Y desde ahí tengo más lagunas que *flashes*. Juraría que en algún momento vi la cara de Carlos, pero no sé si de verdad estuvo allí o es que me lo estoy imaginando.

Lo único que sé a ciencia cierta es que esta mañana estaba en mi cama hecha un trapo, y

que, cuando bajé al salón, me encontré con Erin y Carlota tiradas en el sofá en condiciones muy similares a las mías e hibernando.

Para colmo, aunque lo único que me apetecía esta mañana era quedarme tirada en casa, Calcetines tenía cita con el veterinario para quitarle los puntos de la pata y ponerle el chip y, como de momento el pobre animal, por muy inteligente que sea (que lo es), no tiene carnet de conducir, me tocó salir y conducir hasta el pueblo de al lado.

En cuanto a mis compañeras de juerga, a su favor tengo que decir que, a pesar de que estoy segura de que les apetecía tan poco como a mí venir, decidieron acompañarme porque, según Carlota, las amigas que se emborrachan unidas pasan la resaca unidas y de todos es sabido que las penas se pasan mejor en compañía… Así que aquí estamos las tres, con pinta de zombis, intentando tomarnos un café sentadas en la plaza del pueblo de al lado tras haber salido del veterinario con Calcetines que, por cierto, es el único que parece estar encantado.

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que te veo con lentillas —comenta Carlota de repente, como si no se hubiese percatado hasta ahora del detalle, a pesar de que salimos de casa hace más de dos horas.

—No tengo ni idea de dónde están mis gafas —protesto de mal humor—. Es otro de los daños colaterales de la resaca. Comencé la noche con ellas, pero a saber dónde habrán terminado.

Resoplo, cabreada, pues, desde que me levanté, he intentado sin éxito recordar dónde puse las puñeteras gafas. Menos mal que siempre llevo encima un paquete de lentillas por lo que pueda pasar, porque con mis dos y cuatro dioptrías respectivamente, sin ellas no vería ni a un burro al pasar.

—Pues que sepas que estás genial —intenta animarme Erin—. Deberías quitártelas más.

—Me gustan mis gafas. Estoy cómoda con ellas —rebato.

—Tienes unos ojos preciosos, pero las gafas te dan un toque sofisticado e intelectual. Muy de pintora bohemia —reconoce Carlota con una sonrisa.

—Es más una cuestión de comodidad —admito encogiéndome de hombros—. Estoy tan acostumbrada a llevarlas que son como una extensión de mi cuerpo.

—Bueno, no te preocupes, seguro que cuando vuelvas a casa aparecen por cualquier lugar —asegura Erin dedicándome una sonrisa.

De repente, un precioso pastor alemán se acerca corriendo a nosotras y Calcetines se pone a ladrar como un loco.

—¡Por favor! ¡Hacedlo parar! —exige Carlota con expresión de dolor, tapándose los oídos y cerrando con fuerza los ojos.

Riño al cachorro y sostengo la correa con fuerza, pero él quiere jugar con el recién llegado y no para de tirar hasta que, pocos segundos, después un chico llega corriendo con una correa en la mano y engancha al animal.

—Lo siento, perdonadnos; es inofensivo, lo que ocurre es que siempre venimos aquí a desayunar y él… —¿Erin? —pregunta de repente, interrumpiéndose, a la vez que fija los ojos en mi amiga.

—¿Miguel? —La voz de Erin suena tan asombrada como la suya—. ¡No tenía ni idea de que habías vuelto! —añade, levantándose de inmediato para darle un abrazo y dos besos.

—Llevo aquí solo tres meses —explica él, y le dedica una afectuosa sonrisa.

—Miguel, estas son Sara y Carlota. Chicas, él es Miguel, un amigo de mi hermano. Iban a la misma clase en el colegio y empezaron la carrera juntos —nos presenta, volviéndose hacia nosotras—. De pequeños eran algo así como Zipi y Zape.

Ambas lo saludamos con un movimiento de mano.

—Y este es Gru —añade Miguel, señalando a su perro.

—Mi villano favorito. —Por lo visto, el alcohol también ha afectado a mi capacidad mental, porque mi boca suelta las palabras antes de que mi cabeza sea capaz de procesarlas.

—Justo por él le puse el nombre. —Sonríe el recién llegado, acariciando la cabeza del pastor alemán, que recibe encantado los mimos de su dueño.

—Si venías a desayunar, ¿quieres sentarte con nosotras? Déjanos invitarte a tomar algo —sugiere Erin quien, aunque es la más perjudicada de las tres, parece haberse animado como por arte de magia.

—Si no os molesto, me encantaría —acepta agradecido.

—Por supuesto que no nos molestas, pero te advierto que hoy no somos buena compañía —señala Carlota mientras yo me echo un poco a la derecha para que pueda acercar una silla a la mesa.

—Eso no me lo creo —rebate él alzando las cejas.

—Ohhh, pues deberías, aunque la culpa es toda del tequila —confiesa Erin mientras yo permanezco callada estudiándolo con disimulo y detenimiento.

Siempre he sido muy observadora, imagino que es lo que pasa cuando eres adolescente y estás en una clase en la que nadie o casi nadie te dirige la palabra, que tienes mucho tiempo para analizar los detalles; no obstante, cuando empecé a escribir, esa costumbre se afianzó incluso más.

Miguel es guapo, si fuese un personaje de novela, sin duda podría ser el protagonista, eso está claro. Es alto, rubio y con unos expresivos y alegres ojos de color chocolate. Su rostro es anguloso, y bajo la ropa deportiva que viste se aprecia un cuerpo que es un pecado. Además, por si eso fuese poco, según la conversación avanza, me doy cuenta de que el chico es un encanto, atento, simpático y educado.

El tiempo pasa rápido a su lado y debemos de llevar algo más de una hora hablando con él cuando Carlota señala hacia un punto de la plaza que está observando.

—¿Aquel no es Carlos? —pregunta.

—¿Qué Carlos? —cuestiono, sintiendo como, por algún motivo que desconozco, mi cuerpo se tensa de una forma un tanto irracional.

—Carlos, nuestro Carlos —responde ella como si fuese evidente.

—¿Mi hermano? —insiste Erin quien tampoco parece estar muy bien de reflejos esta mañana, al tiempo que se da la vuelta en su silla para llamarlo al comprobar que, en efecto, se trata de él.

Ladeo la cabeza y descubro que Carlos se acerca sin disimular el asombro que le produce encontrarnos aquí, y no lo hace solo, sino acompañado de una imponente pelirroja de curvas generosas que no había visto hasta este momento y que debe de sacarme al menos una cabeza.

Sus ojos buscan los míos en cuanto llega a nuestro lado y, aunque desvío la mirada, percibo como la suya se oscurece y su gesto se endurece al encontrarse con Miguel sentado en nuestra mesa.

—Cuánto tiempo sin vernos, no sabía que estabas por aquí —comenta con la vista clavada en nuestro acompañante. Es evidente que está procurando sonar cordial, a pesar de que se le vea de lo más forzado y antinatural.

Para mi sorpresa, el rostro de Miguel no parece más relajado que el suyo. No tengo ni idea de qué habrá pasado entre estos dos, lo que está claro es que la tensión que hay entre ellos puede cortarse con cuchillo y tenedor.

—Ya ves, al final me tocó volver —responde este seco, tratando de sonar despreocupado,

aunque su forma de revolverse en la silla es un signo más de lo incómodo que está.

—¿Y a qué te dedicas ahora si se puede saber? —se interesa Carlos mientras la pelirroja se pega más a él.

—¿No estudiasteis Arquitectura juntos? —cuestiono, señalándolos a ambos, pues después de que Erin comentase que habían empezado la carrera juntos di por sentado que Miguel sería arquitecto.

—La empezamos juntos —matiza Carlos.

—Yo no pude terminarla. —La tristeza que asoma a los ojos de Miguel cuando los posa sobre mí me estruja el corazón—. Ahora llevo la carpintería de mi padre aquí en el pueblo.

—No confundas poder con querer —murmura Carlos.

—No todos podemos ser tan perfectos como usted, señor alcalde —replica Miguel con una voz teñida de rencor y resentimiento—. Algunos somos humanos y cometemos errores.

—No es una cuestión de perfección, sino de prioridades —le recuerda Carlos sin inmutarse —. Y los dos sabemos que algunos errores son imperdonables.

—Sobre todo cuando tu mejor amigo no te ayuda a buscar una solución —objeta Miguel, y sus ojos desprenden tanto fuego que comienzo a tener calor.

—Una cosa es ayudarte y otra muy diferente cargar con las consecuencias de tus actos —afirma Carlos con seguridad.

Miguel aprieta la correa de su perro con tanta fuerza que los nudillos de su mano derecha pierden cualquier rastro de color.

—Al final, con carrera o sin ella creo que ninguno de los dos terminó ejerciendo de lo que estudió —le recuerda.

¿Me lo parece a mí o hay cierta sorna en su voz?

Carlos no dice nada, pero sus labios se convierten en una fina línea mientras le sostiene la mirada, creando una situación tensa, desagradable y bastante extraña hasta que, pocos segundos después, decide centrarse en nosotras e ignorar a Miguel haciendo como si no estuviera.

—Y vosotras, ¿qué hacéis por aquí? —se interesa—. Espero que después de lo de anoche no se os hayan olvidado las nociones básicas de conducir. —Lo dice en plural, pero sus ojos me traspasan solo a mí.

Un nuevo *flash* se abre paso en mi mente y me veo a mí misma entre sus brazos, subiendo por la escalera que conduce a mi habitación. De inmediato, siento como el calor asciende por mi cuerpo y tiñe mis pálidas mejillas, y sus ojos, que lo captan enseguida, intensifican su color.

—No digas tonterías; ¡tenemos resaca, no amnesia! —bromea Carlota, en un intento por recomponer el buen rollo que se respiraba en la mesa antes de su discusión.

—¿Nos vamos? —le pregunta la pelirroja, que ni siquiera nos ha presentado, poniendo una mueca de disgusto y hablando por primera vez.

—¿Tanta prisa tienes, Marta? —pregunta Erin casi escupiendo su nombre.

—Tenemos cosas que hacer —responde ella, apretando el brazo de Carlos para que nos quede claro a todos que, sean cuales sean esas cosas, van a ser con él.

—Por supuesto que sí —susurra Erin, poniendo los ojos en blanco.

—¿Necesitáis que os acompañe a casa? —interviene su hermano, que busca de nuevo mi mirada antes de responder a la pelirroja.

Por el rabillo del ojo, observo que Miguel nos contempla con interés al tiempo que la comisura de sus labios se curva hacia arriba en una ligera sonrisa cargada de algo que no logro descifrar.

—¡Por supuesto que no! —exclama su hermana, adelantándose a mi posible respuesta.

—Visto lo visto anoche, ¿seguro que puedo dejaros solas? —insiste Carlos.

—Estás de coña, ¿no? —murmura Carlota, cruzando los brazos sobre su pecho con actitud hosca—. ¿Tengo que recordarte que no somos niñas pequeñas?

—No hagáis ninguna estupidez —comenta él con un tono tan condescendiente que me revuelve el estómago y me provoca ganas de devolver.

«Pero este tío, ¿con quién se piensa que está hablando? ¡Haré las estupideces que me dé la gana hacer!», pienso, empezando a mosquearme.

—Vete tranquilo, si necesitan que alguien las lleve, ya las acompaño yo —se ofrece Miguel en un tono que pretende sonar amigable, pero que no engaña a nadie.

—Por suerte, somos tres mujeres competentes, independientes y en perfectas facultades físicas y mentales, por lo que no necesitamos que nos escolte ninguno de los dos —afirmo alzando con orgullo el mentón—. De hecho, creo que podemos irnos yendo, chicas, conduzco yo.

—Estoy completamente de acuerdo —se apresura a afirmar Miguel, al darse cuenta de que su oferta ha llegado en mal momento y no nos ha sentado nada bien a ninguna de las tres—. Tengo que admitir que mi ofrecimiento ocultaba fines egoístas, estaba disfrutando tanto con vosotras que me apetecía saborear un poco más vuestra compañía.

—Como acaban de decirte, ya se van —declara Carlos, que no parece tener intención de alejarse de su «amigo», a pesar del mohín que le hace la pelirroja, hasta que nos vea marchar.

Me repatea esa pose de gallito guardaespaldas que acaba de mostrar. Así que decido contestar.

—Nosotras también estábamos disfrutando de tu compañía, Miguel, y somos vecinos… —comienzo a decir.

—No somos vecinos. Te recuerdo que vivimos en pueblos diferentes —indica Carlos frunciendo el ceño.

—Pueblos que separan solo diez minutos en coche. Si puedo venir hasta aquí para ir al supermercado, ¿por qué no voy a hacerlo para tomar un café? —rebato, dedicándole una sonrisa tan inocente como falsa—. Estoy segura de que a las chicas también les apetece quedar otro día con él.

Las dos asienten, divertidas por la expresión de enfado de Carlos, y en cuanto lo hacen, la sonrisa de Miguel se amplía.

—Os invito a cenar, en mi casa, pasado mañana. Así podremos terminar de ponernos al día —ofrece guiñándonos un ojo.

—Entiendo que, si se trata de ponerse al día, esa invitación me incluye a mí también —afirma Carlos, dejando entrever una mueca petulante.

—Siempre he creído que eres un hombre de presente —contesta Miguel.

—Cierto, pero nunca está de más echar de vez en cuando una mirada al pasado, es bueno para saber los fallos que no puedes volver a cometer —replica nuestro señor alcalde quien, por lo visto, siempre tiene «el as para matar el tres».

Las tres intercambiamos una mirada confusa cuando Miguel se pone rojo y sus ojos se llenan de ira y rencor.

Durante unos segundos en los que contengo la respiración, parece a punto de abalanzarse encima de Carlos, pero enseguida recupera la compostura y una sonrisa tensa asoma a sus labios mientras asegura, señalando con un movimiento de cabeza a la pelirroja, que continúa sin decir ni mu, como si con ella no fuese la cosa:

—Por supuesto, vosotros también estáis invitados, cuantos más, mejor.

—Va a ser una cena interesante —murmura Carlota, levantándose de la silla.

—Hay que asegurarse de que no haya cuchillos en la mesa —susurro en su oído para que los demás no me escuchen.

—Y si tampoco hay tenedores ni objetos punzantes, mejor que mejor —afirma ella en el mismo tono, conteniendo una sonrisa.

Nos despedimos de los dos hombres, que continúan en el mismo sitio, sin moverse, como si estuviesen en un duelo a muerte y ninguno de los dos quisiese ser el primero en dar la espalda al otro, y caminamos hasta el coche, que tenemos aparcado unos metros más allá.

Una vez que las tres estamos dentro y Calcetines, abrochado, Carlota nos mira a las dos.

—¿Qué leches acaba de pasar con esos dos?

—No tengo ni idea, pero os juro que eran superamigos, uña y carne —responde Erin desconcertada.

—Pues siento decírtelo, amiga, pero esa uña hace tiempo que se enquistó —le dice Carlota mientras yo enciendo el motor.

Capítulo 13

Conversación nocturna

Carlos

Llevaba varias horas dando vueltas en la cama y, a esas alturas, conciliar el sueño se me antojaba imposible.

Cada vez que cerraba los ojos y me golpeaba el recuerdo de su mirada nublada perdiéndose en la mía, de la forma en que su dedo acariciaba mi mejilla o de la sensación de su cuerpo arrebujándose contra mi pecho…, mi corazón comenzaba a galopar desbocado y sentía como el deseo y la necesidad me quemaban de forma lenta y tortuosa por dentro.

Al principio, cuando salí de su casa después de dejarla tumbada en su cama, pensé que era un simple calentón y no le di demasiada importancia. Es una mujer atractiva, inteligente e interesante, por lo tanto, no me parecía extraño que mi cuerpo reaccionase al tenerla delante. Sin embargo, cuando, tras una ducha fría y una noche en vela, seguía sin poder sacármela de la cabeza, empecé a preocuparme un poco más y, convencido de que los refranes existen por algo y un clavo saca otro clavo, decidí llamar a Marta.

Marta no es mi novia, ni siquiera tenemos una relación o algo que se pueda considerar como tal. Solo es una amiga con la que me he liado unas cuantas veces, nada más. Lo bueno que tiene nuestro «acuerdo» es que entre nosotros no hay malentendidos ni expectativas. Los dos dejamos claro desde el principio que, al margen de la amistad que nos une, entre nosotros nunca va a haber nada excepto alguna que otra sesión de sexo ocasional cuando la oportunidad se tercia y el cuerpo nos lo pide.

Puede parecer algo frío, pero ambos somos adultos y hasta ahora siempre nos había ido bien de esta manera.

Al menos hasta esta mañana, pues, en cuanto la tuve delante, el fuego se convirtió en hielo, me quedé frío como un témpano y mi libido descendió de golpe del techo al suelo, haciéndome sentir como si acabase de pasar por una castración química.

Viendo que la cosa no iba a ir a más, ella me propuso salir a tomar un café y yo acepté. Pensé que distraerme un poco y charlar un rato con una amiga antes de volver a casa me vendrían bien. No obstante, lejos de lograr despejarme, lo único que conseguí cuando llegué a la plaza y las vi, o mejor dicho *la vi con Miguel*, fue cabrearme, eso y volver a calentarme en cuanto esos ojos verdes hicieron el mínimo amago de posarse sobre mí.

Nunca he sido celoso, pero tampoco estoy ciego, vi la forma en que la miraba Miguel, eso por no hablar de que su sonrisa cuando se dio cuenta de que Sara no me es indiferente me produjo escalofríos, y no me fío ni un pelo de él.

Malhumorado, me siento en la cama; es la segunda noche que no consigo pegar ojo y me niego a pasarme las horas mirando al techo sin hacer nada. Puede que ellas no sepan cómo es mi antiguo amigo de la infancia, pero yo sí lo sé y no pienso quedarme de brazos cruzados mientras él va por ahí paseándose con esa cara de niño bueno que no le pega nada.

Así que cojo el móvil de la mesilla y, antes de darme cuenta, estoy escribiéndole un mensaje al motivo de mi desvelo. Espero que no suceda nada con Miguel… Pero, por si acaso, que luego no pueda echarme en cara que no la avisé.

Yo: Miguel no es lo que parece, no te fíes de él.

Sara: ¿Quién eres?

Yo: Carlos

Sara: Gracias por la advertencia, pero tengo el suficiente criterio para elegir quién me cae y quién no me cae bien.

Yo: Permíteme que lo dude cuando estabas desayunando con él.

Sara: Por lo menos él hablaba…

No necesito preguntar para saber que se refiere a Marta quien, aunque es muy buena tía, no es de muchas palabras, y menos hoy, con lo chafada que estaba.

Yo: A veces el silencio es la mejor opción.

Sara: Esa es la excusa de los que no tienen nada que aportar en una conversación. Aunque, a decir verdad, hoy ya lo decíais todo vosotros dos. Por cierto, ¿cómo es que tienes mi número? No recuerdo habértelo dado.

Yo: No lo hiciste.

Sara: Y entonces, ¿dónde lo has conseguido?

Yo: Lo he cogido del móvil de mi hermana.

Sara: ¿Estás pidiéndome que desconfíe de alguien cuando tú te dedicas a robar teléfonos por ahí?

Touché. Frunzo el ceño y mido mis palabras.

Yo: No me dedico a robar números, solo cogí el tuyo porque podía darse el caso de que en algún momento tuviésemos que hablar y di por hecho que, aunque te lo pidiese, no me lo querrías dar.

Sara: Tampoco probaste.

Yo: ¿Me lo habrías dado?

Sara: Al principio, no.

Yo: ¿Y ahora?

Sin saber por qué, estoy sonriendo como un imbécil al mismo tiempo que contengo la respiración.

Sara: Puede que sí, puede que no. (Emoticono de guiño de ojo)

Mi sonrisa se amplía y, como me apetece seguir hablando con ella, sigo escribiendo.

Yo: ¿Estás haciéndote la interesante conmigo?

Sara: Igual sí… O puede que, simplemente, todavía no haya decidido si es una buena idea que seamos amigos.

Ser amigos no es lo que tengo en mente en estos momentos… Pero decido omitir esa información.

Yo: Siempre es bueno tener cerca a amigos como yo.

Sara: ¿Amigos como tú? Y ¿qué tipo de amigo se supone que eres?

Yo: De los que acuden raudos y veloces a rescatarte en medio de una borrachera.

Sara: No necesito que nadie me rescate.

Yo: No es lo que parecía la otra noche, cuando te encontré bailando encima de la mesa…

Sara: ¡Ay, Dios! (Carita avergonzada)

Yo: ¿Qué tal tu frente, por cierto?

Sara: Bien, ¿por?

Yo: Digamos que en tu representación de El bar Coyote te golpeaste ligeramente con la lámpara, justo antes de caer en mis brazos para que te subiese a tu habitación.

Sara: No me acuerdo de casi nada.

Yo: Lástima…

Sara: ¿Por?

Yo: Estabas muy inspirada…

Sara: No tengo ni idea de lo que dije, pero en mi defensa diré que estaba muuuy borracha.

Yo: ¿No sabes que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

Sara: Venga, cuéntamelo ya.

Yo: Mmm… No, por el momento es una información que me voy a guardar.

Sara: (Emoticono de cara de enfado) No me gustan los secretos, y menos cuando tienen que ver conmigo.

Yo: Para no gustarte, eres muy buena guardándolos.

Durante unos segundos, deja de escribir y tengo miedo de haber metido la pata, pues los dos sabemos que me refiero a su pseudónimo.

No quiero molestarla, ni hacerla sentir incómoda y, aunque sabe que soy consciente de quién es, pues ella misma me confesó su historia cuando estuvimos cenando en mi casa, una cosa es hablarlo en un momento determinado cara a cara y otra muy distinta que yo saque el tema a colación en una conversación de WhatsApp sin venir a cuento cuando todavía no tenemos tanta confianza.

«¡Soy idiota!», pienso justo en el momento en que la veo escribir otra vez.

Sara: Como ya te expliqué en su momento, hay información que solo comparto con un círculo muy cerrado. Se llama instinto de supervivencia.

Yo: Me siento honrado de pertenecer a ese círculo.

Sara: Tu caso es un poco diferente, digamos que te colaste sin ser invitado. Pero ahora que estás dentro, confieso que hablar contigo y contártelo no fue tan malo.

Su respuesta provoca que mi corazón dé un salto con doble tirabuzón.

Una nueva sonrisa me cruza la cara, pero, como no quiero forzar las cosas, decido terminar la conversación… Al menos por ahora.

Yo: Buenas noches, princesita.

Hago alusión al apodo con el que la llamé el primer día que la vi en la taberna.

Sara: Buenas noches, cromañón.

Es su réplica…

Tras mirar la pantalla durante unos momentos más para asegurarme de que no añade nada, dejo el móvil en la mesilla y apoyo la cabeza en la almohada. En cuanto cierro los ojos, su imagen bailando despreocupada encima de la mesa se abre paso entre mis recuerdos y un hormigueo me recorre el cuerpo entero haciéndome sentir por primera vez en mucho tiempo algo diferente…

Estoy jodido, muy jodido… Y al fin me duermo, con esas últimas palabras retumbando con fuerza en mi cabeza.

Capítulo 14

Cena con revelación incorporada

Carlos

Aparco delante de la casa de mi hermana y le mando un wasap para indicarle que salgan.

Dejo escapar un suspiro esperando que no se retrasen, no tengo ningunas ganas de compartir espacio con Miguel y, cuanto antes lleguemos a la dichosa cena, antes podré largarme de ella.

A los pocos segundos, las tres cruzan la entrada y atraviesan el jardín; vienen hablando de forma aminada, pero, en cuanto Sara me ve, se queda parada, alza las cejas y se vuelve hacia Erin, desconcertada.

—Pensé que íbamos a ir en tu coche —le comenta en voz baja, pero no lo suficiente como para que yo no la escuche desde donde estoy.

—Es una tontería llevar dos coches para una distancia tan corta —escucho que le responde ella, utilizando las palabras exactas que yo usé cuando me ofrecí a llevarlas.

Observo a Sara con interés. Igual es cosa mía, pero juraría que, tras nuestra conversación por mensajes de anoche, la veo algo cortada.

—¿Y si alguna quiere irse antes o quedarse más después de que Carlos se vaya? —replica ella quien no parece demasiado convencida.

Una sonrisa se suficiencia asoma a mi rostro y me apresuro a ocultarla porque acaba de dar justo en el clavo, ese es el motivo real por el que insistí tanto en llevar un solo coche. No me fío un pelo de Miguel; a simple vista, puede parecer encantador, sin embargo, yo lo conozco desde hace años y, si puedo evitarlo, prefiero que no se queden a solas con él.

—Visto así… —duda Erin, sopesando sus opciones.

—¿Queréis subir de una vez? —las apremio, bajando la ventanilla—. Si alguna quiere volver antes, la traeré, estamos a diez minutos, no a dos horas.

—¿Y si ocurre justo lo contrario y nosotras queremos quedarnos más y eres tú el que quiere largarse? —sugiere Carlota quien, al parecer, se ha dejado convencer por las dudas de nuestra nueva vecina.

—¡Pues esperaré! Por esta noche podéis considerarme vuestro chofer particular. Además, os recuerdo que Marta también va a ir; en último caso, si quiero marcharme, puedo hacerlo en su coche y dejaros el mío allí —comento de mala gana, pues esa es una opción que no me pienso plantear y, aunque lo de marcharnos antes me parece genial, lo de quedarnos más tiempo… ya es otro cantar.

Las tres intercambian una nueva mirada y, más convencidas, se suben al coche.

—Buenas noches, hermanito —me saluda Erin, tomando asiento en el lugar del copiloto mientras sus amigas lo hacen en la parte trasera.

—Las he tenido mejores —refunfuño en bajito mientras espero a que las tres se abrochen el cinturón.

—Esa no es la actitud, si vas a dedicarte a protestar y a ponerle pegas a todo, puedes quedarte en casa, ni se te ocurra aguarnos la noche —me advierte Erin entre susurros—. De verdad que no entiendo por qué le tienes tanta ojeriza al pobre Miguel, con lo buenos amigos que erais…

—Si tú supieses —murmuro.

—Si no sé es porque nunca me has contado nada —objeta.

—Eso es porque no hay nada que merezca la pena contar —replico, en el mismo tono, intentando que no se me escuche atrás.

—Sea como sea, te sugiero que intentes disfrutar —insiste—. Además, te recuerdo que también viene tu querida Marta. —Sus cejas se alzan repetidas veces y una sonrisa ladina transforma su cara.

—Marta es solo una amiga —afirmo convencido.

—¿Y ella sabe eso? Porque te mira como si estuviese dispuesta a lanzarse sobre ti para devorarte en cualquier momento —interviene Carlota, dejando patente que no estamos hablando tan bajo como pensamos.

—Por supuesto que lo sabe. Somos amigos y los términos de nuestra relación están muy claros —afirmo con convicción.

—Si tú lo dices… —murmura ella, encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza mientras espero a que terminen de acomodarse, colocando bien los abrigos que acaban de sacarse, y aprovecho para observar de reojo por el espejo retrovisor a Sara quien, desde que ha subido, no ha abierto la boca para decir ni una sola palabra.

Está preciosa. Sencilla y preciosa. Viste un bonito jersey blanco de lana con cuello de pico que se adapta a su cuerpo de una forma que hace vibrar cada célula de mi ser, una falda vaquera, combinada con botas bajas, y un abrigo de plumas azul eléctrico con el que ya la había visto alguna vez y que ahora descansa a su lado sobre el asiento.

Al igual que cuando me la encontré en la plaza, va sin sus inseparables gafas y en su rostro no se aprecia ni un ápice de maquillaje más allá del ligero *gloss* que les da a sus ya de por sí apetecibles labios un toque de brillo y de la suave sombra que potencia todos esos matices verdes e imposibles de su mirada.

Una mirada intensa y misteriosa que me seca la boca y tensa cada uno de mis músculos cuando se encuentra con la mía a través del espejo.

Una mirada que me descoloca y me hipnotiza, haciéndome olvidar dónde estoy y logrando que el tiempo se detenga a mi alrededor.

—¿Arrancamos o qué? —La voz impaciente de mi hermana me devuelve al presente y parpadeo al darme cuenta de que estaba conteniendo el aliento sin ser consciente de ello.

Dirijo la vista atrás una vez más mientras el coche se pone en movimiento con la esperanza de que su atención siga en mí, pero no es así, tiene la cara girada, con la vista fija en la ventana, y no puedo evitar preguntarme si solo habrá sido cosa mía o también ella habrá sentido la conexión que nos conectaba en esa mirada.

Intento concentrarme en la letra de *Belong Together*, que suena de fondo mezclándose con las voces de Erin y Carlota, quienes, animadas, no paran de hablar. Todo lo contrario que Sara, que permanece en el silencio más absoluto, concentrada en el paisaje que vamos dejando atrás sin separar ni un instante los ojos del cristal.

Algo menos de quince minutos tardamos en llegar y, cuando quiero darme cuenta, ya hemos aparcado y Miguel nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja en la puerta principal, invitándonos a entrar.

La casa es grande, demasiado para mi gusto. Una enorme construcción de piedra compuesta por tres plantas que su padre mandó diseñar para él.

En su defensa diré que, a pesar de su enorme tamaño, el salón comedor al que nos conduce resulta bonito, cómodo y acogedor, aunque no deje de ser en sí mismo un derroche en toda regla.

Intento no sentirme impresionado, recordándome que solo se trata de algo material, no obstante, es difícil no hacerlo ante las altísimas paredes recubiertas de madera, esas mullidas alfombras de pelo alto que protegen el suelo, los ventanales que se funden con el techo o esa preciosa chimenea de imponente tamaño cuyo calor caldea la estancia entera creando una atmósfera íntima, hogareña y muy personal.

—¿Vives aquí tú solo? —pregunta Sara, contemplando lo que nos rodea sin esconder su curiosidad.

—De momento, con Gru —responde él, mostrándole una sonrisa más blanca que la de un anuncio de colutorio dental—. Sin embargo, estoy deseando compartir todo esto con alguien cuando aparezca la persona ideal.

—Desde luego, la casa te pega —murmuro, tratando de ocultar mi malestar.

Una sonrisa de suficiencia y algo similar al desdén asoman a su rostro.

—Imagino que lo dices por lo elegante y sofisticada —comenta, disimulando la tensión que se percibe en su voz.

—Más bien por lo pretenciosa y exagerada —matizo.

Sus ojos se achican en una fina línea y su rostro se contrae en una mueca dura como el metal, pero ni me inmuto; es más, sostengo y me reafirmo en cada una de las palabras que acabo de pronunciar.

No estoy en contra del dinero, ni de las casas grandes… Opino que cada uno debe disfrutar lo que tiene como mejor le plazca, pero me jode mucho la gente que siempre pretende salirse con la suya y lograrlo todo sin esforzarse lo más mínimo. Y así es Miguel, un tipo acostumbrado a regirse por la ley del mínimo esfuerzo, un hombre que pretende conseguirlo todo sin dar un palo al agua y claro, luego, cuando las cosas no salen exactamente como él quiere, pasa lo que pasa…

—Por no hablar de que es muy fácil tener una casa así cuando para conseguirla no has tenido que hacer nada —añado en el mismo tono.

—¿Eso es una indirecta? —sisea Miguel, apretando la mandíbula—. ¿Me estás llamando vago? Porque te recuerdo que hace años que no tenemos contacto, o me has puesto un detective o dudo mucho que tengas la menor idea de lo que hago o no hago.

—Es cierto que hace tiempo que no nos vemos, pero dudo mucho que hayas cambiado. ¿Cuánto tuviste que trabajar tú para poder construir esta casa? —lo interpelo.

—Yo no la pedí. Nunca he pedido nada —responde, y se sonroja, pues, tal y como imaginaba, he dado en el clavo.

—Tampoco la rechazaste. Es más cómodo que te lo den todo hecho en lugar de tener que molestarte.

—Lo dice el que consiguió su puesto porque antes lo tenía su padre —afirma sin ocultar su enfado, dándome justo donde sabe que puede hacer daño.

—Permíteme recordarte que vivimos en una sociedad democrática y que, para conseguir mi puesto, no solo me presenté a unas elecciones que gané, sino que hubo muchas cosas a las que renuncié —siseo, y mi voz sale más afilada que la hoja de un cuchillo jamonero.

—Uy, sí, claro, siempre pensando en los demás. Te encanta ir de mártir y, en cuanto a lo de las elecciones, aclárame una cosa: ¿y a cuántos candidatos ganaste? —se burla…

Aprieto los puños intentando contenerme, no obstante, reconozco que me cuesta un mundo

no mandarlo a la mierda y largarme de su casa en este mismo instante.

Es cierto, fui el único, no había demasiados candidatos para un pueblo de sesenta vecinos… Pero, desde que salí elegido, me he dejado los cuernos intentando mejorar la calidad de vida de todos sus habitantes y también es cierto que dejé de lado muchos de mis objetivos para no fallarles.

—Vamos a dejar el tema… —interviene Erin, tratando de apaciguar las aguas.

—Además, ¿quién necesita tantos metros para vivir solo? —la interrumpo, ignorándola.

—Como he dicho hace un momento, lo de estar solo es algo temporal —me recuerda con tirantez.

—Pues cuando encuentres a la afortunada que te aguante, recuerda hacerle un mapa. No vaya a ser que un día se pierda buscando la cocina y no la vuelvas a encontrar, sería un gran desperdicio para la humanidad porque, si soporta vivir contigo, habrá que estudiarla —sugiero, ganándome un disimulado codazo en las costillas por parte de mi hermana al mismo tiempo que Sara abre los ojos de forma exagerada.

—En la vida hay dos tipos de personas: las que quieren mejorar y evolucionar y las que se quedan ancladas, limitándose a sobrevivir y negándose la posibilidad de progresar —afirma él, escupiendo cada palabra.

—¿Lo dices por mí? —cuestiono. Es evidente que sí, pero es que me parece increíble que justo él tenga las santas narices de soltarme eso a la cara.

—Pensé que íbamos a usar los cuchillos para cenar, pero, por lo que veo, vosotros dos preferís lanzároslos a matar —dice Carlota, con los brazos en jarras.

—Dado que acabas de darte por aludido, creo que tú mismo te has respondido —contesta él, pasando de ella al igual que yo hice antes con mi hermana.

—Y pasamos de los cuchillos a las espadas; dentro de nada, sacarán las hachas… —murmura Erin, que suspira exasperada.

—No os preocupéis, no se lo tengo en cuenta, comprendo que la envidia es la admiración mal gestionada —suelta de repente nuestro anfitrión dirigiéndose a las tres chicas que nos contemplan estupefactas—. ¿Sigues viviendo en esa cabañita de juguete tan mona que compraste o ya has podido mudarte?

—¡Más quisieras! ¡Te garantizo que ni la admiración ni la envidia entran dentro de las emociones que me despiertas! —exclamo ofuscado.

Sostengo su mirada cargada de rabia, ambos lo hacemos y, a pesar de que intento evitarlo, siento cierta lástima. Porque sí, Erin tiene razón, hubo un momento de nuestras vidas en el que Miguel y yo éramos casi inseparables. Estudiamos juntos en el colegio y después, en el instituto, y cuando decidimos matricularnos en la misma carrera, compartimos piso. Una relación de amistad verdadera que empezó a torcerse en tercero de carrera…

—Y para tu información, no es una cabañita, es una casa y, si no me mudo, es porque estoy muy a gusto ahí y no me da la gana, no porque no pueda hacerlo —respondo sintiendo como las miradas de todas las presentes fluctúan entre los dos como si estuviesen presenciando el punto de juego de un partido de Roland Garros.

—Espero que por lo menos le hayas renovado el tejado. Tenía goteras la última vez que estuve en ella —comenta con ironía.

—Es un detalle que te preocupes, pero tranquilo, la he reformado entera.

Al parecer, los dos hemos agotado la artillería y el silencio se abre paso entre nosotros formando un ambiente desagradable y denso.

Por suerte, el momento dura poco al verse interrumpido por el sonido de unos tacones que

repiquetean sobre la madera del pasillo y, cuando la atención de todos se vuelve hacia el lugar por donde Marta se acerca con paso decidido atrapando nuestra atención, lo agradezco.

Todavía en tensión por la discusión, la miro de arriba abajo con cierto encandilamiento. Está espectacular, eso hay que reconocerlo.

Casi cualquier hombre se sentiría atraído por ella… Lleva su melena pelirroja cayendo sobre los hombros con libertad, y un escotado y entallado vestido negro a juego con unos tacones que hacen de sus piernas dos autopistas sin principio ni final, eso, sumado al maquillaje suave y los labios de color rojo intenso, hacen de su rostro y su cuerpo una combinación infalible y letal. Y digo «casi» porque, al menos últimamente, yo parezco ser la excepción que confirma la regla. Por mucho que la miro, al igual que me ocurrió la otra mañana cuando nuestro encuentro resultó fallido, ni una brizna de deseo se despierta en mí. Justo lo contrario de lo que me ocurre con Sara la cual parece haberme embrujado, pues, en cuanto le pongo los ojos encima, siento que me arde la sangre y que un anhelo cada vez más fuerte me perfora las entrañas como si acabase de tragarme un par de pirañas.

—No puedo estar más de acuerdo con Miguel —afirma la pelirroja que, al parecer, ha escuchado parte de nuestra conversación, tras posar un beso en mi mejilla a modo de saludo cuando se acerca a mí.

—No me mires así, la casita es muy cuqui, pero hace tiempo que vengo diciéndote que deberías buscar otra cosa —comenta, enganchándose de mi brazo como si tal cosa.

—¿Cuqui? ¿Qué adulto normal usa la palabra «cuqui»? —escucho susurrar a Carlota.

—Ssshhh —la ordena callarse Sara, visiblemente incómoda.

—No sabía que ya habías llegado —digo frunciendo el ceño, pues, si su aportación a la discusión va a ser esa, por mí, mejor que se hubiese callado.

Es cierto que ha intentado convencerme muchas veces para que me mude a otro sitio, pero, en vista de que nunca le he hecho caso y, sobre todo, teniendo en cuenta que es mi amiga y no la suya, para decir eso, mejor que se lo hubiese guardado.

—Hace un rato, pero estaba en el baño —comenta ella, acariciándome el rostro con cuidado para borrar la mancha que su pintalabios me ha dejado sin percatarse del gesto de mi cara.

—Pues a mí me gusta tu casa, Carlos. —La voz de Sara suena alta y clara y su mirada se enfoca en la mía con seguridad—. No me malinterpretes, Miguel, esta es preciosa —añade dirigiéndole a nuestro anfitrión una amistosa sonrisa—. Pero no siempre más es mejor y no todo en la vida es cuestión de tamaño. Hay gente que en un espacio más reducido se siente tan o más cómoda que en uno más amplio.

Marta la fulmina con la mirada sin disimulo y yo asiento con satisfacción.

Miguel trata de que no se le note, pero lo conozco lo suficiente como para saber que se ha quedado chafado; aun así, como es un bienqueda, se esfuerza por mostrarse imperturbable antes de asentir.

—Tienes razón; por suerte, en la variedad está el gusto.

—Hala, pues ahora que ya estamos todos y hemos aclarado nuestras predilecciones en cuanto a formas y tamaños... ¿Qué os parece si vamos a comer algo? Me gustaría cenar y, a este paso, vamos a terminar desayunando. Además, estoy deseando ver qué nos tienes preparado —sugiere Carlota, dirigiéndose a Miguel con la clara intención de evitar que nos dé por empezar otra discusión.

—¡Ya somos dos! —la apoya mi hermana, aliviada de que la cosa no vaya a pasar a mayores.

Miguel quien, encantado de ser el centro de atención, parece haberse animado de repente, recupera su buen humor y asiente como si no hubiese pasado nada.

—Espero que os guste —dice haciéndonos un gesto para que lo sigamos hasta la fastuosa mesa redonda de comedor que nos espera engalanada con mantel y servilletas de hilo y un montón de aperitivos fríos dispuestos sobre ella.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —inquiere Sara y, aunque me jode, tengo que admitir que me molesta percibir el asombro en su tono y su mirada.

—Me gustaría decir que sí, pero la verdad es que no. La cena es obra de Marga, la persona que se encarga de la limpieza y de cocinarme para toda la semana —confiesa —. Soy un desastre en los fogones, pero lo tengo como asignatura pendiente; cuando tenga tiempo, estoy decidido a aprender.

—Lo dicho, para qué molestarse en hacer algo cuando siempre tienes quien lo hace por ti —musito—. Aunque en este caso, tener a alguien que cocine por él es más bien un asunto de seguridad pública. En la universidad, casi incendia el piso que compartíamos intentando hacerse una tortilla francesa —informo a todos los asistentes.

—No exageres, solo se chamuscó un poco la sartén —me rebate él.

—Salía tanto humo que los vecinos de al lado estuvieron a punto de llamar a los bomberos —matizo.

—El humo se disipó en cuanto abrimos un poco la ventana —me contradice.

—Ni se te ocurra empezar de nuevo —me advierte mi hermana antes de darme tiempo a dar más detalles, señalándome con gesto serio una silla para indicarme que tome asiento entre Sara y Marta, quienes ya se han acomodado.

Pongo los ojos en blanco, no obstante, como no quiero cabrearla y a mí tampoco me apetece seguir discutiendo con Miguel, hago lo que me dice sin añadir nada.

—Todo tiene una pinta deliciosa —comenta Carlota cuando todos estamos sentados, alargando la mano para hacerse con una tostada de salmón y queso fresco.

—Gracias —responde él mientras comenzamos a comer—. Como dije antes, cocinar no está entre mis principales virtudes, pero intento compensarlo con otras cosas que se me dan mucho mejor.

—Tranquilo, la perfección no existe —comenta Sara con amabilidad—Tampoco es que a mí se me dé fenomenal.

—Vosotros diréis lo que queráis, pero si la perfección no existe, esto se le parece bastante —afirma Carlota—. En serio, si todavía no lo habéis hecho, tenéis que probar esta maravilla.

—El salmón me lo envían de Noruega —explica él orgulloso.

—Vaya por Dios, seguro que ahora nos dice que el arroz se lo manda un chino por paloma mensajera desde la Gran Muralla —murmuro en voz baja, provocando que Sara casi se atragante con la copa del agua.

—En realidad, el arroz viene de Valencia —replica nuestro anfitrión que, por lo visto, de oído va sobrado, sin siquiera molestarse en dirigirme una mirada.

—Compórtate —me susurra Sara una vez posa de nuevo la copa en la mesa.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —le respondo en el mismo tono.

—Pareces un niño enfurruñado —objeta, tras cerciorarse de que nadie nos está escuchando.

La imito y compruebo que todos, incluso Marta, que hasta hace poco lanzaba miradas incendiarias y poco disimuladas a Sara, parecen demasiado enfrascados en la conversación que están manteniendo como para prestarnos su atención.

—Lo que estoy es asqueado —respondo al fin.

—Hazme el favor y, si no tienes nada agradable que decir, come y estate callado —me pide incómoda, revolviéndose en su sitio.

—¿Por qué tengo que callarme yo y no él? —rezongo, molesto por el rapapolvo.

—Porque estamos en su casa, él nos ha invitado, eso sin contar con que, por si no te has dado cuenta, ahora mismo no te está haciendo ni caso. Haz tú lo mismo y tengamos el resto de la cena en paz. —Aunque suave, suena firme y, tras negar con la cabeza para expresar mi disconformidad, decido hacerle caso.

Así que, durante un buen rato, me dedico a comer mientras los escucho a ellos hablando, y en varias ocasiones necesito morderme la lengua para no soltar alguna de las pullas que tengo en mente.

—¿Y qué hay de vosotras? —se interesa Miguel, sin despegar sus ojos de Sara—. ¿A qué os dedicáis? Porque ya sé que Carlos es alcalde y Marta, abogada, pero ¿qué hay de las demás?

No me pasa inadvertida la forma en que la recorre con la mirada y mi cuerpo se tensa de forma inevitable.

—He reformado un par de casas que pertenecían a la familia y estoy intentando moverme dentro de los negocios de alquiler vacacional —explica mi hermana una vez traga.

—Es un buen momento para empezar —asiente él—, ese tipo de negocios están en auge, creo que has tomado una decisión muy acertada.

—Eso espero —responde Erin soltando un suspiro—. He invertido buena parte de mis ahorros en ese proyecto, en verdad necesito que arranque.

—Yo trabajaba en una empresa relacionada con las inversiones y la banca en la ciudad, pero lo dejé y ahora tengo mi propio negocio de velas y jabones. Los elaboro yo misma con hierbas y flores de la zona —añade Carlota.

—Menudo cambio —comenta Miguel, sorprendido por la respuesta.

—Como dijo antes Sara, más no siempre es mejor —replica ella, encogiéndose de hombros —. Puede que haya perdido una buena parte de mis ingresos, pero he ganado tiempo de calidad. Estar disfrutando con vosotros de esta cena en otro momento de mi vida sería casi impensable.

—Te admiro por tomar una decisión tan valiente —afirma Miguel con sinceridad y, por primera vez, tengo que admitir que estoy de acuerdo con él.

—Estamos muy felices de tener a Carlota con nosotros. Ojalá más gente joven se animase a emprender, los pueblos pequeños como el nuestro ofrecen muchas posibilidades de negocio diferentes, solo hay que saber buscar bien —aseguro, decidiéndome a intervenir en la conversación antes de llevarme a la boca un trozo de empanada.

—¿Y qué hay de ti, Sara? —pregunta Miguel con interés, dirigiéndole toda su atención.

Pero ella permanece en completo silencio y, ahora que me doy cuenta…, bastante pálida.

—¿Sara...? —la llama de nuevo al ver que no responde.

Observo como su mirada verde se fija en Miguel, y parpadea varias veces sin llegar a responder.

—¿Tú a qué te dedicas? —repite la pregunta él.

—Es pintora —se apresura a contestar mi hermana, que esboza una sonrisa—. En este momento, está preparando una exposición.

—Vaya, ¡qué emocionante! —exclama él—. Me encantaría ver alguna de tus obras si te parece bien.

Blanca, como si estuviese viendo un fantasma e incapaz de pronunciar una sola palabra, Sara asiente y frunzo el ceño, preocupado al verla en ese estado; no tengo ni idea de qué puede haberle pasado, hace unos segundos estaba bien y, de repente…

—¿Eres su abogada? —inquiere, con voz nerviosa, dirigiéndose a Marta.

Un brillo malicioso reluce en los ojos de la pelirroja y, entre su sonrisa taimada y la mezcla de estupor y miedo reflejados en los ojos de Sara… Enseguida caigo en la cuenta de por qué se ha quedado petrificada.

Mierda… Tenía que haberlo pensado, pero ni siquiera se me pasó por la cabeza, esto no me lo esperaba.

Capítulo 15

Sopa de letras

Sara

«¿Acaba de decir que Marta es abogada? ¿De verdad he escuchado bien?», me pregunto mientras el color abandona mis mejillas y oculto las manos entre las piernas para que no vean el temblor que se apodera de ellas.

Escucho las voces, que siguen sonando lejanas a mi alrededor, mientras mi mente entra en bucle intentando procesar la información.

«No puede ser, no puede ser… Si ella es abogada, casi con total seguridad es…».

—¿Sara? —Miguel pronuncia mi nombre y, por cómo lo hace, deduzco que no es la primera vez.

Sin dejar de darle vueltas a la idea, que cada vez cobra más fuerza en mi cabeza, intento disimular y fijar la vista en él.

—¿Tú a qué te dedicas? —me pregunta en tono amable.

Parpadeo varias veces y cada parte de mi cuerpo aumenta su rigidez. De repente, comienzo a sentirme encerrada, agobiada y ni siquiera puedo responder.

Por suerte, al ver que yo no contesto, Erin se apresura a hacerlo por mí.

—Es pintora, en este momento está preparando una exposición. —Su voz suena emocionada.

—Vaya, ¡qué emocionante! —exclama él con admiración—. Me encantaría ver alguna de tus obras si te parece bien.

Me limito a asentir despacio, a la vez que toda mi atención se centra en Marta y, en cuanto percibo la mezcla de malicia y diversión que emana de ella, un escalofrío me recorre la espalda y comienzo a sentirme cada vez más insegura y pequeña.

—¿Eres su abogada? —Ni siquiera tengo que nombrar a Carlos para que sepa a quién me refiero. De hecho, por su expresión de satisfacción, casi parece que lleva horas esperando este momento.

Una sonrisa llena de maldad y algo muy parecido al resentimiento acapara gran parte de su rostro, golpeándome con fuerza en el pecho y robándome el aliento.

Su forma de mirarme es suficiente, no necesito que diga nada para conocer su respuesta; no obstante, ella, que por algún motivo que no comprendo parece estar disfrutando de lo lindo este momento, contesta.

—Por supuesto, llevo todos sus asuntos, los laborales y los personales, desde hace años. No hay nada relacionado con Carlos que no pase por mí.

No es tanto lo que dice como el tono en el que lo dice lo que provoca que la temperatura de la habitación descienda varios grados y una corriente fría suba desde mis pies, helándome por dentro.

Mi corazón se acelera e intento respirar más rápido, buscando con desesperación un

oxígeno que no encuentro mientras, por suerte, los demás siguen con la conversación, ajenos a lo que estoy sintiendo.

«No puede ser… No puede ser…», me repito una y otra vez, al mismo tiempo que trato de insuflar aire a mis pulmones y disimular el temblor de mis manos.

—Tendrás mucho trabajo, por esta zona escasean los abogados —escucho comentar a Carlota.

—Mucho, pero para Carlos siempre tengo tiempo, y si no lo tengo, se lo hago —afirma, estudiándome de reojo.

Yo aprieto la mandíbula, tengo que tranquilizarme, bloquear la angustia, pensar en algo que me calme… Lo intento de forma desesperada, pero la tensión que se adueña de mis músculos es tan exagerada que incluso me duele la espalda.

«He salido de peores situaciones…», me digo, intentando ralentizar los latidos de mi desbocado corazón. «Es cierto, pero nunca estando sola, tan lejos de los que te quieren y protegen…», me recuerda mi inoportuna voz interior.

Las sensaciones y los sentimientos se precipitan dentro de mí como un torrente de agua furiosa que arrastra todo lo que encuentra a su paso sin darme tiempo a navegar por la corriente de mis emociones.

—Disculpadme un momento, voy a por la sopa —escucho decir a Miguel cuando se levanta para acercarse a la cocina. Sus pasos llegan amortiguados por el pitido de mis oídos.

—Sara —susurra Carlos en un tono preocupado, inclinándose un poco hacia mí.

El sonido de mi nombre en su voz provoca que comiencen a escocerme los ojos.

Él lo sabía, lo sabía todo y no me avisó… Yo no tenía ni idea de que Marta era la misma persona que negoció con Bruno, pero él sí que lo sabía y, aun así, no me dijo nada; de haber tenido la más mínima idea de que esa mujer es consciente de quien soy en realidad, no habría venido, pero Carlos se calló esa información y aquí estoy…

—Sara —susurra en apenas un hilo de voz, intentando pasar desapercibido para el resto.

Lo ignoro, no a propósito, es solo que soy incapaz de prestarle atención y a la vez mantener el control. Necesito centrarme en respirar despacio al mismo tiempo que, por debajo del mantel, froto mis manos la una contra la otra. Me esfuerzo por mantener el pánico a raya, pero no parece estar funcionando por cómo comienza a arderme el pecho. ¿Por qué me arde el pecho?

Necesito aire, necesito…

Justo entonces, Miguel regresa con una sopera humeante que desprende un olor delicioso, e intento fijar toda mi atención en el movimiento del cucharón mientras nos va sirviendo a todos para bloquear cualquier pensamiento que me ponga peor.

—¡Sopa de letras! —exclama Marta, volviendo a fijar en mí su burlona mirada—.Tu preferida, ¿verdad, Sara? —añade, y se lleva una cucharada a la boca.

¡Ojalá se queme la lengua por víbora! Pero, lejos de hacerlo, se limita a retarme con la mirada sin dejar de sonreír.

El comentario me lleva al límite y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor. Las náuseas me embisten con fuerza y una arcada que apenas logro contener asciende por mi garganta, como advertencia de que necesito salir de aquí, necesito espacio, aire, estar sola… Y lo necesito ya.

—¿El baño? —Ni siquiera sé cómo consigo que las palabras broten de mis labios, pero ya estoy de pie cuando Miguel, al ver la urgencia en mi rostro, se apresura a responder.

—Final del pasillo a la derecha.

Antes de que termine la frase, ya estoy abandonando el enorme salón comedor y, a pesar de que siento sus cinco pares de ojos clavados en mi espalda, no me giro, ni me vuelvo, todo lo

contrario; en cuanto abandono la estancia, echo a correr y no me detengo hasta que llego al baño y cierro la puerta tras de mí.

Ni siquiera enciendo la luz, permanezco quieta, muy quieta, sumida en la semioscuridad solo interrumpida por la luz de la luna que entra por la ventana, y apoyo la espalda contra la madera, cerrando los ojos con fuerza para ahogar las lágrimas.

Con mi pecho subiendo y bajando a una velocidad vertiginosa, me esfuerzo por inspirar despacio en un intento de controlar los descomedidos latidos de mi corazón, que martillean con violencia, mientras procuro insuflar aire a mis doloridos pulmones, que protestan por la falta de oxígeno, a la vez que froto con fuerza las palmas de las manos contra la tela vaquera de la falda, con la esperanza de conseguir desentumecer los dedos de las manos, que hace rato he dejado de sentir.

—¿Sara? —La voz de Carlos llega suave pero firme desde el otro lado—. Abre la puerta.

Todavía con los ojos cerrados, y sin detener las inspiraciones, niego con la cabeza, a pesar de que soy consciente de que no me puede ver.

—Sara, por favor, abre la puerta —repite con un tono apremiante.

Un gemido escapa de mi garganta y aumento la fricción de mis manos contra la tela.

—Tienes que dejarme pasar —solicita con urgencia, como si con eso fuese a solucionarse todo.

Mi cuerpo, rígido e inmóvil, se niega a apartarse, pero algo en mi interior me empuja a hacer lo que me pide, así que me arrastro hasta la pared y dejo libre el acceso para que pueda entrar.

Apenas un segundo después, la puerta se abre y él aparece frente a mí, y cierra la puerta con cuidado.

—Sara. —No hay burla en su tono, tampoco lástima o recriminación alguna más allá de preocupación, arrepentimiento y cierto dolor.

—Tranquila —susurra, enmarcando mi rostro con sus manos y acariciando con suavidad mis mejillas con sus pulgares.

La caricia desprende un calor que se cuela en mi cuerpo, descongelando la sangre de mis venas como los rayos de sol que, poco a poco, funden el hielo de un iceberg.

Su rostro permanece a escasos centímetros del mío y su cálido aliento me roza la piel.

—Mírame —me ordena en un susurro mientras sus ojos me eclipsan apoderándose de los míos—. Mírame y respira conmigo —repite, llevando a cabo lentas y calmadas inspiraciones que me obligo a imitar.

—Lo sabe —susurro entre jadeos una vez el dolor de mi pecho comienza a aflojar, permitiéndome hablar.

—Lo sabe —reconoce él—. Y siento no haberte avisado, pero tienes que tranquilizarte, acuérdate de que ella, al igual que yo, ha firmado un contrato de confidencialidad, no puede decir nada —me recuerda, sin dejar de respirar junto a mí.

Sus palabras y la seguridad que desprenden se cuelan en mi cabeza, y las repito una y otra vez, intentando alejar la oscuridad y los miedos.

—Sé que debí decírtelo, pero esto de la cena fue tan inesperado que ni siquiera lo pensé —se justifica, y entiendo sus motivos, aunque eso no haga que me sienta mejor—. Soy consciente de que no esperabas encontrarte con nadie que estuviese al corriente de quién eres en realidad, y ya veo cómo te afecta esto, pero te prometo que no va a pasar nada.

«No va a pasar nada —me repito, como si fuese un mantra—. No va a pasar nada, no va a pasar nada».

—Estás bien, todo va a estar bien, nunca permitiría que nadie te hiriese ni que te pasase nada. Tienes que confiar en mí, te pido que confíes en mí —suplica, con una necesidad y un anhelo casi delirantes.

Y, a pesar de que no lo conozco desde hace mucho, a pesar de todo lo que pasó entre nosotros, sé que puedo hacerlo, algo muy dentro de mí me grita que debo hacerlo.

—Confío en ti —musito casi sin darme cuenta, y el alivio que se refleja en sus pupilas es la única señal de que, en realidad, lo he pronunciado en voz alta y no solo lo he pensado.

El temblor y la angustia producidos por los nervios van alejándose para dejar paso al agradable cosquilleo que sus dedos provocan cada vez que recorren la piel de mis mejillas, y un escalofrío muy diferente a los que sentía hace cinco minutos me recorre el cuerpo entero cuando su mirada desciende durante un segundo tan robado como delicioso para posarse sobre mis labios.

—Pero, aun así, quiero irme; no me apetece volver ahí. No con Marta mirándome así… —pido más calmada.

—No te preocupes, dame cinco segundos y te saco de aquí —me asegura con firmeza.



—Ya hemos llegado —anuncia Carlos mientras aparca delante de mi jardín tras pasar los quince minutos que tardamos desde la casa de Miguel hasta la mía en completo silencio.

Tal y como prometió, él mismo se encargó de coger mi abrigo y disculparse con los demás, explicándoles que algo me había sentado mal y que estaba indispuesta para que yo ni siquiera tuviese que regresar al comedor, y no volver a encontrarme cara a cara con la sonrisa maquiavélica de Marta fue un alivio, para qué voy a decir lo contrario.

Las chicas se ofrecieron a regresar con nosotros, pero Miguel insistió en que se quedasen un rato más y, aunque Carlos no parecía muy contento con la idea, como ellas no estaban dispuestas a hacerle un feo (para eso ya llegaba con el que le hice yo), no pudieron decir que no. Al final, llegaron al acuerdo de que, cuando quisiesen regresar, o Miguel o Marta las acercarían a casa y, tras eso, pudimos irnos sin mayor dilación.

—Gracias por traerme —digo sonriendo levemente a la vez que abro la puerta del coche y salgo al exterior.

—En realidad, me hiciste un favor, estaba deseando irme —asegura él imitándome y echando a caminar a mi lado—. Y, en cuanto a Marta, puedes estar tranquila, es una tía discreta, pero, aunque no lo fuese, tal y como te comenté, el acuerdo que firmó le impide decir nada.

Procuro obviar sus últimas palabras para deshacer el nudo que se instala en mi garganta e intento centrarme en otra cuestión.

—¿Algún día me vas a contar por qué le tienes tanta manía a Miguel? —pregunto con curiosidad, observándolo de reojo.

No dice nada, pero la forma en que aprieta la mandíbula y el cambio de expresión que sufre su rostro me indican que, sin pretenderlo, acabo de meter el dedo en la llaga y que, con toda probabilidad, lo que sea que ha ocurrido entre ellos es más serio de lo que pensaba.

—Digamos que llegó un momento de nuestras vidas en el que tomamos diferentes maneras de actuar —dice sin entrar en detalles.

—Eso no es un motivo suficiente para romper una amistad —replico sin más.

—Sí cuando el que consideras tu amigo intenta implicarte en algo con lo que no estás de

acuerdo y en lo que no quieres participar —matiza.

—*Touché* —reconozco, concediéndole una leve sonrisa, sin insistir más. Está claro que no le apetece hablar sobre ese tema y es una conversación que no pretendo forzar. Yo soy la primera en comprender que hay algunos temas personales que pertenecen a la intimidad de cada uno y que es incómodo tocar, por lo que, sin añadir nada más, alzo la vista al cielo unos segundos antes de volver a centrarme en él.

¿Es raro que me sienta tan a gusto a su lado o que la química entre ambos aumente cada vez que mi brazo roza el suyo sin querer?

La noche es clara, apenas hay nubes danzando en el cielo y la luna llena ilumina su atractivo rostro con una luz plateada que realza cada una de sus facciones cuando se apoya en el porche de la entrada.

Yo permanezco quieta delante de la puerta, expectante e incapaz de apartar los ojos de él durante unos segundos que se vuelven tan eternos como fugaces.

Ahora debería meter la llave en la puerta, despedirme y entrar, pero… me siento como si mis pies hubiesen echado raíces en el suelo impidiéndome alejarme o avanzar.

—Buenas noches, Sara —susurra Carlos con voz profunda, inclinándose un poco sobre mí para depositar un suave y lento beso sobre mi piel, tan cerca de la comisura de mis labios que mis pulsaciones se aceleran como si mi corazón fuese un coche de carreras derrapando en una curva y yo un incauto piloto que ha perdido por completo el control.

Inspiro con fuerza en busca de un aire que se me antoja cada vez más escaso y, en lugar de encontrarlo, solo hallo ese característico aroma tan suyo, mezcla de cítrico y canela, que penetra en mi cuerpo, embriagando mis sentidos y arrancándome cualquier pequeña posibilidad de pensar con claridad.

Su mirada asciende despacio y, cuando vuelve a encontrarse con la mía, el hambre y el anhelo que descubro en ella me golpean como las olas de un mar imposible de navegar, despertando una incontenible corriente de deseo que nunca antes había sentido y que cobra vida en cada parte de mi ser, haciéndome estremecer.

Su espalda y su mandíbula se tensan y su cuerpo irradia un brutal magnetismo que me atrapa haciéndome sentir como una pequeña partícula de hierro escondida en el desierto que es irremediablemente atraída por un imán del que no puede huir.

Mi cuerpo y mi mente se enzarzan en una lucha en la que mi parte racional me exige que me aleje tanto como pueda y el resto de mis sentidos me gritan que me abalance sobre él.

Mis dedos vibran con la necesidad de acariciarlo, está tan cerca que casi puedo sentir el tacto de su piel… Inspiro una vez más con fuerza y cierro el puño, intentando evitar la tentación.

—No es una buena idea —balbuceo cuando se próxima un par de centímetros más.

—Es una idea terrible —corrobora con voz ronca, a la vez que sus pupilas se oscurecen.

Los dos lo sabemos… Y, aun así, necesito echar mano de una fuerza de voluntad que apenas encuentro para poder apartarme de él.

—Buenas noches —susurro, alejándome un paso.

—Buenas noches —repite, sin quitar sus ojos de los míos al mismo tiempo que, de espaldas, desciende un par de escalones.

Haciendo un esfuerzo titánico, me vuelvo hacia la puerta y, apartando la vista, meto la llave en la cerradura con manos temblorosas y, en cuanto la puerta cede, me apresuro a entrar, cierro y me quedo apoyada contra ella.

—¿Qué estoy haciendo? —le pregunto a Calcetines, acariciando su cabecita cuando acude veloz a recibirme.

Sin moverme, cierro los ojos con fuerza e intento olvidar lo que acaba de suceder.

—¿Qué estoy haciendo? —repito con voz agónica cuando el pulso se me dispara más de lo humanamente posible al recordar el tacto de sus labios sobre mi piel.

Sin pensarlo, dejándome llevar por un impulso que maneja a su antojo mi voluntad, abro la puerta de golpe, dispuesta a salir corriendo en su busca, pero no necesito dar ni un solo paso porque ahí, delante del umbral, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, expresión dura y un fuego abrasador contenido en su intensa mirada, está él.

Apenas pasan dos segundos, pero se me antojan interminables hasta que, avanzando un paso para reducir la distancia que se interpone entre nosotros, una de sus manos sostiene mi nuca y la otra, mi cintura, aproximándome a él al mismo tiempo que sus ojos atrapan los míos y sus labios, suaves y exigentes, se apoderan de mi boca, consumiéndome en una explosión de placer.

Incapaces de romper el contacto, como si el aliento del otro fuese lo único que nos mantiene vivos y en pie, avanzamos hasta que entramos en la casa y, de una patada, Carlos cierra la puerta tras él.

Su respiración se acelera y entrecorta al mismo tiempo que sus dedos se crispan posesivos sobre la fina línea de la piel libre que queda entre la falda y el jersey.

—Sara. —Mi nombre suena a súplica y mis labios se abren para él.

Al instante, su lengua saquea cada recoveco de mi boca con avidez antes de que la mía se una a ella enviando, con cada roce y caricia, oleadas de lujuria a cada terminación nerviosa de mi anatomía.

Siento las manos temblorosas al enredarse en su sedoso pelo y tiro con suavidad de él mientras su lengua traza a lo largo de mi cuello el camino húmedo y caliente por el que sus dientes se deslizan después.

El deseo, las ganas de sentirlo y tocarlo se vuelven dolorosas, y todo me parece insuficiente cuando, al bajar la mirada, nuestros ojos se funden como lava y él me empuja con suavidad contra la pared.

Al momento, sus caderas me aprisionan y un calor extremo asciende por mi cuerpo al sentir su miembro duro apretándose contra mí, a la vez que su mano se cuela por debajo de mi jersey y asciende por mis costillas hasta posarse sobre uno de mis pechos para frotarlo con la palma por encima del sujetador.

Dejo escapar un gemido al sentir como sus dedos me pellizcan el pezón derecho y Carlos gruñe sobre mi boca cuando consigo abrirme paso entre los dos, descendiendo hasta llegar a los botones de su pantalón.

Notarlo duro, empujando contra la tela, excitado, y saber que ese estado se lo he provocado yo hace que un fogonazo de necesidad imperiosa se envíe a un lugar muy concreto entre mis piernas, y ese fogonazo hace que me humedezca todavía más de lo que ya lo estoy.

Sus manos se cuelan por debajo de mis rodillas y, tras levantarme del suelo, me sostiene entre sus brazos mientras, atrapando con sus dientes mi labio inferior, me lleva hasta el sofá y me deja caer sobre él con tanta urgencia como cuidado.

Luego se deja caer él también; mi espalda choca contra el cojín y ese es el instante exacto en que nos volvemos un amasijo de piernas, brazos, jadeos y suspiros, hasta que ya no nos queda ninguna prenda de la que deshacernos y todas salen volando, quedando esparcidas por doquier.

Mis ojos vuelan hasta los suyos y me ahogo en su profundidad, a la vez que me derrito cuando, sin apartar la mirada de la mía, se recuesta sobre mí, conteniendo el peso de su cuerpo con uno de sus brazos, y atrapa una de mis tetas con la boca, mientras me separa las piernas, apoyando una en el suelo, para dejarme abierta y completamente expuesta.

Nunca hasta ahora había estado así, mi experiencia en estas lides, si no nula, sí es más bien escasa; sin embargo, lejos de lo que pudiese esperar, lo que siento cuando sus ojos hambrientos recorren mi cuerpo desnudo no es vulnerabilidad ni vergüenza, sino una incontrolable pasión que me abruma y aumenta mi excitación por momentos.

Su lengua caliente y húmeda atrapa uno de mis pezones, y sus dedos aprovechan para trazar un camino ascendente por la cara interna de mi muslo hasta llegar a mi abultado y demandante clítoris para friccionarlo con las yemas de sus dedos segundos antes de introducirlos despacio dentro de mí.

Nunca, jamás, había sentido algo parecido. Es como si mi cuerpo se hubiese desconectado de mi cabeza cobrando vida propia, permaneciendo palpitante y rozando un placer que se convierte en tortura con cada movimiento, a la vez que una neblina tan espesa como agradable se adueña de mi mente.

Incapaz de evitarlo, cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y levanto la cadera en su dirección, soltando un gemido tras otro cuando saca uno de sus dedos para empezar a trazar círculos sobre mi punto de deseo mientras el otro continúa moviéndose dentro.

—Mírame —exige con voz ronca, y aprieta la mandíbula con fuerza.

Mis ojos vidriosos encuentran los suyos y mi corazón, ya errático, amenaza con salir volando de mi pecho.

—Eres preciosa —musita mientras coge a toda prisa un condón del bolsillo del pantalón, que yace al lado del sillón, y se lo coloca.

En menos de dos segundos está acostado sobre mí introduciendo la punta de su miembro dentro de mi cuerpo y apoyando el peso del suyo sobre sus brazos.

Paseo mis manos por su musculado pecho, memorizando cada detalle, cada músculo, cada hendidura de su piel, a la vez que contengo la respiración y siento como se va introduciendo despacio mientras el esfuerzo por controlarse perla su frente en diminutas gotas de sudor.

Una de sus manos atrapa las mías y las coloca detrás de mi cabeza y, con un envite fuerte, me llena por completo y contemplo fascinada como la excitación oscurece todavía más su ya impenetrable mirada.

—Joder, esto es una puta gozada —gruñe, saliendo del todo y entrando de nuevo con fuerza, provocando una oleada de placer que me arrasa el cuerpo entero.

Intento contener el grito que emerge de mi garganta y él aumenta el ritmo, penetrándome una y otra vez.

—No te contengas, aquí nadie puede oírte, déjate llevar —susurra con voz entrecortada en mi oído antes de morder el lóbulo de mi oreja y descender hacia mi pecho para mordisquearlo con sus dientes.

Nunca en mi vida me había sentido tan liberada, descontrolada y extasiada.

Comienzo a mover las caderas, acoplándome a su ritmo, y las embestidas se vuelven frenéticas, poniendo mi cuerpo al límite, llevándome al borde de un abismo por el que solo quiero saltar.

Sus dientes rascan mi piel, sus dedos se clavan en mis muñecas y las acometidas alcanzan un ritmo imposible de soportar, un ritmo que me convierte en una bomba a punto de explotar… Hasta que algo en mi interior estalla y me dejo ir, con su nombre en los labios, al tiempo que me aprieto más contra su miembro, que reacciona casi al instante, alcanzando su propia liberación.

Sus ojos buscan los míos y mis labios atrapan sus gemidos justo antes de que, tan roto como yo por dentro, se deja caer despacio sobre mi cuerpo e intenta recuperar la respiración.

Capítulo 16

¡Sorpre…sa!

Carlos

Ha pasado una semana desde la cena en la casa de Miguel. Siete maravillosos días en los que tanto Sara como yo hemos aprovechado cualquier momento del que disponemos para estar juntos… Y, aunque es cierto que no tenemos todo el tiempo que nos gustaría ya que por la mañana yo voy a mi despacho y ella se encierra a escribir y por las tardes, mientras yo atiendo los asuntos del pueblo, Sara aprovecha para hacer planes con las chicas, cuando llegan las noches, eso es otro cantar… Digamos que dormir, no dormimos mucho, pero nos cunden una barbaridad.

Lo que la mujer que duerme de forma apacible entre mis brazos despierta en mi cuerpo va mucho más allá de la urgencia, el deseo o la necesidad. No es solo sexo, no soy tan estúpido como para no darme cuenta de que lo que Sara despierta en mí va mucho más allá. Aunque reconozco que las ganas que los dos nos tenemos son algo fuera de lo normal, y eso provoca que más de una vez ni siquiera lleguemos a la habitación y terminemos en la ducha, en el suelo o en el sofá. Que es justo el sitio en el que nos encontramos en este momento como consecuencia de nuestra falta de control cuando anoche llegamos a su casa después de cenar…

Apenas hemos descansado tres o cuatro horas, pero, con su cabeza apoyada en mi pecho desnudo, me siento fenomenal. Dispuesto a levantarme para prepararle un desayuno espectacular, estiro un brazo con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que pueda despertarla, separo los párpados y…

—Pero ¡qué cojones...! —exclamo, olvidándome de mis nobles intenciones mientras tiro hacia arriba de la manta con brusquedad con el propósito de tapar su cuerpo desnudo al encontrarme con cinco pares de ojos (unos son los de mi hermana) mirándonos fijamente como si estuviesen viendo un documental del National Geographic y nosotros fuésemos una especie en peligro de extinción a la que hay que estudiar.

—Parece que ya se despiertan —susurra un hombre con el pelo rapado.

Mis gritos sobresaltan a Sara quien abre los ojos desconcertada y, al sentirse observada, pega un fuerte tirón de la manta dejando al descubierto cierta parte de mi anatomía que no debería ser mostrada.

—¡Madre mía! ¡Que vivan la democracia, el derecho al voto y el sufragio universal! —comenta con picardía una mujer de pelo castaño que está embarazada.

Como si esto fuese un sueño del que de un momento a otro se va a despertar, ella frunce el ceño y parpadea sin parar.

—Buenos días, cuñada —la saluda mi hermana con picardía—. Qué calladito os lo teníais, con razón nunca querías quedarte con nosotras por la noche… Ahora lo entiendo; por lo visto, estabas muy ocupada.

—¡Erin, cierra el pico! —ordeno, molesto al contemplar la forma en que las mejillas de

Sara adquieren el tono de un pimiento morrón.

—¡No, si yo estoy encantada! —nos asegura la muy descarada—. Verás cuando se enteré mamá, lo que se va a emocionar.

—Cállate y deja a mamá tranquila. No seas entrometida —la regaño.

—¿Puedes dejar de mirar? —pregunta entre susurros un hombre de pelo negro a la embarazada, poniendo una mano delante de sus ojos—. No quiero que la niña vea cosas raras.

—Eres consciente de que todavía está dentro y no se entera de nada, ¿verdad? —bufa ella, deshaciéndose de su mano.

—Ay, hermano, si todavía no ha nacido y ya estás así, no puedo esperar a que llegue a la adolescencia, ¡madre mía lo que me voy a divertir! —se carcajea el rubio que está a su lado, consiguiendo que el otro lo fulmine con la mirada.

—Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Cuándo habéis llegado y cómo es que no me habéis avisado? —pregunta Sara, paseando la mirada de uno al otro sin comprender nada.

—Queríamos darte una sorpresita, pero al final hemos sido nosotros los que nos hemos llevado un sorpresón… —responde el rubio en tono seco, recorriéndome sin disimulo y con cara de pocos amigos de arriba abajo—. ¿Se puede saber qué haces beneficiándote al alcalde cabrón?

—¿Perdona? —pregunto sin dar crédito al escuchar el insulto.

—Pues, por lo que se ve, sí que estás perdonado, sí —replica él, cruzando los brazos sobre su pecho.

Estoy a punto de volver a contestar cuando Sara comienza a hablar.

—¡No me estoy beneficiando a nadie! —protesta, tapándose más con la manta.

—¡Por supuesto que lo estás haciendo, y espero que lo estés disfrutando un montón! —rebate la embarazada con una sonrisa pintada en su cara.

—¡Por Dios, Iria! ¿Cómo le dices eso? —la regaña el rubio—. ¿De verdad te parece una buena elección?

—¡Por supuesto! —contesta la chica con seguridad—. Además, no es algo que tengamos que elegir ni tú ni yo, así que ¡hazme el favor de no ser tan aguafiestas, Bruno!

—¡Eso, no seas aguafiestas, Bruno! —repite el del pelo negro en tono burlón, poniéndose de parte de la chica.

Y entonces, caigo… Bruno y los demás… Son los amigos de Sara, los mismos que hablaron con ella por videollamada cuando vino a cenar a mi casa. Los que pensaban que yo era un anciano con dentadura postiza y todo lo demás…

No sé cómo no me di cuenta en cuanto los vi; bueno, supongo que, en parte, fue porque no esperaba encontrármelos justo delante de mí nada más abrir los ojos estando como mi madre me trajo al mundo.

—Ahora entiendo lo de que los desayunos en casa de sus padres son una batalla campal cuando os juntáis todos —interviene mi hermana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues porque no están aquí Cala y las demás, si no, lo podías flipar —le dice la tal Iria guiñándole un ojo—. ¡Voy a hacerles una videollamada para que vean lo que se están perdiendo! —exclama de repente, como si acabase de caer en la cuenta.

—¡Ni se te ocurra, Iria! ¡Atrévete a sacar el móvil y te juro que te lo tiro por la ventana! —la amenaza Sara con cara de asustada.

—Dudo que puedas levantarte en este momento… Pero tranquila, tendrán que conformarse con el cotilleo sin imágenes — declara Iria, alzando ambas manos en son de paz.

—Pues a mí me parece una pena que no las llames, les iba a encantar —murmura el del pelo negro.

—¿Queréis dejaros de decir tonterías para que podamos centrarnos en lo importante? —los regaña Bruno quien no parece nada contento.

—¿Os importa dejar de discutir y explicarme hace cuánto y cómo habéis entrado aquí? —cuestiona Sara—. ¡Ni siquiera os he escuchado!

—Dormíais profundamente —nos indica el de pelo negro—. Se te veía cara de agotada.

—Eso es porque seguro que la noche se les hizo corta —comenta mi hermana con malicia, y me hago una nota mental para recordar decirle después unas cuantas cositas.

—Fácil… —replica Bruno, agachándose para coger en brazos a Calcetines cuando este se frota contra sus piernas—. Llamé por teléfono a Erin, te recuerdo que tengo su número de cuando me puse en contacto con ella para traer tu mesa. Le dije que queríamos darte una sorpresa y ella se ofreció a acompañarnos parar abrirnos la puerta. —Hace una pausa y prosigue, más molesto todavía—. Aunque, a decir verdad, no habría hecho falta porque resulta que la puerta estaba abierta.

—Y eso me lleva a la siguiente pregunta. ¿Por qué narices tenías la puerta abierta? —la increpa el de pelo negro, molesto.

—No estaba abierta, lo único que pasa es que no estaba cerrada con llave —lo corrige Sara, arrimándose más contra mi cuerpo de forma involuntaria.

—¿Me estás vacilando? ¿Es que en todos estos años no te he enseñado nada? —cuestiona el chico alzando las cejas.

—No seas paranoico —lo regaña la embarazada.

—¿Paranoico, yo? —repite él, señalándose el pecho.

—Roi, no tienes que preocuparte, en este pueblo nunca pasa nada —lo tranquiliza Sara, que le dedica una sonrisa cargada de afecto que suaviza las facciones enfadadas del hombre—. Además, tengo a Calcetines.

—¡Uy, sí, menudo perro guardián que está hecho! —protesta Roi mientras el cachorro mordisquea la mano de Bruno para jugar.

—Por si no os habéis dado cuenta, nuestra Sara se ha buscado su propio guardaespaldas, así que dejad de darle vueltas —les recuerda mi hermana, hablando con ellos como si los conociese de toda la vida.

—¡Claro, claro! ¡Un guardaespaldas que está hibernando como un oso en pleno mes de diciembre! ¡Llega a entrar alguien a cortarles la cabeza y ni se entera! —exclama Bruno, impregnando un rastro de desprecio en cada una de las palabras.

—Chicos, dejad de ser tan paternalistas —los regaña a ambos de nuevo la embarazada.

—No somos paternalistas —protesta el abogado.

—¡Oh, sí que lo sois! —responden Sara y ella a la vez, sonriendo.

—Ay, ¡cómo te he echado de menos! Tengo un montón de cosas que contarte —le dice Iria, contemplándola con cariño.

—Sí, sí, sí, pero igual, antes de seguir hablando, deberíamos dejar que se vistan, más que nada para que dejes de zampártelo con la mirada —sugiere el tal Roi, dedicándole una mirada acusadora.

—No soy yo, tesoro, son las hormonas, que me tienen revolucionada —se excusa ella, y le guiña un ojo a Sara que se lleva la mano a la boca para ahogar una carcajada…



Veinte minutos después, estamos sentados en el jardín trasero, con las presentaciones oficiales ya realizadas y disfrutando de los primeros rayos de sol del día delante de una humeante taza de café.

Los contemplo a todos con curiosidad. Son un grupo variopinto y que, de primeras, no parecen tener nada que ver unos con otros, pero, aun así, se nota a leguas que se llevan genial y se quieren a rabiar.

El de pelo negro y el rubio, Roi y Bruno, son hermanos y vecinos de toda la vida de Sara a quien consideran un miembro más de la familia. Roi es inspector de policía (eso explica su enfado por lo de encontrarse con la puerta abierta) y, como ya sabía de antemano, pues me enteré a las malas antes de conocer a Sara, Bruno es abogado.

Iria, la chica que está embarazada, al parecer trabaja como ilustradora y es la pareja de Roi, mientras Thiago, el de la cabeza rapada que antes casi no participó en la conversación, es el novio de Bruno… Lo dicho, no se parecen en nada, pero es evidente que a cada uno de ellos les sobra complicidad y confianza con Sara.

Como si en lugar de algo más de dos semanas sin verse llevasen meses sin juntarse, sus amigos hablan sin parar, poniéndola al día de pequeños detalles; se nota que la han echado de menos, y ella los escucha encantada sin ocultar su entusiasmo por tenerlos aquí, a la vez que mantiene sus dedos entrelazados con los míos.

—Te preguntarás por qué hemos venido hasta aquí… —dice Roi, sonriendo a su novia que lo observa embelesada y continúa hablando por él.

—Pues el motivo, aparte, por supuesto, de las ganas de verte…, es que tenemos algo importante que decirte y queríamos hacerlo en persona —termina la chica.

—Pues… que estáis esperando un hijo no puede ser, así que… —susurra Sara, sopesando las opciones—. ¡Nooo! —exclama abriendo mucho los ojos.

—¡Síií! —afirma la embarazada soltando un gritito.

—¡Nooo! —repite, con sus ojos verdes brillando de la ilusión mientras, de forma inconsciente, me aprieta la mano.

—¡Ya te digo yo que sí! —le responde Iria, que aplaude como una niña pequeña.

—¡Os vais a casar! —grita Sara, y me suelta para levantarse a la vez que Iria y fundirse con ella en un sincero y afectuoso abrazo antes de proceder de igual forma con Roi, a quien se le ve tan emocionado como a ellas.

—¡Pues sí! Dentro de tres semanas, va a ser una boda pequeña y muy familiar, pero, por supuesto, tienes que venir —dice Iria, mirándola a los ojos antes de dirigirse hacia mí—. Y, Carlos, tú también, por supuesto.

—Hombre, tener, lo que es tener, no tiene… —murmura Bruno, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¡Por supuesto que tiene que venir! —afirma ella—. Es el novio de Sara. No sería lo mismo sin él.

Ni Sara ni yo le hemos puesto todavía nombre a nuestra relación y, aunque tampoco considero que sea necesario, pues creo que para los dos está claro…, que Iria nos etiquete como «novios» delante de los que ella considera su familia lo vuelve todo incluso más real, y reconozco que me hace sentir fenomenal.

Sin embargo, no me pasa desapercibido que a Bruno el apelativo parece haberle sentado mal.

—Echar un polvo no los convierte en novios —le recuerda él.

—Dudo que haya sido uno —anuncia mi hermana, poniendo su granito de arena.

En este momento, llaman a la puerta y Erin se ofrece para ir a abrir mientras Bruno me fulmina con la mirada.

—Allí estaré —le aseguro a Iria, agradecido por la invitación, ignorando el gesto del rubio y ganándome una radiante sonrisa de Sara que me provoca unas ganas locas de llevarla dentro y devorar su boca.

Contenta por mi respuesta, Iria toma asiento de nuevo y los demás la imitan.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —anuncia Erin sin disimular su disgusto cuando vuelve acompañada de Marta, quien la sigue con una expresión de suficiencia pintada en su cara y un paquete en los brazos.

—¡Marta! ¿Qué haces aquí? —pregunto sin comprender a qué viene esta inesperada visita.

—Llevo días llamándote y no me coges el teléfono —responde como si eso ya le diese el derecho de venir.

—Estaba ocupado —informo sin entrar en más detalles, porque no considero que tenga que darle ningún tipo de explicación.

—Ya lo veo —afirma torciendo el gesto en una mueca de disgusto al fijar su mirada en Sara, quien se revuelve incómoda a mi lado.

—¿Qué cojones hace aquí la abogada y por qué tiene cara de acabar de comerse una cebolla? —escucho murmurar a Bruno, molesto por la forma en que la recién llegada recorre a su amiga con la mirada.

—Es… una antigua amiga de Carlos —le explica mi hermana, tomando asiento de nuevo seguida de Marta, que lo hace sin cortarse un pelo a su lado, y en cuanto se acomoda, continúa hablando.

—Pues como te decía, al no recibir respuesta a mis llamadas ni mensajes, decidí venir y, como sé que desayunas muchas veces en la panadería de Dolores, fui allí a buscarte.

—¿Y? —la apremio, al verla guardar silencio.

—Resulta que la pobre mujer estaba preocupada porque Fermín, el de la ferretería, le dijo que habías pasado aquí la noche y que tenías invitados.

—¿Cómo sabía Fermín que pasé aquí la noche? —la interrumpo.

—Se lo dijo Manolo.

—¿Y de dónde lo sacó Manolo?

—Vio tu coche aparcado cerca —responde ella, y suspira como si fuese evidente.

—Siempre se me olvida que los vecinos tienen una antena parabólica más grande que la de Netflix, Prime y HBO juntos —siseo, algo molesto por la falta de discreción de mis vecinos.

—El caso es que la mujer estaba preocupada por si no teníais desayuno suficiente, quería mandaros unos bizcochos y unas magdalenas y yo me ofrecí a acercároslos —termina, dejando el paquete sobre la mesa.

—Qué amable por tu parte —dice Sara con ironía.

—Ohh, *amabilidad* es mi segundo nombre, querida —replica ella con retintín.

—No tenías que haberte molestado —le asegura Sara.

—Ver a Carlos puede ser muchas cosas, pero desde luego, molestia no es el término adecuado para definir ninguna de ellas —dice la pelirroja, poniéndome ojitos y haciéndome sentir de lo más incómodo.

Pero esta tía, ¿de qué va? ¿Qué cojones se ha creído?

—¡Esto es una preciosidad! —interviene Iria, intentando relajar la atmósfera mientras contempla el jardín con aire soñador y se acaricia la incipiente barriga apoyada en Roi, que enseguida pasa un brazo sobre sus hombros.

—¿Verdad que sí? —pregunta Sara con una sonrisa, volviéndose hacia ella y pasando de forma descarada de Marta, que continúa con la vista fija en ella.

—Pues yo no creo que sea para tanto, solo son plantas —replica Bruno quien lleva con el ceño fruncido desde que ha llegado. Es obvio que no soy santo de su devoción, y no piensa molestarse en disimularlo.

—A ti te encantan las plantas —le recuerda risueña su mejor amiga.

—Puede —concede de mala gana—. Pero a ti no, siempre se te mueren.

—Es lo bueno de que estas sean silvestres —replica Sara—. No necesitan de mis cuidados.

—No le hagas ni caso; desde que te has ido, está de lo más gruñón. Insoportable diría yo —asegura Thiago, negando con la cabeza—. Ni te imaginas la paciencia que tengo que tener.

—No estoy gruñón —se defiende el abogado.

—¡Por supuesto que no! «Gruñón» es demasiado generoso —interviene Roi —. Estás insufrible y tan malhumorado que no hay quien te aguante… Sara, necesitamos que vuelvas pronto porque, cuando no estás en casa, este se vuelve intratable.

Me muerdo la lengua, tragándome las palabras, cuando siento la imperiosa necesidad de decir que ella ya está en casa, en parte porque el abogado parece muy capaz de abalanzarse sobre mí y retorcerme el pescuezo si lo hago, y en parte porque sé que, por mucho que me joda admitirlo, no es cierto.

Soy consciente de que cada día que pasa Sara está más a gusto con nosotros, pero no soy tan iluso como para pensar que eso sea algo que se va a mantener de forma permanente en el tiempo… Lo que ocurre es que, durante esta semana, me he esforzado mucho para mantener alejado ese pensamiento, prefiero centrarme en disfrutar el presente y, cuando llegue ese momento, veré qué opciones tengo.

—No será para tanto —se ríe ella.

—Eso lo dices porque no eres tú la que convive con él —murmura Thiago.

—¿Recuerdas la peli *Gremlins*? Pues, desde que no estás, este es como uno, pero de los mojados —añade Roi, dedicando a su hermano un guiño vacilón.

—No les hagas ni caso —dice el aludido poniendo los ojos en blanco—. Lo que pasa es que, si ya no hay nada que te retenga aquí, no entiendo por qué no te vuelves a casa de una vez. ¡Incluso podrías regresar con nosotros! ¡Así le echarías una mano a Iria con los preparativos de la boda! —añade, lanzando una mirada suplicante a su futura cuñada.

Esta, lejos de hacerle caso, suelta un bufido.

—No estoy de acuerdo con eso de que nada la retiene aquí; basándome en lo que nos encontramos esta mañana cuando entramos en el salón, me atrevería a asegurar que está bastante retenida… Y, aunque nada me gustaría más que contar con Sara para organizarlo todo, se nota que se lo está pasando de maravilla y que está de lo más a gusto y entretenida. Así que deja de incordiarla —afirma ella resulta.

—No incordio, solo planteo la que me parece la opción más lógica y válida —insiste él, que por lo visto no piensa dar su brazo a torcer.

—Vine aquí buscando inspiración y eso es justo lo que estoy haciendo —afirma Sara—: inspirarme.

—Ya… —murmura él, mirando a mi hermana de reojo de forma disimulada—.Y, por curiosidad, ¿has empezado a pintar ya alguno de tus cuadros?

Mi cuerpo se pone rígido porque no sé por qué…, pero el tono con el que lo dice no me gusta nada de nada…

—Llevo pintando un tiempo… —comenta Sara, removiéndose incómoda en su sitio y

lanzando una mirada cargada de incomprensión a su amigo. Es evidente que no entiende por qué le pregunta eso… Y, a decir verdad, yo tampoco.

—Eso es fenomenal —insiste él—, pero puedes inspirarte y pintar desde cualquier sitio.

—Tú mismo me dijiste que debía disfrutar de esta desconexión, tomármelo como una oportunidad para salir de mi zona de confort, y te estoy haciendo caso —le recuerda Sara, algo molesta por tanta insistencia.

—El problema es que igual salir de tu zona de confort no ha sido lo más apropiado, o igual sí y lo que pasa es que no has escogido al acompañante apropiado —insinúa Bruno, clavando sus ojos en ella.

—Estoy segura de que la exposición le saldrá preciosa… —interviene mi hermana, algo incómoda, tratando de zanjar el tema.

—¡Oh, por favor, mejor no digas nada más! —le advierte él con seriedad.

—¡Bruno! —lo llama Sara, sorprendida por ese arranque—. ¡No seas tan desagradable!

—¿Desagradable, yo? ¡Lo que me faltaba por escuchar! ¡Te están mintiendo en la puta cara y estás tan obnubilada que no te enteras de nada! —dice, levantándose enfadado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Sara y, aunque su tono intenta sonar calmado, siento como su cuerpo se pone rígido junto a mí.

—¡Erin sabe de sobra quién eres! ¡Está fingiendo! ¡Todo esto es una pantomima para aprovecharse de ti! —acusa a mi hermana, señalándola con el dedo.

¡Mierda!

Los ojos de Erin se abren de forma desmesurada y, de inmediato, me vuelvo hacia Sara justo a tiempo de ver como sus mejillas palidecen y su mirada temerosa busca la mía. Ni siquiera se plantea que Bruno esté equivocado, y un miedo irracional a perderla se apodera de mi cuerpo.

—¿Se lo dijiste? —Su voz apenas es un susurro, pero suena como un relámpago, rasgando algo dentro de mí.

—¡Por supuesto que se lo dijo! ¿Quién iba a ser si no? —brama el abogado, enfadado, cruzándose de brazos.

—Cállate, Bruno—le ordena Iria con gesto preocupado.

—¿Por qué me voy a callar? ¿Acaso estoy mintiendo? ¡Vosotros la escuchasteis igual que yo! —replica él.

Los ojos de Sara buscan la respuesta en el rostro de su amiga, y esta suspira resignada.

—Es cierto, pero puede haber una explicación. No hay que sacar conclusiones precipitadas —le dice con voz suave.

—Sara, yo… —intenta explicarse mi hermana.

—No —la interrumpe ella, levantándose y encarándome con la barbilla temblorosa y unos ojos que albergan tanta tristeza, desconfianza y decepción que su mirada se convierte en un puñal que se clava directo en mi corazón.

—¿Se lo dijiste? —repite la pregunta que acaba de hacerme hace unos segundos, pero las palabras se niegan a salir.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué fue lo que dijo exactamente? —pregunta, volviéndose hacia Bruno para buscar la confirmación que yo soy incapaz de ofrecerle.

Él la mira con el dolor reflejado en sus expresivos ojos.

—Cuando nos acompañó a tu casa, dijo que este era un maravilloso lugar para escribir —confiesa—. Solo tuve que atar cabos —añade encogiéndose de hombros.

—¡Oh, por favor! ¿A qué viene tanto drama? ¡No seas exagerada! —interviene Marta, quien está disfrutando, clavando la puntilla final—. ¡Ni que fuera para tanto!

—Creí que podía confiar en ti —susurra Sara en mi dirección, con voz temblorosa, sin dignarse siquiera a mirarme.

—Y puedes —musito, con la voz entrecortada.

—Me has mentido, tú y tu hermana, los dos lleváis mintiéndome todo el tiempo desde que llegué aquí.

Y eso es lo último que dice antes de alejarse, haciéndome sentir como si acabase de arrancarme de cuajo un pedazo de mí.

Capítulo 17

O te vienes o me quedo

Sara

Unos golpes de nudillos resuenan en la habitación justo antes de que la cabeza de Bruno asome por el hueco de la puerta.

—¿Se puede? —pregunta, preocupado y con cierto aire de culpabilidad reflejado en su expresivo rostro.

Lo miro un momento por encima del hombro sin dejar de doblar una prenda tras otra de forma compulsiva sobre la cama.

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar? —prácticamente ladro.

—Teniendo en cuenta la paliza que le estás pegando a esas pobres camisetas, no me quería arriesgar.

—Solo estoy ordenando un poco —replico de mala gana.

—Si tú lo dices… —murmura él, paseando la mirada sobre las montañas de ropa que aparecen tiradas por el suelo y el colchón.

—¿Algo que objetar? Sabes que organizar la ropa me relaja y me ayuda a pensar.

—Pues debes de estar relajándote de lo lindo, porque esta habitación está como si acabase de pasar por aquí un huracán, y no uno pequeñito.

—Ojalá… —siseo entre dientes.

Lo escucho suspirar mientras aliso un jersey y lo pongo en el montón correspondiente.

—Sé que estás enfadada… —escucho, y de inmediato me vuelvo hacia él, impidiéndole continuar.

—¿Enfadada? ¡No estoy enfadada! Estoy muy, pero que muy enfadada, y también decepcionada, por no decir que me siento como una idiota —confieso y, aunque intento imprimirle a mi voz un tono seguro y decidido, suena quebrada y temblorosa.

—No eres ninguna idiota —protesta Bruno, acercándose a mí con el ceño fruncido—. En cualquier caso, el idiota es él.

—Pues me siento como tal. —Inspiro con fuerza, tratando de contener las lágrimas—. Confié en Carlos. ¡Llevamos una semana acostándonos! ¡Acostándonos, Bruno! ¡Y durante todo este tiempo ha estado mintiéndome a la cara! Tú sabes que yo no me acuesto con cualquiera…

—Lo sé, soy muy consciente de que tu celibato está casi al nivel de una monja de clausura —concede, interrumpiéndome y tratando de arrancarme una sonrisa.

Casi siempre lo consigue… Es una de sus mayores virtudes; por feas que se pongan las cosas, él siempre consigue hacerme sentir mejor… Pero esta vez, nada más lejos de la realidad.

—¡Y más que debería estar porque, para una vez que me permito dejarme llevar, mira, así me va! —Inspiro de nuevo con fuerza cuando siento que mi barbilla comienza a temblar de nuevo—. ¿Sabes qué es lo peor? ¿Lo que más me duele de todo esto? Que mientras yo estaba segura de que entre nosotros estaba naciendo algo especial, él me ocultaba la verdad —añado sin

darle margen a contestar—. ¡Y una relación que empieza con mentiras no puede traer nada bueno, solo puede acabar fatal!

—Sé que lo que hizo estuvo muy mal… —dice interrumpiendo mi monólogo.

—¿Mal? —La voz me sale sola—. Sabía lo importante que era para mí que no se conociese mi identidad, era consciente de que esa era la única condición que puse para venir aquí. ¡Le hiciste firmar un puñetero contrato de confidencialidad y, aun así, no tuvo reparos en contárselo todo a su hermana! ¡Eso no es hacer algo mal, eso es una gran putada! ¡Un putadón del tamaño de una montaña!

—Lo sé, pero…

—¡Y esa es otra! ¡Su hermana! ¡Por fin había encontrado a alguien a quien le caía bien!

—Tú le caes bien a mucha gente.

—¡Me refiero a una persona que no forme parte de tu familia ni de la mía! —refuto, cruzando los brazos sobre mi pecho—. Creí que éramos amigas, me gustaba estar con ella… Pero resulta que era toda una gigantesca farsa.

—Punto número uno, Roi, Iria y el resto de mis hermanas te adoran por ser como eres, y no por formar parte de mi familia, y punto número dos, que Erin supiese quién eres no implica que no le cayeses bien o que no quisiese ser tu amiga —asevera—. Eres especial, hay que estar muy ciego o ser muy tonto para no verlo, y Erin puede haberse equivocado, pero no me parece ninguna de esas dos cosas.

—¡Y por si no me llegase con los hermanísimos, luego está la pelirroja de bote esa que va por la vida de mujer fatal, como si los demás tuviésemos que darle las gracias solo por respirar!

—¿Marta? —pregunta con voz suave.

—¿Acaso importa cómo se llame?

—Por lo visto, a ti, un poquito te importa, sí. ¿Estás celosa?

—¿Celosa, yo? ¿De esa bruja manipuladora? ¿De esa arpía sin corazón? ¿Acaso debería estarlo?

—Por supuesto que no deberías. No te llega ni a la suela de los zapatos —afirma con rotundidad.

—Gracias, pero mientes fatal —farfullo de mala gana.

No digo nada más. Me limito a darle la espalda y seguir doblando camisetas, jerséis y chaquetas como si no hubiera un mañana.

—Lo siento mucho. —Su voz suena apenada. —Sinceramente, creo que aquí ya no pintas nada y que deberías volver a casa con nosotros esta misma noche, pero también pienso que antes de hacerlo tendrías que hablar con ellos, decirles cómo te sientes y escuchar lo que tengan que decirte.

—No tengo nada que hablar con ninguna de esas personas —comento obcecada. No pienso dar mi brazo a torcer. Esta vez no.

—No pretendo entrometerme, pero yo también pienso que deberías escuchar su versión —nos interrumpe Thiago, entrando en la habitación—. A veces las cosas suceden por algo, Sara, y a veces la gente comete errores sin mala intención.

—Estoy de acuerdo —asiento, clavando mis ojos en él—. Pero hay errores que pueden perdonarse y otros que no tienen perdón. —Eso mismo le dijo hace poco Carlos a Miguel, y tenía razón—. En cuanto a lo de irme con vosotros, no pienso hacerlo… Vine decidida a escribir una novela y eso es justo lo que voy a hacer. No pienso moverme de aquí mientras no termine lo que empecé.

—Me parece muy maduro y valiente por tu parte —comenta Thiago, que me dedica una

sonrisa comprensiva y amigable.

—Pues a mí me parece una estupidez —replica Bruno, fulminándolo con la mirada—. No tiene sentido que se quede aquí sin amigos y en este estado.

—Alguna vez tendrás que dejarla librar sus batallas sola —le recuerda Thiago—. No puedes tenerla protegida siempre bajo tu ala.

—¡No pretendo tenerla bajo mi ala! ¡Solo ayudarla y acompañarla! —lo corrige—. Si tú te quedas, yo me quedo contigo —me asegura mi mejor amigo, volviéndose en mi dirección.

—Te lo agradezco, pero Thiago tiene razón. Esto es algo que quiero hacer yo —contesto, posando una mano sobre su brazo y apretándolo con ternura.

—Puedes hacerlo igual conmigo aquí, yo también necesito un descanso —trata de convencerme mientras el suspiro cansado de su pareja resuena en toda la habitación.

—Te recuerdo que mañana tienes un juicio al que debes acudir sí o sí —le dice, como si estuviese hablando con un niño pequeño que se niega a ir a un examen del colegio.

—Puedo pedir un aplazamiento —afirma Bruno, haciendo gala de toda su tozudez.

—Eres imposible… —rezonga Thiago—. No te lo van a conceder.

—De imposible, nada, por supuesto que me lo van a conceder y, si ella se queda, será conmigo a su lado —le dice convencido.

—No tiene ningún sentido que discuta contigo cuando sé de sobra que no vas a hacerme caso —replica Thiago, acercándose a darme un abrazo—. Sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites —susurra en mi oído.

—Lo sé y agradezco que estés aquí —murmuro, apretándolo con fuerza.

—Eres de la familia, Sara, no estaría en ningún otro lugar; al igual que todos, solo quiero lo mejor para ti —me dice antes de darme un beso en la mejilla.

Sin añadir nada, Thiago sale de la habitación y, poniendo los brazos en jarras, me enfrento a mi mejor amigo.

—Los dos sabemos que él tiene razón —le digo.

—¿Acaso no tengo derecho a tomarme unas vacaciones? —cuestiona.

—Por supuesto que sí, pero no para socorrerme a mí —replico—. Este es un reto al que necesito enfrentarme sola. Tengo que resolverlo por mí misma.

La duda, la tristeza y la impotencia se mezclan en su mirada. En el fondo, sabe que no va a convencerme y que no puede hacer nada.

—De acuerdo, pero con dos condiciones —exige.

—Tú dirás…

—La primera, que cuando estés preparada hables con Erin. Permítele darte su versión de los hechos; por lo que me has dicho, siempre se ha portado bien contigo, creo que es justo que le concedas eso.

Me lo pienso un segundo.

—Creo que eso puedo hacerlo, no ahora, pero sí en algún momento —concedo.

—Y la segunda, que si en algún momento la situación te supera, te largues de aquí, aunque la novela no esté terminada.

—Eso sería huir —refuto.

—De eso nada, solo sería volver a casa —me asegura.

—Conseguiré terminar esa novela. Me lo he propuesto y lo voy a lograr.

—No es eso lo que esperaba oír.

—Lo sé… Pero vas a tener que confiar en mí. Tienes que creer que podré encontrar la forma de estar bien, aunque no te tenga junto a mí.

—Lo hago, es solo que no quiero verte sufrir. Si te encuentras mal, solo tienes que llamarme y me plantaré aquí —me asegura.

Lo contemplo con cariño infinito porque sé que cada una de sus palabras es cierta, Bruno movería montañas por mí; sin embargo, por desgracia, como acabo de decirle, esta batalla me corresponde librarla solo a mí.

Capítulo 18

Junta extraordinaria

Carlos

—¡Buenos días, hermano, levanta el culo de esa silla y vamos a la sala de reuniones que tenemos junta extraordinaria! —anuncia Erin, que entra acelerada en mi despacho.

De mala gana, levanto la vista de los documentos que estoy revisando y la observo con el ceño fruncido.

—Resulta insultante verte con tanta energía cuando apenas son las ocho de la mañana —la saludo soltando un gruñido.

—Tú también la tendrías si no fuese porque últimamente te tiras las noches regodeándote en tu miseria en lugar de hacer algo productivo.

—Qué sabrás tú lo que yo hago o dejo de hacer por las noches —resoplo molesto.

No pretendo sonar tan borde, pero me sale sin que pueda evitarlo.

—Entre las ojeras que te gastas y lo insufrible que estás, para deducirlo no hace falta ser Einstein —replica—. Y yo, querido hermano, otra cosa no, pero inteligente soy un rato.

Achico los ojos, dedicándole una mirada de todo menos amistosa.

—¿Has intentado hablar con ella? —se interesa con voz suave.

—Cada maldito día de la última maldita semana —confieso—. Le he mandado mensajes, la he llamado e incluso me he pasado por su casa… Pero no me ha respondido, ni siquiera me ha abierto la puerta.

—Lo siento mucho, Carlos, todo esto es culpa mía. —Su gesto triste y apocado me estruja el corazón.

—No es cierto, los dos sabemos que el único responsable de esta situación soy yo —afirmo, asumiendo mi responsabilidad.

—Debí tener más cuidado —suspira ella.

—Las mentiras siempre acaban cayendo por su propio peso, los dos teníamos que haber sido más sinceros con ella —acepto—. Pero no hubo mala intención ni al decírtelo ni al ocultarlo después.

Ha pasado una semana desde que todo me estalló en la cara y, aunque admito que sentí un profundo alivio al comprobar que no se fue con sus amigos, desde ese momento se ha encerrado en su casa y, a pesar de que lo he intentado numerosas veces por todos los medios posibles, no ha querido ni verme ni escucharme ni mucho menos volver a tener ningún tipo de contacto conmigo, y esta situación me tiene en un sinvivir. Me paso el día malhumorado y por la noche apenas puedo dormir.

—Yo tampoco he conseguido hablar con ella —admite Erin con gesto apenado.

—No sé qué más puedo hacer. —Suspiro frustrado y me froto la frente con la palma de la mano.

—Para empezar, puedes despegar el culo de esa silla y venir —me indica ella.

—¿A dónde? —inquiero sin comprender nada.

—Acabo de decírtelo —resopla Erin impaciente—. Tenemos junta extraordinaria.

—Yo no he convocado nada para hoy —le aseguro negando con la cabeza—. Y mucho menos a las ocho de la mañana. Los vecinos me matarían si los sacase a estas horas de sus casas.

—Pues tú mismo, pero te advierto que tienes a todos esos vecinos de los que hablas reunidos y esperando.

—¿Qué dices? —cuestiono, levantándome, sin comprender que está pasando.

Con una sonrisa de satisfacción, abandona la estancia y yo echo a andar tras ella.

El ayuntamiento es en realidad una pequeña casa de piedra reformada para tal fin que consta únicamente de la zona destinada a ser mi despacho, un aseo y un gran patio interior que utilizamos para diferentes actividades y reuniones sociales en verano y que comunica con lo que antes era la zona de los establos y las cuadras, ahora diseñada y transformada en una amplia sala de reuniones con cabida para albergar a más de ochenta personas.

Yo mismo me encargué del proyecto y debo admitir que el resultado me encanta.

La sala es alargada y, aunque hemos mantenido la piedra de las paredes porque es un buen aislante del frío y el calor, el suelo sí se ha recubierto con tarima clara y el techo ha sido reforzado con vigas vistas de madera del mismo color.

Sigo a mi hermana a través del patio y, cuando ambos cruzamos la puerta, me quedo estupefacto y con los ojos abiertos de par en par. Erin no exageraba ni un poquito cuando dijo que el pueblo entero estaba esperando por mí. Todos mis vecinos permanecen en silencio y con la vista clavada en nosotros, ocupando sus respectivos sitios, mientras yo los observo sin moverme. Hasta que mi hermana me agarra del brazo y tira de mí para conducirme a la mesa que ocupa el pequeño estrado de la parte delantera de la habitación.

—¿Se puede saber que pasa aquí? —murmuro mirándola de reojo.

Ella ignora la pregunta y toma asiento, indicándome que haga lo mismo y, aunque desconcertado, la imito.

Hago un rápido repaso mental por si hay algún asunto a tratar que se me haya podido pasar… Pero no se me ocurre nada. Lo tengo todo al día, así que no entiendo a qué viene esta encerrona repentina.

—Bienvenidos todos, se levanta la sesión —anuncia Erin con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes que no estamos en un juzgado? —cuestiono en voz baja—. ¿Y que eso se dice cuando el juicio ha terminado?

—Tienes razón —admite girando la cabeza hacia mí con aire pensativo antes de volver a dirigirse a los presentes—. Rectifico: se abre la sesión —afirma en tono solemne.

—Madre mía —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

—Siempre he querido decir eso —responde encogiéndose de hombros.

—¿Alguien tiene pensado contarme de qué va todo esto? —inquiero, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—El único que tiene que dar explicaciones aquí eres tú —asegura Manolo con gesto enojado.

—¿Yo? —repito sorprendido.

—¿Quién si no? —lo apoya María, golpeando el suelo con su bastón.

—¿Se puede saber qué narices has hecho para enfadar tanto a la pobre Sara? —me increpa con voz seria Dolores, que todavía tiene el mandil de la panadería puesto.

—Me encantaría saber por qué dais por hecho que le he hecho algo —inquiero a la defensiva.

—Es evidente que estáis enfurruñados y esa chiquilla tiene cara de no haber roto un plato en su vida —replica Fermín—. Por lo tanto, la culpa tiene que ser tuya, eso está claro.

—No entiendo por qué pensáis que estamos enfadados.

—Somos mayores, pero no tontos —suelta Aurelio, el pastor.

—Y todos sabemos que hace muchos días que no pasas la noche en su casa —me informa Ramona que, a pesar de estar casi ciega, es la primera en enterarse de cualquier información en diez kilómetros a la redonda.

—Lo importante no es lo que hayas hecho, sino saber cómo piensas solucionar esta situación —la corrige María, la mujer de Pancho, el apicultor, que hace la deliciosa miel del pueblo.

Los contemplo a todos sin dar crédito a lo que estoy escuchando…

—¿En serio? ¿De verdad estáis intentando decirme que me habéis montado esta reunioncilla clandestina a las ocho de la mañana para intentar gestionar mi vida privada? —pregunto boquiabierto.

—Si fuese clandestina, no te habríamos invitado —responde Carlota, que también se encuentra entre los presentes, con gesto ofuscado.

—Además, si tú solo no eres capaz de buscar soluciones, tendremos que ayudarte a encontrarlas —comenta Manolo apoyándose en su bastón.

—Gracias por vuestro interés, pero no necesito ayuda —refuto.

—Ohhh, ya lo creo que la necesitas —me suelta Juan, el padre de Mariano, el tabernero—. Tus meteduras de pata nos están fastidiando a todos.

—Hace días que Sara no se pasa por la panadería, y me encantaba hablar un rato con ella cada día —nos hace saber Dolores quien parece hasta ofendida—. Se pasaba muchas veces a desayunar y, cuando no lo hacía, era raro que no me visitase al mediodía.

—También venía a saludarme a la ferretería —coincide Fermín—. Es una chica la mar de agradable. Siempre va con una sonrisa en la boca, me hace más ameno el día.

—A mí no me coge el teléfono, y eso que yo ni siquiera sé qué leches has hecho —los apoya Carlota—. Así que, haya pasado lo que haya pasado, ya lo puedes ir solucionando.

—No es tan fácil —me defiendo malhumorado—. ¿Acaso no os habéis parado a pensar que igual ya lo he intentado?

—¡Pues inténtalo más! —me recrimina Fermín.

—Pero vamos a ver, hijo, ¿A ti te gusta la muchacha? —se interesa María.

—No pienso responder a eso, es una cuestión de mi vida privada —respondo sin perder la compostura.

—Tampoco hace falta que lo hagas, teniendo en cuenta que todas las noches ibas a dormir a su casa —interviene Mariano, el dueño de la taberna.

—Bueno, lo de dormir es una forma de hablar… —dice mi hermana, ganándose una patada por debajo de la mesa que la hace contraer ligeramente el gesto y frotarse con disimulo la pierna.

—¡Compórtate con tu hermana, que no está diciendo nada que no sepamos ya! —me regaña Dolores.

—Entonces, ¿para qué preguntáis?

—Era solo por constatar… —afirma Juan, poniendo especial énfasis en la palabra que acaba de pronunciar a la vez que sonríe con orgullo.

—¿Consta qué? —pregunta María con expresión rara.

—Constatar —repite el hombre—. Asegurarse de algo, buscar respuestas… —le explica él, como si fuese un diccionario parlante.

Lo contemplo, admirado por la buena cabeza que conserva a pesar de los años…

—Desde que ve *Pasapalabra* se dedica a hablar como un sabelotodo y no hay quien lo aguante —comenta Mariano.

—Sabelotodo no, hijo, que eso es muy feo, yo soy un erudito —lo corrige su padre—. O lo que es lo mismo, persona con gran sabiduría y conocimiento.

—Ahhh —murmuran los demás a su alrededor, asintiendo.

—Nos estamos desviando de la conversación —interviene Ramón, llamando de nuevo su atención—. ¿Puedes decirnos de una vez qué te ha pasado con la moza?

—No voy a contaros nada de eso, pero solo para que me dejéis tranquilo, os diré que he hecho todo lo que está en mi mano para intentar arreglarlo —les aseguro.

—Doy fe de ello —me apoya Erin.

—Pamplinas —se escucha decir a María, que suelta un bufido como si lo que acabo de afirmar fuese una auténtica estupidez.

—Siempre se puede hacer algo más —añade Dolores, apoyándola.

—Es cierto. Los jóvenes os rendís con mucha facilidad, estáis acostumbrados a que os lo den todo hecho y no lucháis por nada —asevera Fermín.

—Pero cuando las cosas merecen la pena, hay que pelear, hijo —lo secunda Ramona.

—Cuando mi Encarna se enfadó conmigo porque me perdí el parto de nuestra segunda hija, estuve un mes entero cantándole serenatas cada noche en su ventana para que me dejase volver a dormir con ella en la cama —asegura Aurelio.

—Dudo que las serenatas funcionen en este caso. —Niego con la cabeza.

—Yo llevé de vacaciones a la playa a María cuando se enfadó conmigo —se escucha otra voz.

—A mí, mi Paco me regaló flores durante quince días hasta que consiguió que lo dejase entrar en casa cuando se lio con la de la charcutería del pueblo de al lado —nos informa otra vecina.

De repente, todos los presentes empiezan a aportar sus posibles soluciones, basadas en experiencias personales, y me siento como si mi vida sentimental acabase de convertirse en un asunto de estado.

—Escuchadme —pido.

Pero ellos siguen hablando todos a la vez y cada vez más fuerte, para hacerse oír, y no me hacen ni caso.

—Silencio —repito, consciente de que la cosa se está animando demasiado y de que todos los vecinos están revolucionados.

—Déjame a mí —se ofrece mi hermana, y se lleva los dedos a la boca para soltar un agudo silbido que detiene las voces a la vez que todas las miradas convergen de nuevo sobre nosotros.

—Os agradezco vuestros consejos y os prometo que haré todo lo posible por intentar arreglar esta situación que, por lo visto, a pesar de pertenecer a mi vida privada, se ha vuelto un problema para todos. Pero dicho esto, creo que por ahora podemos dar por zanjada esta reunión.

No parecen demasiado convencidos, pero esta vez mi tono no da pie a ninguna discusión.

—Tendremos que conformarnos, supongo —murmura María, sin disimular su desilusión.

—Eso me temo —respondo, manteniéndome firme.

Todos se miran los unos a los otros y su falta de confianza en el éxito de mi propósito es tan evidente que resulta desmoralizante y no sé si enfadarme o echarme a reír.

—Bueno, pues entonces, ahora sí, se levanta la sesión —anuncia mi hermana y, aunque con reticencia, poco a poco todos se van levantando para ir hacia la puerta y abandonar el salón,

hasta dejar a una única persona ocupando su silla.

Mis ojos se clavan en él y los de Erin también.

—Yo también me marcho, voy a dejaros a solas para que habléis —afirma mi hermana, que posa un beso en mi mejilla.

—No sé qué leches hace aquí, pero no tengo nada que hablar con él.

—Me pidió hace unos días que, cuando encontrase el momento oportuno para que pudieseis hablar, lo avisase, y lo llamé.

—Excusaste hacerlo —afirmo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—No seas cabezota, Carlos —me regaña ella con dureza—. Mira, no sé qué es lo que habrá pasado entre vosotros, pero sí tengo claro que vuestra amistad era lo suficientemente importante para ambos como para que intentéis arreglarlo. —Hace una pausa y, después, me pide—: Al menos déjale explicarse, si luego queréis seguir en pie de guerra, pues adelante, pero no pierdes nada por escucharle.

Resoplo y ella se lo toma como un sí, por lo que sale del salón despidiéndose de Miguel con un movimiento de mano y nos deja a los dos aquí.

—¿Tú qué haces aquí? Ni siquiera eres de este pueblo —le recrimino, sin rastro de amabilidad.

—Hace tiempo que debería haber venido, tenemos una conversación pendiente y no quiero dejarlo más tiempo —responde Miguel con gesto serio.

—Digas lo que digas, nada puede cambiar lo que pasó —le aseguro, bajando hasta el pasillo para encaminarme en dirección a la puerta.

—Lo siento. —Dos palabras, solo pronuncia dos palabras, pero son las únicas que deseé haber escuchado durante tanto tiempo…

Me detengo y cierro los puños a cada lado de mi cuerpo, pero no me giro hacia él, no todavía.

—Lo siento mucho. Fui un cabrón que no asumió sus errores y lo siento —repite con voz fuerte.

—Llevabas mucho tiempo desfasando —le recuerdo—. Hacía tiempo que te la estabas jugando.

—Es cierto —reconoce.

—Te advertí de que debías parar, te dije que no ibas bien así —afirmo con voz seca.

—Lo hiciste —admite—. Fuiste el único de todos los que me rodeaban que lo hizo. Pero fui tan necio que no te escuché. Pensé que me tenías envidia, que estabas celoso porque, por primera vez, yo era el que tenía más amigos de los dos.

—Esas personas que te rodeaban no eran amigos, sino personas que se aprovechaban de ti —le espeto.

—Es cierto. Me costó mucho aceptarlo, pero al final lo comprendí. Aunque ya era tarde porque te había perdido a ti.

—Robaste los exámenes y, cuando descubrieron que alguien había entrado en el despacho y comenzaron a sospechar de ti, quisiste culpar a una persona inocente para que cargase con las consecuencias de tus actos. —Mi voz suena resentida—. Y lo que es peor, intentaste que yo te cubriese y apoyase tu versión.

—Pero no lo hiciste, y me expulsaron de la carrera —termina él.

—Hice lo correcto, no me arrepiento y volvería a actuar de la misma forma. Aquel pobre chico al que querías cargar el muerto no tenía nada que ver en el asunto —me reafirmo.

—Tienes razón; siempre supe que lo que quería hacer no era correcto, pero en ese

momento estaba desesperado y me sentí traicionado, a él apenas lo conocías y yo era tu mejor amigo. Estaba convencido de que deberías haberte puesto de mi lado.

—Que no lo conociera no implica que se mereciese que truncase su vida, sus sueños, sus objetivos… Él no había hecho nada; tú, sí. Mi conciencia no me permitía participar en algo así.

—Admito que fui un cobarde al ponerte en esa tesitura, pero entonces me costó gestionarlo. Me sentí abandonado y muy solo —murmura—. De repente, todos esos supuestos amigos de los que presumía se alejaron de mí y, cuando recurrí a ti, me encontré con que tampoco tú pensabas ayudarme. Igual no lo comprendes, pero eso fue algo muy difícil de asumir.

—Y yo me sentí dolido por que valorases tan poco mi amistad como para tratar de implicarme en algo así —digo, dándome la vuelta y acercándome hasta él—. Lo peor de todo es que, aunque la cagada fue tuya, fuiste tú quien pasó de mí. Me acusaste de chaquetero y, en lugar de disculparte por intentar involucrarme, me insultaste y te alejaste de mí. —Hago una pausa y, al ver que no dice nada, sigo soltando todo lo que llevo tantos años callando—. Pensé que con los días se te pasaría, sin embargo, después te expulsaron y, simplemente, te largaste, ignorando mis llamadas, y no volví a saber más de ti.

—Lo estoy haciendo ahora. Me estoy disculpando.

—¿No te parece que es un poco tarde? —lo increpo.

—Estamos vivos, ¿no? Entonces todavía hay tiempo —responde, y me regala esa sonrisa genuina suya que tan bien conozco y llevo tantos años sin ver, a la vez que se levanta para colocarse a mi altura.

Lo contemplo con intensidad, sorprendiéndome de que, después de tantos años sin contacto, todavía consiga ver en él los retales del compañero que perdí. Ese con el que compartí niñez, andanzas, ilusiones y decepciones… Y, de alguna forma, siento que, tras tanto tiempo alejados, ese viejo amigo al que sin saberlo extrañaba por fin ha regresado.

—Eso parece —reconozco.

—¿Podemos empezar de nuevo entonces? —pregunta esperanzado.

—No creo en los nuevos comienzos, pero podemos continuar donde lo dejamos —afirmo, abrazándolo con un cariño que, por lo visto, aunque permaneciese tan escondido que ni yo mismo sabía que todavía conservaba…, siempre se mantuvo en alguna parte de mí, esperando la oportunidad para poder salir.

Capítulo 19

Que llueva, que llueva…

Sara

Llevo una semana sin salir de casa más que para lo imprescindible, lo que se traduce en la caminata nocturna que cada noche doy con Calcetines por la zona del río. A mi inseparable amigo de cuatro patas le encanta saltar de piedra en piedra, oler el musgo y mordisquear todas y cada una de las ramas que se encuentra por el camino, así que, a pesar de mis ganas de encerrarme a cal y canto delante de mi máquina de escribir, no he sido capaz de negarle ese pequeño placer.

El resto del tiempo, salvo el destinado a comer y dormir lo mínimo imprescindible para no desmayarme, me lo he pasado casi al completo escribiendo. Esa siempre ha sido mi mejor vía de escape, el canal por el que dejo salir mis sentimientos, mis frustraciones y mis anhelos y, por suerte, a pesar de lo diferente que me siento en muchos aspectos desde que llegué aquí, esa pequeña parte de mí continúa igual.

Reconozco que, en algún que otro momento, necesito despejarme. Sigo enfadada, dolida y a menudo me siento saturada, pero eso es lo bueno de tener un precioso jardín en la parte trasera. Cuando me siento demasiado abrumada, sobrepasada y los sentimientos amenazan con colapsarme, salgo allí e intento calmarme mientras disfruto del olor del azahar y la lavanda.

«Aún no puedo creerme todo lo que ha ocurrido…», pienso, dejando de teclear durante unos segundos para contemplar como las gotas de lluvia se deslizan a lo largo del cristal.

A mis pies, Calcetines suelta un bostezo y alza sus ojos hacia mí.

—Lo siento, amigo, sé que echas de menos dar una vuelta, pero ha estado lloviendo durante todo el día y, por lo que veo, parece que la noche va a continuar igual.

De nuevo, alzo la vista al cielo, contemplando como la lluvia se intensifica y las nubes se desplazan a toda velocidad.

De pronto, Calcetines comienza a ladrar y sale corriendo en dirección a las escaleras.

—¿A dónde vas? —le pregunto justo antes de escuchar el timbre—. ¿Quién leches será ahora? —murmuro, levantándome de mala gana para dirigirme a abrir.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con voz seca al encontrarme a Carlos al otro lado de la puerta.

—Tenemos que hablar —afirma con voz seria.

—Creía que el hecho de no contestar a tus mensajes ni responder a ninguna de tus llamadas sería un indicio más que suficiente de que no tengo nada que hablar contigo; si no lo pillas, igual deberías hacértelo mirar.

—Necesito darte una explicación —me asegura.

—Tuviste mucho tiempo para dármela, ahora ya carece de valor —replico, manteniéndome firme.

Sus ojos parecen apagarse ante mi contestación y me siento aún peor, porque no entiendo

cómo es posible que, a pesar de todo, en cuanto he abierto la puerta y lo he visto al otro lado, mi cuerpo traidor haya comenzado a hormiguear de anticipación haciéndome saber que todavía tiene muy presente la química que hay entre los dos.

Verlo es un recordatorio de que lo he extrañado mucho más de lo que me he permitido admitir y, de repente, estos siete días sin sentir sus caricias, sin escuchar su risa o sin disfrutar del calor de sus labios caen como una losa sobre mí.

—Sara… Por favor. —Su voz se quiebra ligeramente y, al escucharlo, comienzan a escocerme los ojos.

—No pienso hablar contigo —aseguro, cerrándole la puerta delante de la cara.

—Estás en todo tu derecho, pero tienes que saber que no pienso moverme de aquí mientras no lo hagas —lo escucho decir a través de la madera antes de darme la vuelta para, echando mano de toda mi fuerza de voluntad, alejarme de la entrada y subir por la escalera.

—Vamos, Calcetines —llamo al animal que, durante unos segundos, parece dudar, pero que enseguida echa a correr tras de mí para alcanzarme.

Son casi las diez de la noche y la lluvia, lejos de amainar, aumenta sin parar. Todavía no he cenado, pero con el agujero que acaba de perforarme las entrañas al verlo dudo que ninguna comida me aguante en el estómago, así que decido irme directa a la cama.

Un trueno suela a lo lejos, iluminando la habitación justo cuando me estoy poniendo el pijama y, a toda prisa, me cubro con el edredón, buscando su cobijo y su calor.

Cierro los ojos con fuerza, intentando borrar su imagen de mi mente, pero el recuerdo de su forma de mirarme, la manera en la que el pelo mojado le cae despeinado sobre la frente, sus labios pronunciando mi nombre con pesar… se repiten en mi cabeza una y otra vez.

Un nuevo trueno suena de fondo mientras una ráfaga de viento golpea con fuerza el cristal, y me estremezco con fuerza pensando en lo mucho que me apetece y en lo fácil que sería dejarme abrazar…

Pero no puede ser, lo que me hizo no es algo fácil de perdonar y, aunque me encantaría borrarlo de mi cabeza y hacer como si no hubiese ocurrido nada, no puedo dejarlo pasar. No cuando tuvo todas las oportunidades del mundo para contarme la verdad.

Mantengo los ojos cerrados mientras imágenes de lo más vívidas de cada uno de los momentos compartidos me atormentan sin parar hasta que, consumida por el cansancio de tantos días durmiendo poco, el sueño se va apoderando de mi voluntad y me dejo llevar con la esperanza de que quizás así, durante unas horas pueda dejar de sentir y pensar…



Me despierto sobresaltada con la luz de un relámpago iluminando la habitación y, de inmediato, alargo la mano hasta el lugar donde Calcetines debería estar acostado a mi lado con la intención de calmarlo, porque sé que al cachorrito le dan un miedo espantoso las tormentas y los petardos.

Sorprendida al no hallarlo, me incorporo y busco el móvil en la mesilla para comprobar que apenas pasa de las tres de la madrugada.

Preocupada por que la tormenta lo haya asustado más de lo normal y yo ni siquiera me haya enterado, me levanto y comienzo a llamarlo, y lo busco por el baño y el vestidor.

Me paro en seco al escucharlo sollozar desde el piso inferior y, temerosa de que le haya ocurrido algo, bajo las escaleras a toda velocidad para encontrarlo acostado delante de la puerta principal.

—¿Qué haces ahí? Vamos a la cama —le digo desde el último escalón.

Pero, lejos de hacerme caso, él se limita a ladear la cabeza y mirarme con carita de pena antes de centrar de nuevo su atención en la puerta, la cual comienza a rascar con la pata sin dejar de lloriquear.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto, acercándome y acuclillándome a su lado para acariciarlo—. No pretenderás salir ahora con la que está cayendo, ¿verdad?

Él ni me mira, solo sigue rascando la puerta cada vez con más fuerza.

Un nuevo trueno retumba en el exterior y Calcetines se encoge, temblando con violencia, sin dejar de golpear con la pata en la madera.

—No tienes nada que temer, ahí fuera no hay nada —le explico, cogiéndolo en brazos y poniéndome en pie dispuesta a volver a mi habitación—. Solo es la tormenta.

Sin embargo, él parece tener otros planes y protesta, revolviéndose, hasta que consigue volver al suelo para atrincherarse de nuevo delante de la entrada sin parar de lloriquear.

—Te digo que no tienes de qué preocuparte —le repito asiendo el pomo, dispuesta a demostrarle que tengo razón.

—¿Ves? —pregunto al abrir—. Aquí no hay… —La frase queda inconclusa y mi mandíbula se descuelga de forma exagerada mientras mis ojos se encuentran con los de Carlos quien, a pesar de permanecer pegado a la pared del porche para resguardarse lo máximo posible de la lluvia, está empapado y me observa con expresión seria y bastante pálida.

—¿Qué leches haces aquí? —pregunto—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—No sé de qué te sorprendes, te dije que no pensaba moverme de tu casa mientras no me dieras cinco minutos para hablar contigo —replica, como si su actitud fuese lo más normal del mundo.

—Y yo te dije que no tenemos nada de lo que hablar —me reafirmo, cruzando los brazos sobre mi pecho en parte para no perder la compostura y en parte para resguardarme del frío que se cuela por mi cuerpo.

—Perfecto, pues vuelve a la cama, yo aquí me quedo —afirma sin amilanarse, encogiéndose de hombros.

—¡No puedes hacer eso, vas a coger una pulmonía! —replico frunciendo el ceño.

—Si es necesario para conseguir que me escuches, me parece perfecto —me asegura, con una seguridad demoledora—. En el fondo, casi me lo merezco.

Mis ojos lo recorren de arriba abajo. Está empapado y, si yo tengo frío estando seca…, él debe de estar congelado.

Estoy muy enfadada y hablo en serio cuando digo que no quiero escuchar nada de lo que tenga que decirme… Pero está situación es ridícula, ya me ha dejado claro que no piensa moverse sin hablar conmigo y, a este paso, va a terminar enfermando… Además, tengo que reconocer que nadie había hecho nunca nada así por mí; en realidad, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que hablase en serio cuando dijo que no iba a moverse de aquí y, aunque mi parte racional lo ve completamente irresponsable y descabellado, mi corazón salta dentro de mi pecho ante un gesto tan bonito y romántico.

Cuanto más lo miro, más se resquebraja mi determinación e, indecisa, me muerdo el labio inferior, debatiéndome entre si dejarlo entrar o no.

Un nuevo relámpago ilumina el cielo y una ráfaga de viento se cuela por dentro de mi pijama, haciéndome estremecer.

—Tienes cinco minutos, ni uno más, y después te irás a tu casa como una persona normal —advierto, haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

—Te prometo que, si después de escucharme no quieres volver a saber nada de mí, no te molestaré más —contesta sin esconder el alivio que siente mientras entra en casa sin dilación.

Una sensación de pérdida tan real como angustiosa trepa por mi estómago cual enredadera, colapsándolo todo y engullendo el resto de los sentimientos que habitan dentro de mí. De repente, la frustración, la decepción e incluso la ira se vuelven insignificantes ante la posibilidad real de no volver a verlo y me pregunto si no estaré empezando a perder la cabeza, pues no comprendo por qué la idea de apartarlo de mi vida me agobia y bloquea de una forma tan irracional, si eso es justo lo que yo le pedí: que se alejase de mí y me dejase en paz.

La respuesta es sencilla: una cosa es pedir algo y otra, muy distinta, quererlo de verdad.

O igual solo estoy perdiendo un poco mi capacidad de razonar…

Durante unos segundos, ambos permanecemos en silencio, estudiándonos el uno al otro como si fuésemos los dos contrincantes de un duelo.

Su piel luce más blanca de lo normal a causa del frío que debe de estar pasando, tiene el pelo empapado y alborotado cayendo sobre su frente de manera irregular, su mirada se torna cálida al encontrarse con la mía y en sus ojos descubro una mezcla de miedo, incertidumbre, esperanza y anhelo que me empujan a abrazarlo olvidando todo lo demás.

Pero no puedo, no puedo ni quiero hacer como si no hubiese pasado nada, me ha lastimado, me ha hecho daño y, si hubiese sido sincero, todo esto se podría haber evitado, así que lo que ha ocurrido no es algo que deba o pueda obviar.

—Se te va a acabar el tiempo y no has dicho nada —anuncio a la vez que doy un paso atrás para poner más distancia entre los dos.

—Sé que la he cagado —admite, pasándose una mano por el pelo y salpicando gotitas de agua a su alrededor.

Es un gesto que hace cuando está nervioso y siempre me ha parecido supertierno.

—A lo grande —matizo.

—Sé que la he cagado a lo grande —repite él—. Pero necesito que sepas que yo jamás te haría daño ni te traicionaría de forma intencionada.

—Pues eso es justo lo que has hecho —le recuerdo alzando las cejas.

—Cuando le conté a Erin que venías al pueblo, ni siquiera te conocía —confiesa, deteniéndose unos segundos por si quiero decir algo; no obstante, al ver que permanezco en silencio, continúa hablando.

—Verás, cuando Marta me llamó para decirme que habías aceptado mi propuesta…

—Chantaje, no fue una propuesta, sino un chantaje —le recuerdo.

—Tienes razón —acepta, asintiendo a la vez que suelta un pesado suspiro de resignación —. Pero creí que eso ya estaba aclarado.

—Lo está —admito tras unos segundos.

Él asiente, aliviado.

—La verdad es que Erin, además de ser mi hermana, siempre ha sido mi mejor amiga, confío en ella de forma ciega y, aunque pueda parecer algo alocada, sé que es una persona leal y discreta —declara con convicción.

—Eso no lo pongo en duda, pero, aun así, no tenías derecho a revelar algo que no te correspondía a ti decidir si le contabas o no. —Mi voz suena dura—. Y menos cuando sabías lo importante que era para mí.

—Tienes razón, pero entonces no conocía tus motivos para permanecer en el anonimato, ni siquiera te conocía a ti —anuncia—. Erin, sin embargo, se había leído todos tus libros, de hecho, ella fue quien me contó, emocionadísima, que habías mencionado nuestro pueblo en tu última

novela. Así que cuando Marta me contó que ibas a venir…

—Se lo dijiste —afirmo, terminando la explicación por él.

—Estaba seguro de que no iba a decir nada, y sabía que se moriría de la ilusión por tenerte aquí. Tenías que haberla visto, estaba como loca, ni siquiera sé cuántas veces limpió, reorganizó y preparó la casa antes de tu llegada…

Algo se reblandece en mi interior al pensar en la que hasta hace unos días consideraba una amiga.

—Sabía que tu identidad estaba a salvo con ella, estaba convencido de que Erin se cortaría la lengua antes de decir una sola palabra.

—Aun así, debiste ser sincero conmigo y contármelo. Yo tenía derecho a saberlo y tuviste muchas oportunidades para explicarme lo sucedido, pero decidiste callarte y mentir.

—Es cierto, y entiendo que estés enfadada…

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque todo se complicó cuando te conocí…

—Tus cinco minutos están acabando… —le recuerdo frunciendo el ceño—. Y no entiendo qué quieres decir.

Veo la lucha interior que libra reflejada en su mirada.

—Que cuando fui un bocazas con Erin, no sabía que iba a enamorarme de ti…

Sus palabras me golpean en el pecho con fuerza y siento como si mi corazón hubiese alzado el vuelo.

—Aun así, te juro que pensé en decírtelo, pero, cuando me contaste lo importante que era para ti mantener tu identidad en secreto, me acojoné… No quería perderte y fui alargándolo y alargándolo hasta que al final eso que no quería fue justo lo que conseguí.

—Repite lo que acabas de decir —murmuro mientras el mundo parece moverse a mi alrededor a toda velocidad.

—Pensaba decírtelo, pero…

—Eso no, lo anterior —lo interrumpo, avanzando un paso hacia él.

La forma en la que se oscurece el iris de sus ojos me muestra el momento exacto en que comprende lo que quiero decir…

—Cuando fui un bocazas con Erin, no sabía lo rápido que iba a enamorarme de ti. —Su voz suena profunda y sincera.

—¿Es cierto? —pregunto con voz trémula, pues me cuesta creer que sea verdad.

Él avanza hasta mí y toca mi mejilla con el dorso de su mano en una suave caricia que me hace temblar, y no necesito que añada nada más. La ternura que desprende su mirada y la dulzura que dibuja la sonrisa que se despliega en su cara son la única respuesta que necesito; aun así, como si quisiera dejarlo escrito con una tinta invisible imposible de borrar, él se apresura a contestar.

—No hay nada tan cierto como que estoy profunda e irremediablemente enamorado de ti —susurra sobre mis labios—. Te metiste en mi cabeza el primer día en que te conocí, te hiciste un hueco más y más grande en mi corazón con cada momento que compartimos y, aunque desde la primera vez que nos acostamos supe que estaba loco por ti, cuando pensé que ibas a marcharte me di cuenta de que estoy enamorado hasta las trancas y de que no quiero pasar ni un solo día sin ti.

Una lágrima solitaria desciende por mi mejilla, humedeciendo la piel de sus manos justo antes de que mis labios recorran la escasa pero interminable distancia que los separa de los suyos, y nos unimos en un beso tan delicado como intenso que aviva la necesidad que sentimos

el uno por el otro.

Mi lengua se abre paso en su boca, sus manos rodean mi cintura y las mías acarician su pelo mojado mientras intento saborear cada una de las sensaciones que provocan sus dedos sobre mi piel.

Ni siquiera soy consciente de que subimos las escaleras, tampoco de cómo la humedad de su ropa comienza a desaparecer cuando nos dejamos caer sobre la cama.

Cada prenda se convierte en una barrera que, despacio y sin prisa, vamos eliminando. No puedo pensar, solo sentir y desear.

Siento que me ahogo en su mirada, pero también que sus besos son el aire que me permite respirar. Siento sus caricias revolucionando cada terminación nerviosa de mi piel. Siento su boca saboreando y demandando y, sobre todo, siento como lo hago mío y como él me hace suya cuando nos entregamos el uno al otro en el momento en que nuestros cuerpos se unen, buscando mucho más que placer, y nos convertimos en una sola alma y un solo ser.

Cada movimiento me acerca al delirio; cada jadeo, cada gemido, me hacen enloquecer. Mis dientes marcan su clavícula y mis manos recorren ansiosas cada rincón de su anatomía mientras, sin dejar de mirarnos a los ojos, entramos en combustión, consumiéndonos en un fuego lento y devastador que nos hace arder hasta que, casi a la vez, nos dejamos ir en un orgasmo tan brutal que percibo, extasiada, como cada parte de mi cuerpo explota en una oleada de placer que desintegra cada célula de mi cuerpo, haciéndome resurgir después y alzar el vuelo como el ave fénix que renace de sus propias cenizas, demostrando que hay cosas tan increíbles y maravillosas que no pueden ni deben desaparecer.

Capítulo 20

Sí, quiero

Carlos

—¡No encuentro mis zapatos! —grita Sara desde la planta de arriba.

—Los dejaste al lado de la puerta del baño —le recuerdo, elevando la voz para hacerme oír mientras me abrocho los botones de la camisa.

—Es cierto —la escucho mientras corre de un lado a otro.

—¡Ahora me falta el abrigo! ¡No puedo salir sin abrigo! —exclama, y suelta un gemido.

—Lo tienes encima del sillón —la tranquilizo, sin dejar de sonreír.

Me hace gracia que Sara quien, por norma general, es de lo más tranquila y calmada, esté tan nerviosa y estresada.

—¡Ya estoy! —anuncia bajando las escaleras.

Mis ojos la recorren de arriba abajo en cuanto entra en mi campo de visión y mi sonrisa se agranda de tal forma que me duelen las mejillas al recordar lo afortunado que soy.

Todavía me cuesta creer que me haya perdonado y es cierto que esas horas que pasé en plena tormenta a la intemperie a la puerta de su casa me costaron un buen catarro, pero mereció la pena cada décima de fiebre si gracias a ello esta increíble, hermosa, inteligente y dulce mujer que baja los escalones con cuidado vuelve a estar a mi lado.

—Estás preciosa —susurro, aclarándome la voz y notando como al tenerla a mi lado se me acelera el corazón—. ¿No crees que todavía es pronto? Igual tenemos un rato para subir a la habitación y… —sugiero esperanzado, a pesar de saber de antemano que la respuesta va a ser «no».

—¡Ni se te ocurra intentar liarme! ¡Hoy se casan dos de mis mejores amigos! —me recuerda, apuntándome con el dedo mientras se recoloca un mechón de pelo rubio.

—Es que te veo con ese vestido y solo puedo pensar en quitártelo… —digo con gesto juguetón, desvistiéndola con la mirada.

—¿Tan mal me queda? —bromea, y me dedica una sonrisa inocente.

—Estás perfecta, sabes que no lo digo por eso —le aseguro.

Y es cierto, lo está.

Apenas lleva maquillaje, pero no lo necesita; con solo una ligera sombra de ojos, la raya negra y un tono rosado que me incita a devorar sus labios, esta mujer es la mismísima personificación del pecado original.

Eso por no hablar del vestido… que, sin ser nada ostentoso ni llamativo, la convierte en una tortura para cualquier hombre en general y para mí en particular.

La pieza, en tono verde, hace resaltar sus ojos de una forma casi antinatural. Es de corte midi y le llega un poco por debajo de las rodillas. Las mangas son de fino encaje y el cuerpo de seda salvaje, que se adapta a sus curvas tomando vuelo al llegar a la cintura; tiene una larga fila de pequeños botones en su espalda que me muero por desabrochar… o arrancar.

—¿Seguro que voy bien? —pregunta con cierta inseguridad.

La contemplo incrédulo, porque no entiendo cómo lo puede dudar. ¿Es que no se ha mirado en el espejo al pasar?

—Si me das cinco minutos, puedo demostrarte lo bien que vas —le aseguro, acercándome a ella con paso firme para posar mis manos en su cadera y atrapar con mi boca la suya, dispuesto a comérmela entera.

El beso le arranca un gemido de lo más prometedor… Pero, por desgracia, enseguida recupera el control.

—¡Eres una distracción terrible, pero no quiero llegar tarde! —murmura contra mis labios, apartándose lo necesario para poder hablar—. Además, dudo que te apetezca llegar en el último momento y ser el centro de atención de todos.

Ahora soy yo el que suelta un gemido y frunce el ceño.

—Exacto, soy yo el que debería estar nervioso y, sin embargo, eres tú la que está como un flan. Si estás así ahora, no quiero imaginar cómo estarás cuando los que nos casemos seamos nosotros.

Sus ojos se abren de forma desmesurada, contemplándome con intensidad.

—¿Nosotros? ¿No estás corriendo un poco? —Su voz suena sorprendida, pero no asustada. Incluso diría que percibo cierta ilusión escondida en lo más hondo de su mirada.

—Puedo ir todo lo despacio que quieras, pero que no pienso volver a separarme de ti es un principio universal —afirmo convencido.

Ella carraspea, pero no intenta disimular su felicidad.

—De todas formas, no tienes motivos para estar nervioso —me asegura, desviando la conversación al tema anterior—. Ya los conoces a casi todos.

—Es cierto…Y cada vez que me ve, Bruno me mira como si me quisiese torturar de forma lenta y letal.

—Dale un poco de tiempo, te prometo que se le pasará. Lo único que pasa es que no empezasteis con buen pie, pero en el fondo es un cacho de pan.

La contemplo sin demasiado convencimiento… Llegamos a su casa hace tres días y, desde entonces, he podido conocer a casi todas las personas importantes de su vida.

Su padre fue encantador, las hermanas y los padres de Roi y de Bruno parecían felices de vernos juntos… Pero en lo que se refiere a este, digamos que cada vez que me tiene delante tengo miedo de acabar muerto y de que él termine en la cárcel.

—Puede… Pero tienes razón, mejor no arriesgar, vámonos ya —acepto, entrelazando sus dedos con los míos—. Ahora que, esta noche…, cuando volvamos, pienso dejarte tan agotada que mañana ni siquiera vas a poder levantarte de la cama —añado a modo de promesa.

Ella fija sus ojos en los míos con complicidad y tanto la sonrisa que me dedica como la forma en que su mirada se ilumina son una señal clara y explícita de que la idea no le parece nada, pero que nada mal.

—Contaré las horas, los minutos y los segundos —asegura en voz baja y sensual.

—Tictac, tictac —respondo, y beso una vez más sus labios con un roce casto y suave que promete ser tan solo el prólogo de todo lo que vendrá después.



Aparcamos el coche delante de la pequeña ermita de piedra situada sobre el acantilado a escasos

metros del mar. Tras ella se han colocado dos grandes carpas blancas que albergarán el convite nupcial.

Un aire frío y salado nos acaricia el rostro en cuanto ponemos un pie fuera e inspiro con fuerza para disfrutar del inconfundible y característico olor del mar.

Bajo nuestros pies, las olas rompen con fuerza contra las rocas salpicando gotas de espuma blanca sobre las escarpadas piedras y sobre las gaviotas que, temerarias e imprudentes, se posan encima de ellas esperando el momento idóneo para echar a volar.

—¿Verdad que es una preciosidad? —La voz de Sara se difumina con el sonido del viento, y asiento sin dudar.

Con paso firme, me coloco a su lado y entrelazo los dedos con los suyos para caminar hasta la entrada de la edificación, donde ya aguarda impaciente Roi.

—¡Sara! —la recibe al verla llegar.

—Estás muy guapo —le asegura ella, abrazándolo.

—Tú tampoco estás nada mal —responde él, con un guiño de ojo, antes de alargar su mano para estrecharla con la mía.

—Gracias por venir, me alegro de verdad de que estés aquí. —Su voz suena complacida, por lo que respondo de la misma manera.

—Es un placer estar aquí. No me lo perdería.

Después de saludar también a los padres del novio, que aguardan a su lado, y de que Sara me presente a la madre de la novia, quien resulta ser una mujer la mar de agradable y pizpireta, entramos dentro de la iglesia.

La decoración es sencilla, pero muy bonita. El lugar es pequeño, por lo que, a cada lado, solo caben siete bancos de madera, cada uno de ellos engalanado con pequeñas rosas blancas que están engarzadas en ramilletes de lavanda.

El altar luce iluminado por varias decenas de velas y al lado izquierdo dos mujeres, una con violín y la otra con violonchelo, esperan de pie a que los invitados tomen asiento para que la novia pueda aparecer haciendo su gran entrada.

Esto ocurre pocos minutos después, cuando una sonriente Iria se deja ver al fondo del pasillo central, del brazo de un sonriente y emocionado chico que no había visto jamás.

—Es Dani, su mejor amigo. Fue el culpable de que conociese a Roi, aunque no se lo propusiese y fuese algo completamente involuntario por su parte —me explica Sara entre susurros, sin despegar la vista de la pareja, que avanza sonriente hacia el altar al son del *Canon* de Pachelbel—. ¿Verdad que está bonita?

Mis ojos vuelan hasta la novia y tengo que admitir que lo está.

Enfundada en un vestido entallado de media manga y cola que deja al descubierto parte de la piel de su espalda y que, en lugar de disimular su barriguita de embarazada, la realza.

Lleva el pelo recogido en una larga trenza de la que sobresalen algunos mechones de forma intencionada, y que luce adornada con pequeñas flores blancas a juego con su ramo, formado por tres rosas del mismo color rodeadas, al igual que los bancos, por flores silvestres de lavanda.

—Va muy guapa —reconozco entre susurros, observando como el novio la recibe con los ojos llenos de lágrimas en el altar y se inclina para posar un suave beso sobre su barriga antes de hacer lo mismo con sus labios.

—Jovencito, entiendo que estés impaciente, pero me temo que esa parte no viene hasta dentro de un rato —lo reprende con aire jovial el anciano sacerdote, provocando una carcajada general.

El resto de la ceremonia es igual de emotiva, está llena de momentos cómplices y miradas

furtivas y, antes de que nos demos cuenta, estamos fuera gritando «vivan los novios» y pasando a la carpa para comer, brindar y bailar después de hacernos las correspondientes fotos.



—¿Te lo estás pasando bien? —La fría voz de Bruno a mi espalda acapara mi atención.

Me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos, llenos de algo que fluctúa entre la preocupación, la incomodidad y la rabia.

—La verdad es que mucho, gracias —respondo, escueto, después de coger la copa que me tiende el camarero.

Él no añade nada, tan solo permanece en silencio a mi lado, sin apartar la vista de mí, como si intentase diseccionarme con ella.

—Mira, sé que no te hace gracia que esté aquí… —comienzo a decir.

—No —me corta él, tajante—. No te confundas. Si Sara quiere que estés aquí, yo también lo quiero.

—Es bueno saberlo —contesto, sin tener muy claro qué decir en este momento, pero dando por hecho que la conversación no se termina aquí.

—Lo único que quiero es que ella sea feliz —afirma exhalando despacio.

—Eso es algo que los dos tenemos en común —le aclaro.

—El tema es que todavía no me fio de ti —me advierte él sin cortarse un pelo.

—Mira, sé que metí la pata…. —admito, dispuesto a asumir mi culpa.

—Hasta el fondo —incide sin dejarme seguir—. Primero, chantajeándola… —añade.

—Es cierto, eso estuvo mal, no tenía derecho a hacer algo así; sin embargo, mentiría si dijese que me arrepiento, pues, de lo contrario, no ha habría conocido. —Ahora soy yo el que lo interrumpe—. Y si algo tengo claro, es que estar con Sara es un regalo tan bonito como inesperado.

—Lógico, porque es maravillosa y, si eres medianamente inteligente, deberías venerar el suelo que pisa y dar gracias por ser tan afortunado como para tenerla en tu vida —replica con sequedad.

—Lo hago y, como te acabo de decir, te garantizo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano por hacerla la mujer más feliz —le aseguro.

—Es un alivio oír eso porque escucha con atención lo que te voy a decir. —Hace una pausa durante un segundo en el que ambos nos mantenemos la mirada—. Si Sara es feliz, tú y yo podemos llegar a ser grandes amigos. Ahora… Como vuelva a verla derramar una sola lágrima por tu culpa, te juro que haré que te arrepientas cada minuto de tu miserable vida por haberla hecho sufrir. —La amenaza de su voz es tan firme como sincera.

—Me parece justo —asiento—. No esperaba menos de ti.

—Como ella lo pase mal por tu culpa, buscaré por cielo y tierra la manera de hacerte recordar cada día esta advertencia —matiza.

—Lo he entendido y, como acabo de decir, me parece razonable —respondo tensándome.

—Así me gusta, es bueno ver que nos entendemos —afirma antes de coger el chupito que le tiende el camarero y darme la espalda para marcharse de mi lado, dejándome incómodo y un tanto descolocado.

—Yo que tú no me dejaría impresionar por Bruno, en el fondo, es un trozo de pan —me comenta la madre de Sara, que se acerca a mi lado por la derecha en el momento en que me estoy

llevando la copa a los labios.

Vuelvo la vista hacia ella y le dedico una sonrisa a la que ella corresponde enseguida.

Apenas hemos tenido tiempo de hablar, ya que su vuelo se retrasó y ella llegó cuando la ceremonia ya había empezado, pero, cuando Sara me la presentó mientras los novios se hacían las fotos de rigor, me pareció agradable de inmediato.

Tiene el pelo oscuro y es un poco más alta, pero, en cuanto la vi, supe de quién había heredado Sara ese misterioso e intenso color de ojos.

—Es la segunda vez que me lo dicen hoy, pero, visto lo visto más que un trozo de pan a mí me parece un bloque de cemento —bromeo—. Parecía más que dispuesto a terminar conmigo en cualquier momento —reflexiono.

—Ohhh, créeme, lo está. Bruno adora a mi niña, pero dudo que sea necesario que haga nada. —Su sonrisa franca y divertida me recuerda a la que muestra la mujer de mis desvelos cuando se relaja.

De repente, su expresión se torna seria y su mirada penetra en la mía.

—A nivel profesional, Sara es una mujer de éxito, pero, en lo que respecta a su vida privada y al ámbito personal, hubo unos años en los que lo pasó mal.

—Lo sé —admito—, ella me lo contó.

—Lo cual demuestra que confía en ti, porque no es algo que suela compartir con los demás. De hecho, le cuesta compartir cualquier cosa con los demás —confiesa—. Lo que ocurrió la llevó a esconderse tras un caparazón, levantó murallas a su alrededor aislándose en cierto modo del mundo. —Hace una pausa y sus ojos se vuelven vidriosos—. Pero tú has conseguido traspasar esos muros, tomarla de la mano y sacarla de nuevo al exterior, y te estoy agradecida por ello.

—Yo no he hecho nada. —Niego con la cabeza a la vez que intento deshacer el nudo que me oprime la garganta.

—Sí lo has hecho —asegura ella, posando su mano sobre la mía y apretándola con cariño —. Antes de conocerte, mi hija solo sonreía con los labios, pero ahora por fin vuelve a hacerlo con el alma.

—Sara es una persona increíble —respondo, sobrecogido por el afecto y la emoción que encierran sus palabras—. Y admito que hemos tenido algunas complicaciones…

—¿Qué relación no las tiene? —me corta ella tajante—. Pero, en cuanto os he visto juntos, he sabido que os va a ir bien.

Sus palabras me halagan y me tranquilizan, pero también despiertan en mí una curiosidad que me muero por satisfacer.

—¿Puedo preguntar por qué? —cuestiono.

—Porque la miras como si fuese todo tu universo, y ella a ti como si tú fueras la única estrella que brilla en él.

Sus palabras caldean mi pecho y, sin pensarlo, me fundo con ella en un sentido abrazo.

—Gracias —murmuro en su oído—. Significa mucho para mí.

Sus brazos me rodean también y una risa profunda emana de su pecho.

—¿Se puede saber qué estáis tramando por aquí? —pregunta Sara, que se acerca sonriente a nosotros en este momento del brazo de su padre.

—Tu madre me regañaba por no sacarte a bailar —digo guiñándole un ojo y acercándome a ella para entrelazar sus dedos con los míos.

—Mi madre es una mujer muy sabia —replica ella, dedicándole a la mujer un gesto de cariño.

—En ese caso, no se hable más —respondo, y la guío hasta la pista de baile para unirnos al resto de los asistentes, que disfrutan moviéndose, saltando y cantando al ritmo de *Contra todos*.

La música movida da paso a un momento más romántico cuando empieza a sonar *Control* de Zoe Wees y, en cuanto sus dedos se entrelazan detrás de mi nuca, mis manos se aferran a su cintura y la aproximo a mi pecho, donde ella apoya la mejilla, me siento completo.

Bailamos sin decir nada, dejándonos llevar por la melodía, meciéndonos el uno junto al otro sintiendo la tibia cercanía de nuestros cuerpos. Como si de repente el salón se hubiese vaciado y en medio de la pista solo existiésemos nosotros dos. Mis pulgares acarician su cadera por encima del vestido mientras cierro los ojos para aspirar su perfume y poso un suave beso sobre su sedoso pelo.

—Sara. —La voz profunda y seria de Bruno suena a nuestro lado, interrumpiendo el momento y sobresaltándonos a los dos—. Tenemos que hablar —añade cuando ella se aparta de mi pecho y lo mira sorprendida.

—¿No puede ser luego? —pregunta sin soltarme.

—Me temo que no —le responde él con expresión grave—. Tenemos un problema, ven conmigo —le dice, tomándola por el codo para conducirla al exterior de la carpa, sin darle opción a decir que no.

Los sigo, sin saber qué sucede, manteniéndome a cierta distancia.

—¿Qué pasa? —cuestiona Sara, frunciendo el ceño preocupada.

La mirada que me dedica el abogado de refilón hace que se tensen de inmediato todos los músculos de mi espalda, y acelero el paso, colocándome a su lado.

—Quiero hablar con ella en privado. Espéranos dentro —me ordena.

—No pienso moverme de aquí —respondo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Bruno, deja que se quede, sea lo que sea lo que haya pasado, no pienso ocultárselo. Entre nosotros no hay secretos, puedes hablar delante de él —afirma Sara con convicción.

Él la contempla con el rostro ensombrecido.

—¿Estás segura? —susurra, observándome de reojo.

—No hay nada que necesite ocultarle —responde ella.

—Tú mandas —acepta él tras unos segundos, aunque, a juzgar por su expresión, la decisión de permitir que me quede sigue sin parecerle bien.

Comienzo a preocuparme al verlo guardar silencio; lo que tiene que decir debe de ser grave cuando le está costando tanto encontrar las palabras necesarias para comenzar a explicarse.

—Acaban de llamarme de la editorial —anuncia al final.

—¿De mi editorial? —repite Sara, elevando las cejas desconcertada.

Él asiente con expresión contrariada.

—Al parecer, acaba de salir publicado un adelanto de tu nueva novela en todas las redes sociales y algunos canales de televisión ya han empezado a mostrar las imágenes también.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —Sara da un paso atrás, palideciendo, y él le tiende su teléfono móvil para que compruebe de primera mano la información que nos acaba de dar.

—Yo, pero no, no puede... Pero ¿quién…? —murmura Sara, y su piel se vuelve tan blanca que incluso sus labios pierden el color y, por un momento, me da miedo que se vaya a marear o caer.

Sus ojos me buscan, asustada, y sus manos comienzan a temblar de forma descontrolada.

—¿Sara? —la llamo, agarrándola por los hombros, pero ella únicamente niega con la cabeza mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sara, ¿qué pasa? —repito, quitándole con cuidado el móvil de las manos para tratar de

encontrar respuestas a su estado.

Paseo la vista por las imágenes que se suceden una tras otra ante mis ojos y me quedo petrificado. Como si alguien hubiese metido la mano dentro de mi pecho para apretarme con fuerza el corazón y me lo hubiese arrancado.

La sangre se hiela dentro de mis venas y, cuanto más leo, más y más aumenta mi enfado.

—¿Tú has escrito esto?

—Yo…

—«Pueblucho de cinco casas que no tiene ni siquiera un mísero supermercado» —leo en voz alta algunas de las definiciones que aparecen en las hojas mecanografiadas—. «Pandilla de viejos cotillas que deberían estar ingresados en un geriátrico». «Están tan aislados, solos y necesitados de afecto que por San Valentín han creado una celebración tan inservible como infantil en la que se hacen regalos». «En la taberna no funciona ni el grifo y muchas de las casas se caen a cachos». «Su alcalde no es otra cosa que un arquitecto frustrado». «Vecinos sin vida propia y metomentodo que se adentran hasta la cocina de tu casa, cargados con tarteras y cazuelas sin haber sido invitados…».

—¿Cómo has podido escribir esto? —escupo cada palabra con rabia, dirigiendo hacia Sara mi furiosa mirada.

—Yo, yo solo…

—¡¿Cómo has podido?! —la acuso, alzando la voz.

Me siento traicionado, utilizado y asqueado.

—¿De verdad esto es lo que piensas de nosotros? ¿De mí, de Manolo, de Erin, de Carlota, de Dolores…? ¡Esa gente siempre te ha tratado con afecto y ha intentado hacerte sentir una más! ¿Y así es como se lo agradeces? —bramo, tan enfadado que siento que me arden los ojos.

Ella incapaz de contestar, niega con la cabeza, pálida, mientras una lágrima humedece su mejilla.

—No entiendo quién ha podido publicarlo… —susurra con voz entrecortada.

—¿Y eso es todo lo que te preocupa? ¿Que lo hayan sacado a la luz?

—Lo siento —musita, con los ojos vidriosos y la mirada vacía.

—¿¡Qué es lo que sientes!? ¿¡Que te haya pillado antes de tenerlo acabado o la bazofia y la sarta de mentiras que estás contando!? —grito enajenado.

—¡Ehhh, tranquilízate! ¡No le hables así! —me advierte Bruno con tono amenazante, interponiéndose entre ambos.

—¡Le hablaré como me venga en gana! —grito empujándolo, pues estoy fuera de mí—. ¡Para escribir algo así sobre un sitio en el que siempre te han tratado como a una más hay que ser una persona muy mala y muy ruin!

Sara solloza, tapándose la cara, y Bruno me empuja con fuerza.

—¡Cállate! —me ordena.

—¡No vuelvas a tocarme o te parto la cara! —lo amenazo.

—¿Tú y cuántos más? —me increpa, mientras ella continúa temblando como una hoja.

La rabia asciende por mis venas de forma incontrolada.

No puedo creerme que Sara, la misma Sara por la que yo habría renunciado a todo, nos haya hecho algo así y, sin embargo, no hay dudas al respecto. Vuelvo a mirar las fotos en la pantalla. Varias páginas escritas a mano con información que solo ella puede conocer y que, después, ha sido transcrita a máquina y vilmente decorada.

—¿Sabes qué…? No pienso tocarte, no vales tanto como para que lo haga —le digo a Bruno, apretando la mandíbula con fuerza, y tiro el móvil a suelo—. Y tú… —añado,

dirigiéndome a Sara—. Qué equivocado estaba contigo, no mereces la pena, no pienso perder ni un segundo más a tu lado —afirmo enfurecido mientras le doy la espalda, dispuesto a marcharme de aquí.

—¡Carlos, espera! —me pide ella con la voz entrecortada.

—¿Para qué? —la increpo, encarándola—. ¿Para darte la posibilidad de que me sigas insultando a mí o a la gente que me importa? ¡No, gracias! ¡Ese *pueblucho* del que hablas es mi hogar, y esa gente que describes con adjetivos que prefiero no repetir son mi familia! ¡Una familia a la que tú no deberías haber conocido jamás!

—Yo nunca te haría daño a propósito, ni a ti ni a ellos —intenta defenderse mientras sus mejillas se convierten en dos ríos cada vez más caudalosos.

Me encantaría creerla, pero lo que acabo de leer es tan dañino y ofensivo que no consigo ni mirarla a la cara. Lo que más me duele es que estaba convencido de que lo que siento por ella era recíproco, pero, visto lo visto, no podía estar más equivocado.

—Escúchame… —me pide con voz trémula.

—¿Es que después de esto todavía tienes algo más que añadir? —grito, señalando el teléfono que yace en el suelo.

Su mandíbula tiembla y un fuego abrasador, compuesto por furia y dolor, me quema el pecho por dentro impidiéndome respirar.

—Eres una autentica decepción. —Lo escupo como el insulto que es y veo como se contrae su rostro al recibir el ataque, pero, lejos de sentirme mejor, lo único que consigo al ver su cara pálida y descompuesta es que me falte más el aire—. Tengo que largarme —murmuro, pasándome ambas manos por la cabeza con desesperación.

—Carlos… —Mi nombre suena a súplica en sus labios.

—Por mi parte, tú y yo no nos conocemos, no nos hemos visto nunca… Para mí no existes, estás muerta —sentencio, antes de marcharme a toda velocidad, antes de que la angustia que percibo en ella me flagele todavía más.

Capítulo 21

¿Y si fue…?

Sara

—Tesoro, tienes que comer —anuncia mi madre con voz suave, entrando en la habitación.

Por toda respuesta, me doy la vuelta en la cama y me cubro más con el edredón.

—Teníais que habernos avisado. —La que habla entre susurros al otro lado de la puerta es Iria.

—Sara no nos dejó. No quería estropearos la boda —responde Bruno quien, al parecer, está a su lado.

—¡Y una mierda! —replica Roi enfadado—. Iria tiene razón, debisteis avisarnos.

—Lo importante ahora es hacer que coma o beba algo. Va a terminar deshidratándose como no hagamos algo —murmura Bruno preocupado.

—No seas exagerado, nadie se deshidrata por llorar —lo regaña Iria.

—Lleva más de veinticuatro horas así —musita Bruno—. Ya no sé qué decirle, pero os aseguro que, como se me ponga delante el indeseable ese del alcalde, me lo cargo.

Es escuchar la mención a Carlos y siento que el cuchillo que me apuñala el pecho se clava más dentro.

—Si tenemos que ser justos, él no tiene la culpa en este caso —le recuerda entre murmullos Roi a su hermano—. Me jode reconocerlo y, por supuesto, apoyaremos a Sara en todo lo que sea necesario, pero también hay que entender que el hombre tiene motivos para estar cabreado.

—¿Y quién la tiene entonces? —discrepa mi mejor amigo.

—Hay que reconocer que Sara no estuvo muy fina, la verdad es que esas descripciones no le pegan nada, no es el tipo de escritura a la que nos tiene acostumbrados —escucho sisear a Iria con tono asombrado.

—Seguro que lo hizo al principio, al poco de llegar y, después, se le olvidó destruirlo; alguien encontraría los papeles y decidió publicarlos —sugiere por lo bajini Roi, que trata de buscar algo de lógica en todo esto.

—Tesoro, nos tienes preocupados —dice mi madre, atrayendo mi atención, a la vez que deja la bandeja sobre la mesilla y toma asiento a mi lado.

—Lo siento —farfullo dolida, pues lo último que quiero es agobiarlos.

—A lo hecho, pecho —dice Iria, entrando en la habitación y sentándose al otro lado de la cama—. Te has despachado a gusto y ahora te arrepientes. No pasa nada, todos nos equivocamos, ahora lo importante es dejar de perder el tiempo y buscar una solución.

La indignación por que piensen que yo he podido escribir alguna de esas barbaridades se activa y me hace sentarme de golpe en el colchón. Si mis propios amigos piensan que he podido hacer algo así, ¿cómo no iba a llegar Carlos a la misma conclusión?

—¡Yo no escribí eso! Al menos, no todo —exclamo, sorbiendo por la nariz.

—¿¡Cómo!? —cuestiona Bruno, entrando como una tromba en la habitación—. ¿Qué

quieres decir con «no todo»?

Roi, que entra con él, saca el móvil de su bolsillo y busca las dichosas fotos.

—¿No es esta tu letra? ¿No has escrito tú esto? —pregunta, señalando los borradores escritos a mano.

—Sí, eso sí. Pero las hojas mecanografiadas no son mías —le explico.

Mi madre le arranca el teléfono de las manos y estudia las imágenes con interés.

—¿Pretendes decirnos que alguien usó tus notas para escribir esas hojas haciéndose pasar por ti? —cuestiona Iria, abriendo los ojos como platos.

Asiento y me sueno con un pañuelo de papel.

—En realidad, en tus apuntes no pone nada malo, solo son datos. Dices que no hay supermercado, que la mayoría de la población está constituida por ancianos, que el primer día que entraste en la taberna el grifo estaba roto, que los vecinos te dejaron comida en la cocina el día que llegaste y explicas en qué consiste la fiesta de San Vecinguín… —comenta mi progenitora, frotándose la barbilla—. Pero aquí no hay ningún adjetivo descalificativo, hiriente o insultante.

—Solo son apuntes, algo de la información que después utilicé para escribir la novela. Pero las páginas mecanografiadas no son mías, solo usaron algunas de mis notas, tergiversándolas de la forma más deleznable posible y añadiendo apelativos ofensivos, y lo publicaron en conjunto con mis apuntes para que pareciese que lo había hecho yo —sollozo.

—¡La madre que te parió, aquí presente! ¿Y eso no pudiste decirlo ayer? —brama Bruno, alzando ambas manos para colocarlas, nervioso, tras su cabeza mientras comienza a pasearse por la habitación.

—Lo intenté, pero yo... Me bloqueé. No esperaba que algo así pasase otra vez, como en…

—Como en el instituto. —Bruno termina la frase por mí, dejando caer los brazos con pesar.

—Además, usaron mis apuntes, escritos a mano, eran cosas demasiado específicas y puntuales que solo podía saber yo por haber estado allí… —susurro con voz temblorosa—. En ese momento de *shock* no era tan sencillo de asimilar.

—Al menos tenías que habérselo explicado a Carlos —insiste Iria, acariciándome la mejilla para secar mis lágrimas.

—Quise hacerlo, pero estaba tan furioso que no me dio la opción, no me hubiese creído… Además, sé lo importante que es ese pueblo para él y el daño ya está hecho… Las dichosas imágenes están en todas las plataformas, en todas las redes sociales y seguro que en todas las televisiones —protesto frotándome los ojos—. Me pidió que intentase atraer gente al pueblo, quería potenciarlo y, cuando los medios de comunicación se hagan eco de todo esto, lo que pasará será justo lo contrario.

La forma en la que todos se miran entre ellos me indica que eso ha ocurrido ya.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —murmura mi madre.

—No tengo ni idea —reconozco—. No entiendo quién puede hacer una cosa como esta ni con qué finalidad.

—¿Tienes la novela de verdad terminada? —pregunta Bruno.

—Casi, me faltan un par de capítulos —reconozco—. Pensaba acabarla al volver de la boda… Pero ahora, ya no creo que valga de nada.

—Voy a hablar con la editorial, a ver si hay alguna forma en la que podamos arreglar todo esto —ofrece él, saliendo de la habitación a toda prisa.

—¿De verdad no te imaginas quién puede estar detrás? —Los bonitos ojos de Iria destellan de rabia.

—No. —Niego con la cabeza.

—¡Pues yo lo tengo clarísimo! —afirma ella, levantándose y poniéndose a caminar como un miura.

—Ah, ¿sí? —cuestiona su ya marido.

—¡Obvio! —responde ella—. ¡Ahora, te juro que esto no se va a quedar así! ¡Cuando la pille, le voy a arrancar esa escoba pelirroja que tiene por melena, pelo a pelo! —exclama enfadadísima.

—¿Marta? —pregunto abriendo los ojos de par en par, pues ni siquiera se me había pasado por la imaginación.

—¿¡Quién si no!? —resopla.

—Cariño, ¿no estás siendo un poquito paranoica? —duda Roi, intentando sonar prudente.

—¡Y una mierda paranoica! —rebate ella.

—Tú misma me dijiste más de una vez que se le caía la baba con Carlos y que antes de entrar tú en escena había algo entre ellos... —me recuerda—. Él mismo te lo confesó.

—Sí, pero…

—Ni pero ni peral… —me interrumpe—. ¿Es que no lo veis? ¿Quién es la única beneficiada de que Carlos te haya dejado?¡Ella! —grita, respondiéndose a sí misma.

La mirada helada de Carlos, su forma de hablarme antes de irse y, lo peor…, el dolor que se reflejaba en sus ojos al posarlos sobre mí me golpean de nuevo con fuerza, robándome el aliento y provocando que una nueva marea de lágrimas se abra paso a través de mis pestañas, a pesar de que cierro con fuerza los ojos en un intento por contenerlas.

—Ahora ya tiene el camino libre para volver con él —continúa mi amiga.

—Visto así… —reconoce Roi, rascándose la barbilla.

—Sabes que mi instinto nunca falla, acuérdate de lo de Dani… —le dice ella, alzando la barbilla con orgullo.

Roi me observa pensativo.

—¿Tuvo esa chica alguna oportunidad de quedarse a solas en tu casa para poder fotografiar tus notas? —inquiere Roi.

—No lo sé —respondo—. La verdad es que no lo creo.

—¿Y la mañana que fuimos a visitarte? —sugiere él—. Cuando se montó todo el lío y te fuiste, hubo un rato en que ninguno de nosotros estuvo con ella; pudo utilizar ese momento para colarse en la habitación en la que escribes y sacar esas fotos.

—Podría ser —concedo.

—Tiene que ser ella. No hay ninguna otra opción —afirma con rotundidad Iria.

—Tampoco creo que saberlo valga de nada… —musito.

—Ya te digo yo que sí que vale, nos vale para saber a quién tengo que arrancarle la cabeza —protesta Iria.

—Cariño, relájate, no tengo ninguna intención de que nuestra hija nazca en la cárcel —la reprende Roi—. Seguro que a Bruno y a su editora se les ocurre alguna manera más civilizada de solucionar este embrollo.

—Lo primero que deberías hacer es llamar a Carlos —añade mi madre.

—Ya lo hice, tiene el teléfono apagado y, aunque no lo tuviese, dudo que quisiese hablar conmigo.

—Eso no lo sabes —rebate Roi—. Está dolido, pero antes o después tendrá que escucharte.

—¡No digas tonterías! —lo contradice su mujer, indignada—. ¡Pues claro que no va a querer hablar con ella! ¡Le preguntó directamente si había escrito eso y Sara no lo negó! ¡Por no

hablar de que las anotaciones de las hojas eran de su puño y letra!

—¿Y qué sugieres? —pregunta mi madre.

—Necesita un gran gesto, algo que llame su atención lo suficiente como para darle la opción de explicarse —responde ella, que siempre ha sido una romántica.

—¡Mira que eres peliculera! —la acusa su marido, poniendo los ojos en blanco.

—¡De peliculera nada! ¿Os contó Sara lo que hizo el chico para que ella lo dejara disculparse y lo perdonara? ¡Se pasó horas bajo la lluvia en la puerta de su casa! ¡Ante eso, era imposible decirle que no!

—¿Pretendes que me vaya a la puerta de su casa? —murmuro, estremeciéndome ante la posibilidad de enfrentarme a toda la gente del pueblo además de a Carlos quien, con toda probabilidad, ni me mirará a la cara si recurro a esa opción.

—No, eso fue lo que hizo él, tú necesitas algo más…

Segundos después, Bruno entra en la habitación con cara de pocos amigos.

—¿Has hablado con la editorial? —se interesa mi madre.

—Lo ha hecho —contesta mi padre quien, al parecer, estaba con él y ya está informado de todo.

—¿Y? —pregunto, rezando para que se les haya ocurrido alguna solución—. Dime que han pensado en algo, por favor.

—Se les ha ocurrido algo —responde él utilizando mis palabras.

—¡Menos mal! —protesta mi madre.

—Pero no le va a gustar —señala Bruno, frunciendo el ceño preocupado.

—Nada puede ser peor que esto —replico—. Si tengo al menos una posibilidad entre un millón de solucionar todo esto, aclarar las cosas y hacer que Carlos me escuche…, estoy dispuesta a intentar lo que sea.

—Quieren dar una rueda de prensa presentando la obra real que escribiste, y explicar que alguien se adueñó de tus notas y las usó con el único fin de perjudicarte —explica con lentitud, como si hablando muy despacio la impresión que me producen sus palabras fuese a ser menor.

—¿Y creen que eso puede funcionar? —cuestiono, recuperando algo de esperanza.

—Sí, siempre y cuando la que dé la rueda de prensa seas tú —replica él suspirando.

Una enorme piedra cae con fuerza sobre mí, aplastando la única esperanza que todavía conservaba.

—¿Quieren que desvele mi identidad? —balbuceo, comprendiendo al fin.

Él asiente.

—Eres la autora, una autora que siempre ha permanecido en el más estricto anonimato; si sales dando la cara y denunciando la situación, te creerán —explica.

—Ahí tienes tu gran gesto —afirma Iria sonriendo.

Mis ojos se vuelven hacia ella y contengo la respiración.

Eso no es un gesto, es enfrentarme a todos mis miedos y mis inseguridades, es un suicidio público… Y, por mucho que quiera estar con Carlos, lo que pretenden que haga implica saltar al vacío sin paracaídas, y llevo tantos años caminando sobre tierra firme, evitando dar un paso en falso, que dudo que ahora sea capaz de lanzarme por un acantilado.

Capítulo 22

Una sola letra puede marcar la diferencia

Sara

—Como sigas mirando esos papeles los vas a desgastar —comenta Bruno, apoyado en el marco de la puerta de mi habitación.

—Es que los leo y los releo y sigo sin comprender cómo Marta pudo ser tan mala persona como para escribir esto. Fíjate, incluso los he impreso para verlos mejor —respondo, elevando mis enrojecidos ojos en su dirección antes de coger una de las hojas que permanecen esparcidas sobre mi cama deshecha.

—El despecho es muy mal consejero… Ni te imaginas las cosas que se ven en mi trabajo como consecuencia de eso —dice encogiéndose de hombros mientras se acerca y toma asiento a mi lado. Y, al hacerlo, pone una mueca de asco que ni siquiera se molesta en disimular—. O has cambiado de desodorante o necesitas una ducha de manera urgente.

—No seas exagerado —protesto rascándome la cabeza.

—¿Que no sea exagerado? ¿Tú te has visto? —rezonga, recorriéndome de arriba abajo—. Llevas un pijama tipo ¿franela? —pregunta, acentuando la mueca— que haría modernos a los de mi abuela, debe de hacer mínimo dos días que no te peinas y hace tanto que no te das una ducha que, cuando te animes a hacerlo, igual descubres una nueva especie de fauna marina habitando en la bañera.

Lo escucho, pero sigo ensimismada en los papeles que tengo delante, como si mirándolos una y otra vez estos pudiesen desaparecer…

—Deja de torturarte o, al menos, si vas a seguir haciéndolo, torturémonos juntos —dice, cogiendo una de las hojas.

—Lo cierto es que la muy tirana se quedó a gusto… —afirma y, aunque sé que para nada es su intención, en cuanto lo oigo se me revuelve más el estómago y me siento todavía peor.

—Espera un momento… —murmura él, tensándose y acercándose el papel a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Él no responde, solo coge otra hoja y la contempla con atención, y luego repite con la siguiente la misma operación.

—¿Estas hojas mecanografiadas son las que salieron publicadas? —pregunta, mortalmente blanco, sin despegar la vista de las páginas que tiene delante.

—Sí, les saqué una captura de pantalla a todas y las imprimí —reconozco, sintiéndome algo estúpida y masoquista por hacer algo así.

—¡Vamos! —exclama mientras agarra todos los papeles y los estruja con una mano al tiempo que con la otra tira de mí.

—¿A dónde? —pregunto, sin comprender qué bicho le ha picado de repente.

—¡Vamos! ¡Corre! —grita, con los ojos abiertos de forma exagerada y respirando con fuerza, a la vez que me arrastra hacia las escaleras que conducen al piso inferior y me saca al

exterior.

—¡Bruno, estoy en pijama! ¡Ni siquiera llevo zapatos! —protesto, intentando detenerlo, a la vez que me miro los pies cubiertos solo con calcetines.

—¡Corre! —me grita él sin detenerse—. ¡No hay tiempo!

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso te has vuelto loco? —intento resistirme a seguir avanzando al ver que algunos vecinos que caminan por la calle se nos quedan mirando, pero él tiene mucha más fuerza que yo y todos mis esfuerzos resultan inútiles.

—¡Eso espero! ¡Tengo que haberme vuelto loco! ¡Loco de remate! —exclama, bufando como un toro.

A toda velocidad, me lleva calle arriba hasta que llegamos a la entrada de su casa y, con manos temblorosas, mete una de las llaves en la cerradura y abre la puerta, empujándome a continuación hacia el interior.

—Cariño, ¿ya has vuelto? —escucho preguntar a Thiago desde el salón.

Pero él ni siquiera le responde en medio de su enajenación; solo corre escaleras arriba, y yo lo sigo en silencio y más perdida que un patito de goma en medio de una inundación.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser… —repite una y otra vez entre susurros mientras se introduce en su vestidor y empieza a revolver varios cajones, lanzando la ropa que va cogiendo a su alrededor sin ton ni son.

—Aquí está —anuncia, sacando con cuidado una máquina de escribir que apoya en el suelo antes de arrodillarse ante ella.

Yo me llevo una mano a los labios y lo observo mientras introduce una de las hojas que sostiene en la mano por el lado que continúa en blanco y marca compulsivamente la letra erre una y otra vez, hasta que arranca el papel y lo compara con los otros que hemos traído de mi casa.

—No puede ser —repite, pero esta vez, con la derrota ensombreciendo su mirada.

—¿Bruno? —murmuro, pues no comprendo qué le pasa.

—La pena da paso a la rabia y sus mejillas, hasta ahora pálidas, se encienden de pura indignación cuando, sin decirme ni una sola palabra, abandona la habitación.

—¡Bruno! —lo llamo, siguiéndolo.

Pero él, sin responderme, se dirige directo al salón.

—¿Por qué? —pregunta, lanzando las hojas en dirección a Thiago que, cuando lo ve llegar como una exhalación, se pone en pie.

—Bruno, yo… —musita él, asustado.

—¿¡Por qué!? —repite mi amigo, gritando a todo pulmón y elevando ambas manos.

Y entonces lo entiendo todo, y siento que la tierra se abre bajo mis pies.

—Thiago, ¿fuiste tú? —pregunto con un hilo de voz.

Él traga saliva y asiente con tristeza.

—No lo entiendo —murmuro—. Creía que me tenías aprecio… Pensaba que te caía bien, yo te quería.

—No es por ti —se apresura a decir él, avanzando un paso en mi dirección—. Yo también te quiero. Fue por él —añade con la voz tomada, señalando a mi mejor amigo, que tiembla a causa de la desolación y la rabia.

—¿Por mí? —cuestiona sin dar crédito a lo que escucha—. Pero ¿¡tú estás mal de la cabeza!? —lo increpa.

—¡Sí! ¡Por ti! ¿Por quién si no? —replica Thiago, alzando la voz como si necesitase sacar todo lo que lleva en el interior—. Desde que Sara se fue a ese dichoso pueblo estabas

insoportable, insufrible… Te recuerdo que incluso te estabas planteando pedir una excedencia para irte a vivir allí.

—¿Querías venirte a vivir al pueblo por mí? —pregunto, volviendo la vista hacia mi amigo, asombrada por tal revelación.

—Llevo años sin coger unas vacaciones, es cierto que pensé en coger una excedencia para poder pasar un tiempo allí contigo —me confiesa—, pero no iba a ser algo permanente.

—Eso mismo pensé yo hasta que Sara comenzó a salir con el alcalde —le espeta él.

—Tuviste miedo de que me quedase a vivir allí y Bruno se viniese también —comento, empezando a atar cabos.

—Él es un gran abogado, puede encontrar trabajo en cualquier sitio, pero yo… Me encanta el puesto que tengo, me ha costado mucho conseguir llegar a donde estoy en esta empresa y no quería poner todo eso en peligro —intenta explicarse, pero cada excusa me suena más cobarde que la anterior.

—Así que decidiste publicar esas hojas para hacerme daño —añado.

—Os juro que no fue algo premeditado —se defiende—. Pero, cuando fuimos a verte, estabas tan a gusto en el pueblo, con la gente… que me asusté todavía más. Después vino el momento de la pelea y te vi tan indignada que estaba convencido de que te volverías con nosotros y todo volvería a la normalidad.

—Pero no lo hizo —comenta Bruno con voz seca.

—No, no lo hizo y, cuando me encontré con la puerta de la habitación en la que escribes abierta y vi la libreta de notas encima de la mesa…

—Le sacaste las fotos a mis notas —digo molesta.

Él asiente y el arrepentimiento asoma a sus ojos.

—Ni siquiera sé bien por qué lo hice, os prometo que no pretendía usarlas, tú y el alcalde ya no estabais juntos y, por ello, estaba convencido que lo de quedarte era un acto de cabezonería y orgullo y que, cuando terminases la novela, volverías a casa.

—Pero nos reconciliamos —termino yo por él.

—Exacto. Cuando Bruno me contó que lo habíais arreglado y que veníais juntos a la boda no me lo podía creer. Sabía que eso haría que tu estancia en el pueblo se alargase y tenía miedo de que Bruno al final pidiese la excedencia y lo que en principio eran unas vacaciones se convirtiesen en algo permanente. Me daba pánico que él se quedase allí también —intenta justificarse de nuevo.

—¡No me iba a ir a vivir allí! —grita mi amigo fuera de sí—. ¡No comprendo cómo pudiste pensar esa sarta de tonterías!

—¡Pero si incluso me dijiste que te planteabas comprar una casa en ese sitio! —le responde su novio.

—¡Porque a mí también se me pasó por la cabeza la idea de que Sara pudiese quedarse a vivir con Carlos y quería un lugar propio para pasar los fines de semana y periodos de vacaciones que fuese a visitarla! —replica Bruno indignado—. No porque fuese a trasladarme.

—Lleváis juntos toda la vida, ni siquiera quisiste irte fuera del barrio para permanecer cerca de ella —escupe Thiago.

—¡Por supuesto que no quiero alejarme de ella, pero si Sara hubiese decidido mudarse, lo habría aceptado! ¡Claro que viajaría para verla siempre que pudiese, pero no me habría mudado! —exclama mi amigo—. ¡No comprendo cómo has sido capaz de hacer algo así! ¿Tienes idea de a cuántas personas has hecho daño?

—No era esa mi intención. Pensé que, publicando eso, Sara no volvería al pueblo, se

quedaría en casa como siempre y todo esto se acabaría olvidando.

—Por tu culpa he perdido a Carlos —lo acuso, con el dolor arremolinándose en la garganta, pues era mucho más fácil asumir que había sido Marta. Sin embargo, ¿Thiago? Eso ni loca me lo habría imaginado.

—No pensé que fuese a dolerte tanto, al fin y al cabo, no lleváis tanto tiempo juntos…

—¡Haz el favor de no decir nada más! ¡Solo lo estás empeorando! —le recrimina Bruno—. Y, como imaginarás, lo nuestro se ha terminado —anuncia con firmeza.

—De eso hace tiempo que tú te has encargado —le echa en cara Thiago, apenado.

—¡No tendrás la cara de pretender culparme a mí de esto! —explota mi amigo, que aprieta tanto los dientes que tengo miedo de que alguno le salga volando.

—Ella siempre ha estado primero, no puedes negarlo —le espeta el que hasta ahora era su pareja, señalándome con la cabeza mientras da rienda suelta a los celos.

—Ella siempre ha sido y será una persona importantísima en mi vida —afirma Bruno.

—Demasiado importante. Siempre ha sido la tercera parte en esta relación —afirma Thiago con resentimiento.

—Tus inseguridades, tus celos y tu falta de sinceridad son lo único que se ha interpuesto entre nosotros dos —lo corrige mi amigo con firmeza.

—Yo no quiero ser el segundo plato de nadie. —Su voz suena tan herida que, por un momento y a pesar de todo, siento cierta lástima por él.

—Quien no sabe respetar una verdadera relación de amistad es porque nunca ha tenido la suerte de disfrutar de una de verdad —declara Bruno sin miramientos.

—Sara, lo siento mucho, reconozco que se me fue de las manos —se disculpa Thiago, ya de camino a la puerta.

—¿Que se te fue de las manos, dices? ¡Ni siquiera debiste haberlo pensado! —lo acusa Bruno.

—Tienes razón —reconoce él sin mirarlo—, pero sigo sintiendo que, en el fondo, fuiste tú quien me empujó a ese estado —le asegura.

—Vete de mi casa. —Mi amigo pronuncia las palabras con una seguridad aplastante, pero lo conozco lo suficiente como para saber que por dentro está sufriendo de forma inevitable.

—Tranquilo, mandaré a alguien a por mis cosas para que ni siquiera tengas que volver a verme; a decir verdad, creo que esto es un alivio para ti, al fin hemos terminado, todo ha sido culpa mía y te has librado de mí. —Su voz suena tan rota que siento un pellizco en el corazón.

—Thiago… —lo llamo.

—No te preocupes, Sara, en realidad, lo esperaba y sé que es lo mejor —asegura, dedicándonos a ambos una triste sonrisa de despedida antes de salir por la misma puerta por la que nosotros acabamos de entrar.

—No puedo creerlo —musito cuando nos quedamos solos, dejándome caer en el sofá.

—Yo no quería hacerlo —manifiesta mi amigo con pesar, dejándose caer a mi lado.

—Lo siento mucho, Bruno, no puedo evitar sentirme culpable en cierto modo…

—No se te ocurra culparte por esto. Nuestra relación hacía aguas desde bastante antes de que tú te marchases, esto solo ha sido el detonante.

—Aun así, lo siento —murmuro, y lo abrazo con cariño.

—Estaré bien. —Intenta regalarme una sonrisa, pero no es capaz de mostrarla—. Y tú también —me garantiza.

—¿Puedo preguntarte cómo lo supiste? —pregunto, ya que, a pesar de que no es el momento, estoy intrigada.

—Mi antigua máquina de escribir deja un espacio en la parte superior de la erre, y en las hojas que tú imprimiste todas las erres tenían exactamente la misma errata. Luego recordé que Thiago estuvo allí solo bastante rato aquella mañana y nada más tuve que juntar las piezas del puzle para hacerlas encajar.

—Ojalá te hubieses equivocado. —Suspiro.

—Yo prefiero haberlo descubierto. Soy de los que piensan que siempre es mejor conocer la verdad que vivir en la ignorancia.



Unos tenues pero agradables rayos de sol me acarician el rostro y cierro los ojos para disfrutar de ellos mientras me deleito con el sonido de las olas, que se precipitan contra la orilla a escasa distancia de mis pies.

Alguna que otra gota me salpica, pero, lejos de molestarme, me hacen sentir bien.

—Ha sido una buena idea venir a dar una vuelta —reconozco entre susurros.

—Por supuesto que lo ha sido, llevabas tantos días encerrada en esa habitación que empezabas a tener cara de vampiro —protesta mi madre, haciendo un mohín.

—Necesitaba terminar los últimos capítulos de mi novela —le recuerdo—. Y, después de todo lo ocurrido, tampoco es que tuviese el ánimo ni para salidas ni para fiestas —afirmo, fijando la vista en Calcetines, que corretea encantado jugando a esquivar el agua que de vez en cuando consigue mojarle las patas.

—¡No me puedo creer que todo fuese cosa de Thiago! —exclama ella, y frunce el ceño con desagrado.

—Ni yo —concedo—. Pero sigo pensando que es un buen chico, que cometió un error. Un error muy grande, lo reconozco, pero un error.

—Por supuesto que sí; a veces también las buenas personas toman malas decisiones —añade mi padre—. Nunca permitas que una mala acción te arrebate todos los buenos momentos compartidos.

—No lo hago, no obstante, lo siento muchísimo por Bruno. Intenta disimular para no preocuparme, pero lo conozco lo suficiente como para saber que lo echa de menos y, además, en parte se siente culpable y está hecho polvo. —Suspiro—. Incluso me dijo que entendería que quisiese denunciarlo, aunque, por supuesto, le dije que no.

—¿Estás segura de no tomar ninguna medida legal al respecto? —incide mi madre—. No me malinterpretes —se apresura a añadir—. No es que yo quiera que lo hagas, solo pretendo que estés convencida de cada paso que des al respecto.

—Estoy segura —afirmo tras unos segundos—. Denunciarlo no resolvería nada, creo que solo sería como meter el dedo en la llaga, como hurgar en la herida para que vuelva a sangrar, y lo considero del todo innecesario, bastante hemos tenido ya. Además, aunque no ha servido de nada, pues las imágenes ya están por todos lados, al menos Thiago tuvo la decencia de borrarlas.

—Sea como sea, al menos ahora sabes lo que pasó —declara mi padre, pasándome un brazo sobre los hombros.

Desvío la vista al mar y disfruto de su intenso color azul que enseguida me transporta a una mirada que no se me va de la cabeza ni dormida ni despierta. Una mirada cálida y cercana que me dejó helada la última vez que se posó sobre mí con toda su rabia.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad? —susurra mi madre con voz pausada.

Ni siquiera me molesto en disimular.

—No te imaginas cuánto…

—¿Has intentado hablar con él de nuevo? —inquiere mi padre.

—Lo he llamado infinidad de veces, pero no me responde —confieso—. Ya no sé qué hacer.

Mi voz se quiebra y mi madre se detiene y me agarra por los hombros, obligándome a fijar los ojos en ella.

—Está dolido, se siente traicionado y es normal que sea así. Pero tú sabes lo que tienes que hacer —dice con firmeza.

—No es tan fácil —respondo con la voz quebrada.

¿Por qué no entienden que es pensar en ponerme delante de todo el mundo admitiendo quién soy en realidad y me falta el aire?

—Las cosas importantes nunca lo son —asegura mi padre, poniéndose, como casi siempre, de su parte.

—¿Y si lo hago y aun así no sirve de nada? ¿Y si me expongo y Carlos sigue sin querer hablar conmigo?

—Hija, vi cómo ese chico te miraba, te aseguro que está loco por cada uno de tus huesos. —Mi madre sonríe y me acaricia la mejilla—. Además, esto no deberías hacerlo por él, ni por ayudar a la gente del pueblo, por muy noble que sea eso; esto deberías hacerlo solo por ti.

—Es tu oportunidad de dejar de esconderte —manifiesta mi padre.

—Yo no me escondo —protesto—. Usar pseudónimo está a la orden del día y es algo completamente razonable.

—Sí, siempre y cuando lo uses por los motivos adecuados. Hay muchos escritores con pseudónimo, pero son personas reales. Tú te has convertido en un misterio, un fantasma al que nadie le pone cara, y lo has hecho por miedo… Te escondes; por mucho que tú lo niegues, sí que lo haces. Te apartas de la gente para evitar los ataques y no te das cuenta de que, al protegerte tanto, te estás perdiendo infinidad de momentos únicos y maravillosos que esta profesión podría regalarte —me asegura mi padre.

—No sabía que pensabais de esta forma —musito, con los ojos llenos de lágrimas, pues, aunque no me guste admitirlo, sé que en parte tienen razón—. Nunca me lo habíais dicho.

—Sabíamos que necesitabas tu tiempo y tu espacio —responde mi madre, acariciándome con dulzura la cabeza—. Siempre fuiste sensible, frágil y, en algunos aspectos, no lo tuviste fácil. Pero ahora es diferente, cariño. Tú eres diferente —matiza—. Eres más fuerte, más segura de ti misma, y sigues teniendo una mente maravillosa que el mundo merece descubrir.

—Estoy asustada —confieso.

—Solo puedo decirte que las decisiones que se toman por miedo suelen ser más fáciles, pero nunca las acertadas —me recuerda mi padre—. Calcetines es una buena muestra; si lo hubieses rechazado por tu pánico a los perros, ahora no lo tendrías a tu lado.

Observo al cachorro, que en poco tiempo se ha convertido en una parte fundamental de mi vida, y suspiro con pesadez.

Mi mente vuela de nuevo hasta Carlos y hasta todos esos momentos que compartimos juntos, y siento como el aire abandona mi cuerpo solo con imaginar que no lo vuelvo a ver.

Necesito tocarlo, sentirlo, ver esa sonrisa que me ruboriza y esa mirada que me atrapa hasta hacerme enloquecer. Necesito una oportunidad, tan solo una, para poder explicarme y volver a estar con él.

Su ausencia me duele y su recuerdo también. Mis ojos se llenan de lágrimas y esta agonía

que me atormenta recorre cada poro de mi piel. Me encantaría sentarme delante de mi teclado, sumergirme en una nueva historia y dejarme llevar por mi imaginación al igual que lo he hecho cada vez que las cosas se han torcido en mi vida, pero no soy estúpida y sé que, por mucho que lo intente, esta vez no va a funcionar.

Decida lo que decida estoy jodida. Me siento atrapada, perdida en un inmenso laberinto en el que, por mucho que corra y busque, no encuentro más que dos oscuras salidas, y ninguna de ellas me parece una opción porque, si bien es cierto que salir de mi preciado anonimato me produce pánico, la posibilidad de perderme una vida con él a mi lado por no haberlo intentado me da auténtico terror.

Capítulo 23

Todos a la plaza

Carlos

—¿Ni siquiera piensas cambiarte de ropa? —insiste mi hermana, poniendo los brazos en jarras.

—No —respondo escueto, pues no comprendo por qué narices de repente le ha dado por convertirse en mi estilista particular.

—Podrías ponerte algo que no pareciese recién salido de la Segunda Guerra Mundial —la secunda Carlota, colocándose a su lado con cara de pocos amigos.

Contemplo mi indumentaria, compuesta por los vaqueros rotos que uso para trabajar en el jardín y un viejo jersey de lana azul, y resoplo molesto.

—Si os molesta mi aspecto, ya sabéis dónde está la puerta —respondo—. Tampoco es que recuerde haberos invitado a entrar.

—Hijo, estás de un borde que no hay quien te soporte —me regaña Miguel desde la silla en la que permanece quieto observándonos a los tres.

Le dedico una mirada de advertencia. No es que nuestra amistad esté en el mismo punto en el que se encontraba antes de que pasase todo lo que ocurrió en la facultad… Pero poco a poco vamos consolidándola de nuevo y reconozco que recuperarlo ha sido lo único aceptable que me ha pasado desde… De inmediato, me obligo a eliminar ese pensamiento de mi cabeza.

—Si tan insufrible soy, no entiendo por qué los tres os empeñáis en atrincheraros en mi salón día tras día —farfullo.

—Porque, desde que volviste de la dichosa boda, te estás comportando como un niño pequeño: no sales de casa, casi no duermes y, prácticamente, no comes. Tienes preocupado a todo el pueblo —me recuerda mi hermana—. Y, por muy insoportable que seas, continúas siendo mi hermano, el único que tengo de hecho, y como mueras de inanición, mamá me deshereda —bromea, intentando relajar un poco la tensión.

—Por no hablar de que esta casa parece una pocilga. ¿Cuánto hace que no abres las ventanas para ventilar? —Carlota pone cara de disgusto—. ¡Como sigas a este ritmo, vamos a tener que llamar a un exterminador para poder entrar!

—Que sí, que sí, que por mí como si llamáis a los cazafantasmas para que se personen con todo su equipo aquí —rezongo, repanchigándome en el sofá.

—¿Y esa barba de tres días que te gastas? ¡Al menos te podrías afeitar! —las apoya Miguel de nuevo.

El sonido de la puerta al cerrarse hace que todas las miradas, menos la mía, se centren ahí. Yo ni me molesto en girarme, pensando que debe de tratarse de otro vecino metomentodo, por lo que continúo tumbado, sin incorporarme.

—¡Ya era hora! —protesta Erin.

—He llegado en cuanto he podido —contesta una voz que capta toda mi atención y me hace enderezarme en el sillón justo en el instante en que Bruno se planta delante de mí con

aspecto arrogante.

—¿Y a ti qué cojones te ha pasado? —me increpa—. Con esas pintas, parece que Pedro Picapiedra, el yeti y tú os habéis vuelto inseparables.

—¿Se puede saber qué narices haces en mi casa? —le pregunto, debatiéndome entre el asombro y el enfado.

—¡Al menos podríais haberlo duchado! ¡Menudo olor a sudor y pollo asado! —dice, dirigiéndose a mis acompañantes.

—¡Ja! ¡Como si no lo hubiésemos intentado! —le indica Carlota, negando con la cabeza.

—¿¡Qué narices haces en mi ca-sa!? —repito la pregunta alzando la voz, en vista de que no me ha contestado y se dedican a hablar de mí como si yo no estuviera delante.

De repente, una idea se cuela con fuerza en mi cabeza y siento como la angustia me atenaza el pecho y me oprime el corazón.

¿Y si le ha pasado algo a…?

—¿Sara está bien? —pregunto con cierto temblor en la voz.

Su mirada se torna dura y gélida antes de responder.

—Todo lo bien que puede estar desde que un mierda se largó sin molestarse en escucharla ni dejarla hablar. —Su respuesta me indigna y enfada a partes iguales.

—¿Me estás llamando mierda? —cuestiono, levantándome de golpe.

—Desde luego, hueles como tal —replica él sin amilanarse.

Escucho como Miguel ahoga una carcajada y le dedico un corte de manga sin despegar los ojos del que acaba de llegar.

—No me toques los huevos que, si quieres fiesta, la vas a encontrar —siseo entre dientes, encarándolo.

—Mira, imbécil, tú me importas entre cero y nada; por mí, como si te vas a vivir a una comuna *hippy* o te haces budista en el Himalaya —me suelta como si tal cosa—. Pero por Sara haría cualquier cosa y, aunque no entiendo muy bien el por qué, ella parece tener el mal gusto de quererte en su vida, así que aquí estoy, intentando darte la oportunidad de arreglar lo que tú solito te has encargado de estropear.

—¿¡Yo!? Fue ella la que escri… —comienzo a gritar, pero, harta del espectáculo, Erin no me deja ni acabar.

—¡Por el amor de Dios! ¡Sara no escribió esas hojas! —exclama, con la vista clavada en mí.

—¿Cómo? ¡Pero si yo las vi! ¡Vi los apuntes y las hojas escritas a máquina! —protesto, perplejo, sin comprender nada.

—Los apuntes eran suyos, pero lo que había escrito en las hojas, no. Thiago cogió sus notas y las usó —confiesa Bruno y, aunque intenta permanecer impasible, el rastro de dolor que se refleja en sus ojos es inconfundible.

—¿Thiago, tu novio? —pregunto, dejándome caer de nuevo en el sillón.

—Mi *exnovio* —certifica, sin alterar su tono de voz.

—Pero entonces, yo… —murmuro, llevándome las manos a la cabeza.

—Entonces tú la has cagado por segunda vez como un campeón —me acusa él, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

La confusión me embota la cabeza y mi corazón comienza a latir desbocado al pensar en nuestros últimos minutos juntos y recordar cómo la he tratado.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué intención? —cuestiona Carlota—. ¿No se supone que Thiago y Sara eran amigos?

—Es una historia larga… Pero resumiendo, digamos que quería que Sara dejase el pueblo a causa de una lista larga de celos e inseguridades.

—Pues vaya si lo consiguió —comenta Miguel—. La pobre dejó aquí todas sus cosas y ni las recogió.

—Pues sí, sobre todo, gracias al lumbreras este que se empleó a fondo para dejarle claro lo mucho que la odiaba —dice Bruno, sin ocultar el desprecio que siente en su voz.

—Yo lo mato —murmura Erin.

—Me ahorrarías un trabajo, pero no tenemos tiempo para chorradas —afirma Bruno, fijando sus ojos en mí de una forma amenazante—. Así que ahora, si todavía tienes dos dedos de frente, te recomiendo que levantes el culo del sillón y vengas conmigo a la plaza para intentar solucionar todo este follón antes de que sea demasiado tarde.

—¿A la plaza? —repito, cada vez más confuso—. ¿Qué se supone que se me ha perdido a mí en la plaza? ¡Lo que necesito es ir a buscar a Sara, no ir a la plaza!

—¿Puede alguien hacer el favor de encender la televisión? —pregunta Bruno con voz condescendiente.

Carlota lo hace de inmediato y los ojos casi se me salen de las órbitas al ver la plaza de mi pueblo en directo en varios canales mientras ella va pulsando los botones del mando.

—¡Para! —grito, acercándome al aparato como si al hacerlo la imagen fuese a desintegrarse.

Carlota se detiene y leo el titular de la noticia sin dar crédito.

La best seller S. Harrison convoca por primera vez una rueda de prensa en el escenario de su última novela

—Es broma, ¿no? —planteo señalando la pantalla con un dedo.

—Me temo que no… —murmura de mala gana Bruno—. Dado que la imagen del pueblo quedó tocada y que tú no le cogías el teléfono, Sara decidió saltar a la palestra para aclararlo todo.

—¡Pero si no quería que nadie se enterase de quién era! —exclamo, boqueando como un pez.

—Pues ya ves, las cosas cambian… —comenta él torciendo el gesto.

—¿Esto es por mi culpa? —me señalo—. No me digas que está haciendo esto por mi culpa.

Me siento fatal. Sé lo importante que era para ella mantenerse en el anonimato, y ahora va a exponerse delante de todo el mundo por… ¿mí?

—Hombre, digamos que, si le hubieses cogido el móvil o te hubieses dignado a escucharla, igual a esto no habríamos llegado —me dice en tono hosco su amigo.

—La madre que me parió —murmuro, pasándome las manos por el pelo mientras comienzo a caminar de arriba abajo por el salón.

—Que es la misma que la mía —interviene mi hermana.

—¡Hay que parar todo esto! —murmuro, dándoles voz a mis pensamientos.

—No se puede, los periodistas ya están ahí y Sara debe de estar a punto de llegar a la plaza. —Por primera vez desde que entró, su voz se suaviza un poco—. Pero ya que ella ha tenido el valor de dar este paso, lo mínimo que deberíamos hacer, si dejas de dar vueltas por el salón, es estar allí, con ella, para apoyarla.

—Sí, sí, claro. Vamos —digo con el corazón desbocado, caminando hacia la puerta.

—¡Carlos! —me llama Miguel, haciendo que me detenga de mala gana.

—¿Qué? —pregunto, girándome hacia él.

—Ya que eres el alcalde y se trata de no empeorar la imagen del pueblo, deberías al menos

quitarte las chanclas y ponerte unas zapatillas o unos zapatos.

Bajo la vista a mis pies y lanzo las chanclas contra la pared. Acto seguido, cojo las deportivas que tengo en la entrada y salgo como una exhalación antes de darle tiempo a nadie a decirme nada.

Capítulo 24

S. Harrison

Sara

La plaza está llena hasta los topes, muchos medios de comunicación incluso han conseguido el permiso de los vecinos para colocarse con sus cámaras en las ventanas de algunas de las casas y en casi todos los balcones.

Los habitantes del pueblo me sonríen, animados por el movimiento inusual que se vive en los alrededores, al verme caminando por la calle e imagino que eso no sería así si creyesen que soy yo la que ha dicho esas cosas tan feas que se están comentando sobre ellos y su hogar en las televisiones y las redes sociales.

Una pequeña esperanza prende en mi pecho al comprender que la única explicación posible para esto es que Carlos, a pesar de su enfado, no les haya contado todavía quién soy en realidad y lo que se supone que les he hecho, y eso, aunque no disipa ni un poco mi angustia, me ayuda a caminar por las calles sin miedo de que nadie me vaya a reclamar.

Pienso en él y no puedo evitar preguntarme si todo esto servirá de algo en realidad. Entonces recuerdo las palabras de mi madre y me repito que este es un paso que necesito dar. Algo que hago por mí y, pase lo que pase a partir de este momento, nunca dejaré que el miedo me vuelva a condicionar.

Inspiro con fuerza, porque decirlo es mucho más sencillo que llevarlo a cabo y, aunque llevo repitiéndome a modo de mantra que solo tengo que subir ahí y explicar la verdad, desde que esta mañana me he levantado sin apenas dormir, hasta ahora, que estoy a punto de subir los tres escalones que me separan del improvisado atril que Miguel ha montado para mí en medio de la plaza, apenas consigo mantenerme en pie y respirar.

Un sudor frío me recorre la columna y mis manos hormiguean con intensidad en el momento en que me doy cuenta de que estoy a punto de hacerlo, y de inmediato comienzo a hiperventilar.

Como una autómata, y sin darme tiempo a retroceder, me coloco delante del micrófono y me toco el pelo con gesto nervioso una y otra vez.

En primera fila, la familia al completo de Bruno, con Roi e Iria a la cabeza, ha venido a apoyarme en este momento. También mis padres aguardan, lanzándome miradas de ánimo en silencio. A su lado, mi editora y la directora editorial están aquí, conscientes de que este momento no solo es importante a nivel personal para mí. Al único que no veo es a Bruno… No tengo ni idea de dónde ha podido meterse, pero rezo por que venga, porque hoy más que nunca necesito que esté aquí, conmigo, como lo ha estado siempre.

Sobre todo, cuando poco a poco todos los murmullos van cesando y las miradas curiosas de los vecinos y gente llegada de otras partes se unen a las de los ávidos e impacientes periodistas, posándose todas sobre mí.

Solo espero que cuando Carlos vea esto en televisión o en las redes o donde sea que lo vea,

se dé cuenta de que las cosas no son como él creía. Pero si eso no pasa, si aun así decide que no quiere escucharme ni volver a verme, yo me sentiré igualmente orgullosa de mí.

—Buenas tardes y gracias a todos por venir. —Mi voz suena temblorosa y tan débil que, de no ser por el micrófono, ni siquiera me escucharían en la primera fila. Por suerte, los altavoces se encargan de que llegue a cada uno de los que están aquí.

Inspiro con fuerza y me infundo ánimos para seguir.

—Mi nombre es Sara, aunque muchos de vosotros me conocéis como S. Harrison.

El murmullo general se vuelve ensordecedor al mismo tiempo que decenas de *flashes* me apuntan a la cara. Mientras las cámaras disparan sin compasión, la gente, que hasta ahora solo se colocaba delante, rodea por todos lados el atril.

Mis piernas tiemblan tanto que, por un momento, temo desmayarme y me aferro a la madera con ambas manos.

—Desde pequeñita, me encantaba refugiarme tras las letras y las palabras, creando historias, vidas y personajes, y he tenido la gran suerte de que con el tiempo eso que tanto me hacía disfrutar ha llegado a convertirse en mi profesión —me apresuro a comenzar antes de perder el valor—. He vivido con intensidad cada una de las historias que he plasmado en mis libros. Las he soñado, padecido y disfrutado, y esos mismos sentimientos son los que espero haber generado durante todo este tiempo en cada lector que ha dedicado un pedacito de su tiempo a sumergirse en las novelas a las que ha dado vida mi imaginación.

Hago una nueva pausa cuando una arcada asciende por mi garganta y me obligo a permanecer en pie, pero los *flashes* aumentan y el pánico lo hace a su vez, invitándome a correr.

Mis dedos sudorosos se crispan sobre los laterales del atril y, con la respiración tan acelerada que el pecho comienza a dolerme de forma incontrolada, recorro a la muchedumbre que se agolpa frente a mí buscando una salida, una forma de huir de aquí, hasta que, sin previo aviso, lo veo a él, con la vista fija en mí…

Ahí, de pie, con la mandíbula apretada y los ojos vidriosos, al lado de Bruno quien me observa con una mezcla de orgullo y aprensión. Ahora comprendo por qué Bruno no estaba con su familia; él, que nunca deja nada a la improvisación, debió decidir ir en busca de Carlos. Carlos entrelaza su mirada con la mía y, como por arte de magia, mis pulsaciones se van calmando y, poco a poco, la seguridad vuelve a mí.

—Nunca hasta ahora había sentido la necesidad de compartir mi identidad con vosotros, pero hace un par de meses todo cambió para mí. Y ¿sabéis por qué?

Los presentes se miran los unos a los otros.

—Porque tuve la gran suerte de que un alcalde, cabezota y persistente, me arrastrara hasta aquí.

La sonrisa que se dibuja en el rostro de Carlos es como un bálsamo para mi maltrecho corazón. Sin apartar mis ojos de los suyos, parpadeo varias veces, intentando contener la emoción transformada en lágrimas que humedece mis pestañas, y me apresuro a seguir.

—Venir a este pequeño pueblo ha supuesto una aventura y un cambio, pero lo más importante es que aquí no solo he encontrado un lugar con magia que merece la pena descubrir, sino que también tuve la suerte de tropezar con algo que no esperaba, con algo que nunca me había atrevido a buscar; aquí encontré una parte diferente de mí que ni siquiera sabía que podía encontrar.

»Mirad a vuestro alrededor y veréis un pueblecito peculiar en el que sus habitantes siempre están pendientes de lo que los demás puedan necesitar y cuyas puertas nunca necesitan cerrarse.

»Un sitio que, a pesar de no tener supermercado, tiene una panadería mejor que la de

cualquier ciudad y cantidad de productos y verduras ecológicas que hacen las delicias de cualquier paladar.

»Sus ríos, sus caminos, sus casas, incluso la plaza en la que estamos ahora tienen un encanto singular que no se puede pasar por alto y que todos deberíamos poder disfrutar.

»Pues bien, este maravilloso lugar es el escenario principal de mi próxima novela, y en parte, gracias a las páginas que se han publicado en mi nombre calumniando mi trabajo y esta belleza de lugar, hoy sentí la necesidad de citaros en este sitio para que vosotros mismos pudieseis comprobar que nada de lo que se dice en esos papeles es verdad.

—Si no fuiste tú, ¿quién publico esos papeles en tu nombre? —se escucha preguntar a uno de los periodistas apostados en la primera fila.

Mi mirada vuela hasta Bruno y sonrío con convicción al afirmar:

—No importa quién ha sido ni por qué. Eso es algo que probablemente nunca sabré —miento—. Lo cierto es que las acciones de esa persona, por desafortunadas que hayan sido, me han dado el valor suficiente para ponerme hoy aquí delante de vosotros, miraros a los ojos para defender mi verdad y daros las gracias.

El silencio es casi denso y me animo a continuar.

—Gracias por acompañarme con cada novela a lo largo de este camino que espero transitar a vuestro lado durante muchos años más, porque vosotros, los lectores, sois los que dais sentido y vida a cada libro, y espero que en vuestro recuerdo cada una de las historias que mi mente imagina se convierta en eternidad.

Paseo la vista de nuevo por todos los presentes que, sin parpadear, mantienen su atención fija en mí y, cuando intento encontrar de nuevo a Carlos, él ya no está allí.

Un vacío se apodera de mi estómago. «¿Se habrá ido?», me pregunto mientras un vértigo repentino se apodera de mí. Aun así, inspiro con fuerza y sonrío al añadir:

—Soy Sara, y también soy S. Harrison, una humilde escritora que aspira a que cada una de las historias que construye consiga haceros vivir mil vidas, reír, sentir, llorar y, sobre todo, soñar. Si al menos una vez logro despertar en un solo lector una de estas emociones, mi trabajo habrá merecido la pena. Gracias.

Y, sin más, me doy la vuelta y, todavía con las piernas temblando, desciendo los tres escalones que separan el atril del suelo donde, sin previo aviso, me veo rodeada por una marea de personas y micrófonos que hablan a la vez, empujándome y dándome apenas margen para reaccionar o poder moverme.

Alzo la barbilla, buscando un poco de oxígeno, y mis ojos chochan de lleno con su mirada.

Abriéndose paso sin demasiados miramientos, se coloca ante mí, pone un brazo en la parte posterior de mis rodillas y me alza del suelo.

Aspiro su aroma y me agarro con fuerza a su cuello, apretando la mejilla contra su pecho mientras él intenta sacarnos a los dos de allí. Le cuesta avanzar, pero me da igual. Está a mi lado, aquí, conmigo… Por lo que a mí respecta, el resto del mundo ha dejado de importar.

Capítulo 25

Confesiones en el río

Carlos

Cuando llegamos, tanto en la plaza como en las calles aledañas no entra ni un alfiler. Entre curiosos y periodistas, más de doscientas personas tiene que haber.

Mis ojos la recorren de arriba abajo con avidez y una mezcla de culpa y orgullo me atraviesa el cuerpo entero al verla ahí, aguantando el tipo a pesar del ligero temblor que percibo en su barbilla y de la forma en que sus dedos se aferran a la madera, como si estuviese a punto de ahogarse y ese fuese su único salvavidas.

Su voz suena más serena de lo que cabría esperar y, cuando sus ojos se encuentran con los míos y percibo las lágrimas humedeciéndolos, siento unas inmensas ganas de darme cabezazos contra la pared y ponerme a gritar.

¿Cómo he podido ser tan estúpido como para pensar que ella podría haber escrito algo así? ¿Cómo he podido evitarla hasta el punto de hacerla exponerse así?

La escucho alabar el pueblo y una cálida sensación anida en mi pecho, haciéndome sonreír.

¡Está preciosa! Y, aunque cada uno de los días que hemos estado separados la he extrañado de una forma dolorosa, ni siquiera he sido consciente de la falta que me hace hasta que no la he tenido de nuevo frente a mí.

—Panda de buitres carroñeros —escucho murmurar a Bruno, que contrae el gesto cuando alguien le pregunta quién fue el artífice de la publicación.

Sin embargo, ella sale airosa de la pregunta y un cariño sincero y genuino se refleja en la cara del hombre, que permanece impasible a mi lado sin apartar los ojos de su amiga.

—Esa es mi chica —susurra.

—En realidad, es mi chica —le recuerdo, sin apartar la vista de ella.

—Siempre será un poco mía, pero me imagino que, a partir de ahora, no me va a quedar otra que compartirla —comenta, fijando sus ojos en mí mientras esboza la primera sonrisa sincera que me ha dedicado desde que lo conocí—. Eso sí; como vuelvas a cagarla, no vas a vivir para contarlo —me advierte y, al igual que la primera vez, parece hablar completamente en serio.

—Estos días sin ella han sido suficiente tortura, te aseguro que no es algo que pretenda repetir otra vez —siseo.

—Pues empieza a moverte que ya estás tardando —sugiere, señalando el atril del que Sara se dispone a bajar.

A codazo limpio, y sin muchas contemplaciones, me abro paso entre la gente, intentando llegar hasta ella. Pero no es tarea fácil, las personas se apretujan, la rodean y le lanzan decenas de preguntas sin dejarla responder siquiera a la primera.

Parece agobiada y bastante sobrepasada, pero, cuando al fin consigo alcanzarla y sus ojos se encuentran con los míos, su expresión se relaja y cambia.

Sin dudarlo, y sin inmutarme por las miradas que se posan sobre nosotros, la cojo en brazos

y la arrimo contra mi cuerpo. Lejos de apartarse, ella pega la mejilla a mi pecho y eso es todo lo que necesito para salir de aquí como si me fuese la vida en ello.

En cuanto consigo escabullirme del meollo, giro a la izquierda a toda velocidad, intentando dar esquinazo a los periodistas que vienen detrás.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Bruno desde una de las bocacalles, bajando la ventanilla de su coche.

Nos dirigimos de inmediato hacia allí, la dejo con cuidado en el suelo y, cogidos de la mano, nos metemos en el asiento trasero del vehículo.

—Arranca —le pide Sara a su amigo, mirando por la ventanilla.

Él obedece y nos vamos a toda velocidad.

—Nena, has estado increíble —le asegura, mirándola por el espejo retrovisor.

—No podía dejar de temblar —reconoce ella.

—Lo has hecho genial —afirmo, apretándole la mano con suavidad.

El coche se dirige hacia la entrada del pueblo y toma el desvío que conduce al río.

—No creo que pueda aguantar esto —susurra ella.

—No tendrás que hacerlo, hoy has sido la novedad, llevaban tanto tiempo especulando con tu identidad que esto era de esperar. Sin embargo, ahora que has dejado de ser un misterio, dentro de unos días todo se calmará y podrás vivir con normalidad —intenta animarla Bruno.

—¿Estás seguro? —Sara se muerde el labio, dubitativa.

—Tan seguro como que las pintas de este son un atentado contra el buen gusto a nivel mundial —afirma con un movimiento de cejas, señalando con la cabeza en mi dirección antes de aparcar el coche en una explanada del río—. Y ahora, tortolitos, voy a dejaros a solas para que podáis hablar —dice una vez apaga el motor, volviéndose hacia los dos—. Pero antes déjame decirte, cariño, que has estado insuperable y que hoy, al verte ahí arriba enfrentándote a tus miedos, me he sentido tan orgulloso que por un momento he pensado que iba a explotar.

Los ojos de Sara se humedecen y se echa hacia delante para besar la mejilla de su amigo.

—¿Cómo vas a volver al pueblo? —me intereso, preocupado, pues no tengo claro que sepa regresar solo desde aquí.

—Hace un día perfecto para pasear —asegura guiñándome un ojo mientras se baja del coche, segundos antes de echar a caminar.

Lo vemos alejarse y, después, ambos nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro como si temiésemos que estar de nuevo juntos fuese un espejismo y no algo real.

Mis dedos avanzan con timidez hasta acariciar su mejilla con suavidad.

El simple roce hace que mi cuerpo se agite y mi corazón se acelere de pura felicidad.

—Lo siento, Sara. Lo siento de verdad. —La voz apenas sale de mi garganta, no obstante, lejos de detenerme, siento una necesidad imperiosa de continuar—. Soy un gilipollas, un idiota que nunca debió dudar de ti.

—Quise explicártelo todo, pero no encontré la forma y luego no querías hablar conmigo ni saber nada de mí —responde ella.

—Debí escucharte, pero el dolor me cegó al pensar que detestabas mi forma de vida y que te estabas riendo de mí —confieso.

—Yo nunca haría algo así. Después de todo lo que pasamos, ya deberías saber lo que siento por ti.

—Lo sabía, lo sé, pero cuando vi esas hojas… —Muevo la cabeza con fuerza, intentando olvidar ese momento.

—Estos días han sido una tortura —manifiesta ella, entrelazando su mirada con la mía.

—Sé que no es un consuelo, pero te aseguro que también lo han sido para mí —susurro, trazando con las yemas de mis dedos el contorno de su mandíbula antes de añadir—: Y sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, pero necesito que me perdones porque no puedo ni quiero imaginarme pasar ni un solo día más sin ti.

Las lágrimas descienden por su rostro y siento como un cumulo de emociones se arremolinan dentro de mí.

—Te quiero, Sara, y si me das la oportunidad de intentarlo, prometo dejarme hasta el alma para hacerte feliz —le aseguro, dando voz a mi corazón para que sea él el que hable—. Eres inteligente, valiente, dulce y especial. Sé que adoras vivir en tu ciudad y que lo del pueblo era solo algo temporal, pero tienes que saber que no pretendo que renuncies a nada, ni que tengas que cambiar por mí, solo quiero caminar de tu mano, ser tu compañero, tu amigo, tu amante y la persona que siempre consiga hacerte sonreír. Quiero noches a tu lado y pasar juntos muchos amaneceres sin dormir; quiero cuidarte, abrazarte cuando haya tormenta, apoyarte y, en definitiva, lo quiero todo si es junto a ti.

Un sollozo escapa de su garganta.

—Yo también te quiero. No sé en qué momento sucedió, pero, en algún punto de esta historia, conseguiste colarte bajo mi piel y convertirte en el dueño de mi corazón —dice, enredando sus manos en mi pelo.

Nuestras miradas se unen, acariciándose en silencio, mientras mis labios descienden hasta llegar a los suyos, y nos fundimos en un beso. Un beso apasionado y tierno que nos quema, un beso de esos que no se da solo con la boca, sino con todo el cuerpo, un beso cargado de confianza, lealtad, necesidad y deseo. Un beso que sabe a esperanza, anhelo, futuro y comienzo.

Epílogo

Sara

—Buenos días, Dolores —la saludo con una sonrisa, asomándome por la panadería.

—No podrían ser mejores —responde la mujer, con la piel manchada de harina y una enorme sonrisa dibujada en su arrugado rostro.

—¿Cómo van los bollos? —me intereso, a pesar de que estoy segura de que tiene la situación más que controlada.

—Dos bandejas listas y la última a puntito de salir del horno. En cuanto estén, Manolo los acercará al set de rodaje —contesta satisfecha—. Y con esta ayudante que me he buscado, podría hacer hasta cinco bandejas más —asegura, mirando con los ojos chispeantes de la emoción a Daniela, la hija de Iria y Roi, que siente devoción por la anciana y siempre que viene al pueblo se pasa las horas con ella.

—¡Sara! ¡Llevo un rato buscándote! ¡Los de vestuario están desquiciados llamándote! —dice Bruno, que aparece justo por detrás, acompañado de Hugo, su nueva pareja y nuestro maquillador estrella.

—Enseguida voy —digo, tachando la línea de la comida de la lista que llevo en la mano.

—Más te vale, como sigan llamándome preguntando por ti, te juro que tiro el teléfono al mar —me advierte.

—Será al río —lo corrijo, conteniendo una carcajada.

—Los dos tienen agua, ¿no? ¡Pues ya está! —exclama él antes de salir en sentido contrario, pasando un brazo por los hombros de su acompañante.

Con paso decidido, me encamino hacia el set, pero no doy ni dos pasos cuando unos brazos me interceptan, rodeándome la cintura por la espalda.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —La voz de Carlos acaricia mi oído y sus labios atrapan el lóbulo de mi oreja.

Sonriendo, poso las manos sobre sus brazos y pego la espalda a su pecho, dejándome mimar.

—Los de vestuario me reclaman —le comunico—. Por cómo lo dijo Bruno, debe de estar a punto de ocurrir una hecatombe mundial. —Me río.

—Por mí como si el mundo explota ya —responde él—. Llevo casi veinticuatro horas sin verte y ahora que al fin te tengo no te vas a escapar.

Me vuelvo y lo miro a los ojos, irradiando felicidad. Me siento tan plena y enamorada que a veces aún me cuesta creer que todo esto esté pasando en realidad.

Lo cierto es que a nuestro alrededor todo ha cambiado mucho durante los dos últimos años, y estoy tan contenta que no podría pedir más.

A los seis meses de mi «presentación oficial» y de nuestra posterior reconciliación, en las siguientes elecciones municipales, Carlos decidió renunciar a presentarse de nuevo como alcalde, para ejercer como arquitecto, su verdadera pasión, asegurándose antes, eso sí, de que el cargo iba a parar a manos de un digno sucesor o, mejor dicho, sucesora, porque fue Erin quien se presentó

y asumió el puesto, combinándolo con su negocio de turismo rural, el cual, por cierto, no para de crecer.

Por nuestra parte, nosotros decidimos que es una tontería tener una sola casa cuando podemos tener lo mejor de ambos mundos, así que, por el momento, como nuestros proyectos nos lo permiten, pues para trabajar solo necesitamos un ordenador, alternamos unos meses en mi casa y otros en el pueblo; ambos sitios nos encantan y es una forma de no tener que renunciar a ninguno de los dos.

En lo que al pueblo se refiere… Las cosas aquí van cada día mejor. Varios jóvenes se han unido al censo de vecinos para emprender diferentes negocios, e incluso Bruno decidió comprarse aquí una pequeña casita que todavía estamos reformando, muy cerca de la de Carlos.

Después de mi rueda de prensa y de la publicación de mi libro, empezaron a aumentar las visitas y Erin decidió comenzar a organizar *tours* guiados por algunos de los escenarios de mi historia aprovechando la oportunidad.

En cuanto a eso… Después de un año en el mercado, la novela estaba funcionando tan bien que una productora decidió firmar un contrato con la editorial para grabar una serie basada en ella y, como no podía ser de otra forma, las grabaciones se llevan a cabo aquí y las vecinas andan todas locas esperando convertirse en estrellas.

—¿En qué piensas? —me pregunta Carlos, rozando con la suya la punta de mi nariz.

—En lo que nos ha cambiado la vida desde el primer momento que llegué aquí.

—Y lo que nos queda… —murmura, acercando sus labios a los míos.

—Una historia entera por escribir —aseguro.

—¿Qué tipo de historia? —pregunta juguetón.

—La más especial y maravillosa de todas si la vivo junto a ti —replico, poniéndome de puntillas para atrapar sus labios, convencida de que este no es más que el primer capítulo de todos los que están por llegar.

Tu valoración me importa

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño

Andrea López

Biografía



Andrea López nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas, pero a día de hoy, se dedica en exclusiva a su faceta de escritora.

Algunas de sus novelas más destacadas son las pertenecientes a las series sueños, fuego y hermanos, también La chica de las zapatillas de colores, Un secreto en las Highlands, Un tropiezo inesperado o El lugar donde todo empezó, está última publicada con la editorial Harper Collins. A día de hoy ha publicado en total trece novelas.

Todas ellas, historias de romántica contemporánea pero siempre entremezclado el romance con diferentes subgéneros como el suspense o el drama.

.andrealopezescritora.com

Andrea López Saborido

@andrealosab

andrealopez_escritora

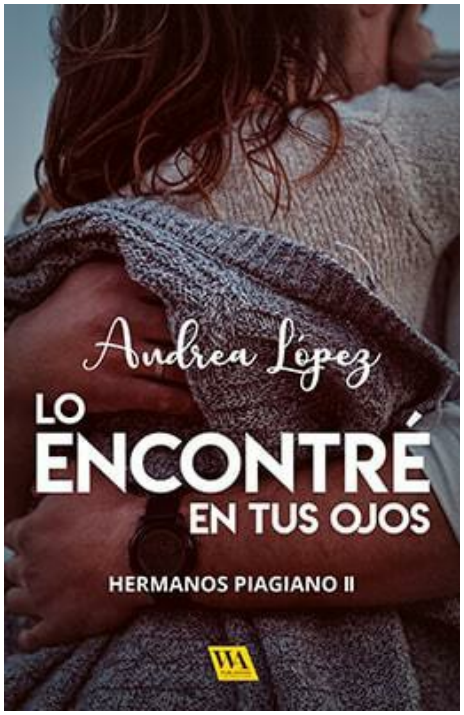
Otros libros de la autora

Todos los libros tienen la versión audiolibro publicado en todas las plataformas digitales

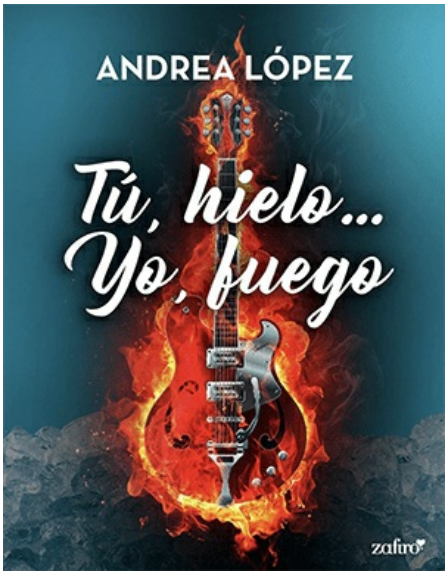
No sin ti



Lo encontré en tus ojos


Andrea López
LO ENCONTRÉ EN TUS OJOS
HERMANOS PIAGIANO II

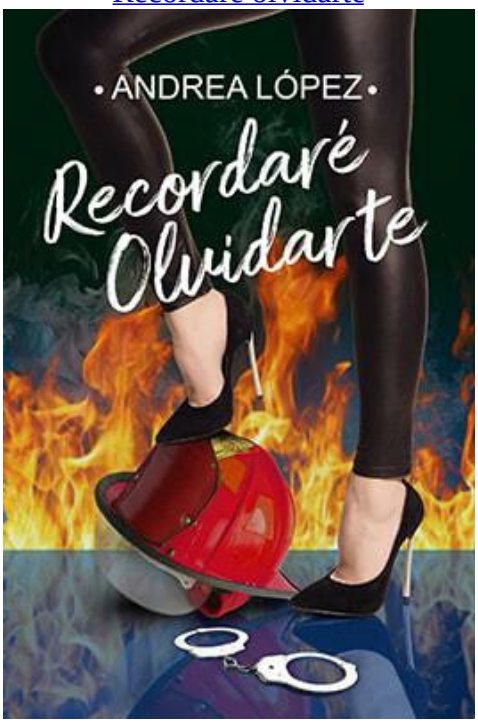
Tú, hielo ... Yo, fuego



Pintaré estrellas por ti



Recordaré olvidarte



¿Quieres soñar conmigo?



¡Ni en tus sueños!



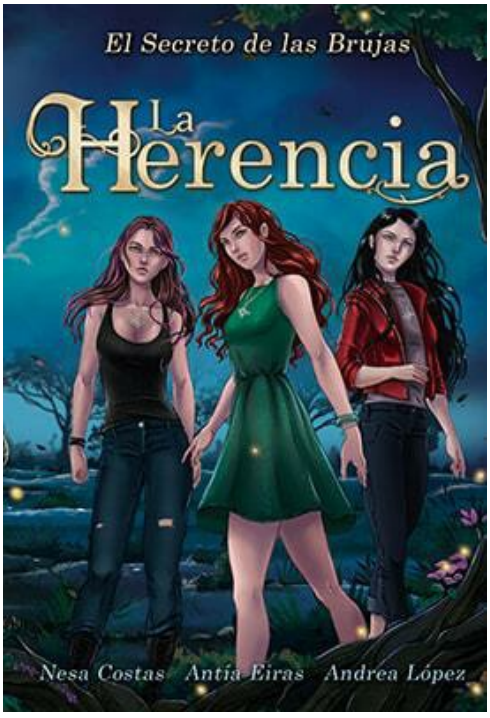
Un sueño muy peligroso



Un sueño para Mica



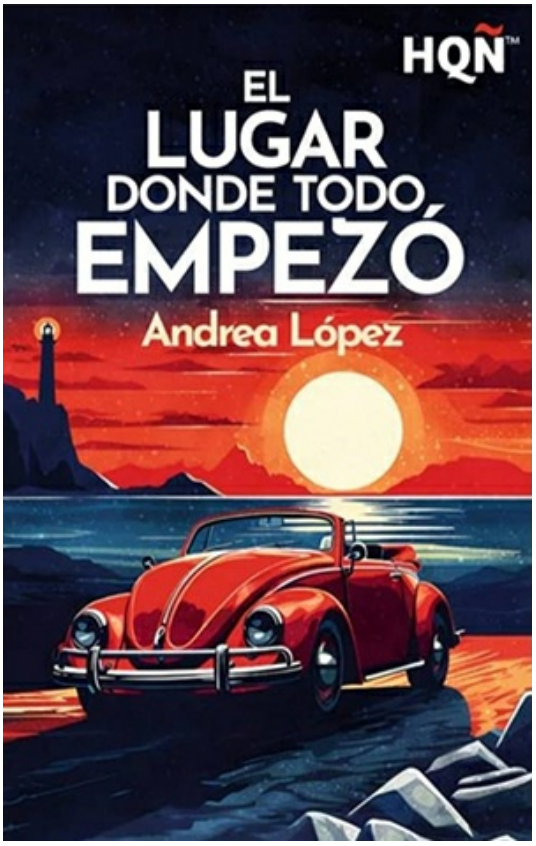
La Herencia



La chica de las zapatillas



El lugar donde todo empezó


HQÑ
EL
LUGAR
DONDE TODO
EMPEZÓ
Andrea López

Un secreto en las Highlands



La búsqueda


ANDREA LÓPEZ - NESA COSTAS - ANTÍA EIRAS
EL SECRETO DE LAS BRUJAS
LA BÚSQUEDA

La batalla final



Un desafío inesperado


Un tropiezo inesperado
ANDREA LÓPEZ